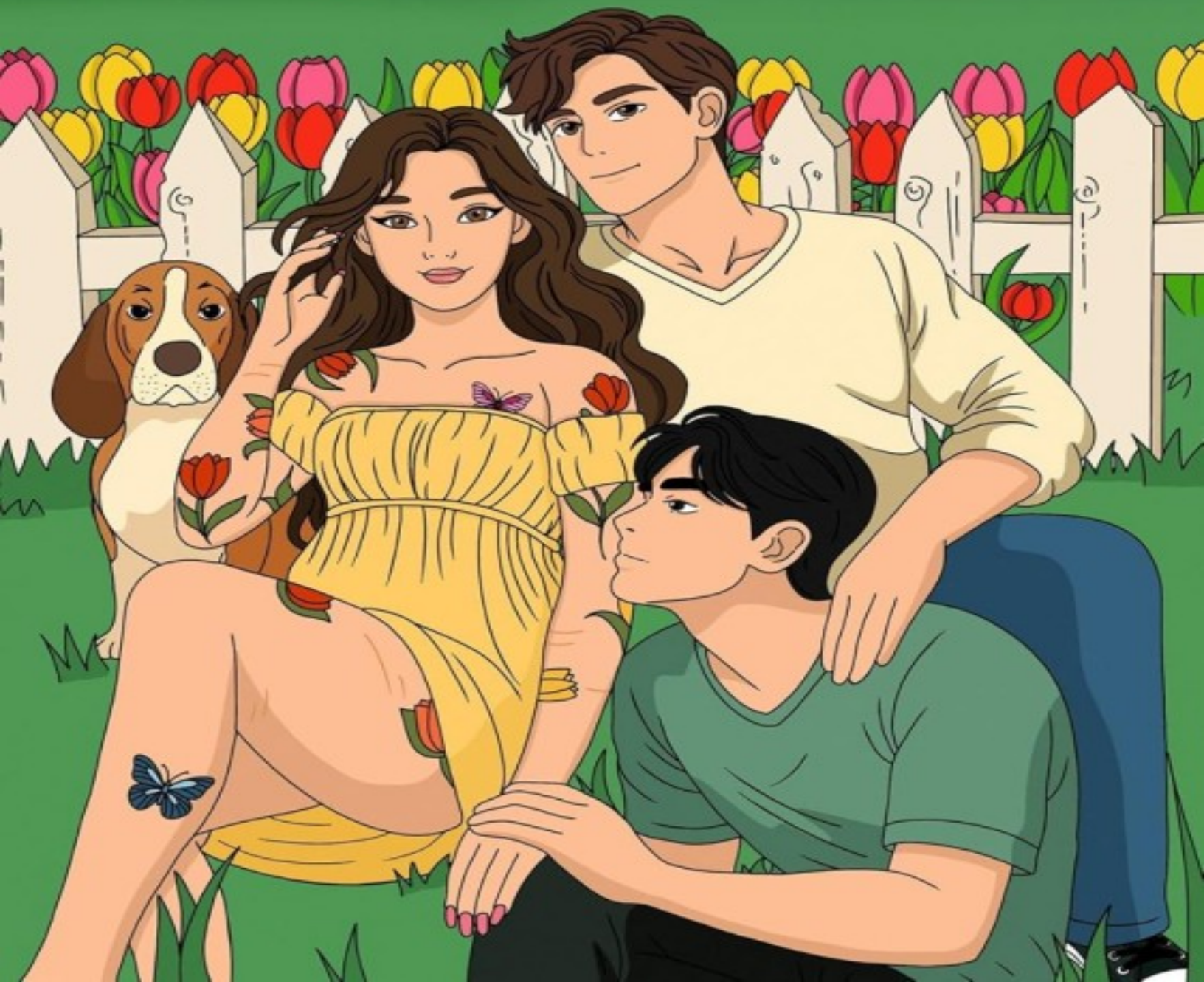
YO ANTES Y DESPUÉS DE TI

ANA CAROLINA



YO ANTES Y DESPUÉS DE TI

ANA CAROLINA

Sello: Independently published

Título: Yo antes y después de ti
Ana Carolina © 2025
ISBN: 9798263836481
Número Depósito: SE 2075-2025

Cubierta: @thegirlsownpaper
Corrección: Tamara Schiebelbein (@pandita.lectora) Estefanía (@enero.gs)
Maquetación: Ana Carolina

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO:

Esta historia habla de cosas que duelen.

Este libro menciona autolesiones, pensamientos suicidas, violencia física y psicológica, así como temas relacionados con enfermedades mentales y trastornos de la conducta alimentaria.

No están escritas por morbo ni por drama: pero sí porque, a veces, la vida también pasa por esos lugares oscuros. Y esta historia intenta ser honesta con eso.
Si estás pasando por un momento delicado, por favor, cuídate. No tienes que leer esto ahora. Vuelve cuando te sientas más fuerte, si quieres. Y si decides seguir, gracias por continuar.

Contenido +21.

A todos aquellos que, en algún momento, han dudado de *sí mismos*, de su forma de ser, o sienten que no son lo suficientemente buenos para él o para ella.

O para la sociedad en general.

Pero no hay una sola forma de ser hermoso.

Tu fuerza, *tu* ternura, *tus* cicatrices, *tus* risas y también *tu* silencio...

Todo forma parte de ti, de nosotros.

Nunca dejes que nadie, ni siquiera tú mismo, te convenza de lo contrario.

Este amor, ahora mismo, es todo lo que tenemos.
Todo lo que necesitamos. Estamos felices ahora mismo.
Entonces, ¿por qué no aprovechamos este sentimiento?

By: **I Wonder** ft. Jungkook

PLAYLIST

* Ni me debes ni te debo – Carín León, Camilo
* Más que tú – Ozuna, Kapo
* Báilame – Danny Ocean
* XO – Beyoncé
* Échame la culpa <3 – Marlena
* 5 y 3 – Pedro Capó
* Tattoo (Remix) – Rauw Alejandro, Camilo
* Favorito – Camilo
* Ironic – Alanis Morissette
* Quiéreme mientras se pueda – Manuel Turizo
* Frieza – Murilo Huff & Marília Mendonça
* Angels Like You – Miley Cyrus
* Hecha pa' mí – Boza
* Dusk Till Dawn – Zayn Malik feat. Sia
* My Home – AWIN
* Love Yourself – Justin Bieber
* That I Would Be Good – Alanis Morissette
* Falling Like the Stars – James Arthur
* No hay nadie más – Sebastián Yatra
* We Can't Stop – Miley Cyrus
* All That Really Matters – ILLENIUM, Teddy Swims
* Love in the Dark – Adele
* Killin' It Girl – J-Hope feat. GloRilla
* DUELE UN MONTÓN DESPEDIRME DE TI – Aitana, Jay Wheeler
* Fat Juicy & Wet – Sexyy Red, Bruno Mars
* Despeinada – Ozuna, Camilo
* Lose a You – Christopher
* Never Be Alone – Shawn Mendes
* Corazón sin vida – Aitana, Sebastián Yatra
* DtMF – Bad Bunny
* Standing Next to You – Jung Kook
* Tem que sorrir – Jorge & Mateus
* 3D – Jung Kook feat. Jack Harlow

CAPÍTULO 1

Gabriel

Algunos meses atrás…

—Voy, voy. —Salgo corriendo de la ducha, teniendo que sujetarme del mueble para no acabar de culo en el suelo cuando escucho mi teléfono sonar. Mi «amigo» *Ángel* se mueve de un lado a otro—. ¿Dígame? —Miro el suelo mojado. Si mi madre estuviera aquí, ya me habría llevado un par de escobazos.

—¿Gabriel? —pregunta una voz femenina. Me fascinan las voces de las mujeres. Ellas en general.

—El mismo que viste y calza.

—Es guapo y gracioso. ¡A Val le va a dar algo! Tengo fe en que le quitará la amargura de un pollazo, digo… de un plumazo —añade ahora una voz masculina.

—No digas eso, ¿qué va a pensar el chico? —reprocha la joven al otro lado de la línea.

Mmm… ¿Qué voy a pensar? En quitarle la amargura con *Ángel*. Miro mi entrepierna, esa cosa te lleva al cielo. Tiene vida propia, el cabrón.

—Mi amiga está pasando por un momento complicado. Según nos dice, es asexual —empieza a hablar el otro.

Eso es porque no ha encontrado a alguien que le dé lo suyo, para que no lo olvide jamás.

—No es muy abierta con los chicos… ¿De verdad eres el de la foto? —ahora es ella.

Me río. Pero cuando del otro lado se hace un silencio absoluto, miro y me han colgado.

Dejo el teléfono donde estaba y doy un par de pasos para volver a la ducha. Justo cuando voy a meterme, vuelve a sonar. Me acerco, veo que es una videollamada y dudo unos segundos antes de contestar, pasando los dedos por mi cabello para acomodarlo.

—¡Joder! —exclama el chico al verme.

—Si Val lo rechaza, ¡me lo pido primero! —bromea ella, levantando la mano. Sonrío.

—No te gustan los hombres, ¿verdad? —me pregunta él, con la cara casi pegada a la pantalla.

—No, lo siento.

Vuelvo a reír al ver su expresión de fastidio.

—Me he quedado sin palabras —añade la chica. Es atractiva. En realidad, todas lo son—. Más te vale hacer bien tu trabajo por los cuatrocientos euros que te vamos a pagar.

Su cabello negro y liso está recogido en una coleta alta. Sus ojos son de un color oscuro y sus labios son finos, pero tentadores.

«Respira, relájate».

—Bueno… la cuestión es que tiene que ser esta noche.

—¿Esta noche? —repito, rascándome la nuca. ¿Tan rápido? ¿Por qué? ¿Tan importante es ella o tan necesitada está? Lo de *tan desesperada* lo podemos arreglar. A mí las cosas así… apresuradas, no sé yo. Me gusta prepararme y mentalizarme sobre todo lo que quiero hacer. Para que mi clienta disfrute al máximo, ya que *Angelito* no decepciona nunca. Total, que siento que la noche puede llegar a ser muy grande. Y esa vibra me gusta.

Pienso unos segundos, no voy a negar que es raro, ya que normalmente las mujeres que se ponen en contacto conmigo

quieren máxima discreción. Y esos dos pinta de reservados no tienen nada.

—Sí. Estamos de celebración y vi en tu página web: www.angelgabriel.es… que no tienes cubierta la noche.

—Que sepas que el nombre es una horterada —comenta el chico.

Suelto una carcajada. Tiene razón. No tuve tiempo para pensar en algo mejor y la diseñé yo mismo. Llené la pantalla de angelitos volando y una puerta en el cielo que se abre cuando alguien quiere pedir una cita. Fue lo primero que se me ocurrió. Decido entrar en la web porque la chica me dice que tengo disponibilidad para hoy, pero es imposible, es mi día libre.

¡Mierda! Hay un fallo en la página y así es, aparece como disponible, por lo que voy a tener que pasar por el aro y coger este trabajo, fíjate tú qué pena.

—Cállate —le reprende la chica—. Mi amiga se llama Valkiria, tiene veinticuatro años, es un poco… rancia con la gente que no conoce, y con los hombres aún más. Seguro que será borde y maleducada.

Eso me gusta. Sonrío de medio lado y paso una vez más los dedos por mi cabello.

—También tiene problemas de autoestima, necesita darle una alegría al cuerpo —añade el chico, mientras su amiga asiente con la cabeza.

—Estaremos en Opman. En el reservado de arriba. Así que… manos a la obra. Y ni una palabra de que eres… ¿Cómo se dice? —pregunta ella, mirando primero a su acompañante y luego a mí.

—¿Puto? —responde él, con un gesto inocente en su rostro. ¡La madre que lo parió!

—Mejor digamos chico de compañía, compañero sexual. Puto me hace sentir como un trozo de carne con pene. Pero perfecto. Ya sabéis cómo va el pago: mitad ahora y la otra mitad cuando ella diga que ha sido la mejor noche de su vida.

—Si no queda satisfecha, no ves un duro —gruñe la amiga de mi nueva clienta.

—Se quedará… Mi *Ángel* nunca decepciona. Trabajo garantizado al cien por cien.

—Más te vale. Ahora te hago un Bizum de doscientos euros. ¿Concepto?

—Cena —respondo.

—¡Joder, con la cenita de los cojones! No nos va a salir cara ni nada. Lo que hay que hacer para que una amiga moje y deje un poco su amargura a un lado —suelta arrugando su frente y cuelga la llamada.

No puedo aguantar la risa; seguido muevo la cabeza de lado a lado. Me hace mucha gracia cuando todas tienen casi la misma reacción con el concepto.

Lo que iba a ser solo un entretenimiento se ha convertido en trabajo. Vale. Que me llamen puto si quieren, me da igual. Mientras sea para hacer feliz a una mujer, aunque sea por una noche, me basta.

Porque, joder, las mujeres son la cosa más bonita que han podido crear, ya sea Dios, el universo o quien esté detrás de esa obra maestra. Soy adicto a ellas desde que apenas tenía pelo en los huevos. Cada una tiene su encanto. Hasta ahora no he encontrado defectos en ninguna… Al menos en las que han pasado por mi cama. Y puedo decir con certeza que he visto de todo. Incluso aquellas a las que el mundo llama *feas* tienen algo especial.

Lo dicho, al principio era un simple pasatiempo, pero me gustan demasiado y decidí dedicarme a ellas en cuerpo y alma… Bueno, más bien en cuerpo.

Dejé la carrera de Trabajo Social en el último año. Al final, tampoco es tan diferente. Les hago un gran servicio igualmente. Tendría que haber sido psicólogo, porque muchas solo quieren ser escuchadas, que alguien les pregunte cómo ha sido su día, que les dediquen unos minutos. Otras no son felices en su matrimonio o sus

parejas trabajan fuera y pasan demasiado tiempo solas. Para eso estamos *Angelito* y yo. Ofrecemos un *pack* completo, con buen sexo incluido. También he hecho varias amigas que me llaman solo para cenar y ver pelis.

Una de ellas es Martina, tiene treinta y seis años, está separada y con dos nenes. Se ha convertido en mi consejera. Tengo amistades, pero no de esas con las que puedes hablar de ciertas cosas, sino más bien colegas para salir de copas en mis días libres. Sí, también tengo días así. A Martina la conocí cuando todavía estaba con su ex. Eran novios, pero él la dejó tirada por una alemana. Ahora cría sola a sus dos hijos y, algunas veces, cuando quiere salir con sus amigas, yo hago de niñero. No me gustan mucho los niños, son unos mocosos, pero los suyos los aguanto. Les tengo un cariño especial, como si fueran mis sobrinos… los que nunca tendré, porque soy hijo único.

Termino la ducha y me visto cómodo para salir a correr. Mantener este cuerpo no es fácil; me paso muchas horas entrenando. Corro durante dos horas por las calles de Madrid y, de regreso, paso por un restaurante chino que está de camino. No soy de cocinar. Desde que me mudé a este piso creo que solo lo he hecho dos veces… y porque vino mi madre.

Tampoco rechazo una tableta de chocolate.

La noche llega y empiezo a vestirme: camisa blanca, pantalón gris.

—*Ángel*, venga, amigo. Hoy vamos a darlo todo —le hablo a mi polla. Nunca me falla. ¿A que no, amigo? El *jodío* parece tener vida propia.

Me peino con los dedos y me echo un último vistazo en el espejo.

—Allá vamos… —digo, dando dos palmadas al aire.

Veinte minutos después, estoy en el *pub*. Pido una copa. Miro de un lado a otro, atento por si veo a alguno de ellos. Hay demasiada gente bailando la canción *UWAIE* de Kapo. Recorro el lugar con la

mirada; me gusta el ambiente. Busco el reservado de arriba, donde me dijeron que iban a estar. Los veo, charlando entre ellos.

Termino mi copa de un trago y me dirijo a las escaleras. Al llegar, me apoyo unos segundos, esperando que la música se acabe, mientras la observo de espaldas. Es alta, lleva un pantalón vaquero ajustado de tiro alto y un top negro que le llega a la cintura, dejando apenas unos milímetros de piel al descubierto. Su cabello lacio le roza los hombros y mueve el cuerpo con una facilidad increíble. Y eso me gusta. Por segundos, la imagino a horcajadas sobre mí, restregándose en mi polla, seguida de un gemido ahogado cuando entro en ella.

Cuando terminan de bailar, vuelven a sentarse en su mesa. La chica de la llamada me echa un vistazo; asiento mientras me froto las manos y camino hacia ellos. La oscuridad del local me impide verla con claridad hasta que estoy a apenas unos metros. En ese instante, alza la cabeza en mi dirección con una sonrisa.

¡Joder! Qué *tiarrona*.

—Hola —saludo a su amiga con dos besos.

—¡Hostias, Gabriel! —exclama, fingiendo sorpresa. La muy cabrona miente bien—. Ya conoces a Mauro, el que fue a recogerme al taller el otro día.

Asiento, como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo.

—Y esta es Valkiria. Val, para los amigos.

—Encantado, belleza —le digo mientras le doy también dos besos. Ella bufa en respuesta.

Se tensa y arruga su frente, mirándolos.

—Es… es… Gabriel es modelo en el taller. Estará el día del desfile.

¿Eh? ¿Qué dice esta mujer?

—Sí, sí —respondo, sin entender muy bien.

Al escucharme, se mueve algo tensa.

—No le hagas mucho caso, es un poco rancia con la gente desconocida —bromea Mauro.

Valkiria le empuja y, cuando estira el brazo, noto un tatuaje en su antebrazo derecho.

—Val, nunca te he visto por aquí —comento, me siento extrañamente nervioso. No sé por qué. Y menuda mierda de tema.

—Mi nombre es Valkiria, no me llames Val, porque tú y yo no nos conocemos de absolutamente nada para que te tomes esa confianza conmigo. —Toma un sorbo de su copa—. Me acaba de desmontar con su contestación, me gusta.

—Es camarera —afirma su amigo, quien me lanza una mirada cómplice para ayudarme a salir de este momento tan incómodo—. Vamos al baño un momento —comenta a su amiga—. Pide una copa, te invito yo. —Me guiña un ojo antes de levantarse.

—Gracias —digo devolviendo el mismo gesto.

—¡No te jode! Con lo que cobra —murmura ella con sarcasmo, mientras Mauro le da un codazo en las costillas.

Val aguanta la risa mientras ambos se alejan, dejándonos solos.

—No te asustes, son demasiado extrovertidos —aclara.

Un mechón de su cabello se pega a su labio inferior. Lo retira con los dedos y luego los humedece. ¡Por el amor de Dios! Sus labios resplandecen apenas con un toque de brillo labial, haciéndolos aún más apetecibles.

Me acerco a ella y me quedo mirándola fijamente. Baja la cabeza, avergonzada, mientras sus mejillas se vuelven rosadas. ¡Menuda belleza de mujer!

Por su forma de actuar, parece demasiado madura para tener apenas veinticuatro años.

Me siento donde estaba su amigo hace unos minutos. Ella se mueve de nuevo, tragando saliva con fuerza.

—¿Eres así de tímida siempre? —inquiero, apartando su cabello a un lado.

Empieza a respirar rápido cuando me levanto y me acerco más. De pronto, se bebe de un solo trago su copa y hace lo mismo con la de su amigo.

—Voy a por otra… —murmura. Estoy a punto de impedirlo, pero no lo hago. Camina demasiado *sexy* hasta la barra; sus curvas me excitan. Cuando llega, ella y la chica que está sirviendo la bebida se hablan y se sonríen, volviendo a dejar su vaso vacío en un pestañeo.

Al volver a la mesa, deja apenas un paso de distancia entre nosotros cuando la tomo por la muñeca en un movimiento veloz. La acorralo contra la pared, presionando su cuerpo contra el mío. Separo un poco sus piernas con mi rodilla. Sus ojos, pequeños y expresivos, están a punto de salirse de sus órbitas. Me encanta verlas avergonzadas por mi atrevimiento.

—Val… —Su respiración es irregular mientras intenta ajustar su top, tirando de él hacia abajo—. No puedes estirarlo más —le susurro al oído antes de dejar un beso en su cuello. Su cuerpo tiembla.

—Pero, pero… ¿Qué haces? —tartamudea.

—Intento conquistar a la única chica que ha llamado mi atención en toda la noche —respondo.

Coloca sus manos en mi pecho, separándome un poco de ella.

—*Ángel* puede confirmarlo —observo mi erección, para que ella también mire. Y lo hace… Jodidamente duro estoy.

Su reacción es llevarse una mano a la boca.

—¿Le has puesto el nombre de *Ángel* a tu polla? —pregunta, y sus ojos se vuelven más pequeños por las ganas de reírse.

—¿Patético? —Me acerco un poco más, solo para incomodarla. Ella separa sus labios para decir algo, pero no lo hace—. No lo dirías si vieras lo que hay en mi cabeza ahora mismo—. *Ángel.* —Me restriego contra ella—. Aquí, «mi amigo», te hará ver el cielo, y yo, Gabriel, estaré esperándote en las puertas para llevarte dentro —digo con picardía, bastante la verdad.

Si pudiera matarme con una mirada, lo hubiera hecho.

—No me interesa ver tu cabeza, ni la de arriba ni tampoco la de abajo, así que olvídalo. ¿Te queda claro? —suelta con dificultad. Me encantan las tías que se hacen de rogar. Ya que siempre las tengo tan fácil por mi «profesión».

«Claro», *mentirosa*. Entonces espero a que me aparte; sin embargo, no lo hace, no me empuja. Solo baja un poco la mirada, viendo de nuevo lo que quiero que vea. *A Angelito, a punto de trabajar*. Sus mejillas se vuelven rojas, está nerviosa, le tiemblan los dedos. A continuación, se tapa por completo el rostro, con tanta desesperación y ternura a la vez. Como una niña pillada haciendo algo malo después de que su madre le haya advertido varias veces que no lo haga. Hasta yo tengo ganas de reírme. Pero no lo hago. Porque sus *ganas* gritan más que sus palabras bordes.

Le quito sus manos del rostro. Observo sus labios entreabiertos. Sus ojos, al fin, me miran. Luchando contra el *querer* y el no *querer*. Y sin resistirme más, la beso.

Su sabor es dulce. Dulce y maldito. Casi adictivo. Rodeo su cintura con un brazo, y ¡maldita sea! La intensidad del beso aumenta por segundos, volviéndome loco por completo. Nos separamos un instante para respirar, pero enseguida nos entregamos a otro, aún más frenético. Es como echar una cerilla a un charco de gasolina. Nos apartamos apenas unos centímetros y coloca su frente contra la mía. Jadeamos, como si no hubiéramos tenido suficiente; definitivamente no tengo *suficiente* con eso. Quiero más.

—¿En tu casa o en la mía? —pregunto, deslizando mi pulgar por su mejilla ardiente.

—En la mía —contesta.

Tomo su mano y nos dirigimos hacia la salida. No parece del todo convencida, porque no deja de mirar de un lado a otro.

—No te preocupes, tus amigos saben cómo volver a casa —hablo antes de besar la comisura de sus labios. Mis ojos se desvían hacia sus pechos.

Caminamos hasta la parada de taxis que se encuentra a pocos metros del *pub*. Ella le indica la dirección al conductor. Vivimos casi cerca. Sus manos repiten el mismo gesto nervioso y su respiración sigue agitada, dudando si seguir con esto o no, y la idea de que podría ser virgen cruza por mi cabeza.

¡Que no diga que es virgen, por favor!

¡No puede ser!

Entramos en el ascensor en completo silencio. La observo mientras se quita los zapatos. ¡Vaya solapa de pie tiene la niña! Muevo los míos y, como si fuera un reflejo, ella hace lo mismo. Se da cuenta de mi gesto y levanta la vista hacia mí. Sus mejillas, aún más sonrojadas, parecen haberse teñido con colorete. Llegamos al segundo piso. Le cedo el paso para que salga primero, como el caballero que soy. Su forma de caminar resalta sus caderas anchas y sus piernas perfectas.

Saca las llaves de su bolso negro y abre la puerta, invitándome a entrar.

Su piso está completamente ordenado, sin una mota de polvo. Como los del folleto de Ikea. Ella se adentra al interior y yo examino cada rincón de la estancia. Está decorada con varios jarrones con flores, cada uno de un color diferente. Echo un vistazo a algunas fotos suyas con sus amigos. Tienen que conocerse desde hace años. Una me llama la atención: posee un marco amplio, con una carta escrita a mano, firmada por Estefi y Mauro, y un retrato de los tres. Sus amigos están con una camiseta rosa que dice «Bienvenida a tu nueva vida», y sostienen un enorme ramo de flores. Precisamente, tulipanes. Está mucho más delgada, muchísimo, y su sonrisa es diferente. Siendo sincero, me gusta como está ahora. Su cuerpo tiene más curvas, más vida… Una auténtica belleza.

Carraspea, llamándome la atención. Me giro y la veo con una camiseta como… cinco tallas más grandes que ella, llegando debajo de sus rodillas. Tiene una de las piernas y ambos brazos completamente tatuados con tulipanes y mariposas.

—Has perdido el tiempo vistiéndote. —Me acerco hasta quedarme frente a ella, ahora dejándome una pequeña sonrisa.

Mis manos se cuelan debajo de la prenda que lleva, rozando su piel caliente, y llego a sus pechos naturales. Recorro su cuerpo con la mirada. Sus pezones duros, me hacen imaginar mis labios sobre ellos. Necesito verla denuda; tanta es mi necesidad ahora, que me deshago de su camiseta. Es perfecta, *sexy*, tanto que puedo notar el tirón de *Ángel* en mi calzoncillo.

Ella, sin embargo, cruza los brazos sobre su vientre, en un gesto automático. Un clic suena en mi cabeza cuando recuerdo las palabras de su amiga por su baja autoestima.

—Es… A ver, cómo… —Que no me diga que es virgen, por favor.

No la dejo terminar y me lanzo a sus labios. Otra vez, su olor dulce me intriga.

Los dos estamos perdidos en una excitación extrema; ella apenas lleva unas bragas de encaje morado. Es maravillosa. Cada vez que se avergüenza, me pone aún más palote. Me duelen las pelotas de las ganas que tengo de follármela.

Después de devorar sus pechos —que son grandes, apretados y jodidamente perfectos—, me deshago de su ropa interior y me quedo a la altura de su coño. Está mojada, demasiado cachonda, tanto que sus fluidos empapan el interior de sus muslos. Separa un poco más las piernas y guía mi dedo índice hacia su entrada.

¡Por mi santa madre! Ahora soy yo quien abre demasiado los ojos. Hasta su maldito coño me tiene loco.

Ella echa la cabeza hacia atrás mientras me chupo el dedo y disfruto de sus fluidos. ¡Eso no puede ser! Con la otra mano, intento aliviar mi erección, que me duele más que antes. No resisto otro segundo y comienzo a comerle el coño sin parar. Sus gemidos y sus dedos enredándose en mi cabello, despeinándome por completo, me pierden. Me presiona contra su sexo con más fuerza. En este preciso instante, aprisiono su clítoris entre mis labios. Dice mi nombre y se corre.

Mi mente se nubla mientras bebo hasta la última gota de su maldito orgasmo.

¡Es la primera vez que una mujer me hace sentir que quien va a rozar el cielo soy yo!

La vuelvo a besar, atrayéndola hacia mí. Arruga la frente cuando saborea mis labios. Me separo de ella con un movimiento ágil, haciéndola quedar de espaldas. Inclino su cuerpo hacia delante y ella misma apoya sus rodillas y codos en el sofá. Me agacho para coger un condón de mi cartera, sin perder la oportunidad de volver a lamer su coño. Suelta un gemido, tan intenso que me vuelve tarumba. Su voz, llena de deseo, me pone aún más duro.

Me coloco el preservativo en tiempo récord. Acaricio nuevamente su clítoris mientras ella arquea la espalda y, sin poder aguantar más, la penetro. Por un momento, pienso que pude hacerle daño, pero como no se queja, espero unos segundos a que su interior amolde a mi polla. Está tan, tan estrecha que pierdo el control por un momento. Empiezo a mover mis caderas, demasiado rápido y profundo. Me hundo una y otra vez, agarrándola del cabello para llegar hasta el último rincón de su ser.

Nunca, en todos estos años, me había corrido en tan poco tiempo. Me atrae de una manera increíble. Val suelta un gemido, y yo gruño al sentir como mi pelvis choca con sus nalgas. Su cuerpo empieza a tensarse y su interior se deshace en mi pene. No quiero ni imaginar cómo sería sentirla sin una puta gomita. Me tiene tan excitado que acabamos corriéndonos a la vez. Ambos gemimos mientras entierro mis dedos en sus caderas y ella esconde el rostro entre el asiento y el respaldo de su *chaise longue*.

Apoyo mi frente en su espalda, aún con la respiración descontrolada, sintiendo las gotas de sudor resbalar por mi pecho. Podría estar así el resto de mi vida, pero a pelo. Nada de esa mierda de látex. Salgo de ella, mi «amigo» *Ángel* está aún en posición de ataque. Val se incorpora y me fijo en algunas pequeñas cicatrices en su espalda, varias tapadas por tatuajes. Se gira hacia mí, con mechones de su cabello pegados al rostro.

Vuelvo a mi cartera, cojo otro condón y tiro el primero a la basura.

Follamos otra vez en la encimera de la cocina, igual que en la ducha. Hoy *Ángel* va por libre, cada vez que esa mujer apenas mueve sus caderas para caminar.

Jamás en mi vida, en los seis años que llevo en este trabajo, ninguna chica me había hecho correrme con apenas tocarme.

CAPÍTULO 2

Valkiria

Presente…

—Como todos los viernes, aquí estamos una vez más, en un directo, con mi modelo preferida —habla mi amiga a sus seguidores.

—La única que tienes y que te aguanta… —murmuro para que solo pueda escuchar ella; a continuación, me da un pequeño pinchazo con la aguja en la espalda, que hace que me mueva.

Estefanía se aguanta la risa, ya que cuando está en esos rollos suyos, es algunas veces muy seria.

¡Hija del mal! ¡Harta me tiene! Hartísima.

—Como ya sabéis, en tres meses tengo el trabajo de fin de curso y será un desfile. Una vez más estamos probando colores que combinen con este *bellezón* de mujer. Recordad también que, mientras otras quieren solo chicas delgadas como las modelos de Victoria's Secret, yo prefiero las mujeres con carne. —Me da una nalgada. Más de diez mil seguidores me observan. Me siento vigilada.

Apenas puedo sonreír, porque si digo todo lo que pienso de mi amiga, nuestra amistad se acaba, aquí y ahora. Estefi se acerca a la pantalla de su móvil, mientras lee algunas cosas que escriben sus seguidores, y yo continúo parada como una estatua, con un top de deportes y unas mallas negras. También luzco un moño de loca, estoy algo maquillada y llevo puestas mis gafas enormes, ya que tengo hipermetropía desde pequeña.

Se me olvidó por completo que hoy era viernes. Vamos haciendo esto desde hace seis meses, en mi casa. Simplemente se me va la cabeza. Más bien suelo olvidar las cosas que no me gustan. Como esto. Tengo un estudio de cuarenta metros cuadrados, que me cuesta la misma vida pagarlo. Trabajo a media jornada en la cafetería de Mauro y algunos sábados, en un *pub*. Mi cama, o mi habitación, está separada del salón por una cortina de tulipanes de todos los colores, hecha aquí, por mi amiga, colocada donde hay un armario empotrado de color blanco y el baño. Si la recogemos, puedo ver la tele colgada en la pared y un *chaise longue*, de color gris, comprado de segunda mano. Los cojines y las fundas también los ha hecho Estefi. La cocina, gracias a Dios, es cerrada; que, si no, apesta toda la casa. Y por último hay una pequeña terraza en la que cabemos apenas dos personas y Pinto, mi compañero de piso. Pinto, mi perro, que en algún que otro idioma, su nombre significa polla. Un *basset hound* que mis amigos adoptaron y me regalaron para mi cumpleaños, porque estaba muy sola. Cuando lo vi, con sus ojitos tristes… me entró una cosita en el pecho. Supuestamente era para animarme y estaba más triste que yo. Cuando estamos los tres, mi perro se tiene que quedar dentro de la casa.

Ella sigue a su rollo hablando con los seguidores y pasando de mí.

—Eso, ¿os gustan los colores verde y naranja? Le pega, con sus ojos marrones y su piel bronceada. —Me hace levantar el brazo y me envuelve los pechos con una tela naranja.

Estefi continúa contestando preguntas.

¿Cuál es la mayor locura que habéis hecho juntas? —lee mi amiga. Ambas nos miramos y sonríe con picardía. Sé lo que pasa por esa cabeza.

—Ni se te ocurra contarlo —suelto más alto de lo que quería. Seguido ella se carcajea.

La conozco demasiado bien para saber que esa cara tiene que ver con la historia de Gabriel.

—Como ya podéis ver, aquí mi amiga es un poco rancia para la gente. Llevaba unos meses muy estresada, y…

—¡Cállate! —la amenazo, pero sin perder la sonrisa. Me duele ya hasta la mandíbula.

No lo va a hacer, ¿verdad? Contar el día más patético de mi vida.

Pasa de mí completamente.

—Os cuento el cotilleo… —Sonríe.

—Estefi, ¿qué quieres, que se rían de mí?

—No, mujer, la historia es graciosa. —No me hace gracia—. Pues… Mauro y yo contratamos a un chico de compañía muy *buenorro*, para que se desestresara; eso ha sido todo.

¡La madre que la parió!

Me acuerdo de que estaba yo, toda ilusionada, pensando que un tío como él se había fijado en mí. ¡Qué ingenua soy!

No tengo ningún problema de autoestima. Bueno, o eso creo. Menos mal que no terminó de contar toda la historia: me había enganchado a su sexo y luego me arruiné económicamente, por dos meses. Casi no tenía ni para comer, por pagar a un tío para follar. ¿A quién se le ocurre? ¡Dios, estoy muy perdida!

Ambas nos acercamos al teléfono y la mayoría de los comentarios son de emojis llorando de la risa, otros son de que desearían tener amigos como ellos. Regalo a esos dos si los quieren. Otros que para amigos así no me hacen falta enemigos.

Pasa un rato en el que todos se descojonan de mi desgracia, preguntando si el chico era guapo, si la tenía grande, que si había follado bien. Mi amiga observa mi incomodidad, diciendo alguna que otra tontería más, y se despide. Bueno, las dos nos despedimos, yo apenas con un adiós, y finaliza el *live.* Por fin esa tortura de su directo termina y puedo relajarme. Hasta el coño me tiene esta tía. Estaba tan tensa que hasta me duele la espalda. No me gusta que me estén mirando cientos de personas, tampoco llamar la atención de nadie. Pero no puedo negar que, por ella, he ganado mogollón de

seguidores. Las cosas como son. También, gano algún dinero extra haciendo alguna que otra promoción de tiendas de ropa *curvy*. Pero sin mostrar la cara, que no me gusta.

Mientras mi amiga termina de recoger sus cosas, me ducho muy rápido. Seguido se mete ella, como siempre, para promocionar su ropa. Me trae un vestido que para mí es demasiado apretado, de color negro y manga larga, porque aún por las noches hace fresco. Cuando vuelve, me estoy peleando para ponerme un *body,* así me reduce barriga y pierna.

—¡Hostias! —digo tumbada en la cama, intentando abrochar los corchetes.

—¿Otra vez? —Se acerca a mí y hago un puchero, casi sudando —. Imagina si encuentras a un tío que quiere tema, hasta que te quites todo eso…

—Que me dejes en paz, o no salgo. También es la última vez que me traes vestidos tan apretados. No me gustan.

—¡Pero si estás increíble! —Me extiende la mano para ayudarme a levantarme, casi no me puedo mover—. Esas tetas. —Coloca sus manos en mis pechos—. Ese culo. —Otra nalgada—. Hay que lucirlo. Nena, si eres bellísima.

Cuando salimos a cenar, es una ruina; si como todo lo que come ella, ahora mismo no pasaría por la puerta.

Ambas terminamos de vestirnos y no podían faltar selfis y más selfis. Todo esto lo hago por ella. A ver si termina ya la mierda del desfile y me deja en paz.

CAPÍTULO 3

Valkiria

—¿Encontraré a alguien para un revolcón? —pregunta mi amiga con su brazo enlazado con el mío, mientras caminamos hacia la cafetería.

—Yo qué sé… —digo de mala gana.

—Qué rancia eres, por favor —bromea mi amiga—, Felipe llega la semana que viene… y ya sabes cómo es.

Escuchar su nombre casi me hace parar en seco. Estefi está tan centrada en pensar en ligar, que no creo que se dé cuenta de como aprieto mis puños con fuerza. ¡Lo odio! ¡Lo odio con todo mi ser! Está loca por su hermano, igual que él por ella.

Llegamos a donde nuestro amigo, que está a punto de cerrar. Damos dos golpecitos en el cristal, cuando nos observa, y hace gestos obscenos con su mano y su boca. Es un cochino. Solo piensa en sexo y sexo. Mauro es gay. Según él, hasta que no nos lo dijo a nosotras, cuando tenía diecisiete años, no pudo salir del armario. Tenía miedo de que lo dejáramos de lado. Siempre supimos que no le iban las mujeres, pero era él quien tenía que decírnoslo cuando estuviera preparado. Le costó, y bastante. Incluso, le intentábamos dar algún empujoncito. Estuvimos casi dos años diciéndole, cuando nos emborrachábamos, que teníamos que hablar. Y pensábamos que iba a contarnos, y no. Hasta que un día, Estefi, insinuó algo y por fin se abrió; desde entonces, es libre como una mariposa.

Nos hicimos un tatuaje de mariposa los tres, para sellar nuestra amistad, y desde aquel día las adoro. Yo soy la única que tiene más

de un tatuaje, me encantan. Estoy llena de tulipanes y mariposas por todo el cuerpo. De varios colores, de los que no hay en mi vida. En el brazo, en la espalda y en las costillas. Y el último, me lo hice hace unas dos semanas, en mi hombro izquierdo: un corazón humano, del que salen, como no podría ser diferente, mis flores preferidas, de todos los colores. Tengo un poco de obsesión con esa flor. Todas las semanas, compro un ramo de tulipanes para adornar mi mesita de noche, mi cocina, toda mi casa. Hasta a Pinto le gustan; con mis amigos sacamos muchas fotos.

Ahora estamos ahorrando para irnos a Holanda… Es mi sueño, bueno, el segundo, porque el primero es ir a un concierto de Bruno Mars.

¡Ya está bebiendo! Cerramos la puerta y empieza a preparar nuestras copas, con la canción a tope de Bruno Mars y Sexyy Red: *Fat Juicy & Wet*. Empezamos a bailar, en plan guarro. Mi segundo nombre tendría que ser obsesión. La tenemos siempre en bucle.

—Ya están reunidos «los Ángeles de Charlie» —bromea Mauro. Así nos empezaron a llamar en el colegio y hasta hoy—. Estás que te sales, nórdica.

—Me vuelves a llamar así y verás que te va a pasar —comento fingiendo molestia.

Que para nada me molesta, me encanta mi nombre; mi madre está un poco obsesionada con la mitología nórdica, y de ahí surgió.

—Como te vea Richard… —suelta mi amigo.

—Ya está el bilingüe —me burlo, porque siempre dice su nombre, según él, con acento americano de pacotilla.

—Está loquito por tus huesos y le rompes el corazón a mi gemelo. Seguro que desea meterse una vez más entre tus piernas y hacerte gritar como una perra.

Se carcajea.

¡Qué bruto es!

—Tu hermano está loquito por media discoteca todos los fines de semana. Y como no encuentra a nadie, pues me busca a mí. Nos divertimos a veces. Eso no quita que aún continúe imaginando que me revuelco contigo. Me entra repelús y todo. —Muevo mi cuerpo por el escalofrío que me da.

—Madre mía, qué delicada... Ponte una venda o unas gafas virtuales, y fantasea que es otra persona. —Tomo un trago de mi copa.

—Sí, porque tú lo digas.

Es un idiota.

—Alguna esta noche tiene que quedar con él. No me deja tranquilo. Hoy te toca Estefi. —Muero de la risa.

—Dejadme en paz ya —habla mi amiga.

—Una cae, como me llamo Mauro Figueira.

Charlamos, nos reímos, pero también hablamos mal de las personas. Porque de nosotros seguro que lo hacen. Después de tres copas cada uno, cerramos el local. Caminamos diez minutos, hasta llegar al *pub* de Ricardo, que está petado. Tenemos que ir esquivando gente. Nos acercamos a la barra y le saludamos con dos besos cada uno. Hoy es mi viernes libre, pero mañana sí estaré aquí, ya me lo ha avisado a principio de semana. Hoy lo acompaña Julia, la otra camarera que llama Ricardo para ayudarle cuando a mí no me toca trabajar. Es la que nos sirve las copas. Un copazo de *whisky* bien cargadito, como a nosotros nos gusta.

Empezamos a bailar con la canción *Despeinada* de Ozuna. Mientras, Mauro coquetea con uno y con otro, en plan desesperado. Esos dos energúmenos: él y Estefi, tienen la manía de desaparecer en busca de alguna presa para la noche, y siempre acabo sola en un rincón, nada más porque soy un poco borde para la gente. Solo ellos me aguantan. Más sola que la una, vuelvo a la barra, donde observo a mi jefe y a mi compañera desbordados, por lo que decido ayudarlos. La fotocopia de mi amigo me agradece con un beso en la comisura de mis labios. Ains, por Dios. Parece que estoy besando a

su hermano. He visto la polla de Mauro y puedo garantizar que ni comparación con la de Ricardo. La única diferencia que tienen entre ellos es que Ricardo es más fuerte, de cuerpo perfecto, muslos definidos; le gustan mucho los pantalones ajustados, marcando culo y paquete, ahí sí se nota que la tiene grande.

—Como siempre estás preciosa y lo sabes, Val —me susurra al oído.

¡Virgen santísima! En ese momento mi cuerpo se tensa, imaginando que me hace las mayores cochinadas del mundo mundial.

—Ya, ya… —Coloco tres cubos de hielo en la copa. Me ha visto de las peores maneras posibles, no puedo evitar tener vergüenza al hablar con él.

La verdad, Ricardo me revienta. Y no es una manera de hablar. Me dejo convertir en una Valkiria que se siente poderosa por unos minutos. Minutos de orgasmo y sexo desenfrenado. Pero luego… todo vuelve a ser igual. Mi vida vacía. Nos hemos dado unos cuantos revolcones… Y me dice cosas que me suben la autoestima a lo más alto. Pero no sé, hay algo que no me termina de convencer. Nunca quiere que me vista, según él, porque le gusta verme desnuda todo el puto tiempo. Y a mí me importa muy poco lo que me diga, cuando todo se acaba, me visto. Porque en el momento del calentón, lo hago todo sin pensar. Luego ya viene el arrepentimiento por muchas cosas, que prefiero no pensar ahora mismo. Recuerdo que la primera vez que nos acostamos, por rayaduras de mi cabeza, como siempre, tuve que mantener las luces apagadas. Pero después, me acostumbré a él y ya no me hizo falta, ya que siempre me ha hecho sentir cómoda.

Muevo la cabeza para quitar todos esos pensamientos. Las horas pasan y mis amigos una vez más me dejan tirada. Me toca volver a casa sola. Cuando son las cinco de la mañana, en el *pub* empieza a haber menos gente por cada minuto que transcurre. Recogemos las copas que los clientes tiraron por todos los lados. Metemos todo en el lavavajillas, ya que mañana a las seis de la tarde estamos aquí

para terminar lo que falte. El personal de limpieza viene sobre las diez.

Como no podría ser de otra manera, el gemelo de mi amigo me acompaña hasta casa. Le invito a subir y claramente no se niega. ¿Es feo imaginar que me follo a otro?

¿Pero, a quién? Con el pasar de los años, me estoy haciendo mayor y más aburrida. Necesito experiencias nuevas en mi vida por Dios.

Ni siquiera me da tiempo a deshacerme de mi *body* reductor, cuando Ricardo rompe el último corchete. Abro un poco los ojos, mientras él muestra una sonrisa traviesa; al final acabamos riéndonos, porque para quitar esta mierda, tengo casi que ponerme del revés. Pero mi sonrisa es de vergüenza y de nerviosismo. Si fuera otra persona, sería la primera y última vez que quisiera verme. En cuestión de segundos, mi sujetador rosa de encaje vuela. Avanza hacia mí, en un beso desesperado. Rodeo con mis brazos su cuello; sus manos aprietan mi cintura, acercándome más a él. Siento su erección en mi vientre, mientras tira de mi labio inferior. Por segundos mi mente me traiciona, haciéndome pensar en cómo un hombre como él puede ponerse tan cachondo con una mujer como yo. Cierro los ojos, queriendo que se me vayan esos pensamientos. Tanto que se me corta el rollo. De verdad, ya no me apetece nada. Pero lo hago. Quito su polo azul marino y dejo que me tire sobre mi cama. Baja su pantalón vaquero, junto con sus calzoncillos. Yo le dedico una sonrisa forzada y vuelvo a besarlo. Fingiendo algún que otro jadeo. Una de mis manos abre el cajón de la mesita de noche y cojo un condón. Se lo pone en cuestión de segundos.

—No sabes las ganas que tenía de volver a follarte, Val —susurra Ricardo, apretando el lóbulo de mi oreja con sus labios. Vuelvo a dejarle una sonrisa falsa, cuando me penetra de un solo golpe.

Ahora sí gimo de verdad, en cuestión de segundos mi cuerpo tiembla. ¡Qué gusto, por favor! Tengo que hacer esto más a menudo… Sus embestidas, como siempre, no decepcionan. Mi cuerpo se tensa y disfruto mientras me besa. Masajea mis pechos,

los chupa, a la vez que pierdo la cabeza. Nuestras miradas se encuentran y llega a lo más hondo de mi ser. Necesito más, mucho más. Con solo eso no estoy bien del todo. Bajo mis manos y empiezo a masturbarme, mientras él entra y sale con más fuerza y ganas. Levanta levemente mis caderas y repite. Cuando siento el cosquilleo de mi vientre, estoy a punto de correrme. Y él lo nota. Arqueo mi espalda, y en el lado izquierdo de mi cintura, donde se encuentra un tulipán de color rosa, se puede leer la frase: *Si te rodeas de gente de luz, lo verás todo más claro.* Mi luz han sido Mauro y Estefi. Segundos después es Ricardo quien llega a su orgasmo. Con un gruñido muy *sexy*. Apoya su frente con la mía y me deja un beso en la nariz.

Se coloca a mi lado; ambos miramos el techo. El hermano de mi amigo aún respira con dificultad mientras yo… cierro los ojos con fuerza. Nada más porque me hace sentir rara e incómoda a la vez.

—¿Quieres algo de comer? —pregunto. Ricardo se gira de lado, apoyando su peso en su codo y me deja un guiño, supongo que será un sí.

Me levanto directamente al armario, cojo una camisa, de las más grandes que tengo, creo que puede ser… ¿3XL? Me gusta estar cómoda, también me coloco mis bragas. Ricardo se va al baño, y yo a la cocina, buscando la bolsa de carne de pollo para kebab, luego tomo de la nevera lechuga, maíz y mucho queso. Las grasas saturadas me fascinan. Hago dos burritos, con mucha salsa de yogur casero que aprendí a hacer por internet. Ricardo apenas se pone su calzoncillo y se ubica a mi lado en la diminuta barra de la cocina que tengo de mesa, cuando la puerta de mi casa se abre.

—¡Hostias! —exclama Mauro, al vernos a los dos sentados, juntos.

—¡Vaya por Dios! Te voy a quitar las llaves. Llegas diez minutos antes, y nos encuentras ahí, follando —suelto, y le doy un bocado al burrito.

—¡Valkiria! No me seas tan gráfica, que estás hablando de mi hermano. Mi gemelo ha puesto su polla dentro de tu coño… en el de

mi mejor amiga. ¡Qué imagen me ha venido a la cabeza! —Se estremece—. Perooooo —alarga la vocal—, sabía que ibas a caer, es difícil resistirse a un Figueira. —Sonríe con picardía—. ¡Joder, vístete! —le dice a Ricardo.

—Sí, hombre, esta es mi casa, como si quiere estar en pelotas. ¿Qué haces aquí? Después de haberme dejado tirada otra vez. Estoy empezando a plantearme dejar de ser vuestra amiga. Con todo el dolor de mi corazón.

—Uuuuh. —Se acerca, cogiendo de las manos de su hermano lo que iba a llevar a su boca, y lo devora así, sin más—. ¿Qué más hay para comer? —habla con la boca llena.

Ricardo me observa moviendo la cabeza y me deja un beso en la mejilla. ¡Más mono! Pero siempre hay un jodido *pero* en mi vida.

—No empecéis —rechista su hermano, que abre y cierra todos los armarios—. ¿Puedo dormir aquí?

—¡No! —decimos al unísono.

—Puedes dormir con Pinto. —Los tres lo miramos, en su cama, que, por cierto, es pequeña. No se ha despertado desde que llegamos.

—Con el sofá me conformo. Me pondré tapones, por si decidís daros otro revolcón.

Su hermano se levanta y le da una colleja, mientras que Mauro devora casi el paquete entero de donuts.

—Animal. Un respeto. Que soy tu hermano mayor.

Casi me atraganto, siempre discuten como dos niños pequeños y como hermanos que son. Ricardo es cuatro minutos mayor que Mauro. Por un instante, los observo uno al lado del otro. Lo único en que se diferencian, es en que mi amigo no tiene un lunar en su ceja derecha como su gemelo. Si no fuera por eso, imposible. Charlamos un rato más, y nos empieza a contar que Estefi se ha ido a casa de no sé quién. A saber… No hay una mujer más facilona que ella.

Mi amigo sabe perfectamente como soy con la limpieza y el orden. Por eso, cuando salgo del baño después de cepillarme los dientes, todo está impecable. Él siempre se asegura de dejarlo así, como si conociera mi mente y supiera que no soporto el desorden. No intercambiamos muchas palabras mientras utiliza su cepillo eléctrico, que guarda en el cajón del mueble. Sí, los dos tienen aquí utensilios de higiene personal y dos mudas de ropa, para alguna urgencia. Siempre acaban en mi casa al final de todo. Nos hablamos con la mirada. Me hace caras raras y cuando le respondo con una peineta, suelta una carcajada. Lo entiende. Sabe exactamente lo que significa.

Sonrío de lado y lo empujo para salir del baño. Me meto en la cama junto a su hermano. Minutos después, él aparece y se tira sobre nosotros. Ricardo suelta un gruñido ahogado y se lleva la mano a la entrepierna.

—¡Tu puta madre, joder! —se queja entre dientes, doblándose sobre sí mismo. ¿En serio Mauro acaba de darle un rodillazo ahí?

El cabrón de mi amigo se parte de la risa mientras su gemelo entierra el rostro en la almohada, retorciéndose de dolor.

—Que te vayas al sofá —le amenazo, fulminándolo con la mirada —. Y como no lo hagas, te voy a dar una hostia que te vas a cagar.

Mauro, aún con su risa burlona, deja un beso rápido en la mejilla de ambos antes de salir y echar la cortina.

Entonces, Ricardo me trae más cerca. Su rostro se hunde en mi cuello, su respiración cálida se mezcla con mi piel, haciéndome estremecer. Y la siento. De nuevo. A su erección, dura y firme contra mi vientre. ¿Cómo es posible? Hace un segundo estaba sufriendo de dolor y ahora…

Sus manos entran con facilidad dentro de mis bragas, al tocar mi clítoris, suelto un jadeo.

—Val… —susurra, apoyando su frente con la mía—. Me encantas. Esto… —Ambos miramos su erección—. Lo provocas tú…

Dos de sus dedos entran en mi interior, arrancándome un gemido silencioso. Ya que mi amigo, o sea, su hermano, está a apenas unos centímetros de nosotros. Me ha entrado un morbo, que me he dejado llevar. Su otra mano se va a mi nuca, nos besamos intensamente, mientras suelto algún que otro gemido de placer. Atrapada entre sus dedos, llego a un clímax perfecto. Con el corazón a mil por hora, sale de mi interior, llevando todo lo que ha sacado de mí a su boca, dejándolos completamente limpios. Aún intentando normalizar mi respiración, me deja un beso en la frente. Se acomoda en mi cama igual que yo.

—Val, me encantas… —repite mi amigo, burlándose de nosotros.

Mi reacción es coger uno de los cojines que están en el suelo y lanzárselo, pero con la cortina echada no ha servido para nada.

CAPÍTULO 4
Felipe

—*Thanks* —agradezco a Margot, mi secretaria, que me trae los billetes de los vuelos de España a Nueva York para mis padres y mi hermana. Son para dos semanas antes de mi boda. Dentro de seis meses, ¡me caso! ¡Joder, me caso…! ¿En serio?

Lo imposible pasará. Aquel chico del pasado se irá para siempre. Quién lo diría. No echo de menos esos tiempos. Estoy bien como estoy. Me gusta mi vida en pareja. Aunque a veces quiero mandar a mi novia a tomar por culo. Me gusta, pero ¿y lo que es trabajar y convivir con la misma persona, prácticamente veinticuatro horas al día? ¿Desde hace seis años? Es una jodida mierda muchas veces. Según Nathan, soy un imbécil que arruinará su propia vida al casarme con la insoportable de su hermana. ¿Cómo se atreve a hablar así de ella? Algunas veces sí lo es, lo sé. No hay quien la aguante. Ni siquiera yo. Pero no puedo dejar que diga eso de ella. Tiene demasiadas responsabilidades sobre su espalda. Y una de ellas es cuidarlo.

Me vine a EE. UU. con una mano delante y otra detrás, después de estar un año y medio buscando trabajo en España. Había terminado la carrera de Ingeniería Informática, pero no conseguía trabajo por nada del mundo. Decidí cambiar de aires, y EE. UU. fue donde elegí ir, concretamente a Nueva York. Desde entonces, no he vuelto a España, simplemente porque no he querido, me encuentro a gusto aquí. Me daba igual que al principio lo pasara realmente mal echando de menos a mi familia, pero me tenía que hacer a este nuevo lugar. Aun así, mi primer trabajo aquí no ha sido de lo que estudié. ¡Ojalá! Estuve de aparcacoches en un *pub* de pijos. Allí

conocí a mi cuñado. El típico niño *playboy*, hijo de papá, con su cochazo, teniendo apenas veintiún años. Ese día estaba tan borracho y drogado, que fui yo quien lo llevó a su casa. A la de su hermana, más bien. Porque, según él, como lo dejara en casa de sus padres, le iban a quitar todo: coche, tarjetas de crédito...

Su hermana me lo agradeció muchas veces y también me pidió disculpas. Las acepté encantado. Luego la ayudé a llevarlo hasta la ducha, ya que ella no podía con él. Zoe mide 1,60 cm y su hermano le saca dos cabezas. Igual que yo. Mientras ella lo duchaba, le daba alguna que otra colleja o le reñía, y nosotros charlábamos, como si nos conociéramos de toda la vida. Ya estaba amaneciendo cuando me ofreció una taza de café, después de que ambos trasladáramos a su hermano a dormir la mona. Le conté toda mi vida; hacía meses que no hablaba con nadie y me desahogué a gusto. Tanto, que me pareció ver que Zoe me miraba mucho, de una manera que casi había olvidado. Pues pasó. Me lancé sobre ella. En ese momento no me correspondió el beso. ¡Normal! Yo podría ser perfectamente un asesino en serie. Seguido me di cuenta de mi error, y me disculpé una y otra vez. Si hubiera podido, me hubiera tirado por la ventana de su ático, en pleno centro de Nueva York.

Pero, cuando estaba a punto de coger el ascensor —que abre directamente delante de la puerta de su apartamento—, ella me llamó por mi nombre. Se acercó y se puso de puntillas, mientras colocaba una de sus manos en mi nuca, y me besó. Fue un beso demoledor para mis sentimientos. Me enamoré; estaba carente de que alguien me tocara.

Gracias al trabajo, pude pagar un apartamento pequeño y en condiciones, ya que compartía piso con tres estudiantes desastrosos. Tenían el piso como una verdadera pocilga. Luego mi amistad con mi cuñado empezó a ir a más y a donde estábamos nosotros estaba Zoe.

Tres citas más y ya estaba trabajando en lo que me ha costado la misma vida estudiar. En la empresa de su padre. Según ella, necesitaban un ingeniero. Un año más tarde, ya estábamos viviendo

juntos, y fue cuando me dijo que era mentira, que solo me quería tener cerca. Tres años después su padre falleció, y ascendió a jefa. Y como no puede ser diferente, como su novio enchufado, me ascendió a jefe del Departamento de Desarrollo.

Miro mi Apple Watch y hago el cálculo de que ahora en España son las nueve y media de la mañana. Decido llamar a mi hermana, que seguro está ya de camino al taller. Muero de ganas de ver a mi enana, que está hecha una mujer.

—¡Joder! ¿Qué te pasa? ¿Por qué me llamas… otra vez?

—Buenos días para ti también, hermanita.

—No me sueles llamar mucho y llevas tres días seguidos haciéndolo. ¿Algún problema con mi querida cuñada? —Esto último lo dice con ironía. No entiendo por qué no le cae bien mi chica—. ¿Qué te pasa? —Sonrío.

Bueno, si lo sé… Al principio yo hablaba mucho con Estefi, hasta que un día, Zoe, cogió mi teléfono pensando que era algún ligue que me había dejado en Madrid y empezó a insultarla y a gritarle. Mi hermana no sabía nada de inglés, pero los típicos insultos los saben todos. Y desde ahí… le cae un poquito regular. Estuvo casi seis meses sin hablarme cuando le dije que nos íbamos a casar. Me dijo de todo…

—Tengo ganas de verte.

—Ya, ya… ¿Seguro? —insiste.

—¡Que sí, pesada! —Me recuesto en mi sillón.

—Bueno, mañana estarás aquí, y recuperaremos el tiempo perdido. —Hace una pausa—. Ocho años… Ocho años, Felipe. ¡Mal hermano! —me reprocha, y me río. Te vienes a casa, ¿verdad?

—Claro.

—¿Se pueden recuperar todos esos años, en apenas dos meses y medio?

—Seré todo tuyo, cada hora del día.

Tengo ganas, la verdad. Y también estoy nervioso. No lo entiendo. Pero lo necesito. Necesito a mi familia.

—La tengo pre… Espera… Esa zorra, hija de puta.

¡Qué malhablada es!

—Estefanía —le llamo la atención, moviendo la cabeza en señal de negación.

—Es que me acaba de llegar un mensaje de que, mi mejor amiga se ha liado con el hermano de nuestro amigo y…

—Por Dios… ¿En serio que estás con el teléfono mientras conduces? Irresponsable.

—Estoy en un semáforo. Escúchame… Encima, eso ha sido el fin de semana pasado. ¿Y ahora me lo cuentan? ¿Te lo puedes creer? —habla indignada.

—¿Y eso a ti qué te importa? —Siempre ha sido muy cotilla, como las marujas del barrio.

—Que es Val, Felipe. Val... ¿No entiendes?

Claro que lo entiendo. Parece que la estoy viendo ahora mismo, toda cabreada por algo que le hemos dicho Sergio y yo. No puedo evitar que una pequeña sonrisa aparezca en mi rostro.

—¡Ah! Tu hermana gemela, pero en gordita —bromeo.

En ese instante, mi hermana empieza a murmurar algo que no puedo entender.

—No vuelvas a decir que es gordita, no delante de mí, que te daré en la cara, con toda la mano abierta. Es guapa, de un *sexy* que te cagas. —Su tono de voz ahora es serio—. Y lo digo de verdad. ¡Ni un chiste más sobre eso! Ni uno más… —De repente solo puedo escuchar el sonido de la llamada colgada.

¡Joder! Cómo se ha puesto. Si llevo diciendo lo mismo desde que era una cría: mi misión era atormentarla y meterme con ella. Tenía mucho carácter y saltaba como una loca. No voy a mentir, más de una vez la hice llorar por las cosas que le decía, sobre todo por su físico y su forma de ser. Era un capullo, pero Sergio lo era más.

Cuando estaba con mi amigo, ella ni siquiera entraba en casa; éramos capaces de sacarle lo peor. Se enfadaba y se pasaba días sin venir. Hasta se le echaba de menos. Llamaba a mi hermana desde fuera y, si estaba yo, era el que le contestaba. Antes de que pudiera decirle mucho, ya empezaba a insultarme y a tirarme todo lo que encontraba en la calle. Luego mi hermana empezaba a reñirme por las cosas que le decía. Pero, después de unos días, volvía como si nada hubiese pasado; se daba un descanso para volver con más fuerza.

«Pero…, ¿qué he dicho mal? Lo llevo diciendo desde hace años. Es gordita… ¿Y qué pasa? Para gustos, colores».

No dejo de pensar en su enfado repentino. Tanto que recojo mis cosas y me largo a casa. Hoy a las nueve de la noche vuelo a España y tengo que pasar un rato con Zoe antes, porque si no… me lo va a reprochar. No le hace mucha gracia que me vaya solo. Tuvimos un par de discusiones por eso. Bastantes e intensas, en realidad. Y todo porque le conté que Sergio, mi excuñado, con el que compartí fiestas, resacas y muchas orgías, empezó a hacer planes. Según él, allí estaré soltero otra vez. Pero eso, a ella no se lo digo. Y, sinceramente, la idea no me disgusta. Un poco de aire fresco no le viene mal a nadie.

Mi chica es un poco especial; le gusta que le dedique el máximo de atención cuando estamos en casa. Que le pregunte cómo ha ido su día y luego escuchar sus protestas del trabajo, que está harta de todo, que Nathan le deja la mayoría de sus tareas a ella y bla, bla, bla. Pero luego follamos, en nuestra cama, en la ducha o en donde nos pille. ¡Por Dios! Como diga que follamos, pues ya hay una discusión, entonces tengo que decirle que lo que hacemos es el amor. No lo quería admitir, pero me siento aliviado de irme. Me hace ilusión. Estar un poco separados y respirar. Ver qué hay para mí más allá de nosotros. No porque quiera alejarme de ella o porque tenga dudas. Sé que la amo, joder. Pero también necesito respirar. Necesito ser yo sin ella un rato. Solo eso. No hay más.

Sin hablar de la boda. Qué coñazo está dando con todo. Me aterra, no por miedo al compromiso, sino porque la elegí para ser mía para siempre, hasta que la muerte nos separe. Intento no pensar en lo que se viene. Lo que sí quiero es echarla de menos de verdad. Que una sonrisa aparezca en mi rostro cuando vea su nombre en la pantalla del móvil. Volver a buscarnos con ganas, con deseo, el día que regrese. Y yo descanso un poco de su intensidad, que también me revienta. Necesito volver, aunque sea por poco tiempo. Ya que, en unos meses, lo nuestro será para siempre.

Quién diría que aquel solterón que rompía corazones, que le gustaba las orgías y los tríos con Sergio «él por un lado y yo por otro», iba a sentar la cabeza. Nos vendrá bien estar separados esos meses. No tengo dudas de mis sentimientos hacia Zoe, aunque nuestra relación también necesita ese espacio. Ambos precisamos echarnos de menos, tener aquellas ganas locas de hablarnos, a pesar de que sea complicado por la diferencia horaria... y no la quiera despertar para apenas escuchar su voz.

CAPÍTULO 5

Valkiria

El timbre suena insistentemente y me cago en los muertos de quien está al otro lado de la puta puerta. Miro el reloj de la mesita de noche. ¿Once y cuarto de la mañana? ¿Quién cojones será? Seguro que alguno de mis amigos… Para una vez que no tengo que ir a la universidad o a la cafetería. ¡Me cago en todo! Con una mala hostia tremenda, me levanto arrastrando los pies, con una camiseta tres tallas más grandes que la mía, hasta medio muslo, con pelos de recién levantada y frotándome los ojos. Llevo una semana horrible: tres exámenes en cuatro días, he llegado a las cuatro de la mañana del *pub* de Ricardo y ahora la puertecita. ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Me podéis decir?

—Estefanía… me voy a cagar en toda tu gente, como te hayas olvidado las llaves otra vez... —Abro la puerta de golpe.

Pero en lugar de ver a mi amiga con su cara de «lo siento» o a Mauro con una excusa estúpida como que no ha encontrado ningún *maromo* para pasar la noche o simplemente a «Richard», que viene para que me dé lo mío: un polvo mañanero... Infelizmente, no es ninguno de ellos. Me encuentro con un hombre alto, de al menos un metro noventa, cabello negro, ojos avellana, pantalón vaquero, camisa negra y una chaqueta azul marino. Junto a un pedazo de maleta enorme.

¡Felipe!

¿Qué coño hace aquí? ¿Era hoy que llegaba? Hago una mueca al volver a mirar la maleta. Esto no me gusta. Intento ocultar lo que

estoy sintiendo ahora mismo al ver a este cabrón frente a mí; aprieto fuerte el pomo de la puerta hasta sentir el metal clavándose en la palma de mi mano. Tengo que calmarme.

Me examina con cara de gilipollas, después observa el número del apartamento y vuelve la vista de nuevo hacia mí. Cruzo los brazos y lo desafío con la mirada. ¿Qué mierda mira tanto? ¿Se ha vuelto más tonto?

—¿Así les abres a todos los que timbran? —pregunta con una expresión juguetona y poniendo una pose chula. Normal en él.

Típico del Felipe del que me enamoré, con esa sonrisa de infarto que solo quería que me dedicara a mí...

¡No, no pienses eso! Recuerda quién es él. El maldito hijo de puta que me destrozó la vida. Creo que nunca he odiado a nadie desde hace tantos años. ¿Por qué me vienen esos sentimientos que me putearon tanto? ¿Por qué ha tenido que volver? ¡Creía que no tendría que verle la cara más veces! Ya bastante mal la paso cuando estoy con Estefi y él la llama. Tengo que apartarme y hacer otras cosas para no verle, para no escucharle... para mantenerlo lejos de mi mente. Es escuchar su voz y me pierdo totalmente. Tengo ganas de entrar por el teléfono y matarlo con mis propias manos, a la vez que deseo hablarle...

Recuerda, Valkiria. Te jodió la vida.

Entro completamente en estado de *shock;* el sueño que tenía se ha ido de golpe. Al igual que mi corazón ha salido del pecho y ha vuelto a entrar. Odio no entenderme. Odio sentirme así.

—¿Qué cojones te importa? —le respondo, borde.

—Mi hermana me dijo que viniera aquí. No está en su casa… y no quiero saber dónde está. —Su mirada vuelve a recorrerme de arriba abajo y mi paciencia se agota. ¿Se puede saber qué le ha dado por mirarme tanto? Parece que se ha vuelto bizco.

—¿Y? ¿A mí qué me importa? Estefanía no me ha dicho nada, así que ya puedes irte por donde has venido, gilipollas.

Felipe desvía la mirada y suelta un suspiro.

—Valkiria, por Dios… No me seas así. Tu carácter parece que no ha mejorado durante estos años. —«Por tu culpa, pedazo de mierda»—. Si tienes algo que protestar, llama a tu amiga. A mí no me digas nada.

Y, sin esperar una invitación, entra arrastrando su maleta. Yo sigo ahí, agarrada al pomo de la puerta con más fuerza todavía, intentando volver a este mundo y no ponerme a gritar como una histérica. Cojo aire y me giro hacia él.

—No, no, yo no te he dicho que te puedes quedar, Felipe. Así que vete por donde has venido —digo a punto de que me dé algo. Con la respiración acelerada, empiezo a tirar de su maleta hacia fuera y el imbécil la empuja hacia a dentro para quedarse.

De un tirón enérgico, acaba ganando, llevándola aún más hacia el interior de mi casa. Pasando de mí, como ha hecho desde siempre.

Me fijo en su espalda, y mis ojos van directos a su culo. Con ese pantalón apretado es imposible no hacerlo. Su camisa negra se encuentra tan ajusta que parece que puedo ver su piel a través de ella. Está mejor que antes. ¡Desgraciado! Cierro los ojos, intentando tranquilizarme. Debería tener barriga cervecera, arrugas. ¿Pero por qué sigo mirándolo? ¿Eres tonta, Valkiria? ¿Te has olvidado de cómo te destrozó? Debería echarlo a patadas, romper una silla en su espalda de macho gorila de lomo plateado, mientras le digo todo lo que llevo queriendo decirle desde hace años. Por hacer de mi adolescencia un maldito infierno. Respiro profundo un par de veces, para no perder el control, cuando se para en medio de mi diminuto salón y suspira mientras me mira.

—Se suponía que iba a recogerme en el aeropuerto. No sé qué ha pasado, pero me dijo que no estaba en su casa y que viniera aquí, que seguro estarías, para que no me quedara tirado en la calle como un perro.

«Eso es lo que has sido toda tu vida, un maldito perro, cabronazo». Es que me faltan insultos. Sigo pensando en echarlo, en mandarlo a la santa mierda tal y como se merece, pero pienso en Estefi. Me mataría si dejara a su adorado hermano en la calle. Y lo

peor, me preguntaría por qué lo he hecho, yo me inventaría cualquier cosa, me pillaría en la mentira y se enfadaría. Tanto a ella como a Mauro les prometí que jamás volvería a ocultarles nada. Y tendría que decirles la verdad. Una verdad que solamente saben dos personas. ¿Cómo se sentiría Estefi si supiera...? La destrozaría, lo quiere demasiado. Cierro la puerta al fin y le miro otra vez.

¡Qué guapo es, por favor!

Me muerdo el labio con fuerza. ¡No pienses eso! ¡Basta, Valkiria! Que parece que tienes el puto síndrome de Estocolmo. Camino apresuradamente hasta mi habitación, tomo mi teléfono y marco a mi amiga. Tarda en contestarme, lo que ya es mala señal. Hoy no volverá pronto a casa.

—¿Ha llegado? —pregunta con la voz entrecortada, y luego deja ir un gemido.

Me paso la mano por la cara. No me lo puedo creer.

—Me has cogido el teléfono…, ¿y estás follando? —suelto más alto de lo que quería.

—¡Por el amor de Dios! —protesta Felipe desde el salón.

—Más… —dice la muy perra en un susurro. Cuando parece que se ha recuperado, tiene la dignidad de hablarme—. ¿Qué quieres, Val?

—¿Que qué quiero? ¡Tu hermano se ha presentado en mi casa y no me habías avisado de que venía!

Se escucha movimiento y jadeos, pero Estefi no me responde.

—¡Estefanía! —grito, fuera de mí. ¡La mato, la mato!

—Ah, ¿no? Pensaba que te lo había dicho el otro día... En fin, no te molesta, ¿verdad? Solo son unas horas, te lo prometo. —De nuevo deja ir un gemido—. Dile a mi hermano... que se quede ahí... Llego en unas horas.

Y la muy perra cuelga.

—No, no, Estefanía, ¡no cuelgues! —exijo, pero ya solo escucho el tono de la llamada cortada.

Genial. Me quedo mirando el teléfono y luego a él, que sigue ahí, de pie en mi salón como si nada. El hombre que me ha hecho odiar el sexo opuesto con todas mis fuerzas lleva en la cara esa sonrisa, esa… con la que siempre me pedía disculpas, por hacerme llorar de la rabia, por tratarme como una maldita basura; hacía que mi corazón casi se me saliera por la boca. Me abrazaba, yo me derretía y lo perdonaba. Días después volvía a hacer lo mismo y peor. No debería estar tan tranquila en esta situación. Lo observo nuevamente.

Abro más la cortina. ¡Hostia puta! ¡Que está aquí!

Escucho la risa de Felipe y suelto el aire sin darme cuenta de que lo estaba conteniendo. Tiro el móvil en la cama y me acerco a él. Tengo tantos sentimientos encontrados ahora mismo, que no sería capaz de separar ninguno de ellos.

La última vez que lo vi era un niñato alto, sin tantos… ¿Músculos? Con el pelo siempre alborotado y la ropa un poco holgada. Ahora..., es una versión 2.0. Vale, está más guapo que antes. ¡Maldito cabrón! Mis ojos recorren su rostro, sus ojos avellana, los mismos que su hermana, pero los suyos son más intensos. Algo que puede derretir cualquier braga sin demasiado esfuerzo. Tiene ese poder. Aún lo tiene.

—Pues... —dice, incómodo—. Puedes volver a dormir. Y yo..., ¿puedo echarme en el sofá?

—Como si quieres dormir en el suelo. O en la cama de Pinto. Me la suda lo que hagas con tu vida. —Trago saliva porque sigo flipando. Intento recolocar mis pensamientos, porque todo esto me ha pillado desprevenida—. He llegado hace nada de trabajar y hoy no tengo que ir a la cafetería. Quiero descansar.

—Perdona... mi hermana...

Felipe González Vera, ¿pidiendo perdón? Aguanto una carcajada sarcástica, porque mis ganas de partirle la cabeza son demasiado grandes.

—No pasa nada —respondo tratando de sonar natural. «Sí pasa, sí pasa». Me importa una auténtica mierda sus disculpas. Pero creo que no ha sonado así para nada. Casi perdiendo la cabeza, me fijo en su maleta en medio del salón: «TOC hablando más alto». Me suele pasar, cuando estoy demasiado nerviosa—. Pero, si no te importa, no me dejes la maleta en el medio.

Felipe asiente y la coloca en una esquina mientras yo voy al armario a buscarle una manta. No sé por qué lo hago, tendría que dejarlo morir de frío. Se la entrego y apenas me dedica una sonrisa de agradecimiento. La persiana del salón está levantada lo suficiente para que entren algunos rayos de sol, pero él la baja por completo, dejando la habitación en una oscuridad casi absoluta.

Me tiro de nuevo en la cama y cierro los ojos, intentando dormir otra vez. Pero es imposible. No puedo evitar recordar todo lo que me ha hecho sentir. Al principio pensaba que lo hacía porque estaba aburrido o simplemente porque le caía mal. La inquietud que me provoca su presencia es mayor de lo que quiero admitir. Supuestamente, ya lo tenía superado. Me tendría que importar muy poco, o más bien nada. No es como pensé. Cuando Estefi me dijo que vendría a pasar unos días, me imaginé tantas situaciones, como hundirlo en la mierda o pegarle dos hostias, hacerlo suplicar muchas cosas, incluso follarle. ¡No tendría que estar pensando en cochinadas! Tengo que incorporarme para poder respirar con tranquilidad. Necesito quitar estos pensamientos.

Obligo a mi cabeza a hacer algo. Recuerdo como si fuera hoy cuando mi amiga empezó a odiar a su novia. Estaba en una clase cuando Estefi me llamó una y otra vez, sin parar de enviarme WhatsApp diciendo que necesitaba hablar urgentemente. Salí lo más discreta que pude y la llamé de vuelta.

—¿Te puedes creer que la muy puta de la novia de mi hermano cogió su teléfono de sus manos y empezó a insultarme? «Perra, maldita, ¿qué haces llamando a mi novio?», me gritaba la muy... —me decía, estaba que se la llevaban los demonios.

Me aguanté la risa porque, joder, le había llamado zorra en toda la cara.

—¿Pero por qué? ¿Y tú qué hiciste? —Estoy a punto de morir por las ganas de reírme.

—Al principio flipé, pero luego también empecé a insultarla. Mi hermano intentaba quitarle el teléfono y la tía seguía: *fuck you, fuck you.* Tiene que ser una loca de coño, solo el subnormal de Felipe puede liarse con una gringa.

No pude evitarlo y solté una carcajada en ese momento. Pero también, tenía muchos otros sentimientos raros. Lo peor que hizo esa chica fue ganarse a su cuñada como enemiga para siempre. Tanto, que su hermano la llamó mil veces para que fuera a visitarlo, pero ella nunca fue. El recuerdo me hace sonreír en la oscuridad, pero ya sé que no voy a dormir. Me levanto con cuidado, en silencio y descalza, avanzando de puntillas por el salón. Intento no hacer ruido al pasar al lado del sofá.

—¡Lo siento!

—¡Hostias tío! —Doy un pequeño salto del susto—. No quería despertarte. —La verdad, no tendría que estar aquí—. Tienes que estar muy cansado. —Lo que tendría que importarme nada—. Me visto y me voy a desayunar a la cafetería para que puedas descansar —comento, casi sin poder mirarlo. «Aún por encima, tengo que salir de mi casa para que este descanse». Me está haciendo volver a sentir cosas que pensaba que estaban muertas y enterradas.

Camino en dirección a la cocina y enciendo la luz, porque sin gafas soy un peligro.

—¿Puedo ir contigo? —Su voz me alcanza antes de que pueda responderle. Mi primer pensamiento es un no rotundo. No quiero compartir un desayuno con él. Nada. Ya mucho hago aguantándolo en mi casa. Pero a veces lo que se piensa, no es lo que uno suelta por la boca.

—Claaaaro. —¡Maldita boca de mierda! Ojalá cuando esté comiendo un *croissant* se atragante—. Voy a vestirme y vamos

juntos con Mauro, que está allí.

Felipe se incorpora, y al escuchar el nombre de mi amigo sonríe de medio lado. No es cualquier sonrisa, es *esa* sonrisa. La sonrisa rompe-bragas, que no ha cambiado para nada. Me cago en todo.

Vuelvo a mi habitación, pasando a su lado.

—¿Puedes vestirte, por favor?

Lo miro y no puedo evitar que la situación me haga gracia. Tendría que ponerme de los nervios, por pensar que me está mirando de esa manera. ¡Pues que se joda!

—¿Dónde estás? En mi casa, ¿verdad? El que ha llegado sin ser invitado has sido tú. Así que, si quiero andar en pelotas lo haré. —Felipe se levanta, camina dos pasos, con una de sus manos en los bolsillos de su pantalón y se detiene. Siento como todo mi cuerpo me traiciona y reacciona bajo sus ojos. ¡Hijo de puta! ¿Qué piensa él? ¿Qué me intimida como antes? Para nada. Ya no existe aquella Val. La que lloriqueaba por las esquinas porque el chico que le gustaba siempre la ha visto de otra manera—. ¿O te entran ganas de follarme? —lo observo. Que diga que no, ¡Dios mío de mi vida!

Alza una ceja, sorprendido, por mi bocaza, al igual que yo. Lo siento, pero me ha salido del alma. No quiero, jamás, nunca le regalaría un maldito orgasmo a este cabrón.

—Si me lo pides con cariño… puede. —¡Gilipollas!

Abro la boca, pero no me sale nada. Pensé que iba a saltar con unas de sus bromas…

—Continúas igual de cretino.

Felipe es once años mayor que su hermana. Y cada día, estaba con una tía diferente. Cuando las dejaba de un momento a otro, se quedaban sentadas frente a su casa hasta que él saliera. A más de una hemos tenido que convencerla de que se fuera porque Felipe no iba a salir a hablar con ella.

—No soy ciego Val...

«¡Ni siy ciegi Val!» Repito sus palabras en mi cabeza, como si así pudiera deshacerme de la manera en que me observa.

Felipe sigue todos mis movimientos con la mirada. Le hago una peineta y, sin más, cierro la cortina en su cara. Me pongo un pantalón vaquero y una sudadera lo más rápido posible. Luego, agarro el teléfono y marco el número de mi amiga. Nada. Vuelvo a intentarlo varias veces, pero no me lo coge.

Le dejo un audio, casi un *podcast*, de dos minutos en los que maldigo a su santa madre, le pregunto con quién ha estado y cómo es posible que su hermano siga siendo el mismo mujeriego de siempre.

CAPÍTULO 6

Felipe

¡Es ella! En el momento en que abrió la puerta, por unos segundos creí que estaba en el lugar equivocado. ¡Joder! Mi hermana me dijo que fuera a su casa. No voy a negar que esperaba encontrar a la Val *feucha* y verla más regordeta. Pero, sin embargo, es todo lo contrario. Está guapa, *sexy*… Que es Val, Felipe. La niña que prácticamente vivía en mi casa, a la que tenían que ir a sacarla a rastras. La que llamaba a mi madre *titaaaa* desde el portón como si estuviera llamando a un rebaño de ovejas. Impresionante. La he visto alguna que otra vez en fotos con mi hermana. En algunas que me ha enviado Estefi porque no tengo redes sociales. Pero nunca eché cuenta. Parece que está más alta, esos kilitos de más le sientan a la perfección, bien distribuidos, y unas tetas increíbles. Lo siento, no pude evitar mirar. Con su camisa ancha, sin sujetador, marcando sus pezones duros. Sus brazos tatuados, el *piercing* en la nariz.

¿Y sus piernas?

Por eso he pasado casi todo el tiempo sentado con un cojín encima, porque por un momento me ha puesto cachondo y todo. De pronto se le ocurre soltar si tenía ganas de follarla. Mi boca contestó antes que mi mente, y otras partes de mi cuerpo reaccionaron, fantaseando que estoy enterrado en medio de sus piernas. Y no puede ser. No es mi tipo de mujer. Quiero con locura a Zoe. ¡Por el amor de Dios!

Dejo que camine delante, nada más para observarla como es debido, mientras que imagino mis manos enterradas en sus nalgas.

¿En serio que estoy teniendo esos pensamientos con ella?

Los diez minutos de camino hasta la cafetería han sido en silencio. Sin decir ni una palabra.

Al entrar, saluda a su amigo detrás de la barra, que me mira y levanta una ceja.

—¿Desde cuándo invitas a los chicos que te follas a desayunar? ¡Te voy a reventar! Con mi hermano no lo haces. —Le pega con el trapo y ahora soy yo quien levanta una ceja.

«¿Pero este qué dice? Yo no haría eso con ella. Jamás. Ahora, si estuviera soltero... Sería el picaflor de siempre, eso sí».

—No, joder, míralo bien... Y deja de pensar solo en follar, espantas a los hombres que se acercan a ti —dice Valkiria, luego ajusta sus gafas con el dedo índice.

—No he sido yo quien ha tenido que pagar a un puto. Los tengo así… —Hace un gesto raro con sus manos.

¿Qué cojones dice este? *¿Un puto?* ¿En serio? Mauro comienza a observarme, apretando sus labios.

—Todo es vuestra culpa. Estaba muy bien siendo asexual —reprocha su amiga.

—Sí, hombre, anda que luego no gritas como una perra cuando te corres.

> Madre mía, no puedo evitar imaginar a Val debajo de mí… gritando mi nombre. ¡Mierda! ¡Mierda!

Mauro suelta una carcajada, demasiado alta, que me hace aclarar mi mente y volver a la realidad. Val apoya los pies en los reposapiés del taburete, cogiendo un *croissant*. Este chico sigue igualito que hace ocho años. Ella está sentada con una sonrisa preciosa. La miro mientras ajusta sus gafas, casi más grandes que su rostro. Su amigo se acerca a mí y me vuelve a ojear, haciéndome sentir incómodo.

—¡Hostia puta! —suelta Mauro, cuando al fin se da cuenta. —¡Joder! ¿Ya estamos en marzo? Felipe... maricón, cuánto tiempo. —

Se acerca y me abraza—. Se me había olvidado que venías. Y que te cagas. Perdón. Que te casas.

Dejo una sonrisa dudosa.

—Tú, como siempre, tan… directo —bromeo.

Una vez más, cuando me recuerdan que me voy a casar, pienso y pienso. Pero no entiendo por qué. Estoy seguro al cien por cien. Quiero a Zoe. Estoy haciendo lo correcto. ¿No? Desde hace un año y medio, en ningún momento me entró ninguna duda. Ahora solo llevo media hora en España y cuántas veces he pensado ya si estoy haciendo lo correcto. ¿Dos, tres?

Este país, en una perdición.

Ambos pedimos un café bien cargado, entre tanto, Mauro empieza a hacer preguntas y más preguntas sobre cómo es mi vida en EE. UU., y por qué no he ido directamente a Brihuega. Le explico que quiero pasar más tiempo con mi hermana y luego iremos un fin de semana. Al decir eso, ambos se miran y pasan la mirada hacia mí. Bebo un sorbo de mi café, mientras Valkiria se pierde en su bollería. Minutos más tarde, la cafetería se llena, y se pone a ayudarlo. Se mueve con la bandeja de una manera tan sexual, que ni en mis tiempos mozos tuve una fantasía con una chica en lencería negra, con una bandeja en la mano, llevando encima unas esposas y un vibrador. Ni siquiera con mi pareja y nuestra relación vainilla. Uno siempre se acaba acostumbrando. ¿Se puede saber qué me pasa? Muevo la cabeza negando cuando mi teléfono empieza a sonar, no podría ser otra persona que Zoe.

Al descolgar, supuestamente tenía que haber preguntado acerca de cómo me ha ido el viaje, o algo así, pero no, empieza a reñirme, porque no la he llamado para avisar que he llegado y que solo apenas le envíe un mensaje. Fue porque sabía que estaría durmiendo. Me aparto de ellos y salgo a la calle, por el ruido. Charlamos un rato. Pregunta por mi hermana y miento diciéndole que estamos desayunando juntos. Levanto la vista hacia los cristales de la cafetería. Valkiria se ríe con algunos clientes jóvenes,

principalmente con un imbécil, que pasa la mano por su antebrazo haciendo un círculo en uno de sus tatuajes.

—*My love*… —dice Zoe. Alguna que otra vez, suelta esas tonterías en inglés. Pero siempre hemos hablado en español.

Mi chica habla cinco idiomas: inglés, español, portugués, chino mandarín y alemán. Así que nunca hemos tenido ningún tipo de problema de comunicación, pero sé que prefiere insultar en inglés, como lo ha hecho con mi hermana. No la puede ni ver, a mi increíble futura mujer y a los celos enfermizos que tenía al principio de nuestra relación. Pensó que la persona que me estaba llamando varias veces al día era alguna chica que había dejado atrás. Sin preguntar, cogió mi teléfono y empezó a insultar a Estefi. Intenté quitárselo, pero, con lo pequeña que es, se mete en cualquier hueco que yo no puedo. Mi hermana, si hubiera podido entrar por el móvil y matarla, lo habría hecho. Desde entonces, Zoe ha encontrado la peor enemiga para el resto de su vida y se llevan a matar. Mi novia la llamó para pedirle disculpas, y con lo rencorosa que es Estefanía, hasta hoy no han vuelto a hablar. Además, me insiste en que desde que estoy con ella no soy el mismo de siempre. Para mi hermana es una tóxica, y para mí, solo es un poco *especial*.

Intenté de muchas formas que se llevaran bien, pero ha sido imposible. No hay manera. Según Estefi, solo irá a la boda por mí. Hasta ha rechazado ser una de sus madrinas. Luego soy yo, el que aguanta a las dos. Por un lado, está mi hermana que no deja de hablarme pestes de Zoe. Por otro, mi futura mujer, que Estefanía es demasiado dramática.

Pasamos toda la mañana en la cafetería cuando llega mi hermana, con una bolsa de comida china. Nada más entrar por la puerta, la suelta en el suelo y sale corriendo hacia mí, tirándose a mi cuello. Abrazarla después de ocho años es como volver a nuestra infancia; siempre será mi enana. La misma que cuando tenía pesadillas por la noche, se iba directo a mi cama.

No puedo evitar emocionarme, y ella tampoco.

—Te he echado de menos —le digo mientras la abrazo con más fuerza.

—Idiota. —Me empieza a pegar. A continuación, limpia su mejilla con el dorso de su mano—. Ocho años… ocho malditos años, Felipe.

CAPÍTULO 7

Valkiria

Por fin en casa. Estuve fuera desde las nueve de la mañana hasta ahora, que son casi las cinco de la tarde. Estoy muerta, apenas he dormido. Conecto mi móvil en un pequeño altavoz, con la canción *Báilame* de Danny Ocean, y directamente me meto en la ducha, para aliviar un poco mi cansancio. Dentro de cuatro horas tengo que ir al *pub* de Ricardo. Empiezo a moverme al ritmo de la música. Es viernes y el cuerpo lo sabe. Cierro los ojos con fuerza, para no pensar. No quiero hacerlo. Porque lo único que aparece en mi cabeza es él. Todos mis planes de hacer que fuera una persona insignificante en mi vida no están funcionando. Intenté tratarlo con indiferencia, como si no me importara nada. Termino y vuelvo a ponerme una camiseta desgastada, tres tallas más grande de la que tengo. Desconecto los altavoces y me coloco mis cascos. Suena *Lose A You* de Christopher a un volumen razonable. Me tapo hasta arriba, acomodándome en la cama. Cuando estoy a punto de quedarme dormida, el puto timbre empieza a sonar.

¡No puede ser! Pataleo como una niña pequeña. ¿En serio?

Señor Karma, ¿qué he hecho? Lloriqueo, o mataré a alguien. Esta vez, observo por la mirilla, y no es nada más y nada menos que Felipe. ¡Otra vez! ¡No puede ser! Suelto aire para intentar tranquilizarme. Me pongo nerviosa solo por verlo, por eso mismo mentí en parte a mis amigos, diciendo que tenía que volver a casa. En ese instante echo un vistazo a la esquina de mi salón donde está

su maleta. Abro la puerta y él, una vez más, me vuelve a observar de arriba abajo.

—Estoy pensando en decirle al portero que te prohíba la entrada en este edificio.

Deja una sonrisa cretina.

—Y yo… —Hace una pausa—. Voy a pensar que estás vestida así… —Se acerca más, y mi corazón se acelera por un momento; es alto, impone mucho—. Porque sabías que tenía que recoger mi maleta. —Me guiña el ojo y trago saliva.

—O ha sido al revés… Viniste porque antes te he preguntado si tenías ganas de meterte entre mis piernas —lo desafío. Pues… en aquel momento no, pero ahora sí que siento un cosquilleo en la parte baja de mi abdomen.

—¿Aún lo continúas deseando? —me susurra al oído. Me quiero morir ahora mismo. No sé cuántas veces me he imaginado, haciendo de todo con él.

—Creído. ¿Qué te crees?, ¿que eres el último churro del plato de un domingo, cuando vuelve uno muerto de hambre de una fiesta? —me burlo.

Pero jodidamente lo fue para mí.

Se acerca a su equipaje, y yo una vez más echo un vistazo a su espalda ancha; definitivamente es un armario empotrado.

Arrastra su maleta, deteniéndose delante de mí.

Sus iris color avellana me contemplan. Por unos segundos me pareció verme reflejada en ellos.

—No suelo decir las cosas tres veces, Val, y lo sabes. —Se acerca más—. La próxima vez que me abras la puerta así... —Sus ojos van directos a mis pechos, mientras mi cuerpo de nuevo me traiciona, y él se da cuenta. Coloca su rostro cerca de mi cuello, haciendo que sienta su aliento—. Ni se te ocurra decir que abrirías la puerta en pelotas porque es tu casa… Que te veo venir. —Me ha leído el pensamiento. Y de nuevo siento un calor entre mis piernas—. Te

arrancaré esa camiseta tan fea que llevas para estar cómoda. Estoy seguro de que lo que hay debajo es mucho más interesante. Ya no eres una mocosa, sabes perfectamente lo que quieres. Solo tienes que pedírmelo, y te juro… que haré todo lo que has soñado. —Estoy a punto de ahogarme por aguantar el aire de mis pulmones; por lo menos, aparento que todo lo que me dice no me está afectando para nada. Abro un poco los ojos, acto seguido, me deja un beso en el oído, haciendo que un gran zumbido penetre en mi cabeza.

Muerta me quedo, y también cachonda. Su voz ronca, *sexy*… me hace imaginar miles de cosas… No pienso, no quiero hacerlo, y es exactamente lo que pasa. Cuando se separa, mis cables se cruzan, recordando todo lo que he pasado. Le estampo un manotazo con toda la mano abierta en su mejilla izquierda. Con una fuerza que no pensé que tendría. Y no me arrepiento.

—Gilipollas —suelto, con los dientes apretados. Él apenas sonríe, llevando su palma donde quedaron mis cinco dedos perfectamente dibujados en su rostro.

—Nos vemos esta noche, bollito.

Es lo único que dice, junto a una de sus sonrisas estúpidas, lo que hace que mi rabia solo aumente. Sin embargo, Felipe se va, y yo me quedo en la misma posición, con un temblor que pocas veces he tenido antes. Concretamente durante mis crisis. Mis ojos pican; no, no lo voy a hacer. Me niego.

¿Este qué se cree, que puede decirme lo que le dé la gana? Una mierda para él. No voy a caer en su juego… Le daré cada vez un guantazo en toda su jeta.

Doy un portazo, metiéndome en la cama. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir de golpe. «No pienses en nada, mente en blanco». Me quedo mirando al techo hasta la hora de vestirme, que será dentro de cinco minutos cuando Ricardo esté aquí. No pienso mucho en lo que voy a ponerme: un mono vaquero *oversize*, con un *body* negro de manga larga y unas Converse blancas. Me maquillo lo más discreta posible. En una cajita de madera blanca donde están algunas que otras cosas de maquillaje, cojo uno de los pintalabios

rosa. Cuando me lo coloco en mi labio inferior, al presionar, empieza a vibrar, haciéndome saltar del susto. El maldito vibrador.

¡Mauro! Es gracioso el idiota este. Siempre lo hace y siempre caigo. Es idéntico a uno que tengo de verdad. Lo tiro de malas maneras, pero luego me arrepiento, porque es lo único que tengo para consolarme en mis momentos de carencia afectiva. Cojo el verdadero, mientras Ricardo me deja una llamada perdida. Tomo mi bolso de encima de la cama y me llevo el labial. Vuelvo por mi móvil al baño ya que suena la canción *Never Be Alone* de Shawn Mendes, tono de llamada que le tengo puesto a mi jefe —y folla amigo—, lo que me hace coger mis llaves y salir corriendo escaleras abajo.

Llego casi a punto de ahogarme; Ricardo pita desde el interior de su Audi negro de cinco puertas. Le dedico una sonrisa, mientras él hace lo mismo.

—Como siempre, preciosa. —Me besa la mejilla.

Es un encanto de hombre y últimamente folla como un Dios. Pero para nada es mi tipo. A ver… que yo no estoy para elegir mucho, me encantan nuestros encuentros, pero tampoco puedo ir de folladora del año, que solo fueron dos o tres veces.

***

Empieza a contarme que ha visto a Felipe y que hoy nos encontraremos todos en su local. Su hermano le ha pedido que deje un reservado para ellos, así me ven trabajar y se ríen de mí. ¡Amigos de mierda! También me comenta que hoy tendremos una pequeña reunión con los chicos del trabajo por la fiesta de carnaval, que es dentro de dos semanas. Hasta se me había olvidado. Estoy acostumbrada a que el carnaval suela ser en febrero y este año es en marzo.

Al llegar, ultimamos los detalles finales, junto con Heloise, Maikon y yo, ya que será como todos los años: Se hará un sorteo de dos botellas de *whisky*, una para el mejor disfraz en pareja y otra individual. Nos explica que la empresa de decoración vendrá por la mañana y alguno de nosotros deberemos de estar aquí. Y en los tres

días previos, tendremos que estar por las tardes, nos lo pagará como horas extras. Me viene de maravilla, ya que este año quiero cumplir mi sueño de ir a Holanda. Aunque sea sola. Quiero ver las plantaciones de tulipanes. Sin darme cuenta, sonrío, por la ilusión que me hace. Terminada la reunión, empezamos a revisar todo, a rellenar los congeladores; busco que hacer, necesito tener la cabeza ocupada. Ricardo, como cada viernes y sábado, nos invita a cenar. Este día es especial para mí, ya que podemos hablar con tranquilidad, reírnos y desconectar.

Después de nuestra cena exprés, casi a las once de la noche, Yago, el DJ y amigo del dueño, llega saludándonos. Ricardo le prepara su copa XXL y se la entrega directo en su plato de mezclas cuando empieza a crear un remix de *Corazón sin vida* de Aitana y Sebastián Yatra. Yago mueve la cabeza, igual que nosotros nuestros cuerpos, al ritmo de la música; me hago una copa y bebo la mitad de un golpe. Dos horas más tarde, el local aún no está completamente lleno cuando los otros dos integrantes de «los Ángeles de Charlie» o de «los tres mosqueteros», depende del día que nos pille, aparecen, junto al otro intruso. Por Dios, se me viene a la mente que una vez, en una fiesta de carnaval, nos disfrazamos de los tres mosqueteros. Habíamos quitado las plumas del sombrero y en su lugar colocamos tres flores de lavanda, representando el mayor tesoro de nuestro pueblo, Brihuega. Ains, qué bien nos lo hemos pasado. En fin.

Los tres se acercan a la barra; Mauro me deja un beso en la mejilla y mis amigos saludan a Ricardo con la mano, que se encuentra del otro lado del salón.

Al ver a Felipe, este me guiña un ojo y el vaso que tenía en la mano se me resbala. Deseo clavarle en ese ojo los cristales. Apoya los codos en la barra, mirando de un lado a otro. Como son mis amigos, hago sus copas cargadísimas para que les haga efecto rápido, con dos o tres, están más *pa'llá* que *pa'cá*. Felipe pide su *whisky* con Red Bull, y le cobro cinco euros más, por imbécil. Me mira extrañado, frunciendo el ceño. Cuando el local está

completamente a rebosar de gente, mi jefe me hace cambiar de lugar, al reservado, donde están mis amigos.

¡Me lo como! No les quito la vista, ellos se divierten y yo, pringando. Menuda pobreza.

Cada tanto, voy con ellos a echarnos unos bailes y a reírnos con las barbaridades que suelta Mauro, con alguna que otra mirada de su hermano hacia nosotros. Cuando observo a alguien en la barra, me separo de ellos, volviendo a mi puesto de trabajo. Ahí está. Esa espalda ancha, esa camisa blanca, pantalón de lino negro. Ese culo… ese maldito culo que podría reconocer en cualquier lugar del mundo. Sonrío, como una idiota, mientras el corazón se me acelera y mi cuerpo se tensa en segundos.

Es Gabriel.

—Hola, Val —me saluda, pidiendo una copa—, no me has vuelto a llamar —bromea, o eso espero. ¡Ojalá lo sea!

Aprieto los labios, debo tener la cara descompuesta. Hacía tanto tiempo que no lo veía. Ya querría yo tener dinero para que charláramos, y, si acabábamos haciendo otras cosas, claramente no me iba a quejar.

—Estoy pobre. —Es patético, pero es la verdad, mientras él suelta una carcajada. Quiero meterme en un agujero y no salir más.

Digo cada barbaridad cuando lo tengo cerca.

—Ya sabes que… eres mi clienta vip, y te dejo pagar en varias cuotas… —Qué cabronazo es.

—Lo tendré en cuenta —contesto, sin poder mirarlo. Ya que, algunas veces, su mirada es una perdición. De verdad que pienso en su propuesta. Trago saliva al ver que me entrega un billete de veinte euros.

—Piénsalo… —Coge su copa, alejándose de la pequeña barra. Le sigo con la mirada, hizo que mi noche se pusiera patas arriba. Poco después lo pierdo entre la gente.

Muevo la cabeza con incredulidad. Agarro mi copa con demasiada fuerza, bebiéndola de un golpe, solo para entretenerme y no ir detrás de él… No puedo caer, no puedo. Tengo a Ricardo para echar un polvo y es gratis. Sin embargo..., es que es Gabriel.

Gabri… es *Gabri*. Siento demasiadas cosas cuando estoy con él. Me transmite tanta ternura y calidez que me deja el alma temblando; él sabe la manera exacta de hacerme sentir en casa con una sola mirada, hacerme sentir que, con él, estoy en un lugar desconocido del que no quiero irme jamás. Intento no sentir nada de eso cuando estamos juntos. Sin embargo, es casi imposible. Absolutamente imposible, y lo peor de todo… es que me conoce. No sé cómo lo ha hecho.

Cuando estamos solo nosotros dos, hablamos como si nos conociéramos de toda la vida; el maldito cabronazo sabe cuándo estoy siendo sincera y cuándo me estoy escondiendo detrás de una sonrisa forzada. Solo con mirarme unos segundos en silencio sabe si tengo miedo o no quiero hablar de ciertas cosas. Aunque siempre es capaz de sonsacarme todo lo que él quiere saber, casi sin preguntar.

Y yo… yo no sé de qué manera es capaz de conseguir eso.

No sé cómo logra que me sienta bien solo con estar a su lado. No me juzga cuando estoy de *bajona*, solo desea sacar a la verdadera Valkiria que está escondida en algún lugar de mí.

CAPÍTULO 8

Valkiria

La noche estaba siendo casi como todas: yo currando y mis amigos divirtiéndose. Mauro, como siempre, se la pasó haciendo de las suyas. Intentó que me líe una vez más con Gabriel, pero gratis. Es imposible resistirse a este hombre, nadie lo haría. Estoy segura. Claro, cuando se trata de Gabriel. Sin embargo, si es con otro, entonces tiene que ser su hermano. Hasta parece que tengo que hacer lo que él diga.

Por otro lado, mi amiga está rara, ya que hoy no ha salido de al lado de su hermano, quien está todo el tiempo llamándole la atención para que no hable mal y no sea tan basta. ¡Es insoportable! Solo una vez hemos cruzado miradas, pero tuve la sensación de que siempre me observaba continuamente. Seguro que es cosa mía, rayaduras. Cada tanto recordaba lo que me ha dicho esta tarde. Suspiro, vuelvo una vez más a echarle un vistazo, mientras coloco todos los vasos en el lavavajillas. En algún que otro momento pasaba por mi cabeza la idea de él haciéndome barbaridades… sexuales. Empotrándome ahí… Una cosa muy rara. ¿Uno no debería imaginar esas cosas con la persona que te ha jodido la vida? ¿Por qué hostias me está pasando con él? Mi mente está así de extraña desde que ha aparecido en mi puerta. ¡Estefi es una traidora!

En el local quedan apenas cuatro gatos, incluyendo a mis amigos y al intruso. Por lo que es el único momento en que puedo permitirme ir al baño. Llevo con ganas desde hace horas, pero no podría dejar la barra sola; mis amigos son capaces de saqueármela, y luego me riñen. También me daba pereza tener que pasar entre la

multitud. Odio que me empujen. Al llegar al pasillo, me choco con un cuerpo duro como una roca; eso me pasa por ir mirando lo que no debo, o más bien tratando de hallar a alguien que no debería. Sonríe cuando agarra mi brazo, para hacer que lo mire.

—Val…

Le observo detenidamente… es que no puede ser…

—Sal de este cuerpo, demonio —bromeo, y él se troncha de la risa. Aquí está el pecado que buscaba.

¿Sabéis cuando una persona deslumbra por donde pasa? No solo por su belleza… Gabriel es tan guapo que duele. Tendrían que estar prohibidos hombres como él, mediante ley de arresto, en el código penal. Tiene algo que desprende luz propia. Supongo que es por eso por lo que nos llevamos tan bien. No solo en lo sexual, eh. Aparte, somos amigos.

—Solo por eso, cuando termines, me voy a tu casa y gratis. —No puedo reaccionar con lo que dice porque me empuja contra una delgada pared que separa los dos baños.

Su boca devora la mía, en un beso que ninguna mujer resistiría. Y yo no soy un caso diferente. Es un maldito profesional. Nuestro beso es húmedo, lleno de deseo. Su mano se cuela en el lateral holgado de mi mono, hasta mi coño. ¡Mierda! Con solo este beso ya estoy mojada. Es que hace valer su trabajo. Uno de sus dedos presiona mi clítoris.

—Ga… —Trago saliva—. Gabri…

Aparta mi *body* y mis braguitas a un lado, jadeo en su boca. Yo a este hombre tendría que hacerle un puto monumento. Siento su respiración en mi cuello, mientras con una de sus rodillas me separa algo más las piernas, y dos de sus dedos entran en mí.

—Joder, Val. Siempre estás preparada. Eso es lo que me gusta de ti.

¡No te jode!

Rodeo con mis brazos su cuello y él presiona más su cuerpo contra el mío, entre tanto, sus dedos entran y salen con una facilidad increíble. Con su mano libre, tira de mi cabello hacia atrás, haciéndome mirarlo.

—¡Me lo vas a pagar! —exclamo, cuando mi cuerpo empieza a temblar.

—Eso, Val… Mírame, córrete, nenaaa. Luego te daré mucho más.

Aprieto sus nalgas, gimiendo en su boca, llegando a mi clímax. Retira sus dedos y espera hasta que mi cuerpo termine de convulsionar. Seguidamente me enseña sus dedos brillantes de mi fluido y yo paso la punta de mi lengua en ellos.

—Luego, si es eso lo que quieres, te lo daré —suelto con picardía.

Peroooo, ¿desde cuándo estoy así de cochina? Saca lo peor de mí. Es un *puto*… sabe lo que hace…

—¡La madre que te parió! Nos vemos después, preciosa. —Se aparta caminando hacia el pasillo, hasta que desaparece de mi campo de visión.

Me quedo un rato más apoyada en la pared, intentando recomponerme. El pasillo está vacío ahora, pero aún siento su calor en mi piel, un huevo se freiría en mi cuerpo perfectamente. Me llevo una mano al pecho, intentando calmar el frenético latido de mi corazón. Me he vuelto una amargada que odia a todo mundo. Y Gabriel entra en esa lista ahora mismo. Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro. El reflejo de las luces se hace más fuerte, pudiendo ver a Felipe observándome.

Me sonríe descaradamente, como si supiera exactamente lo que acabo de hacer. Me apresuro a arreglar mi ropa y mi cabello antes de dar media vuelta y entrar al baño.

¿Valkiria? ¿Qué coño estás haciendo? ¿Desde cuándo eres así de putón? Froto mis manos, mirándome en el espejo, se me han quitado hasta las ganas de hacer pipí. Respiro hondo y salgo. Al abrir la puerta, lo veo. Felipe está apoyado justo en la pared donde yo estuve hace unos minutos. Bajo la mirada, rezando porque no

haya visto nada. Paso de largo, para volver a mi puesto de trabajo y hacer como si nada hubiese sucedido.

—Córrete, nena… —repite. Sus palabras me hacen parar en seco.

Levanto la vista y me quedo mirándolo. Sus ojos avellana reflejan los colores de las luces, haciéndome dudar por unos segundos. Abro la boca para mandarlo a la mierda, pero las palabras no salen. Me mira con una intensidad horrible. Como si me estuviera viendo desnuda. Lo que su mirada está provocando... desde el momento en que empecé a verlo de otra manera, como solo el hermano de mi mejor amiga. Y no como el hombre que me causó tanto daño.

Al llegar a la barra, veo a Gabriel riéndose con mis amigos. En cuanto me ven, hacen lo mismo al ver mis mejillas coloradas. No necesito que digan nada. Ya lo saben. Porque Gabriel es un bocazas para algunas cosas. Para otras… Es el mejor en guardar secretos.

Terminamos de recoger todo y soy yo la primera en desaparecer, con Gabriel, sin despedirme de nadie mientras ellos discutían sobre dónde ir a comer algo. Ya en su coche empezamos a meternos manos, así, descaradamente. Intento abrir la puerta al mismo tiempo que Gabriel está detrás de mí, desabrochando los botones de mi mono. Nada más entrar a mi casa, se quita la camisa y el pantalón, quedando solo en calzoncillos. Es el típico modelo de revista, con su abdomen tableta de chocolate Milka, completamente depilado; creo que tengo más pelo que él algunas veces. Su cabello negro despeinado, una sonrisa blanco nuclear… Es perfecto y, además, es simpático. Por lo menos conmigo, no sé cómo será con sus otras clientas. Para él soy una más.

Después de descubrir que Gabriel era un puto —o un chico de compañía, de esos que pagas para follar—, me quería morir del disgusto. Porque pensaba que podía haber existido alguna remota posibilidad de que se hubiese interesado por mí. La primera vez que nos vimos, fue todo planeado por los idiotas de mis amigos. Luego, todos los fines de semana, o al menos casi todos, nos veíamos en el *pub* y siempre acabábamos en mi casa. Hasta que desapareció una temporada, como si la tierra se lo hubiese tragado, ¿podéis creer

que lo echaba de menos? Pues sí… Lo buscaba por las noches, por si lo veía en algún lado. Era tan patética, y por pena, Mauro y Estefanía decidieron contarme la verdad. Lo penoso que fue llorar cuando supe que era un puto. Porque nuestros encuentros no eran solo sexuales, hablábamos mucho. Creo que él sabe más de mi vida que yo misma. Es una cosa muy rara. Y yo, como una idiota, ahora que pienso en lo fácil que fue engancharme a él... Ni mis amigos, que nos conocemos desde que éramos niños, saben toda la verdad de mi historia como Gabriel. Me sentí traicionada por no haberme contado a qué realmente se dedicaba, ya que teníamos mucha confianza. Estaba cabreada con él y conmigo misma, por imaginar que a un chico como él le gustaría una chica como yo.

Lo absurdo que fue pagar por su tiempo después de eso, solo para seguir teniéndolo cerca: cuatrocientos euros la noche. Esa vez, después de conocer la verdad, cuando le abrí la puerta, tenía ganas de estrangularlo y fui borde, como si fuera la primera vez que nos viéramos en la vida. Le dedicaba indirectas, pero en ningún momento me reprochó nada. Apenas se disculpaba con cada mala palabra que yo soltaba por mi boca. Estaba molesta. A ver, que nunca me juró amor eterno. Pero, para mí, nuestra relación de amistad era real. Soy idiota, lo sé. Tanto que he hecho esa locura por dos meses; viví ese tiempo de *croissants* de la cafetería y de alguna que otra cosa que robaba de mi amigo. Cada vez que nos veíamos, tenía un tatuaje nuevo. Prefería hacerme tatuajes que comprar de comer. ¿Por qué? Porque quería borrar esa época de mi pasado lo más rápido posible. Ya que no me hacía nada bien mirar las cicatrices cuando veía mi reflejo en el espejo. Sin embargo, él se fijaba en cada una de ellas. Todas las semanas intentaba tatuarme dos o tres. Y cuando quedábamos, el tema surgía, y empezábamos a hablar de mi vida, y de la suya… Es hijo único, sus padres lo tuvieron con veinte años, dejó los estudios en el último año para dedicarse a esto, y es mi puto preferido. Sin querer, con su compañía me ha ayudado a no tener ataques de ansiedad constantes por comer, que surgían cuando menos lo esperaba, e

igualmente, pagándole, nuestras conversaciones eran sinceras, y lo son hasta hoy.

Me ayuda a quitarme el mono por los pies, pero antes desata los cordones de mis Converse blancas. Continúa por los corchetes de mi *body*, quedándose de rodilla delante de mí.

Sin más delicadeza, devora mi coño como si le fuera la vida en ello. Lo muerde despacio y luego tira de mis pliegues, deslizando su lengua de arriba abajo. Me estremezco. Me aferro a su cabello, desordenándolo en medio de la excitación. Entonces, empieza a follarme con dos dedos mientras su otra mano se clava en mis nalgas, acercándome aún más a él. Me deshago de la última prenda que me queda, tirándola por algún lado.

Jadeo su nombre. Sonríe y exhala, tan cerca de mi clítoris que me hace temblar. Desde la entrada de mi coño hasta mis pechos deja un rastro de saliva ardiente. Pellizca un pezón mientras el otro lo atrapa con un pequeño mordisco, tan breve que el dolor se vuelve placer. Me siento aún más mojada. Gabriel abandona mis senos, volviendo a besarme como un auténtico animal. Mis manos rodean su cuello en el mismo instante en que el timbre suena.

Los dos detenemos el beso, entreabriendo los ojos. ¡No puede ser! ¿En serio esos hijos de puta no tienen otra cosa que hacer que venir a mi casa? Ignoro el timbre, aunque luego pienso que podría ser Ricardo. No tenemos nada, solo somos *follamigos*; él se acuesta con quien quiere, igual que yo, pero, aun así, me da cosita. Vuelvo a perderme en sus labios, pero la maldita persona al otro lado no deja de golpear la puerta con fuerza.

—¡Joder! —maldigo, cogiendo lo primero que veo en el armario. Los porrazos no paran. ¡Me están poniendo negra!

A punto de tirar la puerta abajo, es Gabriel quien la abre. Se hace un silencio extraño. Si fuera alguno de mis chicos, ya estarían soltando alguna que otra barbaridad.

Ajusto mi camiseta desgastada y aparezco en el salón. Felipe ya está dentro de mi casa, con el ceño fruncido y una bolsa del Burger

King en la mano. Me quedo paralizada por unos segundos, mi primera reacción tendría que ser echarlo a patadas, ya que no es bienvenido ni aquí ni en mi vida. De pronto mi mente me traiciona recordando aquella maldita noche, mientras él hablaba con Sergio.

—¿Aún te continúa acosando la amiga de tu hermana? —pregunta su amigo con un tono burlón y él sonríe.

—Qué va… si es una niña…, ¿pero estás viendo cómo se está poniendo? De mayor estará buena.

La sonrisa que tengo en este momento se me va borrando poco a poco, mientras la conversación en mi mente sigue y yo escucho cada horrible palabra, las cuales iban doliendo una más que la otra, de la manera en que se refería a mí. Ese día quedó guardado en el rincón más hondo de mi mente. No creí jamás que podría volver a recordarlo. Dicen que la mente te hace el favor de borrar por completo algunas cosas que no te hicieron bien. Y pensé que ese iba a ser el caso. No puedo recordar toda la conversación, únicamente la parte que más me afectó.

—A ver… No es tu tipo, aunque bueno, para echar un polvo, te vale. No es que sea guapa ni nada. Pero puede ser tu despedida antes de irte.

—No, guapa no es, es del montón —responde sin dudar—, y no perdería el tiempo follándomela a ella, pudiendo hacerlo con otras más guapas; hasta parece que no me conoces, Sergio. —Ambos carcajean y continúan burlándose de mí. Beben un sorbo de su copa, sin saber que yo estoy apoyada en la pared, a apenas algunos centímetros de ellos, mientras espero a su hermana salir del baño.

—Es fea… —concreta su amigo, con indiferencia o más bien... ¿Con asco?

—Y gorda, tiene el pack completo: fea y gorda —termina Felipe —. Y no será con ella con quien me despida de España.

Sentí como si me faltara el aire. Aquella noche, y en ese momento, mi corazón se destrozó en miles de pedazos. Entro en una de las puertas, sentándome en la tapa del WC, con los ojos

empañados y la garganta cerrada. Vinieron a mí varios sentimientos: ansiedad, una tristeza que nunca supe que existía, rabia, frustración. No supe gestionarlos al llegar todos de golpe. Pensé que era solo momentáneo, como cualquier otra cosa. Que todo pasaría después de algunos días. Pero no podía dejar de pensar en él; esos recuerdos iban a más, deseaba que se fueran de una vez por todas. Y aun por encima, cuando supe que ya se había ido, lloré una semana.

Ahora ha vuelto a atormentar mi vida. Volverla patas arriba. Mis ganas de lanzarme sobre él para gritarle todo lo que tengo dentro son mucho más fuertes. Pero por más que lo intentara, no me saldrían las palabras. Aprieto los puños, tengo un nudo en la garganta. Respiro profundo un par de veces. No quiero ser esa chica otra vez. Él simplemente no es nada. ¡No es nada! Mi mantra tiene que funcionar.

—Val… —escucho una voz en lo más profundo de mi conciencia —. Valkiria. —Parpadeo, obligándome a centrarme en la voz de Gabriel. Nuestras miradas se encuentran, él sigue con la mano en el pomo, en calzoncillos.

Observo fijamente a Felipe.

—¿Qué haces aquí… otra vez? ¿Tu hermana no tiene casa? —comento, intentando que suene lo más molesta posible, pero lo único que obtengo por su parte es silencio—. Ya me estás tocando un poquito los cojones, que lo sepas —digo de malas maneras.

—¿Interrumpo algo? —inquiere sin apartar la mirada de nosotros. ¿Cómo puede hacer semejante pregunta?

—Como puedes ver… —Señalo a Gabriel y luego a su erección, que no baja.

Los ojos de Felipe se clavan en mis piernas por un instante.

—Val, ¿quieres que me vaya? —pregunta mi puto.

—No… El que se tiene que ir es él. —Fulmino a Felipe con la mirada—. Deja la comida y vete.

Gabriel se ríe.

—No me voy. No he comido porque pensaba hacerlo contigo. Aun por encima, me acuerdo de ti. ¡Desagradecida! —¡Anda! Que ahora se preocupa por si como o no.

—Que sí, que sí… ¡Largo! —Me acerco, tiro de la bolsa y lo empujo hacia la salida, cerrando la puerta.

Doy dos pasos para colocar la bolsa en la encimera y otra vez golpes. Maldigo todo lo malo que hay.

—Valkiria, mi comida, que tengo hambre. —Hoy creo que me convertiré en asesina.

El gilipollas empieza a timbrar insistentemente y a dar porrazos.

—Val, mejor me voy. Nos vemos otro día —suelta Gabriel. Empezando a recoger su ropa del suelo.

¿En serio que ese hijo de puta me va a joder? ¿De verdad?

—Lo siento —me disculpo.

En un abrir y cerrar de ojos, Gabriel ya está vestido, caminando en dirección a la salida, mientras yo… no tengo reacción ahora mismo.

—Tienes mi número. Llámame para terminar lo que hemos empezado. —Me deja un guiño junto a una sonrisa traviesa.

—¡Cabrón! —le grita mi puto a Felipe.

Este último le dedica una mirada triunfante.

—Para la próxima, mira por la mirilla antes de abrir —habla el idiota este, cerrando la puerta.

¡Imbécil!

—Definitivamente le diré a Alfonso que te prohíba la entrada a este edificio. —Empiezo a recoger mi ropa mientras él se dirige a la encimera y coge su comida.

—Olé ahí, ese culito.

¡Hostias! Estoy sin bragas.

—No mires… que te meto la hamburguesa por la garganta.

Suelta una carcajada.

—Es verdad lo que habías dicho de que en tu casa andabas en pelotas si hiciera falta.

Bromea con la boca llena.

—Vete a la mierda. —Sus ojos continúan sobre mí—. Date la vuelta —ordeno, para poder colocarme las bragas que llevaba puestas antes.

—¡Ah! Que, por cierto… yo sí que te metería otra cosa por la garganta—. ¡Dios! No puedo con él… —Pero, si hace lo que le digo y se gira.

Por instinto, cojo mis Converse de plataforma y, con todas mis fuerzas y mi puntería precisa, se las lanzo, golpeando su nuca y empieza a toser. Por un momento, pienso que está mintiendo y le ignoro, hasta que una de sus orejas empieza a ponerse colorada. Se da algunos golpes en el pecho.

Tiro todo lo que tengo en la mano y salgo corriendo hacia él. Cojo un vaso con agua y lo llevo a sus labios mientras Felipe apoya sus manos temblorosas contra las mías. Sigue tosiendo y respirando de forma descontrolada. Palmeo su espalda.

—Respira —digo algo asustada.

—Jo… Joder Val, casi me matas.

Su cara está descompuesta, pero, hasta así, el maldito es guapo.

—No caerá esa breva —contesto para aligerar el ambiente.

Le limpio la frente con mi mano; el pobre está hasta sudando.

Sus ojos vuelven a verme mientras toma otro sorbo de agua. Su mirada es tan intensa que hace que mi corazón empiece a latir más rápido de lo que quiero por tenerlo así de cerca. Doy un paso más, quedando a apenas unos milímetros de su rostro. Él deja el vaso a un lado. Ahora soy yo quien observa la gota de agua que se ha quedado en su labio inferior y luego baja por su barbilla.

Sus grandes manos llegan a mi cintura a la vez que se relame los labios, pegando su cuerpo al mío.

¡Hip-no-ti-za-da! Así estoy ahora mismo.

Trago saliva sin darme cuenta; mi nerviosismo es evidente, más de lo que quisiera. Una de sus manos se desliza hasta mi nuca y estampa su boca contra la mía.

Al principio es un beso lento. ¡Y qué beso! Segundos más tarde, se vuelve más intenso, lleno de deseo y morbo.

Sus brazos fuertes me rodean y me sienta en la encimera. ¿Cómo puede levantarme… así? Como si no pesara nada. Su movimiento es tan brusco que el vaso que está justo a mi lado cae al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Por el calentón del momento, empiezo a desabrocharle la camisa, a la par que él se deshace de mi camiseta. Es en ese instante cuando nos damos apenas algo de distancia. Con su dedo índice recorre el contorno de mi último tatuaje. Respiro profundo y, sin previo aviso, empieza a chuparme uno de los pechos, haciendo que mi humedad sea evidente al primer contacto. Echo la cabeza hacia atrás, rendida ante sus encantos.

A él. A lo que nunca fuimos. No sé si es deseo, necesidad, rabia o puro autoengaño. Y yo… ¿Qué cojones estoy haciendo? Me odio un poco. Bastante. Mucho. Por caer. Por abrirle la puerta y dejar que se quede, después de todo lo que me ha hecho. Por permitirle estar tan cerca, como tanto quise en un pasado. ¿Dónde está toda la rabia de hace unos minutos o de hace años? Pero entonces, su voz. Su puta voz. Me siento tan idiota por caer en su juego y excitarme tanto que no puedo pensar. Olvido el daño que me hizo y solo recuerdo a mi yo de la adolescencia que tanto lo quería.

—Desde que vi como tu amigo te hacía correr, imaginé demasiadas cosas en solo unos minutos… —Vuelve a poner su rostro frente al mío—. A ti diciendo mi nombre mientras te lo hago todo… y más, Val.

Su voz ronca… Os puedo decir que con una palabra más, me corro sin que tenga que tocarme. Lo ha hecho tan jodidamente *sexy*

que, ¡por el amor de Dios! Ahora entiendo por qué las chicas en el instituto estaban loquitas por Felipe.

Sus manos se entierran en mis nalgas, acercándome más hacia él. Apoyo las mías y mis pies en la encimera, quedando completamente abierta. Se arrodilla con sus ojos fijos en mi sexo.

Sonríe de medio lado al notar mi humedad. Por unos segundos, quiero morirme. No tendría que hacer nada de esto. Ahora mismo… no me reconozco. Su pulgar roza mi ropa interior y dejo escapar un suspiro profundo mientras él acomoda sus rodillas. Luego coloca sus manos en cada extremo de mis bragas de encaje negro… y las rompe por completo.

Abro los ojos de par en par.

—Pero qué… —digo con dificultad.

No me deja terminar cuando empieza a devorarme. Chupa, muerde, lame… lo hace demasiado bien, tanto que arqueo la espalda hacia atrás, junto con mi cabeza.

El jodido mueve su lengua en círculos y mi cuerpo se estremece por completo. Es tanto el placer que pienso que voy a tener algún tipo de colapso mental. Intento cerrar las piernas, pero me lo impide, colocando sus manos en el interior de mis muslos y abriéndome todo lo que puede. Siento incluso una ligera molestia por cómo se estiran mis músculos.

—Eres deliciosa, Val. Has superado mis expectativas.

Mi cuerpo vuelve a temblar.

—Ahora vas a correrte y a decir mi nombre, igual que lo has hecho en la discoteca, con tu amigo.

¡Me cago en su madre!

Pensarlo me humedece aún más, porque aparece en mi cabeza la imagen de un trío con ellos.

Hunde uno de sus dedos en mi interior. Jadeo y él gruñe al sentir como mi coño se contrae un par de veces. Lo retira y lo observa, cubierto de mis fluidos.

Ni siquiera puedo detenerme a pensar, que siento a su boca volver a hacer estragos en mi entrada.

No podría ser mejor… cuando el mismo dedo que hace segundos estaba dentro de mí se posa en la entrada de mi culo. No soy escandalosa, pero un pequeño grito escapa de mi garganta.

—Fe…

—Ahora puedes correrte, preciosa.

Atrapa mi clítoris entre sus labios mientras que con su mano libre vuelve a introducir sus dedos en mi interior. Me tenso al sentir cómo entran y salen, penetrándome en ambos lugares a la vez. Un escalofrío recorre mi espalda, llevándome al orgasmo más intenso de mi vida.

CAPÍTULO 9

Felipe

¡Me cago en toda mi vida!

«Esta maldita mujer es un verdadero manjar». Saboreo todo su orgasmo, aún viendo como convulsiona. Me incorporo volviendo a su boca, haciendo que pruebe de su propio sabor. Es definitivamente una maldita locura. Por un segundo, cuando la miro, puedo ver en ella los mismos ojos negros de Zoe. Me paro en seco, apartándome, debido a un arrepentimiento que me aparece de golpe, mientras la miro fijamente.

—Es… es… Lo siento, Val, esto no debería haber pasado —digo con mi corazón a punto de salirse del pecho.

¡Mierda! ¡Mierda! ¿Qué he hecho? Continúo unos segundos observándola. ¡Mierda! No es mi chica, no es mi Zoe. ¡Joder!

Sus ojos se quedan clavados en mí, demasiado abiertos, sin entender nada, o entendiéndolo todo. No sé. Su expresión queda grabada en mi mente. Aprieta sus labios y seguido sus iris se humedecen. ¡Hostias! Salgo de su casa sin mencionar ni una palabra, como el cobarde que soy y he sido siempre. Porque si le dijera algo más, no iba a ser capaz de irme. Si continuaba viéndola como me gustaría, iba a terminar volviendo a besarla y a follarla en contra lo que no debo. Tendría que haberse negado.

Me marcho por las escaleras lo más rápido que puedo. Al llegar abajo, lo primero que hago es coger mi móvil para llamar a mi futura mujer. ¡Porque me voy a casar! ¡Maldita sea! Allí es de madrugada, pero me da igual, necesito escuchar su voz, saber que está ahí.

Antes de que se corte la llamada del todo, se hacen unos segundos de silencio en el otro lado de la línea.

—*Hello, baby* —dice ella somnolienta, produciendo que mi corazón se encoja. La culpa me invade.

—¿Cómo estás? —pregunto, intento que no note mi nerviosismo.

—Echándote de menos. —Cierro los ojos por un momento, caminando de un lado a otro, todavía delante del edificio de la chica a la que acabo de hacerle sexo oral. ¡Me ha gustado! Por milésimas de segundos, la imagen de la amiga de mi hermana, a cuatro patas mientras yo me entierro en su coño, aparece. Pienso en como su sexo interior presionaba mis dedos—. Hay bastante trabajo, haces mucha falta.

Muevo la cabeza, queriendo quitar ese pensamiento. Ya que mi erección aprieta demasiado mis pantalones.

—Yo… Yo también te echo de menos. Pasarán los días muy rápido. —Eso espero—.

—Nunca me gustó la idea de que fueras solo. Lo sabes. —Es la verdad, siempre ha querido venir, pero intenté hacer lo posible para que no. ¿Por qué voy a mentir?

Zoe es demasiado correcta, delicada, no es capaz de estar sin sus lujos. Y a mi familia, más bien a mi hermana, le importa todo eso muy poco. Seguro que mi madre haría lo mejor para que se sintiera cómoda, como en su casa. Pero… Mi chica no es capaz de dormir en una cama sin sus sábanas de marca o de no tener sus velas aromáticas cuando quiere un baño relajante. Y cuando mi madre empezara a limpiar, sacudiendo las alfombras fuera, levantando polvo, Zoe se molestaría. No deseaba que mi madre se sintiera mal por no poder darle nada de lo que querría ella. Esta mujer siempre ha sido así.

—Lo sé, cariño… pero no se ha podido. Y como te dije antes, ya mismo estoy ahí. —Muevo una vez más la cabeza para espabilarme —. ¿Tu hermano qué tal? —inquiero, ahora mismo no tengo ningún tema de conversación.

—Haciendo tu trabajo y quejándose. —Sonrío—. Es vago. Ya lo conoces. Llámalo, tiene ganas de hablar contigo. Ahora no, que está durmiendo, sino luego se viene a nuestra habitación y no me deja dormir. Ya sabes, si no duermo bien, las ojeras que me salen, y Madeline no abre hoy para hacerme uno de sus milagros, es sábado.

—Entonces vete a descansar. Solo te llamé para decirte que te quiero.

—*I love you.*

—*I love you too.* —Una vez más cierro los ojos—. Te llamo luego. Adiós.

—*Bye bye darling.*

El remordimiento empieza a carcomerme por dentro. Me despido de ella mientras me dirijo hasta el punto de taxis más cercano. Enseño la dirección de la casa de mi hermana y los quince minutos de camino se me hacen eternos, porque mi cabeza no deja de recordar como Val se corría diciendo mi nombre.

Llego y ella aún está despierta, acostada en el sofá viendo una serie, tiene un aguante que flipo. Yo también era así a su edad. Me quedo unos segundos en la puerta, observándola, pensando si contarle o no lo que ha pasado. Voy hasta donde está, intentando aparentar la mayor normalidad posible.

—Joder, me tenías preocupada —comenta incorporándose un poco, apoyada en sus codos, analizándome.

—Ya veo ya. —Arruga su frente. Yo me acerco—. Échate *pa'llá* —digo, acurrucándome a su lado y abrazando su cintura, quedándonos unos minutos en silencio—. La he cagado, enana —murmuro con algo de dificultad, y se me tensa el cuerpo.

—Uy… ¿Qué has hecho? —Me acaricia el cabello, y respiro profundo.

—Acabo de destrozar seis años de relación —confieso con un nudo en el estómago. Es verdad. Tan real como lo que acaba de pasar hace nada.

—Ja, ja, voy yo y me lo creo. —Suelta una sonrisa sarcástica, mi cuerpo vuelve a tensarse, y ella lo nota, mientras me rasco la cabeza, nervioso, sin mirarla a los ojos—. ¿Te has tirado a otra?

Silencio.

—No… sí… —No puedo terminar de contestar porque parece que me cuesta hasta respirar.

—Felipe… ¿En serio? —Asiento—. Qué cabronazo eres. —Me pega en el brazo sin demasiada fuerza—. Sabes que odio a tu novia, pero no está bien eso hermano. —Asiento otra vez. No hay excusa, ¿o sí? Lo hice, lo hice y punto. Ella me mira parpadeando un par de veces, como si no pudiera creérselo.

—Lo sé, lo sé. —«¿Cómo he podido?».

Fijo la vista en otro lado y vuelvo a pensar en Val, sintiéndome mucho peor.

—¿Quién es? ¿La conozco? ¿En qué momento? Si no te he visto salir —empieza a preguntar, sin casi respirar. Habla ella sola, intentando averiguar algo más—. A no ser… ¿En la hora que has ido por la comida? —Sigue mirando a un punto fijo del techo—. Te pedí que le llevaras… —No termina su frase—. Felipe… no. —Niega—. No has hecho lo que creo que has hecho, ¿no? O con quién estoy pensando, ¿verdad? —Me incorporo para sentarme, bajando la cabeza e inclinándome hacia delante a la vez que apoyo mis codos en mis muslos, entrelazando mis dedos.

Antes de que pueda contestar, aunque seguramente ya se ha dado cuenta, su móvil empieza a sonar. Sin levantarse, estira su brazo hasta la mesita de centro, cogiendo su teléfono. Abre el WhatsApp con un mensaje de Mauro, donde hay una foto de su amiga, sentada en un taburete sobre la encimera de la cocina. Está junto a las dos hamburguesas que he comprado para ella y para mí, además de unas patatas fritas, una Coca-Cola Zero y un paquete de dónuts glaseados. Sus ojos están rojos, como si hubiera llorado, igual que sus mofletes colorados, con una coleta alta.

—«Val tiene una crisis existencial» —lee ella el mensaje murmurando. Suspira, colocándose a mi lado.

—¿Qué le pasa? —curioseo.

—No la dejes ir al baño. —Envía en un mensaje de audio—. ¿Quieres que vaya? —pregunta, mientras empieza a mover sus piernas de manera inquieta.

La observo sin entender nada, mientras espera la contestación de Mauro.

«Ahora estamos bien, estoy intentando averiguar qué le ha pasado. Pero ten el móvil operativo, por si esto empeora. Que no creo. No, ¿verdad?».

Vuelvo a leer el mensaje y siento por un momento un escalofrío recorrer todo mi cuerpo. ¿Por qué siento que hay algo que no está bien? ¿O que ella no lo está? Deja el móvil en el mismo lugar que antes, bufa, y eso me inquieta.

—Como tengas algo que ver con eso… —habla, levantándose. La agarro de su brazo derecho, el cual tiembla un poco, y empiezo a asustarme de verdad.

—Por favor —le pido y, de mala gana, vuelve a sentarse a mi lado, cogiendo una vez más su teléfono. Entra en la galería de fotos. Desliza el dedo en la pantalla, moviendo las imágenes demasiado rápido hasta que entra en una carpeta. En ella, hay fotos de Mauro, de mi hermana y ¿Val?

¡Por Dios! Abro mis ojos demasiado sin darme cuenta. Su amiga está en una cama de hospital, con un tubo en la nariz y muchos cables por todo el cuerpo. Su piel está pálida y tiene ojeras. Se ve extremadamente delgada, mientras Mauro y mi hermana se encuentran cada uno a un lado de su cama. Val abraza un ramo de tulipanes rosas, fuerza una sonrisa y sus ojos están llenos de lágrimas. Me quiebra.

—Cada una de esas flores representa los meses que ha estado ingresada; hasta que no pasó ese tiempo no nos verla. —Cuento cuántas flores tiene y son tres—. Estuvo un año y medio, Felipe. —

La voz de mi hermana tiembla. Me muestra varias imágenes más; es la misma foto, pero las cantidades de las flores van cambiando.

»Y todo sucedió debido a que escuchó a alguien decir que jamás saldría con ella porque era fea y gorda, que era simplemente una chica para echar un polvo.

Mientras me lo cuenta, me quedo con los ojos pegados en la pantalla, mi corazón empieza a ir demasiado deprisa y casi no puedo tragar ni mi propia saliva. Pero cómo… ¡Estoy flipando con la chica de la foto y la de ahora! Estoy tan impactado que siento la garganta seca. No puedo creer lo que estoy escuchando. De repente, los recuerdos de aquella noche aparecen, sin esfuerzo alguno. La graduación, la puerta del baño, mientras esperaba a mi hermana y a Val. Sergio y yo hablábamos tonterías, siempre lo hacíamos sobre ella, ya que mi amigo daba por hecho que me acosaba. Pero para nada. También hubo una época donde la acosaba yo; de una mocosa, pasó a un mujerón en poco tiempo. Tonteábamos, por mi parte, algunas veces era descaradamente, y mi amigo siempre veía segundas intenciones en todo. Por eso, me preguntó si teníamos algo… Ya no la veía como una niña, yo estaba en la mejor época de mi vida. Me importaba muy poco todo. Ellas tardaron algo más de media hora, así que las tuve que llamar desde fuera, y Estefi salió diciéndome que Val no se encontraba bien porque había bebido mucho. Ella salió y la llamé borracha; me miró con sus ojos rojos. Había dado por hecho que era por el alcohol, que habían bebido a escondidas. Nunca imaginé…

¿No puede ser que haya sido por eso? ¿Por lo que escuchó…? No puedo pensar con claridad ahora mismo. Me niego a creerlo. El problema es que, si hubiera estado saliendo con alguien, lo hubiese sabido, no perdería la oportunidad de meterme con ella por algo así. Igual que Sergio. Siento que poco a poco me va faltando el aire al encajar todo. Cinco días después de aquella noche me fui a EE. UU. Desde aquellos días no la he visto. Nunca la volví a ver. Hasta ahora… ya entiendo por qué mi hermana reaccionó tan mal cuando durante la llamada usé la palabra *gordita*. Para mí, fue solo una

palabra sin importancia, sin malicia, ya que llevo diciéndole de esa forma desde que la conozco.

Pero para ella… para Val, no. Comienzo a sentir una especie de dolor que jamás tuve antes, uno que no sé explicar.

—No sabí… No sabía nada. Pero ¿cómo puede haberle hecho caso a ese gilipollas?

Es lo que he sido todo ese tiempo.

—No lo sé. Nunca nos ha dicho quién fue… No queríamos presionarla para que nos dijera. Y otra…, que ya era demasiado tarde para matarlo. No vimos lo que estaba a simple vista. Ya no podíamos hacer nada. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Mauro y yo la encontramos inconsciente en su casa, llena de cortes por todo el cuerpo.

—¿Qué? —Me paso una mano por la cara, como si pudiera borrar las imágenes tan claras que estoy imaginando por todo lo que me cuenta. He sido yo…, ¿el responsable de toda esa mierda en su vida?

—Se fue al pueblo seis meses con sus padres, pero tampoco pudieron ayudarla. Ellos nos llamaron, ya no sabían qué hacer, estaban desesperados, y fue cuando hablamos que lo mejor era ingresarla… Se negó, rompió todo lo que tenía delante en ese momento. Casi pierdo a mi amiga, a mi hermana. —Limpia las lágrimas de sus mejillas con el dorso de su mano.

Las palabras de Estefi me destrozan por dentro. Imaginaba cualquier cosa, menos eso. Ambos nos quedamos en silencio un rato.

—No sé qué ha pasado —cambio de tema porque necesito pensar ciertas cosas con claridad y mi cabeza no está para nada así ahora mismo—, he llegado a su casa y estaba con un chico.

—Gabriel. —Sonríe al decir su nombre. Y no me gusta.

«No me gusta este tío». No me gustó como la miraba, con una mezcla de deseo y protección. Segundos después, mi propia mente me habla: «¿Y eso qué coño me importa? No tiene sentido, ¿o sí?».

No quiero creer que es porque he visto al tal Gabriel masturbando a Val en la discoteca. Allí, por un instante, he deseado ser yo el que la hacía gemir de una manera tan jodidamente *sexy*. Y fue por eso por lo que he ido a su casa. No puedo permitir que este tío le dé más placer del que yo puedo darle. Estefi se va al baño. Me tapo el rostro con las dos manos. ¡Mierda, joder! ¡Mierda! Me he ido sin decirle nada. No puedo borrar la imagen de sus fotos de mi cabeza.

CAPÍTULO 10

Gabriel

¿Cuánto tiempo hacía que no la veía?

He tenido mucho lío, entre la familia y el trabajo. Me fui unos días a Cuenca... Días no, mes y medio o casi dos. Mi madre se puso enferma y solo me enteré porque me llamaron del hospital de madrugada. Estaba con una clienta y me costó la misma vida terminar el trabajo. Sin dormir ni nada, cogí el coche y llegué en dos horas y treinta minutos. Eran cerca de las siete cuando entré. Sonia dormía y a su lado estaba María Jesús, su amiga.

Ver a mi progenitora en esa cama hizo que mis ojos fueran directos a la máquina de monitorización cardíaca.

—Línea y sube, línea y sube. —Suspiro al ver que respira y su corazón late. No me gustan los hospitales.

No piso uno desde hace cuatro años, cuando mi padre falleció de un infarto. No pude despedirme de él, y eso lo llevaré conmigo siempre. Mi vieja estuvo ingresada cinco días por una infección. Cuando se despertó, me riñó, al igual que a su amiga, a los médicos y a las enfermeras, por haberme llamado. ¡A la vecina le iban a avisar antes que a mí! Como si no tuviera un hijo. Según ella, soy demasiado joven para estar aquí cuidándola.

Cuando le dieron el alta, fuimos a su casa. Todos los días insistía en que ya podía volverme o me echarían del trabajo. Cree que terminé la carrera y que me encuentro en una asociación que me inventé en su día... y de la que ni siquiera me acuerdo.

Si me vuelve a preguntar, tendré que decir que he cambiado de trabajo o algo parecido. Me vino bien estar con ella un tiempo. Hicimos muchas cosas juntos, me sentía un jubilado. Sin hacer nada… Bueno, nada, nada, tampoco. Se me ocurrió hacerle un huerto a mi madre, para que tuviera algo de entretenimiento y dejara de insistirme en que me fuera. También pinté la casa. Todo eso lo hacía mi padre. Podría haber pagado a alguien para hacerlo, pero ya que estaba allí… Ella es lo único que tengo. Estuve completamente desconectado. Cada viernes cancelaba las citas de la semana siguiente, devolvía la primera parte del pago a mis clientas, les pedía disculpas y les avisaba de que las contactaría cuando volviera a estar disponible.

Unas semanas después, mi agenda estaba a tope, apenas dejándome un día para ir a ver a mi madre. La mayoría de mis citas eran para acompañarlas a cenar o a algún evento. Eran antiguas clientas a las que no podía negarles el favor. También quedé un par de veces con los hijos de mi amiga. Hasta ayer no había tenido un día libre para mí.

Reencontrarme con Val, como siempre, es una maravilla. La observé desde lejos, me encanta como sonríe cuando está feliz. Desde que fui a su casa por primera vez, empecé a bombardearla con preguntas sobre sus fotos y tatuajes. No me contó todo aquel mismo día, pero no pude olvidarla después de que me dijera que las flores en su piel eran para cubrir sus viejas cicatrices del cuerpo y del alma. Su respuesta me impactó en ese entonces.

Me había puesto en plan acosador. Llamé a su amiga, fingiendo que había olvidado algo en su casa, para que me diera su número. No me creyó ni un poco y se negó a dármelo. Así que la busqué en redes sociales. Una semana después, volví al *pub*. Esa noche no estaba trabajando y nos vimos otra vez. Noté que tenía cuatro o cinco dibujos nuevos, algunos con mensajes profundos. Le di total libertad para abrirse conmigo, en todos los sentidos, principalmente cuando era para comerle su precioso coño. Algunas veces pensaba con la entrepierna en lugar de con la cabeza. Pero te das cuenta

cuando una persona esconde más de lo que demuestra. Y Val era así. Nos vimos muchos fines de semana y, de pronto, era yo el que iba a verla.

Al regresar, después del tiempo desaparecido con mi madre, le escribí, como hacía antes, y ya no me contestó los mensajes. En aquel tiempo no sabía a qué me dedicaba realmente. Creía que solo era un chico que se había interesado en ella. Y en eso no estaba del todo equivocada, porque era yo quien también iba detrás suya. Cada vez que veía una flor, por muy diferente que fuera de un tulipán, Val volvía a mi cabeza. Igual que su olor dulce. Ninguna de mis clientas tenía ese maldito aroma.

Que me enrollo. Podría pasar horas hablando de esa mujer.

Un día, cuando menos lo esperaba, vi una cita con la dirección de su casa. No quería que lo supiera así, quería decírselo yo. Cuando llegué, estaba enfadada, borde; le faltó poco para matarme. Tuve que aguantar, como un campeón, y ella tenía razón… Me dijo que no era porque fuera un puto, sino porque me había contado casi toda su vida, y yo no. Parecíamos amigos de la infancia discutiendo. Sus indirectas y su mala leche me ponían a cien y estaba loco por meterme entre sus piernas. Es Val, siempre le tengo ganas; sin embargo, la cosa no estaba para eso. Después de ordenar toda su casa y limpiar encima de lo limpio, decidimos contarnos todo. Yo, mi parte, y ella, la suya. Supe los años que estuvo ingresada, lo que Mauro y Estefanía significan para ella… En ese momento me sentí tan mal que no pude evitar besarla y follarla como un animal, en cada rincón de su casa. Durante dos meses nos vimos todos los fines de semana. Me pagaba por cada encuentro. Algunas veces ni siquiera follábamos, solo éramos dos amigos que necesitaban hablar.

Salí de allí jodido, como una auténtica mierda. Sus ojos marrones estaban llenos de lágrimas y me faltó poco para no estar igual. Me dijo que se autolesionaba, que prefería sentir dolor antes que comer, para no pensar en vomitar. Desde entonces, cada vez que la veía desnuda, sentía la necesidad de besar cada una de sus flores y cicatrices, aquellas que aún no estaban cubiertas. Por las noches

soñaba con lo que me había contado aquella vez. Tenía la obligación de escucharla, pero también me dolía. Desde hace unos cuántos días que no he vuelto a verla, por acumulación de trabajo. Y si no fuera por aquel maldito capullo, ahora mismo estaría en su casa, saboreando cada orgasmo suyo, buscando en su cuerpo un nuevo tatuaje. Salí tan cabreado de allí que me fui directo a casa de Martina. La llamé por el camino, sabía que estaría despierta. Sus hijos seguro que ya andaban dando guerra. Porque son así: entre semana les cuesta la misma vida levantarse, pero los findes a las siete ya están en pie.

Y, efectivamente, cuando llegué, los bichos estaban peleando y mi amiga se encontraba más amargada que nunca.

—¡Tito Gabriiiiiiiii! —Coral corre hacia mí al verme en la puerta. Es igualita a su hermano, que me mira enojado. Tiene el genio de su padre.

—Te estábamos esperando para desayunar —dice mi amiga.

Cojo a la chiquilla en brazos y camino hacia la mesa, donde todo está listo: tostadas, galletas, leche, café y Cola Cao. Paso junto a su hermano, lo despeino y él me saca la lengua.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunta Martina con picardía.

—Podría haber sido mejor —respondo con mala cara.

—¿Has estado con tu novia? —cotillea Coral.

—No tengo novia —recalco.

—Pues ya estás mayor, te vas a hacer viejo y arrugado.

Frunzo el ceño.

—Oye, niña… —Le hago cosquillas.

—Coral, come —la reprende su madre.

—Tú —Miro a Elías—. ¿Sigues enfadado conmigo por la paliza que te di en la Play? —No responde—. Eso es un sí.

Intentamos desayunar con tranquilidad, pero en esta casa es casi imposible. Cuando los niños terminan, se van a su habitación.

Martina y yo empezamos a recoger la mesa mientras espera a que empiece a hablar. Pero no lo hago.

—¿Me vas a contar o no?

—No tengo nada que decir —miento, y ella suelta una carcajada.

—Por tu cara…, no has visto a tu chica nórdica.

Así llama a Val. Bufo al recordar al imbécil aquel.

—Vete a cagar.

Pero, en cuestión de segundos, acabo soltando todo. Y termino ganándome una colleja.

—¿Pero qué cojones te pasa ahora? —Me froto la nuca.

—La has tirado a la boca del lobo, idiota.

—¿Crees que no lo sé? Él no se iba a ir.

—Pues tú tampoco. Con lo guapo que eres y tan tontito a veces…

—Martiiiina… —Alargo la vocal, llamándole la atención.

—Llevas embobado por Valkiria desde hace mucho y solo piensas en follarla. No eres para nada romántico, Gabriel. Chicas como ella necesitan algo más que solo orgasmos. Y lo peor es que todavía no me la has presentado.

Coloca los platos en el lavavajillas.

—Sobre lo que puedo producir en una mujer, lo sabes bien. —Le guiño un ojo y me pega. —Y no, no te la voy a presentar.

Le entrego la última taza.

—¿Por qué? —inquiere, incorporándose de golpe.

—Porque quiero que siga siendo mi amiga… o algo más, antes de que se asuste contigo y con tus hijos. No vaya a ser que piense que eres una de mis clientas.

—¡Por el amor de Dios, Gabriel! Eres como mi hermano. —Pone cara de asco.

—Ahora, ahora… Anda que no te gustaba cuando *Ángel* se metía hasta tu garganta.

Suelto una carcajada. Se acerca para zurrarme, pero me aparto. En ese instante mi móvil suena. Es Mauro.

Miro la pantalla antes de contestar. Cuando me pregunta si ha pasado algo entre Val y yo, me extraño. Más bien será lo que no ha pasado. Al escuchar lo que me cuenta e imaginarla teniendo un atracón de comida, me recorre un escalofrío. Nos despedimos y le envío un mensaje. No espero que me conteste de inmediato, pero pasados unos minutos, le mando otro… y otro. Cuando vuelvo a la cocina, se lo comento a Martina. También le parece raro.

¿Habrá hecho algo con el tío que estuvo en su casa? Es mi primer pensamiento. Un amigo normal, lo primero que tendría que pensar debería ser si ha hecho algo que no debía, no si ha pasado algo entre ellos. Intento quitar cualquier imagen sobre ese tema de mi mente. Mi amiga me pide que me quede a comer con ellos. Acepto, los niños no me gustan, pero me entretengo con los suyos. Pasado algún tiempo, le mando otro mensaje. Sin respuesta. Pienso un millón de veces en hacer una videollamada, pero no lo hago. No quiero verla con los ojos llorosos. Me niego y más si es por el imbécil ese.

CAPÍTULO 11

Valkiria

Menos mal que llegó Mauro. De verdad, menos mal. Me veía haciéndome algo que no debía. No sé por qué me sentí tan mal cuando Felipe se fue. No lo entiendo. Como si lo que hicimos hubiera sido un… ¿error? ¡Joder que sí! Se va a casar. No me rechazó por esa razón, ¿o sí? O porque continúa pensando que… Intento borrar esa idea.

¡Val, que se ha ido porque se ha arrepentido! En seis meses se casa. ¡Seis!, repite mi conciencia una y otra vez. Ese es el verdadero motivo por el que me sentí fatal. Mal, muy mal. O comía o rompía toda la casa. Pero mi subconsciente me traicionó. Me comenzó a susurrar que me había rechazado debido a que… ¿He engordado? Me miré al espejo y no me vi distinta. Me probé toda la ropa del último año y todo me queda igual que ayer, anteayer o hace un mes. ¿Entonces? ¿Por qué, aunque fuera solo por un segundo, pensé en ir al baño a vomitar? ¿Por qué? ¡¿Por quéeeee?! Si yo ya no hago esas cosas. ¿A que no?

Lloraba a la par que comía mis patatas con queso y mi cabeza iba a doscientos por hora, pensando cada gilipollez. Mientras tanto, mi amigo me observaba desde el sofá. Me preguntaba qué había pasado, pero yo no era capaz de responderle. Solo reflexionaba. Si hasta ha llamado a Gabriel. Todos sabíamos dónde acabaría la noche: en mi cama o en la suya. Qué pena más grande. Para mí, Gabriel siempre tendrá un hueco en mi vida, aunque solo sea para charlar. Es más mono, por Dios. Es para comérselo. En todos los sentidos. Él me envió muchos mensajes, pero no respondí ninguno.

No tenía ganas de nada. Aun así, me hizo gracia el *sticker* de un ángel que me envió, entre algunos otros más.

—¡Nenaaaa! —grita mi amigo, sacándome de mi trance momentáneo—. Lleva aquí todo el día, pegado a mí como una lapa.

Después de todo lo ocurrido, Mauro y yo nos acostamos en mi cama. Charlamos, le conté todo lo que pasó con Felipe. Si hubiera estado de pie, se habría caído. Se quedó mirándome fijamente, sin saber qué decirme, normal. Es de las pocas veces que lo he visto tan sorprendido. Por la cagada que he hecho, tendría que reñirme, decirme que Estefi me va a matar o que no lo vuelva a hacer y cosas de ese tipo. El mamonazo, lo único que hace, es preguntar si la chupa bien y qué locuras hace con su lengua, repitiendo lo que le conté y bromeando entre jadeos fingidos y orgásmicos. Tendría que enfadarme y pegarle dos hostias. En cambio, tuve que reírme. Así es Mauro, está como una puta cabra, siempre sabe sacar el lado bueno de las cosas, según él. Enreda sus piernas con las mías, es su manera de mostrar cariño, sin decir nada. Después de un ataque de risas, nos quedamos dormidos.

Siete horas más tarde, nos despertamos, quejándonos como siempre. A Mauro se le ocurre la gran idea de llamar al tercer miembro de «los Ángeles de Charlie», para pasar una tarde de relax, series y palomitas. En el momento no pensé en que seguramente vendría acompañada… ¿Cómo voy a decirle que él no puede venir? Conociendo a Estefanía, empezaría a bombardearnos con preguntas y acabaría liándonos. Tiene el don de sacarnos de quicio, siempre acabamos contestando lo que quiere oír. Soy una mujer adulta, capaz de hacer cosas que no debería… y también de afrontarlas. O eso creo.

Dije que sí, claramente. Mi amiga tardó unos segundos en contestar, dudó al principio, pero al final dice que vendrá.

—¡¿Qué quieres?! ¡No puedo ni ducharme en paz!

—¿Dónde tienes las palomitas? —grita otra vez.

Por un segundo, se me pasó por la cabeza responderle que en el coño de mi madre, pero no lo hago.

—En el armario, ¿dónde va a ser? Detrás del bote de Cola Cao.

Salgo de la ducha y me visto con una de mis camisetas anchas y un pantalón corto de licra. Ya que vamos a tener visita, al menos estaré cómoda. Aparezco en la cocina mientras mi amigo enciende el microondas. Está apoyado en el mueble, mientras bebe una Coca-Cola.

—¿Tú no tienes casa? —bromeo.

—Creo que me quedaré unos días aquí. —Sonrío de forma sarcástica.

—¿Te has drogado o algo? —inquiero, alzando una ceja.

—Nooo, solo quiero estar más tiempo contigo.

—Sí, claro. Solo fue un bajón puntual. Me sentí mal, pero no porque él me comiera el coño y se fuera sin decirme nada. ¡Se va a casar, por el amor de Dios! —Niego con frustración.

—Y si lo hace tan bien como dices… —Se burla, recordando cada maldito detalle. Se me estremece todo el cuerpo por unos segundos —. Zorrona —dice él, con una mirada cómplice.

Ya que el tema del momento es Felipe, charlamos un rato más, me hace repetir cosas que ya le he dicho. Tiene que ponerse cachondo o algo porque no es normal lo suyo.

Mi móvil no deja de vibrar encima del mueble, con los mensajes de preocupación de Gabriel. Leo los nuevos, por mi cara de estúpida, mi amigo me exige que conteste a sus mensajes. Prefiero hacerlo cuando todos se vayan de mi puta casa.

Colocamos las palomitas en un bol, cogemos las bebidas y las dejamos sobre la mesita de centro. Más tarde, nos damos cuenta de que el cristal está mojado. Empiezo a moverme incómoda en el sofá. Sin que tenga que decir nada, se levanta y trae un trapo y varios posavasos de la cocina.

Os juro que lo intento, pero mi TOC es más fuerte que yo.

Levanta la vista y me observa justo cuando mis manos empiezan a temblar al escuchar el timbre. Estefi tiene las llaves de mi casa, igual que Mauro. Ya sabe todo lo que ha pasado porque sé que esta mañana wasapeaba con Mauro, mientras yo estaba en un estado lamentable. En estos temas son muy discretos.

—¡Entra! —exclamo y escucho el ruido de sus llaves y la puerta abriéndose.

Automáticamente miro… Y ahí está. Felipe.

Mi corazón parece que va a salirse del pecho. Empiezo a mover las latas de un lado a otro, nerviosa. Mauro agarra mis manos, haciéndome parar.

—Tranquila, ¿vale? —susurra, para que solo yo pueda escuchar. Asiento discretamente.

Les dedico a ambos una sonrisa forzada. Tan forzada que, si aprieto un poco más la mandíbula, me parto los dientes.

Estefi me besa la cabeza antes de tirarse en el sofá, seguida de su hermano.

Nuestras miradas se encuentran por unos segundos. Sus ojos me piden disculpas. Apenas afirmo, con un movimiento sutil de mi cabeza. Me levanto y voy a la cocina. Abro la nevera. El aire frío me golpea el rostro y me hace temblar. Siento el ardor en mis mejillas… y en algún que otro lugar.

—Las debo tener del color de este tomate… —murmuro para mí misma, observando el interior de la nevera.

—Me gustan más cuando las tienes rositas —dice una voz detrás de mí. Antes de que pueda gritar del susto, Felipe me tapa la boca con una de sus manos, pegando su pecho a mi espalda.

—Suéltame —intento decir, pero aprieta más.

—Quiero hablar contigo —susurra en mi oído.

Cierro los ojos automáticamente. En cuanto lo hago, su otra mano llega a mi cuello.

Una escena de *Cincuenta sombras de Grey* invade mi mente.

—¿Qué cuchicheáis en la cocina? —pregunta su hermana desde el salón.

—Solo estamos hablando —responde él.

—Ya, ya…

Me suelta. Cojo una botella de agua, mi garganta está seca. Me quedo frente a ese hombre que me mira con demasiada intensidad.

—Lo siento —se disculpa—. No debí haber salido así. No sé qué me pasó.

«Arrepentimiento se le llama a eso».

—No ha sido solo culpa tuya, no te preocupes —contesto antes de dar otro sorbo largo, intentando ignorar el recuerdo de aquel orgasmo.

Sigue mirándome igual que esta mañana. Acaricia mi mejilla y luego mi labio inferior. No me hagas eso… Por favor. «Tengo que odiarlo, mi misión es esa».

¿No tuvo suficiente ya? ¿Por qué dejo que me haga esto?

Vuelvo a imaginar cosas muy cochinas. Debo de ser masoquista o algo.

—Venga, vámonos —comenta él.

¡Gracias a Dios! Vuelvo a beber. Que se aparte, que se vaya lejos, muy lejos.

Inspiro hondo un par de veces y regreso al salón, donde están viendo el primer capítulo de la segunda temporada de *Agente nocturno* en Netflix. Me siento en el suelo, delante de Estefi, ya que los cuatro no cabemos en el sofá. En un milagro del Señor, Pinto se despierta. Hasta nos asustamos. Siempre está durmiendo.

Camina despacio hacia mí, con sus orejas arrastrándolas por el suelo, y coloca una de sus patas en mi pierna.

—Joder, creo que es la segunda vez en dos años que lo veo despierto —dice Mauro.

—Exagerado.

—¡Qué pasada! —suelta Felipe, acariciándolo.

Pinto lo mira con sus ojitos de pena, observándolo unos segundos, y mueve la cabeza de un lado a otro.

Felipe baja del sofá y se coloca a mi lado mientras jugamos con él. Nunca he visto a mi perro tan espabilado. El hermano de mi amiga pone la mano en su boca y Pinto le presiona con sus dientes suavemente, ladrando como una fiera y moviendo su cola a toda velocidad. En cuestión de minutos están los dos tirados en el suelo, revolcándose. Pinto lo lame, le salta encima, haciéndome morir de amor.

Mi perro luego clava sus dientes en la punta de una de sus deportivas Nike, logra quitársela y sale corriendo. Felipe se levanta detrás de él y se da una hostia contra el mueble de mi habitación, que no ha visto porque la cortina está cerrada.

Todos nos reímos. Pinto se esconde debajo de mi cama *king size*. Felipe le dice barbaridades al pobre animal. Ya que cuando lo ve aproximarse, se aleja.

Sin que él tenga éxito, me levanto y voy hacia allí.

—¡Está destrozando mis deportivas de seiscientos dólares, cabronazo! —gruñe, intentando coger su calzado, pero la cama es demasiado baja; apenas le cabe la cabeza.

Me arrodillo a su lado y le doy dos palmadas en el culo para que se aparte. Con el ceño fruncido y mucha mala hostia, limpia el sudor de su frente.

—No te pienso pagar nada —le digo antes de que abra la boca.

Meto casi medio cuerpo debajo de la cama y, en cuanto tengo la oportunidad, le quito lo que Pinto muerde con demasiada precisión. Y se lo entrego. La tela está rota por varios sitios, aguanto la risa.

—Está llena de babas. Es tu perro, tú la limpias.

—Quejica. —La vuelvo a coger de mala gana y me dirijo al baño.

Abro el grifo y empiezo a echar muy poca agua. Cuando levanto la vista, lo veo en el espejo, con los brazos cruzados sobre el pecho,

apoyado en el marco de la puerta.

—No mojes tanto, que no se va a secar.

Bufo.

—¿No dijiste que estaba llena de babas? Pues te la estoy limpiando, encima que te hago el favor… —Por joder, la meto entera bajo el chorro—. Ups.

—Cabrona —protesta, acercándose por detrás.

Observamos nuestro reflejo. Su cuerpo grande pegado a mi espalda me hace temblar cuando nuestras miradas se cruzan nuevamente. Hay cierto tipo de tensión que no sé explicar. No entiendo nada. No tengo ciertos sentimientos de rabia, como el otro día. Estoy tan concentrada en él, que no me doy cuenta de cuándo colocó la mano bajo el agua, hasta que me la echa en toda la cara.

—¡Hijo de puta! —Parpadeo varias veces, sintiendo como me bajan las gotas por el cuello, mientras intento ver con claridad.

Cuando quiero hacerle lo mismo, con una mano me agarra las muñecas con facilidad, inmovilizándome. Con la otra, vuelve a tirarme agua. ¡Ahora sí, quiero matarlo!

—Pídeme perdón —ordena.

Empiezo a toser, casi me ahogo.

—Jamás…

—Val… —dice mi nombre con un tono bajo, demasiado *sexy*.

—Nunca escucharás de mi parte esa palabra.

Otro manotazo de agua.

—Para, para. —No me hace caso. —Per… —Escupo.

—No te he escuchado.

—Perdón… —Cierra el grifo.

Me miro en el espejo. Mi rostro está empapado, mi ropa marca perfectamente mi sujetador de encaje negro, el suelo es un desastre y la zapatilla sigue en el lavabo.

En ese mismo instante, la puerta se abre. Mis dos amigos nos contemplan extrañados.

—Ha empezado ella/él —decimos a la vez.

—Mira… De verdad, parecéis dos niños —suelta Estefi—. Limpiad este desastre.

Mauro aguanta la risa, pero conozco su mirada. Felipe me empuja y yo hago lo mismo.

—¡Imbécil! —Cojo su deportiva y la tiro al suelo.

—Valkiria, Valkiria…—contesta con un tono de regaño.

—¿Qué? Empezaste tú. Encima que te hacía el favor de limpiarlas…, pero se me resbaló de las manos—. Miento.

Me agacho para recogerla, pero me detiene en la mitad del proceso, a la altura de su entrepierna; lo miro, esperando lo que va a decir o hacer.

—Mi polla en tu boca sí que se va a resbalar si te sigues haciendo la tonta. Pero, como soy un caballero, es feo que me la comas en nuestra… ¿segunda cita?

Siento el calor que me provocan sus palabras, aunque me niegue a reconocerlo. Me incorporo completamente, quedando apenas a milímetros de su boca. Pienso en lo que voy a decir. Puedo sentir los latidos de mi corazón a toda hostia. Sin analizar la situación, abro mis manos agarrándole de los huevos, haciendo un poco de presión. Abre los ojos, sorprendido, tomándome del brazo y mostrando una mueca de dolor. No puedo medir fuerzas con él. Tampoco quiero hacerle daño, es tan solo para que sepa que ya no soy aquella imbécil de años atrás. Él mismo ha hecho que naciera otra Valkiria, una que está inestable psicológicamente desde que ha vuelto. Pero de eso no tiene por qué enterarse.

El hijo de su santa madre es tan capullo que solo mueve la comisura de sus labios hacia un lado, de forma casi imperceptible, y da unos pasos hacia atrás para pegar su espalda en la pared. Felipe continúa presionando mi muñeca con fuerza, para que deje de intentar lo que

pasa por mi cabeza. Estoy tan nerviosa que quiero estrujarlos hasta que me suplique que pare, arrastrándose como un gusano.

—No… No les hagas daño, luego, no podrás disfrutarlos. —Cierra los ojos. Qué idiota es.

—No me importan tus huevos y tampoco disfruto con un micropene. Olvida esa posibilidad.

Suelta una carcajada sarcástica y su mano libre rodea mi cuello. Su palma fría contra mi piel ardiente es una maldita mierda, me nubla los sentidos.

—La próxima vez que digas que tengo un micropene, te voy a follar en el mismo instante en que termines de decir la última sílaba —susurra antes de dejarle un lametón de un extremo a otro a mi boca.

—Ya te gustaría a ti.

—Valkiria, estás jugando con fuego.

—Uh, uh, uh, qué miedo —bromeo, moviendo el cuerpo.

Arruga su frente, visiblemente enfadado, y sale del baño.

Coloco las manos en mi rostro e intento no reírme tan fuerte como quiero.

¡Val, Val! ¿Se puede saber qué mierda te está pasando? Pero eso es en lo mínimo que debería preocuparme, tendría solo que pensar en las cosas malas que me ha hecho. Déjate de tonterías, que luego ya sabes lo que pasa, murmura mi conciencia o lo que sea que ronda en mi cabeza.

CAPÍTULO 12

Valkiria

¡Por fin todos se van!

Me encanta el silencio. Estar comiéndome la cabeza sola. Después de todo lo que pasó en el baño, con Felipe apenas hemos cruzado miradas y palabras. Pero yo, precisamente *yo*, no podía dejar de observarlo. Cómo ha cambiado, en casi todos los sentidos. Lo de ser capullo, muy poco, igual que su habilidad para sacarme de mis casillas. Solo unas pocas veces, contadas con los dedos de una mano, me trató como una persona normal. Una de ellas fue cuando tuve que ir a su casa a hacer un trabajo del instituto tras estar algunos días tratando de esquivar visitarlos para no verle la cara. En esa ocasión, no pude esconderme de él; casi siempre lo intentaba, para no escuchar cómo se reía de mí. Felipe llegaba de la universidad y lo primero que hacía era ir a la habitación de su hermana a saludarla. Esa vez también me saludó, con demasiada amabilidad, preguntando cómo había estado, que me había echado de menos. Y toda la rabia que acumulaba se iba en un abrir y cerrar de ojos. En un par de ocasiones se disculpó en voz baja, solo para que yo pudiera escuchar, por hacerme la vida imposible. Se quedó con nosotras charlando, bromeando, hasta nos ayudó con un trabajo de plástica. Mi amiga y yo nunca fuimos buenas con las manualidades. Mientras la nota nos diera para aprobar, estábamos contentas. Hasta a Mauro y a Ricardo se les daban mejor esas cosas que a Estefi y a mí. Cuando vio la mierda que estábamos preparando, se colocó a nuestro lado para ayudarnos y explicarnos como debíamos hacer la presentación. «Vista al frente, barbilla alta,

sin tartamudear». Eso fue para mí algo que no olvidaré. Siempre me dio vergüenza hablar en público o ser el centro de atención. Sin embargo, a mis amigos les importaba muy poco todo. Se puso en modo profesor hasta que estuviera, según él, perfecto.

Al final del día, nos llevó a cenar, como si el Felipe imbécil hubiera sido absorbido por un chico normal y corriente, amable y educado. Y aquí la tonta adolescente, pues… me gusta más. En el fondo, desde que lo conozco, siempre supe que en alguna parte de él estaba guardada esta persona. En esos momentos era cuando me daba cuenta de por qué me gustaba. Pero, como dice mi madre, la felicidad del pobre dura muy poco. Pasados unos días, volvió a amargarme la vida junto a Sergio.

Se fue sin una de sus benditas deportivas, la cual sigue secándose en el baño. Después de una buena ducha, me acuesto en el sofá, pero antes le he puesto de comer y beber a Pinto, que estuvo hiperactivo todo el tiempo que estuvieron aquí.

Al escuchar que me quejo, levanta su cabeza y viene hacia mí.

—¡Te como la cara! —digo riéndome. Está tan gordo que le cuesta levantar las patas para ponerse de pie y apoyarse en el sofá.

Lo ayudo a subir y se acurruca en mi pecho. Dentro de poco no cabremos los dos. Empezamos a ver una serie y, mientras lo acaricio, me doy cuenta de que pocas veces hacemos cosas juntos. Ni siquiera dormir. Eso a los dos nos gusta en soledad.

Mi móvil, encima de la mesita de centro, empieza a vibrar. Al cogerlo, veo una notificación de WhatsApp de Gabriel. No le he contestado ninguno de sus mensajes y me ha enviado por lo menos cinco.

GABRI:

«Val, ¿estás bien? No quería decirte, pero Mauro me llamó hoy y me contó todo. No me contestas los mensajes. ¿Tengo que

preocuparme? 😐».

Me río. Porque así es como me hace sentir él, por la mierda de frase que me envía. Es tan bonito. Desde que compartimos confidencias después de follar, charlamos hasta las tantas de la madrugada, en mi cama, acariciando cada cicatriz que aún no tengo cubierta por la tinta. No imaginaba encontrar en él una conexión así. Estuvo ocupado un tiempo. Le había enviado un par de mensajes, pero no le llegaban. Me gusta nuestra amistad. Cuando estoy con él, es como si su presencia me invitara a ser la verdadera Valkiria.

Leo una vez más su mensaje y decido contestarle:

YO:

«Siiiiiiii. No le hagas mucho caso a Mauro. Ya sabes cómo es de exagerado 😄».

GABRI:

«Mmmmm. Vale Val...».

Escribe y para. Escribe y para. De repente, aparece el icono de un micrófono indicando que está grabando un mensaje de audio, pero nunca llega. Espero unos minutos más y nada.

¿Le contesto yo? No, no, no.

Vuelvo a acariciar a Pinto cuando, de golpe, se levanta en dirección a la puerta y empieza a ladrar. Me incorporo, apoyando los codos en el asiento, y miro hacia la entrada.

—Pinto. ¿Qué te ha dado aquel capullo? No te reconozco —bromeo, pero sigue ladrando y empieza a escarbar—. ¡Para! ¡Que me vas a rayar todo el suelo! —Tiro de él, pero regresa otra vez—. ¿Hay alguien detrás de la puerta? ¿Es por eso por lo que estás así?

¿No será otra vez Felipe? Miro por la mirilla. Nada. Nadie. Pinto sigue inquieto.

Lo observo y un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Me estás acojonando...

Mientras intento que volvamos al sofá, el timbre suena.

—¡Joder! —Doy un salto colocando mi mano en el pecho. Pinto ladra cada vez más alto.

De nuevo miro por el agujerito y veo a Gabriel en el otro lado. Tan perfecto como siempre, hasta con ropa deportiva.

Al abrir la puerta, el perro sale corriendo, pisa una de sus orejas y se resbala, pero se levanta a la velocidad de un rayo. En un instante, ya está sobre Gabri.

—¿A este qué le pasa? —Gabriel me mira extrañado. Pinto sigue pegado a él, moviendo la cola como si fuera su persona favorita en el mundo entero. Empiezo a pensar que me lo cambiaron por otro.

Cruzo los brazos, apoyándome en el marco de la puerta.

—¿Todo esto de escribir y no enviarme el mensaje era para decir que estabas fuera de mi casa?

Se agacha para rascar la barriga del animal.

—Si me contestaras… —replica con una sonrisa, entrando con Pinto detrás suyo.

—¿Y no lo he hecho?

Se detiene en seco y me observa, su expresión se endurece un segundo. Hasta con un simple chándal negro y su cabello húmedo por el sudor, está atractivo. Es demasiada belleza para un único ser humano.

—Te dije que me llamaras y no lo has hecho —me riñe.

—¿Tanto interés por mi persona a qué viene? ¿Falta de clientas? ¿Es por eso por lo que me buscas? ¿Crees que soy rica? —suelto sin pensar; me observa molesto. Sus ojos oscuros buscan los míos con esa intensidad que siempre me hace sentir rara, como si pudiera ver más allá de lo que suelo demostrarle.

Uno de mis mantras para eso es:

«*Si sientes mariposas en el estómago cuando estás cerca de él, toma agua y ahógalas*».

Gabriel está fuera de mis posibilidades, a no ser que gaste demasiada pasta, ya me lo ha dejado claro muchas veces. Pero siempre que estoy con él, su lado protector me suele afectar.

—¿Quieres dejar de tratarme como a un puto que solo viene a tu casa para follar? —Su cuerpo está tenso—. ¿No puedo preocuparme por ti?

¿Preocuparse por mí? Suelto una carcajada, no porque me parezca gracioso, sino porque suena ridículo dicho en voz alta.

—Para pagarte tendría que hacer un OnlyFans de esos, enseñar mis pies u otras cosas, para ganar cuatrocientos euros y poder pagarte a ti. ¿Crees que tiene sentido? —hablo sin pensar.

—Graciosa. —Pasa la mano por su cabello.

—Me has arruinado, chaval. He gastado más de dos mil euros contigo. Así que, si piensas en algo que tenga que ver con gastar dinero, olvídalo.

—¡Para ya! —exclama. Su voz suena más fuerte de lo normal.

—¿He dicho alguna mentira?

¿Por qué le estoy diciendo estas cosas? ¿Por qué busco pelear cuando en realidad lo único que quiero es que se quede? Me gusta su compañía. Pero hay algo dentro de mí que no entiende cómo un tío como él puede estar aquí. Y Gabriel... Gabriel sigue ahí, mirándome. Pareciera saber cada cosa que pasa por mi cabeza.

Sus manos van al bolsillo de su sudadera para coger su móvil, que está en una funda para *footing.* Sus dedos tiemblan un poco y su respiración es pesada. Al instante, mi teléfono suena con una notificación. Le echo un vistazo a él y luego a mi aparato en la mesita de centro.

—Pues ya tienes tu dinero. —Guarda su móvil.

¿Perdón? Si solo estaba bromeando.

—No has hecho lo que pienso que has hecho, ¿verdad? —Si realmente me ha devuelto mi dinero, ahora seré yo la que estará molesta. Val… ¿Por qué no te callaste un poquito?

Me giro con intención de coger mi teléfono para comprobarlo, doy dos pasos, pero me agarra por la camiseta y me hace retroceder.

—¿Puedes parar? ¿Qué te pasa conmigo hoy?

También yo quiero saber lo que me pasa. Bueno, lo sé, me gusta demasiado su compañía. Solo lo pienso, no lo digo en voz alta.

Mi corazón empieza a ir demasiado rápido. Sus manos acarician mis brazos, bajando a mi cintura y se detiene en mis caderas. Coloca sus manos en mis hombros, haciéndome quedar frente a él.

—No quiero ser para ti solo un… —Traga saliva—. También soy tu amigo y estaba preocupado. —Muero de amor—. Solo espero que no hayas hecho nada que no debieras.

Cuando estoy por responderle, sus dedos se funden en mi cadera, y un gran cosquilleo aparece sin avisar en mi estómago. Mi cuerpo parece tener voluntad propia y me acerco más a él. Gabri coloca su mano libre en mi nuca, con una mirada intensa sobre mí. Sus labios rozan los míos, en un beso lento que dura apenas algunos segundos, volviéndose más rápido y posesivo. Jadeo en su boca. Hago que mis brazos rodeen su cuello y él me toma por los muslos…

—No, nooo —intento decir que no lo haga, pero me ignora. «No podrá con mi peso». Mis piernas se enredan en su cintura. Lo miro, colocando mi frente con la suya, mientras nuestras respiraciones se mezclan. Camina y me apoya contra la pared de mi habitación. Enseguida su sudadera cae al suelo, su piel está caliente, un escalofrío me recorre el cuerpo. Dejo besos dispersos por su cuello y por sus hombros anchos y tensos.

Gabri me presiona más, soltando un gruñido demasiado *sexy* que me deshace por dentro. Me muerdo el labio mientras se desnuda. Es gruesa y dura. Solo con verla, mi boca se seca y mis muslos se aprietan. Él lo nota, dejando una sonrisa cargada de deseo. Se deshace de mi camiseta, sus ojos me contemplan, como si buscara algo con desesperación. Se fija en mi tatuaje, dejando un pequeño beso en él; ese roce tan tierno me hace temblar. Siento un

cosquilleo una vez más. Coloco mi mano en su polla, gime cuando la presiono, la muevo de arriba abajo, llevándola a mi boca sin preliminares ni nada. En ese mismo instante, Gabri jadea.

—Val, despacio. —Agarra mi cabello y hace un moño en su muñeca; me lo meto lo más hondo que puedo. Mi interior palpita cuando su mano libre acaricia uno de mis pechos. Y yo con la mía acaricio sus testículos.

Sus caderas se mueven en un entrar y salir. Cuando empuja más, siento como me llena por completo, hasta el punto en que de mis ojos se asoman lágrimas y una arcada aparece.

Aun sin apartarnos uno del otro, mientras nuestras respiraciones intentan regularizarse, vuelve a besarme frenéticamente. Me quejo cuando deja de hacerlo y nos separamos. Camina en dirección al baño y vuelve con un par de toallitas para limpiarme. Su erección aún evidente presiona mi monte de Venus. Le dejo un guiño y lo beso.

Me empuja con brusquedad sobre la cama, su gran cuerpo cubre el mío como un lobo feroz buscando a su presa. Sus ojos se vuelven más oscuros e intensos. Un escalofrío se apodera de mí cuando su boca vuelve a la mía. Su lengua me reclama, me devora, al igual que sus dedos masajean mi clítoris, haciéndome gemir, traicionándome. Me estremezco. Mi cuerpo arde como mi interior, intento cerrar las piernas, casi desesperada. Pero no me deja. Totalmente mojada, entra de una sola estocada. Grito de dolor y placer, arqueando mi espalda. Aprieto con fuerza sus brazos. Se mueve rápido y profundo. Entra y sale, entra y sale. Vuelve a mi boca, mordiendo mi labio inferior, algo más fuerte, el dolor no es intenso, pero es perfecto para que me derrita más para él. Pierdo cada uno de mis sentidos, dando lugar a un nuevo temblor de mi cuerpo.

Sus jadeos se mezclan con los míos. Mi interior lo aprieta cada vez más y él lo siente. Lo sé por la forma en la que gime. Su lengua hace un camino de saliva hasta mis pechos, succionando, mordisqueando.

—Por Dios… —balbuceo, perdida en la fogosidad del momento.

Se retira por completo y me quejo, sintiéndome vacía. Pero no tarda en hundirse en mí otra vez, lentamente, haciendo que sienta cada centímetro de él. Un par de embestidas más y mi cuerpo se tensa. Observo cada detalle, cada expresión de su rostro. Su mano está en mi cuello, su agarre es fuerte, pero sin hacerme daño. Gabri jamás me lo haría. Nuestros cuerpos se chocan con una intensidad brutal.

—Córrete, Val. —Mi cuerpo obedece sus órdenes, empieza a convulsionar, en un orgasmo tan ardiente que apenas puedo respirar. Sin que deje de penetrarme, sus gemidos se hacen más fuertes y sale de mí, justo corriéndose en mis pechos, maldiciendo.

Todavía sin separarse, sin romper esa conexión que jamás pensé sentir, nuestras respiraciones intentan regularizarse. Su boca encuentra la mía un momento, quejándome cuando deja de besarme. Sale de mí y yo lo miro. Es tremendamente guapo.

Abre las sábanas de mi cama y da dos palmadas en el colchón. Sonrío y ambos nos metemos, cubriéndonos hasta la mitad del cuerpo. Coloca su brazo bajo mi nuca, haciendo que apoye la cabeza en su pecho. Miramos a Ángel, que está en posición de ataque.

—No es mi culpa que le guste tanto tu coño como a mí. —Le pego en el brazo.

—Animal.

—¿A que sí, Ángel? —Su pene se mueve.

—¡Por el amor de Dios! —exclamo. Sus dedos llegan a mis mejillas para que lo vea.

—Val… —Hace una pausa y me besa—. Tú y el tío que estuvo aquí…

—¿Felipe? —menciono su nombre y levanta una ceja, dudando si seguir hablando. Alzo un poco la cabeza. Ahora es él quien está avergonzado por su pregunta, con su nariz rozando la mía.

—¿Te digo la verdad? —inquiero.

—Siempre.

—Es él… —Me quedo en silencio, intentando respirar con normalidad. ¡No voy a llorar! No voy a llorar. Vuelvo a colocar mi oído contra su pecho, puedo sentir cómo su corazón late rápido, y sus brazos me envuelven en un apretón tranquilizador.

Vuelvo a ser aquella chica que iba a su casa y prácticamente lo *acosaba*; para mí, no era así, me gustaba observarlo acostado en su cama, sin camisa, escuchando música. Sin embargo, de tanto que Sergio me decía que era su acosadora, he llegado a creer por mucho tiempo que es lo que hacía. Para nada es como ahora. Toda la vida fui patética.

—¿Qué se siente al volver a verlo? —su tono no es nada agradable, como si tuviera miedo de hacerme esa pregunta. Mientras mi mente trabaja a toda hostia, intentando encontrar la mejor respuesta.

—Nada… Él ha hecho que no sienta nada, Gabri —miento—. Para mí es como si no existiera—. Mi voz se quiebra y coloca una de sus manos en mi barbilla, para que lo mire.

—No sé por qué no te creo…

—Pues no me creas —contesto molesta. Odio que la gente diga que no me cree, he escuchado tanto eso, que ya son palabras que me cabrean—. Y si ha pasado algo, ¿qué? Eres un puto, Gabriel. Te pagan por follar.

—No te cobro para follar… —Miro un punto fijo de la pared blanca.

—No, ¡qué va! —murmuro.

—Me gusta estar contigo. Me gusta sentir como te corres en mi polla, Val. Como gimes mi nombre llena de deseo. —Mis ojos se abren como platos. ¿Pero este qué dice ahora? —Eres la única con la que lo hago sin protección. Sabes que me reviso siempre y sé que estás más limpia que yo.

—Y todas tus clientas, ¡no te jode!

—Val… Por favor. Sabes a qué me refiero. —Sí, claro que sé a lo que se refiere.

—Claro que sé a qué te refieres —repito lo que pensé—. No tienes los cojones de preguntarme qué hacía en mi casa el hombre que me hundió. ¿Es eso lo que quieres saber? —Me aparto de él y comienzo a vestirme. También querría saber eso. Te juro que me gustaría, y eso me deja angustiada, frustrada, enfadada conmigo misma—. Es que flipo. ¿Me vas a reprochar con quién tengo que hablar o follar, aun siendo él quien es? ¿Organizo yo a tus clientas? —grito, enojada—. Que follas con cualquiera que te… Que te pague cuatrocientos euros o más. Eres un puto de lujo, no estás al alcance de todas, a lo mejor tengo hasta que sentirme afortunada por eso—. Digo, con sarcasmo. Pero hasta a mí me duelen *mis* palabras, y mucho más a él, por cómo tiene sus dientes apretados—. Gabriel. —Por un segundo, el estómago se me revuelve con un asco enorme—. Por lo menos Felipe no piensa en cobrarme para comerme el coño.

Abro los ojos de golpe por lo último que suelto de mi bocaza de mierda.

Sin más que decir, se levanta, rodea la cama y se viste, más rápido de lo normal. Su cuerpo está tenso, su ceño fruncido. Sus labios se mueven en algo inaudible.

¡Joder!

—Ahí tienes tu puto dinero —suelta cabreado, muy cabreado. Nunca lo había visto así. No puede estar más guapo. Debería estar prohibido en este mundo. Se encamina hacia la salida.

¿Qué cojones me pasa ahora?

El portazo me hace saltar. Desbloqueo mi teléfono. Arriba, a la izquierda, hay una notificación del banco. Al deslizar, veo un Bizum de tres mil euros. Parpadeo un par de veces, entro en la aplicación y leo el asunto:

«No quiero que pagues por acostarte conmigo. Si te busco, es porque quiero hacerlo, siendo Gabriel Márquez Aitán, no Gabriel el puto».

Vuelvo a leerlo y me dan ganas de llorar. Marco su número. En el primer tono, rechaza la llamada. Intento otra vez, y otra, hasta que

directamente salta el buzón de voz.

Me siento mal. Muy mal. No quise… Pero no dije nada que no fuera verdad. Es un puto, guapo, atractivo a más no poder, inteligente y embaucador. Cobra por follar, y les hace todo lo que pidan. Y ellas, ricas y hermosas, pueden tenerlo entre sus piernas cuando quieren. La chica perfecta, con un cuerpo de escándalo. Me miro un momento. Los michelines de mi abdomen forman un par de pliegues. Mi cuerpo tiembla por un instante. ¿Cómo puede un chico como él querer follar con una chica como yo? Me dejo caer en el sofá, apoyo los codos en mis muslos y cubro mi rostro con las manos. De la nada, un asco enorme me invade y corro al baño a vomitar. Todo lo que he comido lo expulso. Me arrodillo y sostengo mi cabello, con los ojos llenos de lágrimas.

«Porque no lo eres. Siempre serás la chica gorda, la que nadie quiere mostrar en público».

Mis manos tiemblan y mi respiración se agita. Me cuesta respirar. Mi estómago se retuerce con arcadas, pero ya no me sale nada. Mi cabeza me está jugando una mala pasada. Es así. Cada segundo que pasa me siento peor. Inconscientemente lo hago. ¿O conscientemente? No lo sé. Coloco mi dedo índice en la garganta y echo fuera lo poco que queda dentro de mí.

CAPÍTULO 13

Gabriel

Rabia, rabia y más rabia. Es lo que siento ahora mismo en cada parte de mi cuerpo, un hormigueo descontrolado que no tiene por dónde salir. Saber que él está de vuelta y que ella aún… No puede ser. ¿Cómo puede haber dejado que entre ellos pasara algo después de todo? No me entra en la cabeza. Si antes estaba encabronado, ahora solo de pensar que podrían… Poco puedo contener lo que siento. No puede haber amistad entre ellos, ni cercanía, ni roces, ni nada. Nada de nada.

¡Que le comió el coño, joder!

Bufo, acelerando un poco más. Llego a casa y voy directo a la ducha, pensando que me quitará estos nervios de mierda y las ganas de matar a ese cabrón. Y a ella por momentos. Me lo ha dicho… ¡Así, sin más… en toda mi puta cara! Como si no importara, como si no fuera gran cosa. Ella no sabe lo que esas palabras me destrozan por dentro. Pero, una mierda para mí. Mi baño no ayuda ni un poco. Al cerrar los ojos, la imagen de ella aparece en mi cabeza, gimiendo su nombre como hace conmigo.

Cabreo, cabreo y más cabreo.

Mi cabeza es un sin parar de escenas donde no estoy yo. Y eso me hierve la sangre. Saca lo peor de mí. Luego sus palabras… Siempre he pensado en devolverle su dinero. Siempre. Porque acostarme con ella, para mí, no es un trabajo. Es disfrutar de estar con una persona que me vuelve loco. Porque Val… me encanta.

Pero también tiene razón. Soy un maldito prostituto de lujo. No tengo por qué reprocharle algo, ¿verdad? No somos nada. Joder. Sin embargo, cuando se trata de mi chica nórdica, cuando se trata de *ella*, no soy razonable, lo sé. Siento demasiadas cosas que no quiero. Conmigo saca su peor parte, ese genio, que me fascina, esa mala boca, de la que algunas veces solo suelta barbaridades. Ya hace tiempo que no veo a esa chica. La que me intriga de vez en cuando, sin saber si está bromeando o siendo sarcástica. Y lo peor… Odio que me vea así, como un objeto sexual. Me ha dolido en el alma. Ya sé lo que soy, pero escucharlo de la chica por la que estoy… No sé encontrar las palabras correctas para lo que siento cuando estoy con ella. Algunas veces creo que es como una ¿necesidad?, no mola nada. Nunca me había encontrado tan discriminado hasta hoy.

Me pongo el pijama, pero mi cuerpo sigue inquieto, dando vueltas en la cama. Decido encender el móvil que había apagado porque no dejaba de llamarme después de que salí de su casa. En cuanto lo enciendo, veo la notificación de siete llamadas suyas, la última hace poco, seguida de un montón de mensajes de WhatsApp:

YO:

«Gabri, llámame».

«Gabriel».

«Gabri, no fue mi intención ofenderte, enciende el móvil».

«Gabriiiii, me cago en toda tu estirpe».

Con este último mensaje no puedo evitar que una sonrisa aparezca en mis labios. Porque esta es Val. La verdadera.

Cuando empezamos a vernos, hablaba delicadamente, como si no hubiera roto un plato en su vida. Pero luego decía alguna que otra palabrota. Y cuando se soltó del todo… ¡Madre mía! Cuando la reprendía, sus mejillas se sonrojaban de vergüenza, y eso terminó de encantarme.

Tiene una dualidad que a veces no consigo entender. Como cuando levanta una coraza y no hay manera de atravesarla. Como si creyera que no me importara nada.

Sus cambios de humor repentinos… Algunas veces, me contaba ciertos temas difíciles para ella y se reía y lloraba a la vez. Yo no sabía de qué forma actuar en ciertas ocasiones. Cuando le conté a Martina que no la entendía, habló con una amiga suya que es psicóloga. Me dijo que Val podría tener ciertos cambios de personalidad debido a su pasado. No voy a negar que, cuando mencionó que había desarrollado TOC, no tenía ni puñetera idea de lo que era.

Busqué información y, con el tiempo, fui notando pequeños detalles: un par de veces, cuando estaba un poco alterada, empezaba a cambiar las cosas de sitio; o cuando nos desnudábamos, era capaz de recoger toda la ropa del suelo y doblarla antes de seguir. Poco a poco intenté comprenderla y suavizar un poco su manía, besándola como si no hubiera un mañana. Sabía que tenía que estar demasiado alterada para reaccionar así.

Esa vez que descubrió a qué me dedicaba, que no era simplemente un chico que por casualidad la había visto aquella noche en el *pub*, me dijo de todo. Mientras hablábamos, empezó a limpiar su casa compulsivamente, repitiendo los mismos movimientos. Sus manos temblaban, su respiración estaba descontrolada. Me costó mucho calmarla. Siempre terminaba diciendo lo mismo, con los ojos húmedos: ¿Cómo un chico como tú va a querer algo con una chica como yo? Lo repetía demasiado. Luego fue a su armario y empezó a sacar toda su ropa, volviendo a doblarla una por una. Intentaba tener paciencia, pero era imposible. Hubiera preferido que me diera dos hostias antes que verla así. Se me partía el alma.

Se reía y lloraba a la par. Hablaba sola, como si yo no estuviera allí. Me echó de su casa, pero no me fui. Le hacía preguntas y no me contestaba, poniéndola aún más nerviosa. En algún momento decidí ayudarla, porque lo único que deseaba era abrazarla y pedirle perdón.

No era mi intención mentirle. Mucho menos cuando, sin darme cuenta, ya tenía la necesidad de verla una y otra vez.

CAPÍTULO 14

Felipe

Me paro delante de la casa en la que he vivido durante gran parte de mi vida. Un sentimiento de nostalgia aparece de pronto. Observo a mi alrededor y todo sigue igual, desde hace ocho años. Por unos segundos vuelvo a mi infancia, corriendo detrás de mi hermana porque quería matarla por coger mis coches de colección. Seis casas más arriba, a mi derecha, aparece Valkiria gritando el nombre de Estefi y a mi izquierda, Sergio, intentando ganarme en una carrera para ver quién llegaba primero a mi casa. Abro el portón y Majestad empieza a ladrar. Un *poodle* negro que le regalamos a mi madre en su cumpleaños. Se para delante de mí, oliendo mis pies. Me alegra que me reconozca, así que me agacho y lo acaricio. Les dije a mis padres que llegaba el viernes de la semana siguiente, pero que me quedaría con Estefi, y que algún fin de semana vendríamos todos a pasar unos días en familia. Porque en el momento en que hubieran sabido que he llegado, doña Irene y Juan Antonio hubieran querido que esté aquí todos los días para comer.

—Mamá —la llamo, dejando golpes en la puerta. Por el cristal puedo ver que alguien se acerca. En el momento en que abre, sus ojos se agrandan por la sorpresa.

—Pero… ¡Hijo! —Su voz tiembla a la vez que sus brazos me envuelven en un abrazo apretado. No puedo evitar cerrar los ojos con firmeza. La abrazo igual de fuerte, porque estar con ella siempre me ha dado tanta paz—. ¿Cómo estás? Déjame verte. —Acaricia mi rostro—. ¡Qué guapo estás! La Zona te trata muy bien.

—Zoe, mamá —la corrijo.

—Bueno, eso. ¿Pero cuándo has llegado? ¿Tu hermana sabe que estás aquí? —Me da un abrazo—. Entra, cariño. ¿Has desayunado? ¿Te preparo un café? —Sonrío. Me achucha otra vez, con sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Y papá?

—En el bar desayunando, seguro. Ahora mismo lo llamo. No me creo que estés aquí… Te he echado tanto de menos. —Me deja un beso en la frente.

—Y yo, mamá. —Y no miento.

Mi madre desaparece en la cocina, secando sus manos en el delantal, después de haber puesto agua en la cafetera. Vuelvo a echar un vistazo en la casa, con el corazón enternecido. Cojo una taza del armario y echo el líquido negro, cuando mi progenitora vuelve a aparecer, con sus ojos una vez más emocionados. Le dedico una sonrisa, sentándome en la silla. Ella hace lo mismo que yo y se coloca a mi lado. Por un momento me siento extraño, como si estuviera fuera de lugar, mientras remuevo mi café.

—Ya viene papá. —Vuelve a levantarse y dejarme un abrazo por la espalda.

Minutos más tarde, empieza a bombardearme con preguntas, principalmente sobre la boda y Zoe. Desde que me fui, hablábamos casi todos los días. Ahora menos de lo que me gustaría. También comentamos un poco del viaje. Ya de paso le cuento que tengo sus billetes comprados. Mi madre indaga más sobre nuestra relación. No hay mucho que agregar, ella me quiere a mí y yo a ella. Con eso me basta. Esa es mi respuesta. A doña Irene no parece convencerle mucho, porque lo que me contesta es un «ajá». Pero es totalmente cierto.

Tenemos nuestros roces como cualquier pareja que vive y trabaja junta. Todo lo que soy a día de hoy es gracias a Zoe. Me ha dado amor y cariño cuando más lo he necesitado. Mi madre empieza a decirme que me tengo que quedar a comer, que me hará mi comida

preferida: macarrones. Puede que sea un simple plato, pero es el suyo. Asiento, porque no me queda otra. Giro mi rostro al escuchar cerrarse la puerta y veo a mi padre acercarse a mí. Me levanto para recibir un enorme abrazo. Al separarnos, me observa igual que su mujer hace apenas unos minutos atrás. Nos hacemos preguntas, nos interesamos el uno por el otro. Son muchos años para ponernos al día en tan solo unas horas.

—¿Cuándo vendréis un fin de semana? —pregunta mi madre.

—Pues la semana que viene, me imagino. La verdad es que no hemos comentado nada sobre eso hasta ahora.

—Hace más de siete meses que tu hermana no aparece por aquí, hemos ido nosotros. Pareciera que no tiene familia esa niña —dice mi viejo.

—Está muy ocupada. —Trato de suavizar la situación.

—¿Vendréis todos? Me refiero a mis hijos adoptivos —inquiere mi madre—. Los tres juntos son una bomba. —Sonríe, refiriéndose a Mauro y a Val—. En general, ninguno viene. Desde que Valkiria recibió el alta. Por lo menos ella no ha vuelto. Según su madre, el pueblo no le trae buenos recuerdos. —Suspiro recordando todo lo que me contó mi hermana y una vez más siento como se me oprime el pecho.

Intenté de varias maneras quitar esos pensamientos de mi cabeza, sin embargo, no pude. No he dejado de darle vueltas todo este tiempo. Ayer fui a su casa con la intención de intentar hablar, cotillear algo. Quiero saber por ella cuanto daño le he hecho. Fue una conversación idiota con mi amigo, estaba en un momento de mi vida… que me resbalaba todo.

—¿No viene a visitar a sus padres?

—Desde hace tres años no ha vuelto a poner los pies en el pueblo, pasa meses sin llamarlos; su madre viene aquí a veces para saber de su hija, a través de lo que Estefi en alguna conversación nuestra me suelta. Apenas ella coloca un pie en casa y empieza a llorar. Sé que no le gusta hablar de lo que pasó. Aunque, todos lo

sabemos. —Mi cuerpo tiembla de la mala sensación que recorre cada parte de mí—. Ya sabes que tu hermana es una bocazas, pregunto y suelta. Casi siempre están juntas.

—Hasta del puto sabemos… —comenta mi padre.

Sonrío, fingiendo que no sé de lo que hablan.

Mi hermana es la peor persona para guardar un secreto. Cuando sabe algo y no puede contarlo, en su frente está escrito: *pregúntame, tengo secretos y necesito soltarlos.*

Charlamos horas, recordando cosas. He llamado a Zoe para que hable con mi madre. Se llevan bien, lo justo y necesario. Doña Irene, con toda su inocencia, no deja de decirle que tendría que haber venido. Y la respuesta de mi chica es que cuando esté allí, harán cosas juntas, como madre e hija. En este último comentario a Zoe se le quiebra la voz mientras lo menciona. Sé que aún le duele. Año y medio después de la muerte de su padre, fue su madre quien falleció, de cáncer de páncreas en estadio cuatro. Ella se encargó de su hermano desde entonces. Mira que Nathan es peculiar. Pero es un buen chico. A veces hay que llamarlo para ir a trabajar porque sale de fiesta y se olvida del mundo. Y a Zoe eso la mata. Según ella, tiene un hijo sin haber parido. Ahora da menos trabajo que antes, pero aún es un niño que le gusta mucho el alcohol y las drogas. Tiene veintinueve años, pero su edad mental es de un chico de diez años.

El tema principal de la llamada es la boda. Apenas hemos elegido flores, cubiertos y menú; el resto lo lleva la *wedding planner*. Incluso la ropa de mis padres y mi hermana está esperando los últimos retoques. Por insistencia de doña Irene, hacen una videollamada. Zoe está en nuestra cama, es plena madrugada para ella. Ambas están hablando, pero yo solo me fijo en mi futura mujer. Me coloco detrás de mi madre para verla mejor. Ya hace una semana que he llegado, aunque conversamos todos los días. Mientras ellas charlan, mis pensamientos me traicionan. Valkiria viene a mi mente y lo peor de todo es que no me arrepiento. La última vez que la vi, tuve que reunir toda mi fuerza para no besarla en el baño. Cuando le eché

agua, su camiseta mojada se pegó a su cuerpo, dejando ver el encaje negro de su sujetador. Trago saliva. Solo de recordarlo, me empalmo al momento.

No hemos vuelto a encontrarnos, la estoy evitando nada más porque no sé cómo comportarme o de qué hablar. Necesito preguntarle y decirle tantas cosas, que tengo miedo de hacer algo mal. Ni siquiera he pasado a recoger mi zapatilla de su casa. Porque no tengo los cojones suficientes para enfrentarla y también, como está casi todo el rato plantándome cara, tengo miedo de no contenerme. El otro día, me faltó poco para devorar su boca y hacer muchas más cosas que se me pasaron por la cabeza. Ya no soy el mismo cabrón de antes, el que cada semana estaba con una distinta, el que hacía tríos con su amigo. Ese tío ya no existe. O eso creo.

Mi mejor amigo, Sergio, aún no sabe que estoy aquí. Cree, al igual que creían mis padres, que llegaré el próximo viernes. Él lleva un mes organizando mi despedida de soltero. Y eso es demasiado peligroso. Mi madre y Zoe terminan la llamada tras casi dos horas. Me despido con un «te llamo luego» y, tras pasar una tarde con mis padres, decido ir a la oficina de Sergio. Es abogado y en su despacho en el pueblo le va bastante bien, con clientes influyentes de Madrid. En el camino llamo a mi hermana para decirle que no iré a recogerla. Se caga en todo porque tenía planes para nosotros. Me disculpo, pero le da igual. Sigue insultándome antes de colgar.

Cuando llego a su negocio, me sorprende lo moderno que es. Sillones de terciopelo verde agua, paredes blancas, un mostrador de mármol gris.

—Buenos días, ¿en qué le puedo ayudar? —pregunta una chica rubia, es jovencita, debe tener unos veinte años. Sus ojos son casi del mismo color que la silla en la que está sentada.

—Buenos días. Me gustaría hablar con Sergio Algarbe.

—¿Tiene usted cita?

—Pues no.

—Lo siento, el señor Algarbe no atiende sin una cita previa. —Aprieto los labios para no reírme.

—Haz el favor de llamarlo, soy el letrado Felipe Durán, vengo directamente de Nueva York para hablar con él —miento—. Tenemos un asunto pendiente que tratar.

Imposible que me crea con mis pantalones vaqueros y mi polo rojo. No tengo para nada pinta de abogado, a diferencia de mi amigo, que está todo el día trajeado; parece hasta alguien importante.

—Señor… —Piensa rebatir.

—Milena, necesito que… —Aparece mi amigo por el pasillo, con un traje azul marino y unos papeles en la mano. Se frena en seco.

Su secretaria se levanta, mirándolo a él y seguido a mí.

—Hijo de puta —suelta él al verme, caminando en mi dirección—. Hijo de puta. —repite. Una sonrisa aparece en su rostro y nos damos un abrazo—. Pedazo de perro, ¿cuándo has llegado? —Me empuja.

—Hace unos días. —Su secretaria le observa.

—Soy su jefe. Soy un ejemplo, no digo tacos —dice volviendo a una expresión seria.

Carcajeo.

—No te lo crees ni tú —suelto, dándole golpes en la espalda.

—¿Por qué no me has dicho que estabas aquí? —inquiere.

—Quería pasar tiempo con Estefi. No lo sabían ni mis padres. Y si te digo que ya estaba aquí, ese mismo día seguro que ibas a decirme de salir. Te conozco desde hace muchos años. Luego, ¿quién aguanta a la fiera de mi hermana?

—Continúa insoportable —recalca.

—¿Aún estáis en ese plan?

—Me odia.

—Normal. Le has puesto los cuernos, cabrón.

—¡Otro! Sabes que no es así. No tengo la culpa de que rompa corazones. —Sonríe con picardía. Con esa sonrisa que siempre le ayudaba a salir de algunos marrones.

—Le faltó poco para cortarte la polla, por entrar en otro agujero. —Arruga su frente.

Estefanía y Sergio empezaron a salir cuando ella tenía diecinueve y él veinticinco. Se llevaban bien. Quizás demasiado. A nosotros dos nos gustaban demasiado los tríos, las fiestas y la adrenalina. Hasta que un día ella lo descubrió. Se separaron. Luego intentaron arreglarlo, pero este cabrón vino a visitarme por trabajo y se lió con otra. Según él, no significó nada, pero cuando volvió, fue él mismo quien se lo contó, por petición mía, le dije que o lo hacía él o lo hacía yo. Estefi ya había sufrido mucho por mi amigo. Recuerdo perfectamente la llamada de mi hermana. Si hubiera podido matarme a través del teléfono, lo habría hecho. Y desde entonces lo odia profundamente. Fue su primer amor. Por lo tanto, fue su primera gran decepción. Y me juego la vida, que también ella ha sido la de él.

Pasamos casi el resto del día en su despacho, recordando años atrás. Incluyendo algunas cosas sobre Valkiria. De como hicimos su vida imposible, sin darnos cuenta.

CAPÍTULO 15

Valkiria

La semana fue un auténtico desastre. Tuve dos exámenes, que me salieron como el culo. No estoy centrada. No me gusta estar así, me siento perdida en muchos aspectos. Una, debido a que Gabriel no contesta mis mensajes ni mis llamadas. Y dos, porque no puedo dejar de pensar en Felipe. No comprendo todo lo que está pasando conmigo desde que ha vuelto. Hay cosas que jamás imaginé que volvería a desempolvar de lo más hondo de mi subconsciente, pero aparecieron sin previo aviso. Casi no puedo dormir, ni siquiera enfocarme en algo. Vuelven a mí ciertas escenas y situaciones que me provocan sensaciones que me costaron mucho gestionar a lo largo de esos años. Ahora es… como si estuviera retrocediendo, estoy regresando al punto cero y eso me está enloqueciendo poco a poco. Pensé en tomarme algo para dormir, no obstante, tengo miedo, no quiero volver a estar empastillada hasta las trancas. También pensé en llamar a mi psicóloga. La muy cabrona me conoce mucho, y yo me conozco también, no sería capaz de abrirme de golpe y seguramente me mandaría sesiones y sesiones hasta que yo cayera en su trampa, donde me sonsacará toda la información sin que me diera cuenta y ya estaría contestando a lo que ella quisiera. Usa su don conmigo y odio cuando lo hace.

Y lo peor de todo es que… he vuelto a hacerlo una vez más. Después de que Gabri salió de mi casa, he vomitado, lo he hecho un par de veces. Y me arrepiento. Pasados unos minutos, mientras estaba echada en el suelo frío de mi baño, mi voz amiga y enemiga ha tenido acto de presencia. Todavía no me habla sobre lo que está

pasando por mi cabeza últimamente, pero sí acerca de los temas que más le gustan. Amargarme la vida. Intenté mantener mi mente ocupada con los estudios, yendo a la cafetería, incluso fui a trabajar cuando no me tocaba. Porque cada vez que tengo exámenes, no voy casi ningún día. Quedé con Mauro más de lo normal esta semana. Me sentí peor al enterarme de que Felipe estaba yendo estos días a ver a sus padres. Tampoco he vuelto a verlo y es mejor así porque no sé qué me pasa cuando estoy cerca de él. Dios mío. Si hace muchos años que ya me había olvidado de él. Era una niña. No estaba en mis cabales. Me gustaría saber si ha visto a mis padres. Después de que me dieron el alta, estuve allí apenas un día. Nuestra relación no es muy cordial. Hablamos muy poco y algunas veces ni eso. Cuando tienen que hacer algo en Madrid, aparecen por mi casa o por la cafetería. A veces me llaman y no contesto.

Nuestra relación es un poco extraña. Tanto por mi parte como por la de ellos. Principalmente con mi madre. Por culpa de ambas, aquí no se salva ninguna de las dos. Aunque sé que soy mucho más ruin que mi progenitora. No he vuelto a Brihuega desde entonces. Creo que he pasado la peor época de mi vida cuando estuve allí. Tenía muchos ataques de ira cuando me llamaban para comer o cuando me obligaban a hacerlo. He destruido casi toda la casa de mis padres por ese motivo. Desarrollé una agresividad que no sabía ni que existía. Mi madre quitó todos los objetos cortantes de allí, incluidos retratos, por los cristales. Porque una de esas veces, rompí unos cuantos, y con los mismos vidrios me corté delante de ella y, si me decía que parara de hacerlo, más lo hacía. Nos aconsejaron hacer terapia los tres juntos, pero ninguno habló del tema y eso nunca pasó. Mi amiga lleva la semana entera diciendo que tenemos que ir un fin de semana. Y me niego por completo. Pero sé que en el fondo de mi corazón deseo verlos. Ya veré qué hago.

—Val —me llama Mauro, sacándome de mis pensamientos—. Llevas unos días muy rara. ¿Me vas a contar ya o tendré que meterte dos hostias? ¿Qué hemos hablado de los secretos?

¡Qué pesado es! Durante aquella época en la que estaba intentando volver a la normalidad con mi vida, prometimos que

jamás habría un secreto entre nosotros. Por un buen tiempo, mis amigos se culparon por lo que me sucedió. Según ellos, debieron haber insistido más en saber cómo estaba cuando empecé a adelgazar. Siempre les decía que había decidido llevar una vida más saludable. Antes mentía muy bien y ahora se me nota un huevo. Pero no le he ocultado nada, bueno, casi nada. Lo de Gabriel lo saben ambos y lo de Felipe solo uno de ellos, ya es algo.

—No dejo de pensar en Gabriel. No contesta mis llamadas. —«Y también en Felipe», pero eso no se lo digo.

—No lo acoses, joder. Deja al chaval. Eso te pasa por querer ir de lista —me regaña—. ¡Ve a su casa! Habla con él.

—Vamos a ver, ¿no me acabas de decir que no lo acose? Aclárate.

—No me hagas mucho caso. —Se carcajea. ¿Cómo alguien va a ser normal en esta amistad? Al final, tengo que reírme o me volveré tarumba de la cabeza.

Continúo fregando los pocos vasos que quedan, mientras hablamos de mi amiga. Hace casi un día que no sabemos de ella, ya que suele ser la primera en enviarnos un mensaje de WhatsApp por la mañana diciendo: «Buenos días, hijos del mal», y eso no lo ha hecho hoy. Tiene mucho trabajo por la mierda del desfile. Tanto, que ya no hacemos los malditos directos. Y ahora con su hermano por aquí, menos todavía. La cafetería está vacía y es extraño. Bueno, no tanto, ha llovido toda la mañana y hace un día gris muy raro. Por un milagro del Señor, no hemos hecho planes este fin de semana, ya que la organizadora siempre es Estefi. Y a la pobre no le da más la vida. De la nada, empieza otra vez a caer un chaparrón. Mi amigo está entretenido con su móvil y yo miro por los cristales como llueve a mares. No puedo parar de darle vueltas a todo. Algunas veces, pienso en contárselo a Mauro, pero no tengo el valor suficiente de hacerlo. Es capaz de darme la paliza del siglo. Mirando fijamente la lluvia, veo a dos chicos corriendo; al principio no los reconozco, sin embargo, cada vez que se acercan más, un increíble calor me va absorbiendo y mis ojos se abren demasiado.

¡No puede ser!

Pues sí, *sí* que puede. Cuando entran en la cafetería, me giro para estar segura de lo que veo.

—¡Joder! —exclama uno de ellos.

Mauro levanta la vista, tan sorprendido como yo, tirando su móvil encima de la mesa.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —les pregunta con cara de pocos amigos.

Ambos sonríen, no le veo la gracia. Simplemente, no tengo ningún tipo de reacción. Solo llegan a mí recuerdos...

—¿A dónde creéis que vais? —pregunta Felipe, mientras mi amiga termina de arreglarse y yo la espero sentada en el borde de su cama.

—Quedamos con los chicos de nuestra clase —contesta su hermana—. Vamos, nena —me dice ella y yo me levanto para acompañarla a la salida. No he dicho ni una sola palabra, solo apenas lo observo. Lo guapo que está cuando se pone celoso de Estefi.

—¡Os estaré vigilando! No me gusta que estéis en medio de tantos tíos —grita desde detrás nuestra. Al ir yéndonos, como no podría ser de otra manera, la espalda de Felipe se encontraba apoyada en el muro esperándolo: Sergio.

—¿Qué hacéis? —Estefi finge no escucharlo, igual que yo, mientras pasamos como si no existiera—. Ten cuidado —le dice a ella, seguido me mira a mí—. Y a ti, que te den. —¡Ya empezamos! No puede estar un día sin molestarme, creo que es su hobby—. Tú cuida de la guapa. —Habla de mi amiga.

—Gracias por llamarme fea —comento sin ganas y él se ríe.

—Déjala en paz. —Me defiende Estefi.

—Es lo que hacen las amigas feas con las guapas: cuidarlas. —Lo fulminamos con la mirada. Ya me ha amargado el día—. Es broma, Val, lo sabes.

—Gilipollas. Tus bromas ya hace tiempo dejaron de hacerme gracia —contesto de mala manera.

—Fea —rebate. Sin poder aguantar mi furia, camino en su dirección para pegarle; sin embargo, mi amiga me agarra del brazo para detenerme y Sergio da algunos pasos hacia atrás.

—Algún día te juro que te voy a matar —suelto enfadada. Le tengo unas ganas…

—Acosadora.

—¡Te mato! ¡Te juro que te mato! —Otra vez me dirijo hacia él. No comprendo cómo una persona puede hacer que saque lo peor de mí como lo hace este hombre. Así es siempre que me ve. A veces soy capaz de llorar de la misma rabia e impotencia que me hace sentir.

Muevo mi cabeza para olvidar todo aquello. No entiendo… no puedo entender, ¿por qué se me está revolviendo toda esa mierda ahora? Trago saliva con fuerza, volviendo al mundo real, donde ya no existe nada de eso. Nada.

—Anda, si está aquí… —Me mira, con esa puta sonrisa de demente, la misma… «Que no lo diga, por favor, no estoy para sus tonterías».

—Sergio, no empieces —gruñe Felipe con seriedad, arrugando su frente. ¿Está molesto? Seguramente intuyó lo que ese iba a soltar por su maldita boca. Mauro camina hacia ellos, y el innombrable retrocede, escondiéndose como una rata de alcantarilla detrás de su amigo, que es más grande que él.

—Como tu hermana lo sepa... —hablo, sin siquiera perder un solo segundo de mi vida en mirarlo, a ese energúmeno de ser humano.

—Ya lo sabe… —responde Felipe.

—¿Y no te ha matado? —inquiere Mauro.

—¿En la casa de quién duermo hoy? —Sergio nos mira a ambos.

—Olvídalo —comento.

—Lo mismo digo —contesta mi amigo.

—¿Me vais a dejar en la calle como un vagabundo? ¿No tenéis corazón?

Negamos con la cabeza.

—Mauro… Ya sé que no tuvimos un buen encuentro la última vez… —empieza Sergio.

—Y ni lo vamos a tener —reprocha él.

—Fuiste al pueblo solo para darme una hostia. —Giro mi rostro para no reírme.

—Mentira. Fui para matarte. Pero no me dejaron.

No aguanto y suelto una carcajada, pero también por los nervios. Los tres me observan, principalmente Felipe. Siento su mirada sobre mí. Y… nada, nada de nada Val. Volviendo a lo que estábamos. Cuando Estefi nos contó que ese hijo de la santa de su pobre madre le había puesto los cuernos una vez más, Mauro se presentó al pueblo para pegarle, y lo hizo. Ha salido incluso por internet. Por poco hasta se hace viral. Mi amigo es la persona más paciente y protectora del mundo, pero cuando le sacan de sus casillas, se transforma. Da mucho miedo.

Va hasta la barra, mientras yo me quedo en mi lugar, y ellos se acercan a él. Lo van a convencer, lo sé. Los escucho murmurar cuando mi teléfono empieza a sonar. Miro la pantalla, es Estefi.

—Hola nena.

—Tía, tengo mucho curro, me he equivocado en una tela y voy a tener que quedarme en el taller hasta tarde.

—¿Vamos a ayudarte?

—No, necesito estar sola y concentrarme. Llevaré el trabajo a casa, dile a Mauro que acoja a ese indigente.

—¿A Sergio? ¿Quieres que le diga a Mauro que le dé un techo al hombre al que casi intentó matar? —pregunto extrañada—. ¿Todo bien?

—Sí, solo estoy cansada. Si fuera por mí, ese hijo de puta podría dormir en la maldita calle, como el perro que es. Lo hago por mi

hermano. —Claro… su puto hermano—. Esta semana tenemos que probarte ropa, ¿vale? —avisa.

—De acu… —Cuelga el teléfono sin dejarme terminar.

Me acerco a donde están todos y le cuento a mi amigo, que asiente, pero de mala gana, soltando barbaridades por su boca. Sergio sonríe como un cabrón. Mauro le empieza a decir de todo menos cosas bonitas y comienzan a discutir de la nada. Son así desde pequeños. Por un instante pareciera que he vuelto a años atrás. No puedo evitar sonreír y sentir escalofríos por cada cosa que me ronda en los últimos días. Felipe se acerca a mí. Sus ojos me comen por momentos, y no puedo negar que los míos también a él.

CAPÍTULO 16

Gabriel

Val se la pasó llamándome y enviándome mensajes. No contesté a ninguno. Ganas no me faltaron, la verdad. Uno de sus mensajes fue una foto de sus muslos con un nuevo tatuaje: un tulipán arcoíris. La imagen es de muy cerca, pero tengo suficiente memoria para recordar dónde está. Así, cuando la vea, podré buscarlo. Porque pienso volver a verla. ¿Cuándo? Pues no lo sé. La dejaré sufrir un poquito más. No sé quién lo está pasando peor, si ella o yo.

Las luces del club Edén se iluminan más al sonar el remix de *Báilame* de Danny Ocean. Es un club de intercambio de parejas. Hace tiempo que no vengo, solo alguna vez con Elisabeth, una de mis primeras clientas. Es una ricachona de cuarenta años, casada con el CEO de una multinacional mexicana que siempre está de viaje. A los dos les gusta este rollo. Y cuando él no está, pues soy yo quien la acompaña. Es uno de los clubs más famosos de Madrid para este tipo de relaciones abiertas que a muchos les fascina.

Por mí, no vendría, pero paga demasiado bien: tres mil euros para que yo y otro la follemos. Le va el sado y esas cosas raras. Fue con ella con quien aprendí ciertos truquitos interesantes para darle vidilla a algunas de mis clientas. Eli, cuando viene a este local, rompe corazones. Es una mulata de ojos verdes, cabello negro hasta la cintura, elegante. Que conste que su marido sabe que la acompaño. También que quede claro que mi única condición para venir es que no hago nada con personas de mi mismo sexo. Con las tías, lo que ellas quieran, son mi debilidad. No puedo evitarlo.

Desde una esquina, observo el ambiente mientras ella baila con alguien que acaba de conocer. Algunos solo hacen eso, pero otros, dentro del mismo local, se meten mano antes de subir a las habitaciones de la planta de arriba. Según las malas lenguas, el lugar pertenece a un narcotraficante vasco. La canción termina y ella se acerca a mí con una sonrisa de oreja a oreja, como una perra en celo. Se nota por la forma en que, de vez en cuando, cierra las piernas. Seguramente alguna guarrada tiene que estar pensando. La conozco.

—¿No te gusta ninguna? Porque bailando con este tío, te juro que me apetece invitar a una pareja. ¿Qué te parece, Gabri?

—Gabriel —rectifico—. Ya sabes como soy, Eli. Tú pagas, tú mandas.

—Te buscaré una chica. —Me guiña un ojo y desaparece.

La última vez que estuvimos juntos fue hace más de un año. No ha cambiado mucho. Aquella vez éramos tres, dos hombres y ella. La follamos por casi todos los agujeros de su cuerpo. Por petición suya.

Echo un vistazo, buscándola. La encuentro rápido. Está de pie, hablando con una pareja. Se ríe con facilidad y ellos también. Siempre ha tenido esa labia... Y hace unas mamadas que lo flipas. Nuestras miradas se cruzan, como si necesitara mi aprobación. Me llama con el dedo índice. Termino mi copa de un trago, pero antes de acercarme, doy una vuelta por el local. Camino esquivando cuerpos; algunos están contra la pared y otros jadean con la mano metida en los pantalones de su acompañante. Apenas les echo un ojo, hasta que mi hombro choca con alguien.

Levanto la vista para disculparme, pero al final no lo hago.

Felipe.

Lo miro con mala cara y él hace lo mismo.

—Anda, si es el tío que estaba en casa de Val el otro día. Al que le jodí el polvo. —Bebe de su copa, disfrutando cada palabra que suelta por esa maldita boca.

Me hierve la sangre al recordarlo, aunque me contengo. En su lugar, le dedico una sonrisa.

—Aquel día puede ser que *sí*. Pero mientras tú únicamente le comes el coño, yo la follo.

Felipe suelta una carcajada. Tranquilo. Cómodo. Ambos nos caemos mal, eso ya no se puede negar.

—No creo que ella tenga la pasta suficiente para pagarte. —Contraataca—. Ya sabes… Val no es una cualquiera. No creo que, entre tú y yo… prefiera a alguien que mete la polla en cualquier agujero por dinero.

Mis puños se cierran. Me tenso. Sus palabras me hierven por dentro, porque, en parte, tiene razón.

—Fíjate, me he metido en el suyo muchas veces, y gratis —suelto con soberbia.

Felipe me analiza con calma, sabiendo perfectamente que lo que he dicho no le hace gracia.

—Siempre ha tenido mal gusto para los hombres.

—Lo dirás por ti, ¿verdad? —Me acerco un poco más, sin apartar la mirada. Me gusta ver como se inquieta, aunque sea por un segundo—. ¿Crees que no me di cuenta de que el otro día fuiste a su casa para intentar hacer lo que le hago yo? ¿O fuiste… para intentar remediar lo que llevas haciendo años?

Su expresión cambia. Se endurece. No es tonto, sabe exactamente a qué me refiero. No puedo sentir más que rabia en este momento. Sin embargo, ninguno cede.

—Aún no he hecho todo lo que quiero —dice, sin pestañear. Se está divirtiendo. Le divierte tocarme los cojones—. Recuerda que juego con ventaja. La conozco desde que era una niña. Mi hermana es su mejor amiga. Mañana le haré una visita, ya que tengo que recoger algo mío en su casa.

La imagen de ellos dos juntos me envenena la mente. No sé qué mierda tiene que recoger, pero no me gusta. En ese instante, otro

tipo se coloca a su lado, observándome con indiferencia.

—No te acerques a ella —ladro, apretando la mandíbula—. No la vas a usar como el perro que eres. Ni como tu banquete de despedida de soltero.

Si piensa que lo permitiré, está muy equivocado.

—¿Y este gilipollas quién es? —inquiere el otro tío.

—Este… —Se refiere a mí y sonríe de medio lado—. Le jodí un polvo el otro día y está un poquitooo… —Alarga la última vocal, burlándose—. Molesto.

Su amigo se ríe.

—Eh… espera. ¿Con tu hermana? Te mato si la has tocado. —Se acerca más a mí, pero Felipe coloca un brazo entre nosotros, deteniéndolo.

—¿Crees que seguiría vivo si fuera con mi hermana? —suelta con soberbia—. No, con Val.

El otro lo mira extrañado y piensa unos segundos.

—¿Tu acosadora? —Ninguno responde—. ¿Val, Val? ¿La fea? —dice y desvía la mirada hacia él. Al ver que ninguno contesta, suelta una carcajada—. ¿Estáis midiendo quién tiene la polla más grande por Valkiria? —Sacude la cabeza, indignado—. Sabía que acabarías liándote con ella. Con tantas tías aquí, ¿y vas por la fea? ¡No te reconozco!

Habla de Val con demasiada naturalidad. Y eso hace que esté a punto de realizar una maldita locura. Fea. Acosadora. Como si fuera cualquier mierda. No sé qué me duele más: la forma en que la menosprecia o el hecho de que nadie, ni siquiera yo, le pida que se calle.

Cierro las manos con tanta fuerza que mis nudillos crujen. Levanto el brazo, listo para partirle la cara, para que se trague cada palabra que acaba de decir sobre ella. Sobre Val. Mi Val.

Antes de que pueda hacerlo, Felipe me empuja. No con fuerza, pero lo suficiente para evitar que acabemos a hostias aquí y ahora.

Mi respiración es agitada. Mejor me largo de aquí ya o voy a perder completamente la cabeza, porque ninguno de los dos tiene derecho a hablar de ella así. Aprieto los dientes, aguantándome el dolor de sus palabras. Por segundos mi mente se nubla, recapitulando, encajando piezas. Este tipo es el amigo del que siempre me habló Val.

Me alejo, porque ahora mismo diga lo que diga y haga lo que haga será una victoria para Felipe. Mis pies caminan más rápido de lo que quiero hasta que llego junto a mi clienta, quien me presenta a un hombre. Ya no está acompañado de la mujer que estaba con ellos hace apenas unos minutos. Intento concentrarme en lo que dice Eli, pero mis ojos se desvían hacia donde está Felipe. Su amigo ahora mismo está besando a una tía, mientras otro hombre restriega su polla en el culo de ella.

Elisabeth me observa y yo hago lo mismo. Vamos directamente a la escalera principal. Al llegar al último escalón, nos separamos para ir al baño. Me lavo las manos y respiro profundo un par de veces. Al volver, me espera Eli junto con su elegido de esta noche. Entramos por una puerta que da a un largo pasillo. Todo el ruido de la música se desvanece en ese mismo instante. Solo se escuchan los tacones de mi clienta, que se detiene cuando abre la penúltima puerta con una pequeña sonrisa.

Al poco de entrar, Elisabeth ya está desnuda. El tío que nos acompaña, sin camisa, se arrodilla delante de ella y empieza a comerle el coño. Me acerco a su espalda, apartando su cabello a un lado, y beso su cuello. Su olor a tabaco me tensa. No es Val, no es su olor. Eli gira el brazo hacia atrás para colocar su mano en mi polla, que no reacciona.

¡*Ángel*, no me hagas esto ahora!

Continúo besando su cuello mientras intento concentrarme. Eli se gira ligeramente para besarme, y lo hago, acariciando sus pechos. Gime en mi boca y, en ese momento, mi amigo empieza a querer reaccionar al imaginar que la persona que saboreo es mi chica nórdica y por como ella me la menea. Abro los ojos, apretando uno

de sus pezones entre mis dedos. Eli jadea cuando los dedos del otro hombre la follan. Sus uñas se clavan en mi garganta; está a punto de llegar al orgasmo, pero no lo hace.

Nuestro acompañante se incorpora y devora sus labios. Luego la toma de la mano y la lleva cerca de la cama.

—Gabriel —llama mi nombre—. ¿Todo bien?

—Sí —miento.

—Ven, quiero comerte la polla primero —dice ella.

Me desvisto en segundos, observando a *Ángel*, no está muy por la labor hoy. ¡No me jodas!

Eli saca de su bolso unas esposas, una venda para los ojos y un vibrador. El hombre asiente. Se acerca a ella y coge sus muñecas para atarla al cabecero, seguido, tapa sus ojos.

Empiezo a movérmela de arriba abajo. Poco a poco se va formando mi erección.

Así es, chico, pienso mientras voy en dirección a la cama.

—Abre la boca —le exijo.

—Imagina que yo soy ella, Gabri —suelta Eli, dejándome sin entender por qué me está diciendo eso ahora. ¿Tanto se nota que no estoy… con tantas ganas de fiesta?—. Cierra los ojos y deja que tu imaginación vuele. Que sea ella quien te la come ahora —susurra muy cerca.

Infelizmente, lo hago. Imagino a Val así, atada en mi cama.

¡Dios de mi vida!

Es todo tan perfecto, porque ella es perfecta, atada de pies y manos. Su piel desnuda se estremece bajo la mía. Su lengua es la que ahora está en la punta de mi polla saboreando las primeras gotas de mi semen. Es su cabello el que estoy sujetando con demasiada fuerza y agresividad.

Mis manos tiemblan mientras recorro con la vista nuestros cuerpos desnudos. El ambiente es sofocante, cargado de deseo y

lujuria. Eli alza la cabeza como si me estuviera mirando a través de sus ojos vendados, sabe lo que estoy pensando. Sonríe mientras su lengua sube y baja por mi erección.

—¿Cómo lo haría ella, Gabriel? —murmura antes de lamerme los cojones.

Mi cuerpo vibra con demasiada intensidad.

—¿La imaginas siendo follada por dos hombres? —pregunta y vuelve a succionar mi miembro.

¿Así? Nunca en mi vida he imaginado tal cosa con ella.

Pero me excita tanto que casi estoy a punto de correrme.

La idea de lo que sugiere hace que apenas pueda respirar. Jamás he pensado algo como esto con Val. Es mi chica, la mujer que me obsesiona, la única que puede hacer que pierda totalmente mi cordura. Viene a mi mente la imagen de su cuerpo entre dos, convulsionándose de placer… El deseo de que se cumpla se convierte en mi próximo objetivo.

Eli se hunde de nuevo en mi polla, puedo sentir perfectamente como se la está metiendo hasta la garganta, absorbiendo cada milímetro de mí. Estoy a punto de correrme y casi no respiro.

—Por favor… —suplico con la voz entrecortada, perdido en un maldito placer.

—Vamos a hacer algo mejor, Gabriel. Me vas a decir cómo la imaginas —ordena, y se dirige al hombre que la masturba con el vibrador y le está comiendo el coño—. Quítame la venda de los ojos.

Él obedece, igual que yo, mientras nos observa.

Respiro hondo y me separo de ella, cogiendo un condón del cuenco que está sobre la mesita de noche. Lo abro con los dientes y me lo coloco de un tirón.

—Eso es, Gabri… Ahora dime, ¿Qué quieres hacer con ella? ¿Follar su culo o su coño?

Estoy tan duro que hasta me duelen las pelotas.

—A ella… lo que quiera que le haga.

—Nos encanta que nos follen por delante y por detrás, Gabriel. —La voz de Eli es como un puñetero hechizo—. ¿Crees que a tu chica le gustaría?

Eli eleva su cuerpo para que pueda ponerme debajo de ella, con su espalda en mi pecho. Siento una punzada en los testículos. Ella se acomoda encima de mí mientras coloco mi polla en la entrada de su culo. Hay un calor sofocante ahora mismo en mi cuerpo. Entro en ella, poco a poco. Su estrechez me vuelve completamente loco.

Delante de mí, con sus rodillas entre mis piernas, el hombre hace lo mismo, pero penetrando su coño con su polla y a la vez metiéndole un vibrador también por el mismo orifico.

Eli gime como si se le desgarrara la garganta, y yo me aferro a su cintura con fuerza mientras ambos nos hundimos en ella a la vez. En ese instante, el sonido del vibrador rosa hace que la mujer sobre mí se sacuda de puro placer.

—Gabriel… Ahora… —jadea, apenas capaz de articular palabras —. ¿Tu chica disfrutaría que la follaras desde abajo?

—Joder, Eli… —gruño, viendo a mi autocontrol desmoronarse con cada palabra suya.

—Gabri… —Su voz se quiebra en un gemido—. Muévete. ¿Cómo se llama tu chica?

Intento responder, pero no logro pensar con claridad.

—Va… Val… —Intento decir su nombre completo, pero no puedo.

—Pues, fóllame, Gabriel, fóllame como lo harías con ella. ¿Te gustaría ver a dos hombres follándola al mismo tiempo?

¡Me cago en su puta madre!

La imagen es tan real que la veo cada vez más clara en mi mente, su cuerpo entre dos hombres, su boca abierta en placer absoluto, diciendo mi nombre, su piel cubierta de sudor… Mis caderas se mueven rápido y profundo. El deseo de que sea Valkiria

me hace estremecer de los pies a la cabeza. Siento como mi polla se hincha y se pone aún más gorda.

¡Joder! No puedo aguantar más y me corro. ¡Maldita sea!

Mi cuerpo se tensa cuando el placer me destroza desde dentro.

A continuación, Eli se dirige, con una elegancia típica de su estatus social hacia la mesa, donde hay una botella de champán Taste of Diamonds de Goût de Diamants. Cuando pienso que va a coger las copas que hay al lado, ella empieza a agitar la botella, la descolcha y comienza de manera muy sexy a derramar el líquido por sus pechos mirándonos a ambos. ¡Hostia puta! Acaba de bañarse en 1,8 millones de euros.

Cuando la botella está completamente vacía, la pone de pie en el suelo y con un leve movimiento se lleva la mano izquierda hasta los labios de la vagina para abrírselos, con la izquierda sostiene el recipiente, y comienza a baja lentamente hasta introducirse la boca de la botella en el coño.

Comienza a subir y a bajar lentamente, no puedo evitar empalmarme de nuevo, cuando de repente se pone de pie y sujetándola con ambas manos el movimiento se vuelve más y más rápido, llegando a introducírsela casi al completo.

Veo al otro chico que, sin tocarse, se ha llegado a correr viendo la escena.

Eli sigue sacando e introduciendo la botella con tanta facilidad, está tan mojada que sus fluidos le caen por la pierna. Sus jadeos se escuchan por toda la habitación cuando de pronto se le vuelven los ojos y sacando la lengua comienza a lamerse un pezón.

Con la otra mano suelta la botella, aun estando esta en su interior, con un gesto me llama para que me acerque. No lo puedo remediar y mientras me voy acercando me voy haciendo una paja. Me la casco tan rápido de la excitación que tengo, que creo que me la voy a desgastar, cuando me coge mi mano y la pone en el culo de la botella para que se la saque. Tiro bruscamente de ella y en ese

momento Eli se corre como si se estuviera meando encima, acabo de ver un *squirting* en directo.

No puedo más y ella tampoco, empiezan a temblarle las piernas provocando que caiga de rodillas por los espasmos del orgasmo y yo termino corriéndome en su cara y con la polla colorada.

Cuando, de pronto, me viene a la cabeza una sola persona...Val.

CAPÍTULO 17

Felipe

Luego de que se me arruinara la noche anterior por tener que ver la cara de Gabriel, volvimos a salir, pero decidimos venir al *pub* de Ricardo. Más bien he venido porque quería verla. Así tal cual. Aunque para mi desgracia, seguro me lo vuelvo a encontrar; ya lo veo hasta en la sopa, como un maldito grano en el culo, o como el jueves, siempre en medio.

Sergio regresa a mi lado con una sonrisa burlona en su rostro. Le deja un guiño a alguien que no alcanzo a ver, y ya reconozco esa expresión. Ha echado el ojo a alguna chica y seguramente hará todo lo posible por terminar entre sus piernas. Mi plan era pasar una noche tranquila con mi hermana y Mauro, como en los viejos tiempos. Sin embargo, no ha sido así. Cuando mi amigo decide quedarse, me sorprendo, ya que él y mi hermana no pueden estar en el mismo lugar más de cinco minutos, respirando el mismo aire y compartiendo el mismo espacio, sin insultarse o sin que ella quiera matarlo. Incluso antes de salir de casa de Estefanía, cuando vio que su ex me esperaba abajo, las pullas e indirectas entre ambos fueron insoportables. Él nunca tuvo los cojones suficientes para enfrentarla después de que lo dejasen. Me tenía tenso todo el tiempo, y como a Sergio se le fuera la boca con algún comentario borde hacia mi hermana, la noche iba a terminar bastante mal. Puede que sea mi amigo de años, pero nadie, y menos él, le va a faltar el respeto a mi enana. Así que, para evitar todo eso, decido llevarlo a la parte de abajo.

—Aquella tía de allí. —La señala—. Cómo está de buena la muy perra —dice relamiéndose—. Aunque un par de kilos menos y sería perfecta, una puta diosa.

No le respondo. Toma un sorbo de su copa y yo vuelvo mi rostro hacia la barra, para mirar hacia cualquier otro lado que no sea su cara. Me está empezando a tocar un poquito los huevos ya.

—Joder, macho —murmuro para mí mismo.

—Estoy demasiado mayor, mal de la vista o me he vuelto muy tiquismiquis con la gente. ¿Por qué hay tanta gente fea? —suelta de nuevo, con ese desdén suyo que antes me parecía gracioso.

Al principio me hacía gracia, ahora ya no. Por sus comentarios, que ponen defectos en cada una de las chicas. Una porque tiene tetas demasiado grandes, otra que está vestida como una fulana u otra porque tiene unos kilos de más.

Logro observarla desde un rincón apartado y oscuro del *pub.* Hay demasiada multitud; si no me acerco a la barra, no me puede ver. Y es mejor así. Porque si me encuentro con sus ojos, no voy a aguantar no ir a hablarle, y eso implicará que Sergio también venga, con algún comentario idiota que seguramente haga que me cabree con él y podamos llegar a hostias los dos. El otro día en la cafetería le tuve que callar la boca cuando Val se fue y nosotros nos quedamos. La vio salir y comenzó a decir que no había cambiado nada, que estaba igual y que cómo podría ser que ella no quisiera cambiar su aspecto físico. Que no estaba gorda como antes, pero aún podría adelgazar más. En ese mismo momento pagué la cuenta y nos fuimos. No quiero que Val piense que aún continúo siendo el mismísimo hijo de puta de hace unos años. No quiero ser eso para ella. Nunca más.

En realidad, estoy cabreado. Molesto conmigo mismo, con Valkiria y con el maldito mundo. Esta sensación de tenerla tan cerca me jode. Ella sigue haciendo su trabajo, arrugando su frente una y otra vez, dando sonrisas falsas; se muerde el labio muchas veces. Está inquieta.

Sergio se aleja un poco a hablar con una tipa, a la vez que Valkiria charla con sus compañeros. Busca algo, o a alguien con la mirada. Quiero pensar que a sus amigos: a mi hermana y a Mauro. Sin embargo… puede ser que sea a él… al maldito puto de mierda. Lo he visto un par de veces, apoyado en la pared, observándola de lejos al igual que yo.

Gabriel.

Ese imbécil siempre aparece donde no tiene que estar. Como el otro día, que me soltó que me alejara de ella, siendo su defensor y protector. Val sabe cuidarse solita. No hace falta que nadie lo haga por ella. No la conoce para saber si quiere ser protegida y aun menos por mí.

Por ese motivo, me está despertando un deseo increíble de irme después de que Val cuando se vaya de aquí.

Eso es lo que haré. Iré por ella esta noche.

CAPÍTULO 18

Valkiria

La música del *pub* hoy suena más alta de lo normal y las luces parecen más brillantes que otros días, obligándome a cerrar los ojos de vez en cuando por la molestia. Es sábado postexamen y el lugar está repleto de gente. Siempre es así. Y los entiendo perfectamente. Ya quería ser yo una de las personas de la multitud, desmelenándome y bebiendo. Sin embargo, no lo soy, soy una pringada que tiene que estar trabajando y comiéndose el coco. Me la paso agotada, duermo fatal y no tengo la cabeza donde tiene que estar. He intentado no pensar tanto, distraerme con la cafetería, venir aquí y centrarme en los exámenes. Hoy me toca la barra de la pista principal. Ricardo me recogió en casa; últimamente tiene muy mal humor por los preparativos de la fiesta de carnaval. La verdad es que es un coñazo. Pero bueno, será un fiestón. Creo que es una de las mejores del año, excepto por Nochebuena y Nochevieja.

Desde mi posición puedo ver a mis amigos en el reservado de arriba, dándolo todo. De vez en cuando me observan y les hago una peineta, ya que sé que están hablando de mí. A veces me sonríen en respuesta; otras, no. Sé de qué va la conversación, pero mientras no me digan nada, me callo. Aunque, infelizmente para mí, soy un libro abierto. Antes mentía muy bien, pero aprendieron a leer todas mis posturas, gestos y expresiones.

Bebo un sorbo de mi copa y la vuelvo a dejar sobre la nevera. Segundos después, un leve mareo me llega. Apoyo las manos en el congelador, sintiendo como mi estómago se revuelve por completo.

—Val, Val… —dice una voz familiar por el pinganillo, provocando que me centre de nuevo. De fondo, se escucha *Corazón sin vida* de Aitana y Sebastián Yatra.

—¿Qué quieres? —pregunto. Arriba, veo a Mauro junto a mi compañera de trabajo, saludándome con la mano.

—Gabriel está aquí. —Al escuchar su nombre, me quedo paralizada. Mi corazón se acelera y mis ojos se desvían hacia las mesas, buscándolo desesperadamente. Hay demasiada gente bailando y la oscuridad no ayuda—. Pensé que te gustaría saberlo.

Asiento levemente y veo una pequeña sonrisa en sus labios. Me conoce tan bien.

¿Por qué no ha bajado? ¿Tan enfadado está conmigo? ¡Joder, sabe que estoy aquí! Ni siquiera ha sido capaz de decirme «hola». ¿En serio? ¡Qué maldito es!

Llevo estos días sin saber de él y eso está removiendo demasiadas cosas dentro de mí. Un chico me toca el brazo para pedir una copa, sacándome de mis pensamientos. Se lo sirvo y me agradece con una sonrisa que no puedo devolverle. Bebo lo que queda en mi vaso, considerando llenar otro más. Antes de hacerlo, vuelvo a buscar a ese maldito con la mirada, pero nada. Una presión en el pecho me obliga a tragar saliva con dificultad. Apenas aguanto las ganas de llorar. Con el estómago revuelto, me acerco a Ricardo y le doy un toquecito en el hombro. Solo eso basta para que sepa que necesito salir un segundo.

Subo apresurada las escaleras, que están a la derecha de la barra y del baño de empleados. Antes de entrar, echo otro vistazo al local, esta vez desde arriba. Ni rastro. Agito la cabeza y entro al pequeño pasillo. El ruido se vuelve más soportable, pero sigue ahí.

Intento no mirarme en el espejo, pero al final lo hago. Necesito ver el aspecto horrible que tengo y dejar que mi demonio hable sobre por qué Gabriel se ha alejado de mí. Tengo las ojeras bastante marcadas, ni siquiera los dos kilos de corrector que me puse pueden

taparlas. Mis manos van a mi pecho. Mi respiración se acelera. Bajo la cabeza, intentando respirar con más tranquilidad.

Luego fijo la vista en el techo, pero mis ojos se llenan de lágrimas. Intento evitar que caigan, pero es casi imposible. Mi cuerpo se estremece.

Me siento en la tapa del váter y cubro mi rostro con las manos. Pero así es peor. Apenas puedo respirar. Intento contener mis sollozos mientras mi estómago se revuelve por completo. Levanto la tapa. Me recojo el cabello en un moño; mis manos tiemblan. Siento náuseas, intento controlarlas y evitarlas. Son tan intensas que mi cuerpo se sacude. Me inclino. Espero. Pero nada. Tal vez quiero echar más que eso: toda la mierda que llevo dentro desde hace tanto. Pero no puedo. No me sale.

Otra arcada. Un escalofrío me recorre de los pies a la cabeza, seguido de un frío que no sé de dónde ha surgido, pero sigo sin poder vomitar. Me incorporo, aunque una parte de mí insiste en que, si lo hago, la ansiedad se irá y podré volver a mi puesto de trabajo como si nada hubiera pasado. Otra parte de mí me pide a gritos que no lo haga; esa parte de mi vida se quedó atrás, ya ha pasado. ¿Ha acabado de verdad? Siempre voy a intentar autoengañarme para protegerme a mí misma de todo lo que he querido evitar estos años después de que tanto me costase volver a ser la misma de antes.

Definitivamente es así. Porque por más que intenté ser aquella Valkiria, no he podido. Algo me lo impide.

Es ridículo, no puedo controlarlo y finalmente lo hago. Coloco dos dedos en mi garganta y se termina por un momento. La presión de mi pecho y mi ansiedad ya no están. Me hace sentir leve, bien. Aunque sea por un rato. Me lavo las manos sin tener los cojones de mirar mi reflejo. Pero no me queda más opción que hacerlo. Verme como trago saliva con fuerza, sentir el ardor y algo de dolor, me hace por segundos cerrar los ojos. Ni siquiera imaginaba cómo sería volver a encontrarme así: frustrada, culpable, con los ojos llenos en lágrimas y lo más raro, como si el peso que llevaba por horas sobre mis hombros hubiera desaparecido por arte de magia. No me gusta

esa sensación de felicidad, es demasiado viciosa. No me agrada. Sin embargo, lo hice. Todo vuelve a pasar. Me enjuago la boca sin poder dejar de observarme y una pequeña película de mi pasado pasa muy deprisa por mi cabeza. Me agobia y me hace volver a la realidad. Me seco las manos y tiro el papel a la basura, respirando pausadamente y preparándome para volver al lugar del que no debería haberme movido.

—¿Todo bien?

—¡Qué susto! —Coloco una mano en el pecho—. ¿Qué haces ahí? —Gabriel está apoyado de espaldas y con su pie derecho en la pared.

No me contesta, solo me examina. Sus ojos parecen querer preguntarme más cosas, pero no dice nada. Tampoco lo hago yo. Aparto la vista de él, porque sé que, si continúo así, voy a saltarle al cuello y llorar, por el más puro remordimiento. Esa es la sensación que tengo ahora. ¡Lo echo de menos! Y… sin decir nada, vuelvo a la barra.

Desde ese momento, no lo he vuelto a ver en toda la noche. Lo he buscado muchas veces. Como si con solamente verlo de lejos, fuera a curar todos mis males. ¡Es imposible! Al acabar la noche, apenas me despido de mi jefe y tomo un taxi para volver a casa. Le dije a Ricardo que no me encontraba bien y que necesitaba irme. Él asintió, diciendo que era lo mejor, porque tenía muy mala cara.

Al llegar, dejo todo encima de mi cama y observo la ropa para la fiesta de carnaval.

Destapo el espejo, aunque últimamente no me agrada mucho mirarme. No me gusta esta ropa. No. Me. Gusta. Parezco un zorrón. Y me aprieta en la barriga. Entonces mi cabeza empieza, una vez más, a pensar: ¿Cómo me puede apretar? Es impresionante. Me dan ganas de llorar. Desde que dejé de resistirme y he vuelto a vomitar, lo he hecho casi todos los días. Yo me los provoco. Y me odio a mí misma. Alguna que otra vez pasa por mi cabeza que van a descubrirme, me volverán a encerrar y pasaré por ese proceso nuevamente. El pavor de que vuelva a ocurrir me aterra y me

angustia demasiado. Pero lo vuelvo a hacer. Eso es lo peor. Odio ese debate conmigo misma. Me hace sentir miedo, ansiedad por regresar a lo que era antes. ¿Era? ¿Estoy segura de que puedo decirlo en pasado?

Me apoyo en el suelo, delante del espejo, cruzando las piernas. Me siento ridícula, decepcionada.

Mañana es la fiesta de disfraces de la discoteca. Mauro y Estefi me trajeron la ropa hace unos días, pero me he negado a probármela. Quería ver si había adelgazado un poco. Pero parece que esos kilos de más se niegan a irse. ¡No quería hacerlo, juro que no! Mis amigos están pegados a mí, más de lo normal. No creo que desconfíen de nada, ¿verdad? Estoy tan confundida que en algunas ocasiones no entiendo por qué estoy así o por qué lo he hecho de nuevo. Supongo que no quiero admitirlo. Me estoy volviendo… no sé, irracional o loca mejor dicho.

No comprendo por qué. Bueno… sí… El culpable tiene un nombre: *Gabriel*... el maldito *Gabriel*. Él tendría que importarme lo más mínimo. Todo *él*… debería importarme nada... Tampoco con quién se acueste. Me levanto de golpe y cojo el móvil de mi bolso, que está en la encimera de la cocina. Entro en su página web. ¡Hijo de la grandísima puta! No tiene un puto día libre hasta dentro de dos meses.

Suelto el móvil de malas maneras y tomo las sobras del chino de ayer.

Me muero de hambre. Pienso qué hacer… si comer o no comer… Esa es la cuestión. Pero solo el pensarlo me revuelve todo, y lo primero que hago es deshacerme de esta mierda de disfraz y me pongo cómoda. Estoy muerta, miro la hora: las seis y treinta y cinco de la mañana. Sin coger platos ni nada, me siento para comer. A la primera cucharada de arroz tres delicias, muevo la cabeza, apretando los labios con fuerza. Me niego. Decido irme a dormir, pero antes, relleno los cuencos de Pinto, que ha vuelto a ser un dormilón. Aunque estuvo unos días completamente eufórico.

No sé qué le ha hecho Felipe.

Nos estamos evitando. No ha vuelto a mi casa, pero su zapatilla sigue aquí. Sé por mi amiga que tuvo que teletrabajar debido a una caída general de los servidores de su empresa. También sé que tuvo una discusión muy fea con su futura mujer y estaba de muy mal humor. Apenas hablaba, ni siquiera con su hermana. Tanto que le contestó mal muchas veces y Estefi lo echó de su casa. Se fue al pueblo unos días.

Saber que estuvo allí me vuelven sentimientos que estaban enterrados. Hace tres años que no regreso. Casi le pregunto a mi amiga si él ha visto a mis padres. Ha pasado por lo menos un año desde que no los veo. La última vez fue porque mi madre tuvo que venir a Madrid para hacerse unas pruebas en el hospital. Nos vimos en la cafetería. Me había llamado dos días antes, pero no contesté con la excusa de que estaba en semana de exámenes y tenía el móvil en silencio. Dije que, cuando lo vi, ya era demasiado tarde para devolverle la llamada luego, entre una cosa y otra.

Desde la cama, enciendo la tele. Estoy cansada, pero no puedo dormir, por la inquietud de mi cuerpo. Entonces, el timbre suena. ¿De verdad? No creo que pueda ser alguno de mis amigos, ambos tienen llave y entran sin llamar. Por un segundo, espero que sea quien muero por ver. Y efectivamente, lo es.

—Val, abre… —dice Gabriel.

Su voz. Maldita sea. Cierro los ojos y respiro hondo, pero no funciona. Mi corazón está a punto de salirse del pecho y no puedo evitarlo. Muero de ganas de verlo, así que abro la puerta. Y ahí está… es Gabriel.

¿Por qué me hace sentir tantas cosas? ¿Por qué ese rostro que conozco de memoria tiene tanto poder sobre mí? Siento rabia. Y… ¿necesidad? Tengo unas ganas incontrolables de verlo, abrazarlo, sentirlo. Pero no de esa manera romántica, idealizada. Lo necesito como ese refugio silencioso que solo él supo ser en mis peores días.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Da un paso, uno solo y todo se desmorona. Su olor familiar joder, tan peligroso, impregnándome por completo, que me ahoga y me salva a la vez. Quiero llorar y no sé ni por qué. O sí. Porque estoy cansada. Porque estoy sola. Porque es él. Sin decir nada, me toma por la nuca y me acerca a su pecho. No me resisto. ¿Cómo hacerlo? Si estar en sus brazos me da la paz que necesito.

Apoyo la frente en su hombro. Sus caricias en mi espalda son lentas, siento como cada gesto me calma. Sus dedos se enredan en mi cabello. Tira de él y me obliga a mirarlo. No me cuesta. Lo hago. Sus ojos… Sus ojos dicen todo lo que quiero escuchar. Una lágrima baja por mi mejilla y él la borra con su piel al rozarme. Después, sus labios encuentran los míos. Suaves. Me permito besarlo. Lo deseo. Lo echo de menos. No tengo la fuerza para fingir que no me moría por este momento.

—Todo va a estar bien, ¿vale? —susurra contra mi boca cuando nos separamos. Asiento y escondo mi rostro en el hueco de su cuello —. Me vas a contar todo. Hoy, mañana o pasado. Pero no hagas que sea yo el que tenga que preguntarte qué mierda te está pasando de nuevo, Val.

Sospeché que podría haber intuido algo cuando lo vi esperándome salir del baño. Quiero creer que mi rostro me delata y no que pueda ver más allá de lo que incluso yo puedo hacerlo. Su boca vuelve a estamparse contra la mía, ahora con más ganas que antes. Más desesperado. Su brazo rodea mi cintura, su mano en mi cabello me obliga a acercarme más. Jadeo. Me entrego. Es él, sólo él. Lo demás desaparece. La culpa, el miedo. Solo somos él y yo. Nosotros. Por mí, el mundo se podría acabar en este mismo instante.

—¿Interrumpo algo?

Abro los ojos de golpe. Gabriel también. Nos giramos y Felipe ya está dentro, incluso ha cerrado la puerta. En su mano están mis llaves. O mejor dicho, las de su hermana. Lo sé por el maldito llavero: una foto de nosotras en una época que ya no reconozco.

¿Desde cuándo está aquí? ¿Cómo entró? Nos separamos de inmediato. Me acomodo el cabello, como si eso pudiera arreglar lo que acaba de pasar.

—Dame las llaves —extiendo la mano.

Pero él no se inmuta. Se queda allí, cruzando miradas con Gabriel como si se retaran a ver quién tiene el derecho de quedarse. El más fuerte. El que más me conoce. O el que más me ha jodido.

—No, vengo porque me lo ha pedido mi hermana. Tienes el móvil apagado —dice caminando en dirección a la cocina, como si estuviera en su puta casa.

Gabriel arruga su frente, mientras Felipe abre la nevera y coge una botella de agua.

—Pues ya ves que estoy bien. Puedes irte —respondo, con un tono seco que ni yo siento propio.

Pero Felipe sonríe. Ese tipo de sonrisa que me pone de los nervios. Canalla, provocadora.

—No puedo, Estefi me ha dicho que me quede y así será. ¡Vaya, qué lástima! —suelta, dirigiéndose a Gabriel, que le observa como si fuera a matarlo en cualquier momento.

—Nunca le has hecho caso a tu hermana y ¿ahora sí?

—Siempre lo hago… Y lo sabes Val.

Se acerca y coloca un mechón de mi cabello detrás de mi oreja, pero yo le doy un golpe en su mano para que no vuelva a hacerlo.

—Vete… y dame las…

No me deja acabar. Me calla con un beso. Así, sin más.

¡Pero qué coño!

Abro los ojos e intento apartarme, pero no me deja. Su agarre es firme en mis muñecas. En ese instante, siento la respiración frenética de Gabriel en mi espalda. Me dejo llevar por ese beso que he deseado desde que era una niña.

Y, joder, es mejor de lo que imaginé.

GABRIEL

Puedo sentir como me hierve la sangre. De una manera que casi no puedo controlar. Es un calor insoportable, como si algo dentro de mí estuviera a punto de estallar. Verla en manos de otro hombre, más que eso, verla en manos de *él*, me saca de quicio. Quisiera apartarla. Deseo partirle el cuello a ese desgraciado. Pero no lo hago.

Los miro y lo primero que viene a mi cabeza son las palabras de Eli. ¿Por qué? Supuestamente, cuando una chica te gusta, y la ves liándose con otro en tus malditas narices, te das la vuelta y te vas. Pero mis piernas no se mueven. No pueden. No quieren. Por el mismo motivo de que soy incapaz de dejarla sola con él. Maldita mierda. ¿Por qué no paro esto? ¿Por qué no los separo?

Val no es una chica a la que le gusten estas cosas. La conozco. O al menos creía conocerla. ¿Por qué no me rindo y acepto que ha elegido con quién quiere estar? ¿Por qué sigo observando la escena con un morbo que te cagas, fantaseando todo lo que Eli dijo aquella noche? Como si mis celos, mi deseo y mi orgullo se estuvieran sincronizando por ella.

Segundos después, estoy haciendo lo que creía que jamás haría en la vida. Coloco las manos en sus muslos y mi pecho pegado a su espalda. ¿Estoy queriendo compartir a la mujer de la que supuestamente estoy enamorado?

¿Qué sentido tiene? No entiendo. Tal vez porque si la dejo con él, no volverá a ser mía. Nunca. Su cuenta pendiente con Felipe. Ese pasado que siempre estuvo ahí, esperando resurgir en cualquier instante. Y para mi mala suerte, ha sido ahora. Y no. No lo va a elegir a él. Lo odio porque la mira como si fuera suya. Y está completamente equivocado. ¿Y yo qué hago? Nada. Solo observo,

como un maldito hijo de puta que soy. Y me odio por eso. Quiero creer que no me estoy aprovechando de ella, pero… Es lo que hago; ambos estamos dando lugar a lo que le reproché aquella noche. Felipe le quita la camiseta y la mira como si fuera una diosa. *Su diosa*. Y lo peor es que ella no se detiene. No lo frena.

Y si antes se me había pasado por la cabeza dejarla sola con él, eso ahora mismo no va a pasar. No puedo darle la oportunidad a este tío para que sea lo que siempre imagino durante años. Y me siento la peor mierda de este mundo.

Ella gime. Ese sonido me atraviesa como si me partiera en dos. Me enciende y me destroza a la vez. Y yo estoy aquí. Aceptando algo que me hace pedazos.

—Joder, Val… No me hagas esto —le susurro, mi voz cargada de deseo y rabia, mientras él le recorre el cuerpo con la lengua y la masturba con sus dedos, besa su cuello. Valkiria gira la cabeza, en ese momento sus labios ahora rozan con los míos. Su mirada es oscura, pero lo está deseando.

¿Me estoy aprovechando de su momento de debilidad para no dejarlos solos por mi orgullo masculino? Sus ojos brillan con deseo. Los labios de Felipe encuentran sus pechos, y ella suelta un gemido de satisfacción que me nubla la mente. Apenas soy capaz de reaccionar. Lo único que siento es placer. Mi cuerpo entero tiembla por la impotencia.

¿Cómo paro esto?

«Por favor. Que diga que ambos nos detengamos ahora mismo. Que nos eche a gritos de aquí, que nos diga que nos odia y que nos vayamos al mismísimo infierno».

Lo que él le está haciendo quiero hacerlo yo con ella. Pero... solo nosotros dos. Que sea solo mía. Y no, no puedo soportarlo al final.

Mi corazón se encoge y mi pulso se acelera cuando la escucho decir su nombre y luego se corre. Y eso para mí es el fin. Cuando termina, se separa de ella, mirándome, sonriendo. Como si hubiera ganado. Como si me hubiese quitado algo que jamás fue suyo, y

jamás lo será para empezar. Pareciera que todo esto hubiese sido una apuesta, un duelo de hombría, de poder masculino. Y yo, simplemente, el gilipollas que aceptó jugar.

Pasa a mi lado y noto como está orgulloso de lo que ha hecho. Sin embargo, yo no lo estoy. Felipe desaparece en el baño y cierra la puerta. Val se va hasta su habitación tumbándose en la cama boca arriba, y colocándose ambas manos en su rostro.

Lucho entre si ir hasta ella o no, directamente porque en este momento me arrepiento de haber permitido que todo esto siguiera adelante. Se supone que tengo que cuidarla, protegerla de tipos como ese, como *yo.* Me siento tan sucio y desgraciado como Felipe. Siento rabia y asco hasta de mí mismo. Me acerco y me inclino sobre ella, colocando mis rodillas a cada lado de su cuerpo.

—Val —la llamo. Le aparto las manos de su cara, y parpadea un par de veces antes de mirarme, como si recién estuviera regresando a este mundo.

Y entonces, de la nada, empieza a reír y a llorar a la vez. Es un sonido de dolor. Sus lágrimas caen por la comisura de sus ojos, mojando las sábanas blancas. Me preocupo, porque no es ella. No es mi chica. La abrazo sin pensarlo, con la necesidad de darle algo de tranquilidad, de traerla de vuelta a mí. Pero ella no me devuelve el abrazo. Cojo sus manos y las coloco en mi cintura, esperando que reaccione. Poco a poco, lo hace.

—Gabri.

—Creo que es mejor que lo dejemos aquí, Val —le digo con un nudo en el estómago.

Puedo ver el dolor en su mirada. Me destroza.

—Por favor —suplica—. Te he echado de menos.

Mierda. Cierro los ojos con fuerza. No puedo. No de esta manera. No con ella así: perdida, rota, buscando algo que no soy capaz de darle ahora.

—No, Val. —Me aparto de ella—. No quiero esto. Te quiero para mí solo. No quiero compartirte con nadie. Lo siento, y *lo siento* por

haberlo permitido.

Me levanto de la cama sintiendo su mirada clavada en mi espalda. No me giro, no puedo, sé que, si lo hago, todo se irá a la mierda.

—Claro… —Su voz tiembla, cargada de tristeza—. No tengo un cuerpo perfecto, ¿verdad? Tampoco tengo dinero, ni un culo apretado. Pero no puedes pedirme exclusividad cuando tú eres el primero que está con muchas mujeres todos los días.

Sus palabras llegan a lo más profundo de mi corazón. Me detengo a medio camino. No es solo lo que dice, es cómo lo dice. Como si realmente creyera que su físico es lo que me importa y que eso es lo que busco en ella.

Me giro hacia Val para observarla y lo que veo me rompe aún más. Sus ojos cubiertos de lágrimas, sus labios temblorosos, su respiración irregular. Pero lo peor es lo que se esconde detrás de su mirada, tristeza, dolor, arrepentimiento. Y eso me asusta más que cualquier otra cosa. Trago saliva, sintiendo que ahora soy yo el que no puede respirar. Tengo tanto que decirle, no sé cómo explicarle que es guapa, que no necesita esta mierda para que sea jodidamente sexy, que no me importa absolutamente nada de lo que ella cree que le falta. Haría lo que sea por verla sonreír de verdad otra vez. Me duele verla así.

Esta no es mi Val. Mi Valkiria me habría insultado. Se reiría de mí. Me hubiera echado de su cama. Ella nunca se habría creído toda esa mierda que otra vez ronda en su cabeza. Y, sin embargo, está convencida de que es menos de lo que realmente es. Pero para mí, últimamente, está siendo mi todo.

No quiero que me vea así. Con los ojos llorosos y el corazón en la mano. Porque voy a romperme también. Y no puedo; yo tengo que ser su salvación, no el que la hunda.

CAPÍTULO 19

Felipe

Al salir del baño, la veo con la mano en su pecho, el cual sube y baja de forma descontrolada. Escuché cada palabra que se dijeron. Este tío es gilipollas. Me acerco a ella y aún continúa con la mirada fija en el techo. No entiendo por qué está así. La observo por unos segundos y es cuando caigo en la cuenta de que todo eso lo he provocado yo. La he destrozado de una manera que jamás supe que podría llegar a provocar en una persona.

—Calma. —Coloco mi mano encima de la suya—. Respira despacio. —Su corazón está acelerado. Cuando sus ojos encuentran los míos, empieza a reírse.

—No tengo dinero, no soy delgada. No soy nada. Nunca lo he sido. Eso me hicieron creer año tras año. ¿Por qué no puedo ser lo que quiero para Gabriel? —La miro, impactado por lo que acaba de decir, y saber que se refiere a mí me está matando. Como siempre…, no estoy preparado para tener una conversación con ella todavía. Deseo decirle que nunca he pensado nada de aquello, lo hacía por diversión, por hacer el idiota con Sergio.

—Val… Eso qué importa. Deja de compararte con otras. Tú eres tú… —Quito una lágrima que cae de sus ojos.

—¡Que me lo digas! —chilla—. ¿Por qué no puedo ser eso para *él*? ¿Por qué es un puto de lujo? ¿Y yo una tía llena de problemas emocionales? —¡Increíble! Lo enamorada que está—. Bueno, que le den por donde amargan los pepinos. —Me observa unos segundos.

Una de sus manos llega a mis hombros, empujándome, para que me tumbe en la cama. Y se sube encima de mí. Es la mejor visión de todos los tiempos. ¡Es tremenda está mujer! Val acomoda su coño encima de mi erección; está tan mojada y caliente que no puedo evitar ponerme palote. Acaricio cada curva de su cuerpo y me fijo en un nuevo tatuaje de su muslo derecho, que recién empieza a cicatrizar. Lo contorneo, viendo en cámara lenta como se eriza su piel. Apoya sus codos en cada lado de mi cuerpo, restregándose. Siento como sus fluidos humedecen mi pene. Besa mi cuello y, a continuación, cada rincón de mi pecho. Jadeo, porque es perfecta. Coloco mis dedos en su cabello tirando de él, lamo su cuello; seguido nuestros labios se encuentran en un beso desesperado. Masajeo una de sus nalgas, apretando con fuerza para que quede la marca de mis dedos en ella y logro que suelte un pequeño gemido. Ese sonido me hace querer desesperadamente follarla. Eleva su cabeza, mirando fijamente hacia delante; hago lo mismo.

—Un segundo. —dice levantándose. Rodea la cama, cogiendo las sábanas rosas que están tiradas en el suelo, y tapa el espejo. No puede mirarse, respiro profundo y coloco la mano sobre mi rostro, eso me conmueve, pero, como soy un desgraciado, ahora mismo me importa bien poco.

Intento incorporarme, pero no me deja. Sus manos van directas a mi pene, lo coloca en su entrada y, poco a poco, cada centímetro de mí está dentro de ella. Ambos jadeamos. Mis manos van a sus caderas, para que comience a moverse, y lo hace. Eso provoca que se siente para que su pecho se quede pegado al mío. Mientras se mueve, nos besamos como nunca lo hemos hecho con nadie. Estar así con ella es una puta pasada. Algunas veces se mueve rápido, otras con lentitud, sintiendo y escuchando como su cadera se choca con la mía. Es el puñetero cielo. Nos dejamos llevar en un sexo desenfrenado, lleno de deseo por ambas partes. Le doy una nalgada, ella gime y arquea su espalda, dejando sus preciosos pechos a mi merced. Val empieza a ir más deprisa, la vuelvo a besar, mientras siento que está a punto de correrse. Coloca dos de sus dedos en su clítoris, deslizándolos en círculo y mordiendo su labio

inferior. Abrazo su cintura, me tumbo y la embisto desde abajo, hasta lo más hondo que puedo. La habitación se llena de nuestros gemidos y de nuestros cuerpos chocando. Clava sus dientes en mi hombro cuando su interior explota para mí. Me tengo que salir de ella porque también llego al jodido infierno, descargándome en sus nalgas, en gemidos que parecen retumbar por toda la instancia.

Despierto con el sonido de mi teléfono en algún lugar; poco a poco abro los ojos. Val está dormida en mis brazos. La aparto con cuidado para no despertarla y me levanto. Cojo el móvil del bolsillo de mi pantalón. Miro la pantalla y es Zoe, no hablamos desde la videollamada con mi madre. Decido continuar sin cogerle el teléfono, hasta que cesa la vibración y recibo cuatro mensajes de mi hermana, diciéndome que le coja el puto teléfono o, antes de casarme, ya estaré viudo. Ya que, como no le contesto, no deja de llamar a mi hermana. Deja un último mensaje en WhatsApp preguntando dónde estoy. Pues sí, he mentido. Mi hermana no sabe que estoy aquí. En el momento en que se fue al baño, he cogido las llaves de la casa de Val. Sé que lo que estoy haciendo está mal, lo sé. Lo que se hace en España se queda en España. Después volveré como si nada hubiese pasado. La vuelvo a observar, con su cabello pegado en su frente. No puedo evitar sonreír. Es preciosa; sin embargo, es solo un envoltorio bonito por fuera. Me coloco mis calzoncillos y voy en dirección a la cocina, donde allí veo a Pinto. Ladra al verme. Abro la nevera para coger una botella de agua y bebo los dos litros de golpe. Mientras el perro huele mis pies, abro el armario y decido hacer unas tostadas. También cojo leche, una cápsula de café y pongo todo en marcha. En esos minutos mi novia llama más de diez veces, hasta que decido apagar el móvil.

Val aparece en la cocina con una camiseta más grande que ella, con el pelo aplastado y frotando sus ojos.

—Buenos días —dice aún somnolienta. Me acerco a ella para dejar un beso en sus labios, pero gira su rostro.

—Oye… —Finjo protesta.

—¿Quieres morir? Mi aliento mata hasta a la serpiente más venenosa —bromea.

—Ven aquí —le digo envolviendo mis brazos en su cintura y ella los suyos alrededor de mi cuello, observándonos algunos segundos.

—¿Qué?

—Sabes que mi hermana nos va a matar, ¿verdad? —inquiere algo desconcertado.

—A mí no me digas nada. No soy yo quien va a casarse y, además, quien ha venido a mi casa has sido tú. —Le doy un beso rápido—. Pero sí, nos va a matar.

—No le digas nada, deja que lo haga yo —le pido.

La palabra casamiento, desde hace unos días, se me hace muy grande. ¿De verdad que es eso lo que quiero? ¿O simplemente me siento culpable por haber convertido mi vida en una mierda?

—Me conocen demasiado Felipe, saben cuándo oculto algo. —Finge una sonrisa.

—Val… —La cojo por los muslos, sentándola en la encimera—. Te conozco desde que eras una mocosa. —Pone morritos y me observa —. Quiero decirte… —Hago una pausa, no puedo dejar pasar más tiempo para esta conversación. No puedo soportarlo—. Creo que necesitamos hablar. —Se tensa, abriendo mucho los ojos, como si supiera a qué me refiero. Doy por seguro que sí, porque su iris se nubla, sintiéndome más culpable todavía—. Y quiero que sepas que estoy aquí. —Beso su frente.

Asiente y su semblante cambia, al igual que sus brazos, que comienzan a temblar en mi hombro. En cuestión de segundos, su respiración se vuelve irregular. Ayer estaba tan excitado que no quería estropear el momento. Fingí estar durmiendo mientras ella se movía de un lado a otro; tuvo pesadillas. Sus piernas estaban intranquilas y se le había escapado alguna que otra lágrima y yo la traje hacia mi pecho, intentando calmarla. Tardó un poco, pero luego volvió a un sueño profundo. Apenas hemos dormido unas tres horas.

La cafetera pita, le entrego un café y me sirvo otro, más cuatro tostadas de pan de molde, dos para cada uno. Le pregunto si los quiere con mantequilla o mermelada. Me contesta que con las dos y se lo preparo. Comemos juntos, yo delante de ella de pie, entre sus piernas. Ninguno ha dicho nada de lo que pasó ayer, no quiero ser el primero que lo haga. Terminamos, recogemos todo y lo colocamos en el lavavajillas. Decido darme otro baño, el cual dura más de lo que pensaba porque mi cabeza ha decidido pensar en Zoe y en mi hermana. Por pocos minutos me arrepiento de haberme acostado con Val, pero mi jodida polla parece no pensar lo mismo cuando siento su humedad. Tengo demasiados sentimientos encontrados, quiero y no quiero. El problema es… que volvería a hacerlo una y otra vez. Solo tengo en la mente salir de la ducha y volver a follármela. ¡Mierda! Porque estar con ella es como si volviera a ser aquel chico que se fue de España hace ocho años. Pero algo más centrado, ya que antes me resbalaba todo. Me importaba una auténtica mierda que las chicas siempre creyeran que por habernos acostado íbamos a estar el resto de la vida juntos. Más de una vez, tanto mi hermana como mi madre, les tuvieron que decir que se fueran a sus casas porque no iba a ir a hablarles. No tenía que darles explicaciones. Era solo una noche.

Con la toalla enrollada en mi cintura, salgo del baño. Al dar un par de pasos, veo el pequeño estudio de Val, patas arriba. Está puesta la canción de *Ni me debes ni te debo* de Carin León y Camilo, a un volumen considerablemente alto. Su cama está sin las sábanas, pero hay cuatro columnas de ropa, perfectamente dobladas. La puerta de su ropero se encuentra abierta y se ve cómo tiene separadas la ropa por colores. El sofá está fuera de lugar y la mesa de cristal del centro encima del mismo, al igual que la alfombra y los cojines sin funda. Avanzo; los portarretratos que suelen estar arriba del pequeño mueble de la entrada están ahora sobre la mesa, apilados, junto a un bote de lejía y quita grasa. El olor es tan fuerte que tengo que contener la respiración por un instante. Sin embargo, no es lo que me llama la atención, sino algunas gotas de sangre que

veo en el azulejo blanco de la cocina. Observo si hay algún cristal roto y no encuentro nada.

—Val —la llamo por su nombre y no me contesta, solo escucho sus sollozos.

Me acerco, arrodillándome delante suya, ya que sigue con la vista fija en su mano que limpia frenéticamente el suelo. Tiene un corte en el pulgar de su mano izquierda. Una lágrima cae encima de su herida, provocando una vez más que manche donde acababa de limpiar. Lo único que alcanzo a ver es que su respiración es desesperada.

—¡Mierda! —dice, volviendo a frotar con fuerza. Vuelve a empapar la esponja en un pequeño cubo de agua. El olor de los productos de limpieza está impregnado en el pequeño espacio, volviéndose insoportable.

—Oye, tranquila. —Coloco mis manos sobre las suyas, que tiemblan con mucha intensidad, para que queden completamente inmóviles. No dice nada, se queda quieta con la mirada en la espuma del suelo.

Le doy un leve apretón, haciendo que lentamente suelte la esponja. Pareciera como si estuviera hiperventilando. Mis ojos van directos a sus manos, su piel está irritada, seguramente por la mezcla de productos.

—Ven aquí —digo, acercándola hacia mí.

No responde, pero hunde el rostro en mi pecho. Puedo sentir su cuerpo temblando, al compás de su llanto de tristeza. Una tristeza que, a primera vista, al mirarla, no se nota para nada, pero que poco a poco va dejando verse. Y solo hay una persona culpable de eso. Una que ahora está aquí, consolándola. Dejo un beso en su cabello y empiezo a preocuparme de verdad. Desde ayer he notado que sus ojos no tienen el mismo brillo. Tampoco su sonrisa es la misma que tiempo atrás.

CAPÍTULO 20

Valkiria

—¡Joder! ¿Pero a qué huele aquí? —Escucho en lo más hondo de mi conciencia, al mismo tiempo que siento el colchón hundirse a mi lado, pienso que es Felipe, pero no—. No puedes estar aquí encerrada con ese olor, nena. —Reconozco esa voz. Me giro hacia él abriendo apenas un ojo y veo a mi amigo, vestido de cupido.

Lleva puesta una camiseta casi transparente, muy pegada a su pecho, unas alas rojas enormes, una peluca rizada rubia, un pantalón corto ajustado blanco, marcando paquete y lleno de corazones de diferentes tamaños, unas mallas color carne y unas deportivas también blanca. Colgado de su hombro, tiene un arco junto a varias flechas con un corazón en la punta. Vuelvo a parpadear un par de veces, mientras él acaricia mis piernas. A continuación, se levanta y abre todas las ventanas del salón. La verdad es que el olor aún sigue algo fuerte.

—¿Ya es la hora? —pregunto, fijándome en las cortinas del salón que se mueven por el aire que entra desde fuera.

—Sí. Prepárate, que en nada está aquí mi hermano —grita desde la cocina—. Tienes diez minutos para ducharte y vestirte. Deberías hacer la compra. No hay nada de comer en esta casa. Pinto vive mejor que tú —bromea y veo a mi perro caminando en dirección a dónde está mi amigo.

Me incorporo a duras penas, sentándome en el borde de la cama. Observo mi dedo, está con una tirita color carne. Al levantarme de golpe, siento un leve mareo que me hace apoyarme en la pared.

Llevo todo el día con solo el desayuno en el estómago y el mal olor que ahora parece haberse ido un poco. No sé desde cuándo no entra aire puro en esta casa. Enciendo la ducha. Al ponerme debajo del agua, mi cerebro parece activar los recuerdos de esta mañana. Gabriel. Intenté, durante el tiempo que estuvo aquí Felipe, no pensar en eso. Mauro se sienta en la tapa del váter con un sándwich en la mano de pechuga de pavo.

—Por Dios, ¿no puedes comer en la cocina? He pasado toda la mañana limpiando. —Lo miro con mala cara. Mi amigo deja un bocado sin apartar sus ojos de mí.

—Nena —habla él. Su tono de voz hace que mi cuerpo se ponga duro como un palo. Echo gel de ducha en la esponja y empiezo a frotar mi cuerpo—. Tú sabes que Felipe se va a casar, ¿no es cierto? —Sus palabras hacen que deje de enjabonarme, lo miro y asiento—. Ten cuidado, ¿vale? No soy nadie para decirte con quién tienes que follar. Pero, dentro de poco tiempo se marchará de nuevo y todo volverá a ser igual que antes. No quiero que te hagan daño, es tu amor de la adolescencia. —¿Perdón? ¿Cómo lo sabe?

—Estás flipando —digo nerviosa, muerta de miedo. ¿Por qué miedo? Mauro es muy inteligente, encajó las piezas y descubrió la verdad.

—Siempre lo supe. —Sonríe—. Era imposible no darse cuenta… Lo mirabas como… lo haces ahora con Gabriel. Oye… que no te juzgo, eh. Me parece perfecto que… —Da un bocado—. No sé Val.

—¿Te lo ha dicho? —le corto.

—Estaba cuando él cogió tus llaves ayer. Fingí que no lo vi. No apartaba los ojos de Gabriel. —Escuchar su nombre me hace dejar una pequeña sonrisa sin darme cuenta. Me fijo en mi amigo y me echo champú en mi cabello.

—Pues no lo he visto —miento.

Suelta una carcajada maliciosa.

—Ya. ¿Te acuerdas de nuestra conversación de hace algunos años? —inquiere.

Finjo estar pensando, pero sé perfectamente de lo que habla; lo recuerdo como si fuera hoy. Después de que me dieron el alta, fuimos directamente al pueblo; mis padres volvieron a casa y nosotros fuimos a dar un paseo. Aquel día, estaba feliz y al mismo tiempo asustada, porque volvía después de haber estado un año y medio encerrada en un psiquiátrico. Dos días antes no pude pegar ojo de la misma ansiedad de ser libre otra vez. Eran sobre las cuatro o cinco de la tarde. Mi angustia ya había empezado cuando vi la placa de Brihuega. Mis amigos, luego me llevaron al campo de lavanda para ver el atardecer. Nos sentamos debajo de un árbol con una mochila llena de comida y bebidas. No pude evitar emocionarme de estar de vuelta. Colocamos una de nuestras canciones preferidas en el móvil: *Love Yourself* de Justin Bieber, mientras mi amiga estiraba una pequeña manta en el suelo para sentarnos.

Los tres estabamos tan felices de volver a vernos, que casi ninguno ha podido aguantar no llorar.

—¿Cómo estás, cielo? —me pregunta mi amigo, mientras miro los kilómetros de flores de lavanda que me rodean.

—¡No puedo creer que estoy aquí! —exclamo emocionada y le doy un bocado a mi manzana—. Estoy bien.

—Me alegro mucho.

—Sabes que te hemos echado mucho de menos, ¿verdad? —me dice mi amiga; les observo con los ojos llorosos.

—Y yo a vosotros. Pero contadme cómo está todo. ¿Qué habéis hecho todo este tiempo? —Mi corazón se encoje, intentando evitar algún tipo de conversación.

—Nena, míranos. —Lo hago—. Por favor. —Los ojos de mi amiga se llenan también de lágrimas—. ¿Nos prometes que cuando te sientas mal vas a hablar con nosotros? —Se limpia la mejilla con sus dedos, igual que mi amigo con la manga de su camiseta—. Jamás en la vida te voy a reprochar nada. Pero no quiero volver a tener la sensación de perderte de nuevo, como cuando te encontramos en tu casa. —Me coge de la mano—. He pasado meses culpándome de

que podría haberte ayudado más y no lo hice. —Los tres nos miramos.

»Da igual lo que sea que necesites contarnos. Hasta si nos dices que has matado a alguien, seremos tus cómplices. Pero no vuelvas a escondernos nada. Te llevaremos a donde sea. ¿Quieres gritar? Lo haremos juntos. ¿Quieres tirarte de un paracaídas? Lo haremos juntos. ¿Quieres hacer puenting? ¿O desaparecer un fin de semana? Lo ha-re-mos jun-tos.

—Si eso evita que vuelvas a hacerte mierda, haremos lo que haga falta. No quiero volver a verte en un hospital, ¿de acuerdo? Me niego Valkiria. No lo voy a permitir. —Estefi mira a Mauro—. No vamos a permitir que te perdamos de nuevo. Pero para eso necesitamos tu ayuda, Val. El más mínimo pensamiento que tengas, quiero que nos lo digas. No tienes que sentirlo sola. Joder, te he visto en pelotas, tú me has visto en pelotas. Que no te follo porque no me gustan las mujeres. —Sonrío.

»No habrá más secretos entre nosotros. —mi amiga también asiente—. Nunca. Dios Val, si intentas algo, el que te va a matar voy a ser yo. —Se altera.

—Tranquilo —habla Estefi.

—Nooo, tranquilo no —grita—. Que sois más que mis amigas, Estefanía, sois como mis hermanas. Por diez minutos que hubiéramos llegado tarde, no estaríamos aquí. Bueno, puede que nosotros sí, pero sin ella. ¡Joder!

Esa fue la única vez que Mauro me gritó así. En veintitrés años de amistad. Siento un nudo en la garganta, me cuesta tragar mi propia saliva. Me fijo en mi amigo. Ya ha terminado de comer y sus ojos están brillantes. ¡Venga, Val! ¡Este es el momento de decirle todo! Pero si les cuento cada cosa que ha pasado con Gabriel, lo van a odiar, van a decir que es su culpa y no es así. La única que la tiene soy yo. Por ser una débil de mierda.

—No te preocupes, estoy bien. Solo… —Val, joder, díselo—. Gabriel. Y ahora Felipe… No tendría que haber vuelto, Mauro —

comento por fin. ¿Para qué voy a continuar negando lo que es ya evidente?

Mauro frunce el ceño y me dedica una sonrisa.

—Yo me paso a Felipe por la punta del mismísimo cipote. No quiero hablar de él. ¿Qué pasa con Gabriel? Nos has dicho, y muchas veces —recalca—, que tienes confianza total en él, y no sé por qué no, para decirle que estás loquita por sus huesos Valkiria. —Niego.

¿Pero este qué dice? No me gusta. No siento nada más por él que no sea el mismo amor que tengo por Mauro y Estefi. ¿No?

—Que no… Como bien lo has dicho, es mi amigo; echo de menos a mi amigo. Se enfadó conmigo porque le he contado que Felipe…

—Por no querer decirle que te gusta, has decidido tirarte a tu amor de la adolescencia, ¿no? —me interrumpe.

—Bueno, lo de Felipe es un caso aparte. Me ha cogido con las defensas bajas. —Le guiño un ojo.

—Las defensas bajas de tu coño serán…

—Eres un animal. —Coloco mi cabeza bajo el chorro de agua para quitar el resto de champú de mi cabello.

Ya que Mauro sabe todo, pues le cuento lo que ha pasado ayer con el hermano de nuestra amiga. Y se queda pasmado, casi se muere de la risa, y se empalma el jodido pervertido. Pero le oculto la parte de Gabriel. No quiero que sienta pena de mí, por saber que me ha rechazado. Me niego a que otra vez me miren con pena. Salgo de la ducha. Mi amigo me ayuda a vestirme, colocando ese disfraz ridículo de vikinga *sexy*.

Se compone de una minifalda de piel sintética con detalles de encaje, entrecruzado en los lados, de tonos *beige* y marrón. Luego, en la parte de arriba, va un corsé plateado con cordones color café en la parte delantera, ajustado y con un escote decorado con tachuelas doradas que casi me llega hasta el ombligo. Tiene dos tiras de cuero marrón en zigzag. Mangas largas de piel igualmente sintética que cubren los brazos. Cubrebotas de pelos, también en

color marrón, con tiras de cuero entrelazadas, tapan por completo el calzado que llevo, hasta las rodillas. Gorro con cuernos de vikingo y, para finalizar, un hacha de doble filo decorativa.

Sin pedírselo, Mauro comienza a maquillarme, repitiendo una y otra vez que me mire, que cualquier tío en su sano juicio no rechazaría la oportunidad de empotrarme contra la pared. Las sábanas que cubrían el espejo aún están mojadas. Cuando había terminado de limpiar toda la casa, me sentía tan mal que me acosté a dormir. Felipe se había quedado un rato conmigo, pero se fue sin que me diera cuenta. Intenté distraerme, pero no puedo evitar darles vuelta a tantas cosas en mi cabeza. Ahora un tema más: Felipe. ¿Estefi sabrá que nos hemos liado? ¡Madre mía, me va a matar! Nos va a matar a ambos.

Desde la ventana, Mauro tira lo que queda de su pitillo, justo cuando su gemelo pita. Cojo mi bolso, el móvil y las llaves.

Ya abajo, Ricardo nos observa. Se baja del coche burlándose de su hermano, que está ridículo, las cosas como son. Al verme, abre los brazos, me rodea por la cintura y me deja un beso en la mejilla. No me gusta su disfraz de asistente del *Juego del calamar,* va demasiado tapado… Y ese cuerpo hay que lucirlo. Nos montamos en el coche y arreando.

El gemelo de mi amigo nos comenta alguna que otra cosa sobre la fiesta, ya que ha contratado a un par de camareros más. Cuando llegamos, todos están esperando en la puerta. La decoración no podría ser diferente: globos colgando del techo, cañones de confeti, un espacio *photocall* con más globos de todos los colores y tamaños.

Una hora más tarde, llegan el fotógrafo de la noche y el DJ. Como siempre, mi jefe nos pide la cena y los que vamos a trabajar esa noche comemos en el reservado, recordando fiestas pasadas. Mientras tanto, Ricardo ya empieza a maquinar en su cabeza algún evento para primavera. Mauro y yo nos miramos, porque es la primera vez que lo hace. Y no me gusta… ya que me coincide con los exámenes.

Terminamos de comer y empezamos a rellenar las neveras, aunque no hay mucho trabajo. La nueva chica, Antonia, estará conmigo en la zona vip, ya que Ricardo ha puesto un par de mesas más ahí para esta ocasión. La primera balada de la noche se oye: *Debí tirar más fotos* de Bad Bunny, mientras el jefe nos llama a todos para inmortalizar el momento en el *photocall*. Así lo hacemos y, en ese preciso instante, nuestras caras salen en la gran pantalla detrás del DJ.

—¡Por el amor de Dios! Odio las fotos, parezco un hipopótamo con cuernos. Mi comentario hace reír a todos, excepto a Mauro, que pone mala cara. Le guiño un ojo y seguimos con la noche.

Me coloco en mi puesto junto a mi compañera, claramente con una copa para los tres. La noche será larga, sin duda. Mi amigo coge un taburete y se sienta en la barra conmigo. Charlamos un rato, hasta que en la pantalla aparece una foto de Estefi con su hermano. Nos miramos y, de repente, él hace un gesto obsceno con la mano… más bien, simula una mamada, el muy animal.

Felipe, con sus santos cojones, fue capaz de ponerse un mono pegado a su maldito cuerpo, como Aquaman. En su mano derecha tiene un tridente. Y, como no podría ser de otra manera, mi amiga va vestida de Mera. Con el cuerpazo que tiene, no posee un maldito defecto. Saludan al hermano de nuestro amigo, que les sirve la bebida. Me limito a mirarlos, recordando mi episodio de hoy… Muero de vergüenza.

—Hola, bellos. —Estefi nos saluda, dejándonos un beso en la mejilla. Su hermano apenas me guiña el ojo y seguido le da un apretón de manos a Mauro. Tengo que girar el rostro para no reírme —. ¡Hostia puta, Val! —exclama, observándome—. Sabía que ese disfraz era perfecto para ti. Con esas piernas, ese culo…

Muevo la cabeza, dándola por perdida. Pero la conozco tan bien como ella a mí. En cuanto mis amigos se miran, hablan con la mirada y segundos después rodea la barra para acercarse a mí.

—¿Podemos hablar un momento? —Por un instante, imagino de qué se trata. Asiento y cojo un trozo de papel para secar mis manos,

que empiezan a moverse más de lo normal.

Salgo de detrás de la barra. Echo un vistazo a Felipe mientras ella y yo caminamos hacia el baño. Cierra la puerta tras de sí para amortiguar un poco el ruido de la música. Deja su vaso encima del mueble y se gira, dándome la espalda. Sin decir nada, bajo la cremallera de su ropa y, acto seguido, se la quita junto con sus bragas. Se sienta para hacer sus necesidades, sin apartar sus ojos de mí. No voy a negar que tengo el corazón a mil por hora. Aún no me acostumbro a tener este tipo de conversaciones serias, que apenas hemos tenido dos veces. Una fue el día que me dieron el alta, junto con Mauro. La otra, cuando descubrí que Gabriel era un puto…

—Suelta ya, que me estás poniendo de los nervios —comento, apoyada en los azulejos fríos del baño.

—A ver, nena. —Hace una pausa, poniéndome histérica—. Sabes que no estoy de acuerdo para nada en que te acuestes con mi hermano. —Bajo la cabeza avergonzada—. Odio a su novia y lo sabe. Pero no me parece bien que le ponga los cuernos y menos contigo.

—Lo sé. Y lo siento mucho, no quería…

—Si querías Val, es el primer chico que te gustó. —¡Otra que lo sabe! Y yo haciéndome la idiota todos esos años—. Yo tampoco perdería la oportunidad, sin embargo, es mi hermano nena, y tú mi hermana. Se va a casar muy pronto. Solo quiero que entiendas que lo vuestro no es nada más que eso. Follar, pasar el rato. —Trago saliva y mi corazón se encoje un poco—. Yo a él le dije lo mismo que te estoy diciendo a ti. No quiero que te haga daño. Ya sabes cómo es. Lo tienes claro, ¿verdad?

Estoy demasiado tonta. Últimamente, cualquier cosa me da ganas de llorar.

—Claro que lo tengo. —contesto con la voz temblorosa.

—¿Val? —Asiento. No sé por qué, pero me quito el gorro ridículo que llevo. Estar encerrada aquí provoca que me esté costando

respirar. Empiezo a desabrochar los accesorios de pelo que llevo en el brazo, pensando en que esa angustia que siento ahora podrá irse. Mi amiga me observa, se acerca a mí y toma mis manos para detener lo que estoy intentando hacer—. ¿Cuándo pensabas decirnos que los has vuelto a tener…? —Hace una pausa—. Ataques de ansiedad. —Me derrumbo. Mis sollozos empiezan a intensificarse por segundos—. Me ha dicho Felipe lo que ha pasado esta mañana.

Los recuerdos vuelven; mi espalda se desliza contra la pared hasta sentarme en el suelo. Estefi recoge mi cabello y coloca una de sus manos en mi pecho, sintiendo mi respiración descontrolada.

—Por… Porque… —intento decir, pero las palabras de Gabriel invaden mi cabeza una y otra vez.

—Me ha contado todo lo que pasó, lo de ellos dos y eso. Vosotros tres… —Niego con la cabeza, sintiéndome la peor mierda de este mundo.

—No sé qué… ha pasado —digo entre sollozos.

Mi amiga suelta mis brazos y coge mi rostro entre sus manos.

—No pasa nada, Val. No pasa nada. Viéndote así… —Sonríe de medio lado—. Le he dicho a mi hermano que le doy la razón en algo de lo que me ha contado. Te gusta el ángel Gabriel —bromea, haciendo que la mire.

—¡Otra vez! Que no me gusta —insisto.

—Ya ya, lo que tú digas. —Me deja un beso en la mejilla y me ayuda a levantarme—. No quiero arruinarte la noche, pero necesito decirte una cosa más. Espera, límpiate los ojos, tienes el rímel corrido. —Cojo un trozo de papel y empiezo a limpiarme—. No, no, aquí. —Lleva mi mano al sitio—. Te estás manchando más todavía, mírate. —Ella se echa a un lado y, al verme en el espejo, por instinto me aparto, como si hubiera visto un fantasma. Mi amiga abre los ojos como platos. ¡Era una trampa! ¡Hija de puta!—. ¿Desde cuándo no puedes verte en el espejo? —No contesto, porque casi no puedo respirar. ¡Me ha pillado la muy perra!—. ¿Desde cuándo? —repite, esta vez elevando un poco la voz.

—Que no es eso…

—¡Me cago en tu puta vida, Valkiria! —exclama, alterada—. No me mientas, joder. Mi hermano me ha dicho que estabais follando, y fuiste capaz de levantarte y tapar el espejo.

—¡Bocazas de mierda! —murmuro.

—No, está preocupado por ti, igual que lo estoy yo ahora mismo. Joder, no puedes volver a hacerlo, no puedes nena —vuelve a gritar, nerviosa.

Si su preocupación es saber si estoy mentalmente equilibrada para meterse entre mis piernas… Estefi coloca sus manos en mis hombros y me intenta girar para que yo me vea. Me resisto, pero ella continúa insistiendo. Imaginar mi reflejo provoca que me falte más el aire.

—¡Déjame! —suelto, empujándola, a punto de perder la paciencia. Pero ella no se rinde.

—¡Que te mires, hostias! —brama, conmocionada.

Giro el rostro, pero no está satisfecha. Pone sus manos en mi cabeza para obligarme a hacerlo. Mi corazón está a punto de salirse del pecho. Hago lo que me manda…, pero no me gusta lo que veo. La misma chica gorda de hace tres años.

Todos los recuerdos vuelven a mi cabeza: el pueblo, mi madre… Rabia.

¡Pum!

Suelto un puñetazo contra el espejo. En mi mente todo pasa a cámara lenta. Se agrieta por todas partes. Mis manos tiemblan más de lo normal. Mi imagen distorsionada me alivia por un momento. En una pequeña parte del espejo roto, puedo ver el rostro de Estefi, petrificada, llorando en silencio. Bajo la cabeza.

¡Mierda!

Abro el grifo y coloco mi mano bajo el chorro de agua, viendo como la sangre se mezcla. Mi amiga se acerca al dispensador y coge un gran trozo de papel. Apaga el grifo y presiona la herida. Ninguna

dice nada. Apenas escucho su sollozo, muy bajito. Respiro hondo un par de veces, intentando calmar la ira que corre por cada parte de mi cuerpo. Ni siquiera siento dolor en la mano. Cierro los ojos con todas mis fuerzas. La observo de reojo cuando me aparto para coger gasas y apósitos del botiquín colgado en la pared. Antes de que pueda darme la vuelta, la música suena más fuerte. Me giro… y mi amiga ya no está en el baño. Aún sin creer lo que he hecho, limpio los diminutos cortes de mis nudillos, los vendo y vuelvo a mi trabajo.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero cuando llego al pasillo para entrar en el reservado, hay mucha gente. Saludo a algunas personas, clientes fijos, mientras camino hacia la barra, donde está la nueva chica y Mauro detrás de ella. Me guiña un ojo. Le agradezco con una sonrisa forzada. Me comenta lo que tengo que hacer. Al notar mi nerviosismo, por la forma en que mi pecho sube y baja, pone su mano sobre la mía, sin necesidad de palabras.

Mauro se marcha a su mesa, que hoy no se separa ni dos metros de la barra, junto con Felipe. Busco a mi amiga con la mirada, pero no la veo. Salgo de nuevo y me acerco a ellos para preguntarles por ella, pero no me da ni tiempo, ya que Felipe rodea mi cintura y deja un beso en mis labios. Al principio, me quedo sin reacción, no correspondo. Hasta que veo a Mauro reírse. Y ahora sí, intento relajarme, saboreando sus labios los minutos que se nos permitan.

CAPÍTULO 21

Gabriel

—¿Qué? —dice Martina—. No me lo puedo creer… Pero, Gabriel… —Mi amiga cruza las piernas en el sofá y entrelaza las manos.

—No he podido, te lo juro. Al principio recordé lo que me dijo Eli, y madre mía… Pero no pasó. La dejé allí. No es así como quiero estar con ella.

—¿No quieres tener nada con tu chica nórdica?

—La quiero solo para mí. —Ya sé que soy un egoísta.

No he pegado ojo en todo el día. Los cerraba y solo escuchaba sus gemidos, sentía su calor encima de mí…

—¡Ah! Pero tú sí puedes irte con Eli, hacer tríos, follarte a todas tus clientas… ¿Pero ella no? No me jodas chico.

—Es diferente… —me excuso—. Ni ella ni nadie querrá tener una relación con un prostituto.

—Claro, porque tu trabajo consiste en follar —suelta sarcásticamente—. Siempre puedes dejarlo y buscar otra cosa.

—No empieces —reprocho—. Me voy a volver loco. Me está volviendo loco.

Cuando le conté a Martina lo mucho que me gusta Valkiria, de broma me dijo que, si algún día me gustara una mujer de verdad, esa chica no iba a aceptar mi trabajo, compartirme con otra, igual que a mí no me gustó verla en las manos de otro que no sea solo yo.

Y lo peor de todo es que he permitido que fuera con él. El que la dejó tal como está ahora.

Más de una vez he tenido ganas de cogerlo por el cuello y estrangularlo. Nadie me quita de la cabeza la idea de que solo quiere aprovecharse de ella y eso me hierve aún más la sangre. Tampoco dejo de darle vueltas a que esa amistad, o lo que sea que tengan, no le va a hacer nada bien. En algún momento tendrán que hablar, sus malos recuerdos volverán y mi chica se va a romper más de lo que ya está. Lo primero que me viene a la cabeza es la vez que me contó lo que intentó hacerse a sí misma. Esa misma sensación rara la tuve cuando mi madre me llamó para decirme que mi padre estaba en el hospital y que eran sus últimos minutos de vida. Y cuando llegué, se había ido. Me sentí perdido y vacío. Aún me encuentro así cuando recordando todo.

Cuando salí de su casa, pasé por la mía para coger una muda de ropa y después fui a la de Martina. Habíamos quedado a las nueve y media porque tenía una entrevista de trabajo y no tenía con quién dejar a sus monstruitos. No me importa, les he cogido cariño. Los mellizos se despiertan peleando, como siempre. En cuanto la niña me ve tirado en el sofá, salta encima de mí y yo me la como a besos. Segundos después, aparece su hermano, con mala cara como de costumbre. Le doy un pellizco en la barriga y le saco la lengua. Es igual que su padre, vive enfadado con el mundo.

Nos sentamos a desayunar y, como era de esperarse, empiezan a discutir. Pasar tiempo con ellos me hace replantearme seriamente si quiero tener hijos algún día. Mientras seguimos en la mesa, Martina se levanta para arreglarse. Recogemos los platos, pero Elías, en cuanto nos despistamos, se escaquea y se sienta delante de la tele para encender la Play. No digo nada, pero de pronto escucho el grito de su madre: «¡Primero los deberes y después el tiempo libre!». No puedo evitar reírme cuando veo al niño tirar el mando de malas maneras y marcharse todo enfurruñado. Sin embargo, Coral ya viene con tres libretas y dos libros. Más responsable no puede ser. Enseguida aparece el niño con sus tareas y, detrás de él, su madre. Lleva unos vaqueros ajustados, una camisa blanca y zapatos negros

a juego con su bolso. Según ella, la entrevista es en el centro y tarda más de una hora en llegar. Se despide de sus hijos y luego de mí con un beso en la cabeza, como si fuera mi hermana mayor.

Nos sumergimos en los deberes de Lengua de Coral, mientras su hermano se queja con las Mates. Protesta porque no sabe la tabla del siete y me dice que solo ayudo a su hermana. ¡Tiene cojones aquí el tema! Intento explicarle lo mejor que puedo y, al final, conseguimos terminar más rápido de lo esperado, aunque las casi dos horas de estudio no nos las quita nadie. A continuación, Elías y yo nos ponemos con la Play, y la niña con su casa encantada de Lego que le trajo Papá Noel que es casi tan grande como ella. Tardamos una semana en montarla. Nunca había visto tantas piezas en mi vida. Como su madre no tiene paciencia para eso, me pidió ayuda porque estaba desesperada. Coral no se callaba ni un minuto.

A la hora de la comida, Martina llega con tres pizzas en las manos. Nos cuenta cómo le ha ido la entrevista y esperamos que esta vez tenga suerte. No le hace falta trabajar con la pensión que recibe del padre de los niños, pero dice que necesita salir de casa y tener una rutina diferente, no levantarse a las seis, preparar el café, hacer el desayuno, vestirlos, llevarlos al cole, limpiar, recogerlos y luego ir al parque.

Eso significa que tendré que estar aquí más a menudo. Y no me molesta en absoluto. Me distrae la cabeza. Tanto, que hasta estoy pensando en traer a mi madre algunos días para que pase tiempo con ellos, a ver si se anima un poco. Después de lo de Val, había pensado en ir a verla, pero me llamó Eli para preguntarme si podía acompañarla a una fiesta. Lo primero que le pregunté fue si era en el club, porque si era ahí, no pensaba ir. No tenía ganas de volver. Y gracias a Dios, su respuesta fue que no. Con eso me bastó, así que no le pregunté dónde era.

Pasamos toda la tarde viendo series y películas infantiles, bueno, ellos tres, porque yo me acosté en la alfombra del salón, que es demasiado suave, y me quedé frito. Despierto con los gritos de Coral, llamándome y enseñándome un disfraz de ángel negro que ha

dejado el chofer de Eli. Me incorporo de inmediato y veo esa *catetada*, con la risa de mi amiga al lado. La miro con mala cara, pero ella sigue. Unas alas negras, un pantalón tan ajustado que se parece a unas mallas de mujer, de esas que usan para hacer deporte, y por último una camiseta sin manga, transparente.

—Anda, que la Eli no es tonta —comenta mi amiga, seguido de una carcajada—. Pues ya sabes a dónde vais, a una fiesta de disfraces. Y tiene que haberle costado una pasta. —Toca la tela de la ropa.

—Tito Gabri, ¿tu novia se llama Eli? ¿Me la vas a presentar? —pregunta Coral y miro a ese pequeño demonio cotilla.

—No es mi novia, es una amiga. —Le sonrío.

—Mmmm. —Coloca la mano en su barbilla—. Te estás haciendo mayor, cuando tengas arrugas, no te va a querer nadie —suelta la mierda de la niña. Su madre se ríe, y yo no puedo evitar correr detrás de Coral por toda la casa.

Se esconde en su habitación, debajo de la cama. Alcanzo con mi brazo sus piernas y tiro de ella, mientras patalea sin dejar de reírse en ningún momento. La echo en mi hombro para volver al salón, donde la tiro con suavidad encima del sofá y la ahogo con cosquillas. Con tantas que me pide tiempo, porque se va a mear encima. Después de eso, volvemos a estar tranquilos, hasta la hora en que empiezo a arreglarme. Ya son más de las once de la noche. Elías está en su cama durmiendo; sin embargo, Coral espera a que salga de la habitación para verme. Tuve que pedir la ayuda de Martina para ponerme los malditos pantalones. Son tan ajustados, que me era casi imposible solo. La muy cabrona de mi amiga se aguantaba la risa. Algunas veces la odio. Pero no podría vivir sin ella.

Coral no podía dejar de decir sus barbaridades de niña al verme con el pecho descubierto. Diez minutos más tarde mi teléfono suena, con un mensaje de Eli esperándome abajo. Me despido de ellas con un beso a cada una, prometiendo que volveré durante la semana. Cuando bajo, mi clienta me está esperando apoyada en su Mercedes Clase A color gris mate, con un puto conjunto de falda blanca hasta

medio muslo, enseñando sus bellas piernas y un top blanco. Lleva el cabello ondulado suelto y un delineado negro en los ojos, que destaca el color verde de sus iris. También un par de alas blancas, igual que las mías. Me dedica una sonrisa coqueta, no quiero ni imaginar cómo terminará esta noche. Es imposible no ponerse palote con esa mulata.

Nos saludamos antes de subir a la parte trasera del coche. Casi no hablamos, apenas me hace un par de preguntas, hasta que reconozco el trayecto. ¡No puede ser! ¿No hay más discotecas en todo Madrid? Su chófer detiene el coche a unos metros de la entrada.

—¿Estás segura de que es aquí? No te veo en estos lugares —comento.

—Yo tampoco, pero le prometí a mi cuñado que vendría.

—¿Cuñado? —pregunto intrigado, aún dentro del vehículo.

—Es el fotógrafo, el hermano pequeño de mi marido. Y sí, sabe la relación que tenemos su hermano y yo, así que tranquilo. De todas formas, por ahora solo eres mi acompañante, Gabriel. No pasa nada, ¡relájate! —Me guiña un ojo.

Su chófer le abre la puerta y ambos bajamos al mismo tiempo. Observo la fila para entrar mientras ella coge mi mano y caminamos hacia la puerta. El hombre de seguridad, al que ya conozco, nos saluda y nos deja pasar.

El sonido de *The Time (Dirty Bit)* de The Black Eyed Peas resuena con los gritos de la gente. Miro al frente, donde está el DJ, y veo las fotos de la noche en la pantalla. Me detengo unos segundos por si sale la persona que me interesa. ¡Hostias! En ese instante caigo en la cuenta de que Val me verá con Eli. Me pongo nervioso. Nunca me ha visto con una clienta y no sé cómo reaccionará. Me rasco la nuca mientras la busco en las barras de la pista principal, pero no la veo. Nos dirigimos al *photocall*, donde Eli saluda a su familiar con dos besos y yo a él con un apretón de manos. ¡Aún no me acostumbro a estas situaciones incómodas! Ella me toma del brazo para hacernos

unas fotos. Finjo una sonrisa. Después de unos cuantos clics de la cámara, Eli llama mi atención para vernos en la pantalla.

—Tu mesa está arriba, preciosa —dice su pariente.

Mi clienta le guiña el ojo a su cuñado y nos dirigimos hacia las escaleras.

Voy subiendo con el corazón a punto de salirse de mi cuerpo. Miro hacia abajo, pero no veo a Val. La verdad, me alivia. Suelto el aire que llevaba reteniendo unos minutos. Al llegar, nos paramos en la barra y pedimos un *whisky* cada uno. Me acerco a la baranda, buscándola desde allí. No está en ninguna de las barras de abajo ni aquí arriba. ¡Imposible que no trabaje hoy! La chica que nos sirve me observa con atención. Es mona, las cosas como son. Nos apartamos a un lado mientras la gente baila y canta a todo pulmón *Starboy* de The Weeknd ft. Daft Punk. Eli me acerca más a ella y empieza a moverse al ritmo de la música, tomando un trago de su copa. Segundos después, hago lo mismo y me acabo la mía de un solo gesto. Me paso el dorso de la mano por la frente, estoy sudando. Al ver mi vaso vacío, mi acompañante me lo quita para rellenarlo. Vuelvo la vista a la pantalla, donde pasan muchas fotos, hasta que aparece una de ella. ¡Menuda ropa lleva la hija de su madre! No podría estar más guapa. Demasiado. Tanto que me la imagino sin ese maldito disfraz, tirada en mi cama. Definitivamente, me abruma todo lo que se me pasa por la cabeza.

Tomo mi copa y le agradezco con la mirada. Me giro ligeramente y noto que la primera mesa, vacía hasta hace unos instantes, ahora está ocupada por Mauro, Estefi y el gilipollas de Felipe. En cuanto su amigo me reconoce, abre los ojos con sorpresa y escupe un poco de su bebida, dándole un codazo a Estefi. Sus labios se mueven, pero no logro entender lo que dice. De inmediato, el imbécil de Felipe fija la mirada en la mulata que me acompaña. Eli, quizá intuyendo que algo ocurre, entrelaza sus dedos con los míos. El muy hijo de puta se frota las manos y asiente con la cabeza. Mauro, en cambio, me saluda con una sonrisa desconfiada, moviendo apenas los dedos.

—¿Los conoces? —pregunta Elisabeth.

—Sí —respondo seco. Veo el gorro que Val llevaba en la foto ahora sobre una silla vacía, al lado de su amiga.

—Pues preséntamelos. No conozco a más amigos tuyos, solo a Martina —dice, tirando de mí para acercarnos a ellos.

—Hola —saludo, incómodo, sin poder apartar la mirada del lugar vacío.

—No te esperaba por aquí Gabriel —comenta Mauro, mientras Felipe y su hermana no dejan de observar a Eli.

—Encantada, soy Elisabeth, pero podéis llamarme Eli.

—Igualmente, es un placer —responden todos.

Estoy tan nervioso que me sudan las manos bajo el escrutinio de los tres.

—¿Tu chica? —inquiere ese pedazo de cabrón. Lo mataría ahora mismo.

Eli sonríe descarada, colocando una mano en mi pecho. Mi cuerpo se tensa de inmediato.

—Algunas veces —responde, guiñándole un ojo con una sonrisa pícara.

El ambiente es tan raro que me bebo mi copa de un trago nuevamente y la dejo sobre la mesa. No tendría que estar aquí. No para estar viéndola con otro, es una jodida mierda, porque me conozco, no voy a poder dejar de mirarla. Mauro se levanta y se coloca junto a mi clienta. Hablan, se ríen, congenian tan bien que no sé qué dicen, pero por sus carcajadas, me sienta como una patada en los huevos. Felipe se levanta y yo le sigo con la vista. Se para detrás de mí, estirando su mano.

—Ya está, el lunes llamarán para que vengan a arreglarlo. —Escucho la voz de Val cerca; la única reacción que tengo es… quedarme inmóvil. Habla con Felipe, quien le coge las manos y deja un beso en una de ellas.

Aprieto los dientes con fuerza, deseando romperle la puta boca. Si antes mi corazón iba acelerado, ahora ni te cuento. Me cuesta

respirar de la rabia que me recorre hasta el alma. Camina unos pasos para llegar a donde estamos todos y se para frente a mí. Lo primero en que me fijo es en los apósitos blancos que cubren sus nudillos.

—Quier… —empieza a decir, pero se detiene al encontrarse con mis ojos.

Nos contemplamos por un instante. Veo una pequeña molestia en su rostro, que me hace un nudo en el estómago. Sus ojos bajan a mis manos entrelazadas con las de Eli. Intento soltarme, pero ella aprieta con fuerza, y pareciera que Felipe hace lo mismo.

—¿Te duele? —curiosea su acompañante, desviando la atención de Val hacia él.

—No, no… Estoy bien. —Le tiembla la voz, y eso me hace fruncir el ceño.

—Alguien rompió el espejo del baño, Val fue a recoger los cristales y se cortó —explica Mauro, como si se hubiera dado cuenta de mi necesidad de querer saberlo. Ella desvía la vista a su amiga, que pasa a su amigo y luego a mí.

¡Ya está! Los ojos de Estefi están llorosos, igual que los de ella. Ambas evitan el contacto visual, pero los de Valkiria están llenos de rabia. Aquí ha pasado algo más y no me gusta nada. Antes de que alguien pudiera decir algo, Felipe rodea la cintura de Val y la besa. Y no es cualquier beso, es uno de esos por los que moriría. Pero con ella. ¡No puede ser que esté con ese gilipollas! No puede ser. Estefi bufa y se dirige a la barra. La tensión entre ambas es insoportable, al igual que ese beso lo es para mí. Me aparto de inmediato. No puedo seguir mirando. Porque tengo la leve impresión de que está disfrutando. Y eso no me gusta. ¡Joder! Cojo mi vaso y la sigo hasta la barra, donde lo dejo bruscamente. Paso la mano por mi frente.

—¿Qué os pongo? —pregunta la camarera.

—Dos *whiskys* —respondo antes de que Estefi diga algo. Sé que lo necesita.

Me observa de reojo, igual que yo a ella.

—¿De verdad están juntos? —pregunto, refiriéndome a su hermano y a su amiga, casi arrepintiéndome por miedo a la respuesta.

Estefi sonríe de medio lado.

—¿Celoso? —Se gira, apoyando un brazo en el mármol.

—No.

—Ya… Seguro que ella siente lo mismo, Gabriel. ¿Cómo se te ocurre venir con una clienta?

—No lo sabía. ¡Como si no hubiera discotecas en Madrid! ¡Me cago en la hostia! —suelto frustrado al verlos juntos todavía.

—La estás cagando, «ángel» Gabriel —recalca esa palabra, burlándose. Me da dos palmadas en el hombro y regresa a su mesa.

VALKIRIA

Inspira y espira. Inspira y espira.

«¿Has visto a esa mujer? No puede ser más perfecta». «¿Crees que iba a dejarla por estar contigo?». «Normal que te rechace». ¿Se podrían callar las voces de mi cabeza? Si pudiera, lo haría ahora mismo. Pero no desaparecen.

Mauro sigue hablando con su «amiga», intento cotillear. Dejo un beso en la mejilla de Felipe y vuelvo a la barra. Muevo el cuello para aliviar la tensión acumulada. Ayudo a mi compañera a colocar los vasos en el lavavajillas, sintiendo su mirada fija en mí. Es tan intensa que me incomoda.

Al levantar la vista, encuentro a Felipe a lo lejos, que me guiña un ojo. Sonrío levemente y desvío la mirada al escuchar el sonido de un vaso.

¡No me jodas! Su pecho, prácticamente desnudo, es una maldita perdición.

—¿Me pones otra copa? —pregunta.

—Aún la tienes llena —respondo sin mirarlo.

En segundos se la bebe del tirón y la deja vacía sobre la barra.

—¿Así te vale?

Cierro los ojos y aprieto el botón del lavavajillas.

—Hazme el favor de ponerle la bebida a este chico —pido a mi compañera.

—No, quiero que lo hagas tú. —¡Hijo de puta! No me queda más remedio que mirarlo. Sus ojos vuelven a encontrar los míos. Me pierdo en ellos hasta que su amiga se acerca y apoya la mano en su pecho.

¡Perra!

Gabri está molesto igual que yo. Lo mío son celos, unos malditos celos que me están comiendo poco a poco. Tengo una rabia que pocas veces he sentido hacia él. Intenta apartarla, pero ella insiste en recorrer su pecho con descaro. La sangre me hierve. El dolor en la mano con la que golpeé el espejo es insoportable. Intento moverla, pero es casi imposible. Hago una mueca de dolor, y él lo nota. Sigue ahí, parado como una estatua, sin decir nada. Ni siquiera un «necesitamos hablar». Yo qué sé. Después de haber salido de mi casa como un cobarde, al menos podría decirme algo. Seguro que con sus clientas no es así. Al final me aparto de ellos y es mi compi quien les sirve, porque sinceramente… Es una mierda verlo con otra. ¡Una puta jodida *mierda*!

Claro… ¡Es un puto! Estoy con los nervios a flor de piel y solo pienso en eso. Luego… Lloro como una niña pequeña sin estabilidad emocional para aceptar que el chico que me gusta no quiere nada conmigo. ¿Chico que me gusta? No. Echo de menos a mi amigo.

¡Eso! Engáñate a ti misma.

CAPÍTULO 22

Valkiria

Por fin la noche termina. No puedo más, me duelen las piernas una barbaridad. Miro mis tobillos, parecen de una elefanta. Ricardo agradece a todos por el trabajo y nos saca la última foto de la noche. No sé cuándo Gabriel se fue, pero mejor así, porque ha sido una de las noches más raras de mi vida. La verdad, no me importa. Lo vi comiéndose la boca con la tal Eli. Así me dijo Mauro que se llama. Al verlo, sentí como si alguien me hubiera atravesado el pecho con una mano, llegando hasta mis pulmones y apretando con fuerza hasta que dejase de respirar.

Sin que nadie me viera, ya que todos estaban muy borrachos, salí corriendo al baño. La fatiga y el escalofrío que me entraron no ayudaron mucho. Apenas tuve que hacer algún esfuerzo para vomitar. Estaba tan nerviosa, ¿tan dolida? Creo que más bien lo segundo. Me quedé un rato en el baño antes de reunir el valor para salir. Cuando lo hice, él ya no estaba. Le di las gracias a Dios. Estefi y yo nos evitamos toda la noche. No tengo ganas de hablar de ese tema. Ahora no. No sé qué me pasó, no era mi intención, pero me trajo a la mente recuerdos que hicieron que se me cruzasen los cables. No soy rencorosa, pero lo único que sentí fue una furia descontrolada, además de rabia de mí misma por abrir viejas heridas en mi cabeza. Quiero culparlos, a ambos, pero no es culpa de ninguno de los dos. Es mía. Solamente mía. Por ser ahora mismo tan inestable en muchos sentidos.

Tuve que tomar un par de copas más, a palo seco, para que el alcohol anestesiara el dolor insoportable de mi mano. Prefiero pasar

todo el día borracha que tomar una maldita pastilla. Cuando me fui al pueblo, después de mis crisis de ira, vivía empastillada. No soportaba el dolor de mis cortes cada vez que todo volvía a la normalidad. Al principio, era lo que buscaba: sentir dolor para que mi mente se enfocara solo en eso y no en comer. Pero algunos eran insoportable que me hice adicta a las medicinas, principalmente a los ansiolíticos. Mi madre me las conseguía. No sé cómo, pero casi seguro con ayuda de su mejor amiga, la farmacéutica del pueblo. Nunca me dijo que me estaba pasando de más con ellas. Yo le mentía, decía que se me habían caído o que no sabía dónde estaban. Mientras me dejara tranquila… Sé que mi madre solo intentaba ayudarme, pero al final, contribuyó a joderme la vida sin que se diera cuenta.

Al llegar a casa solo estamos Felipe y yo. Mauro y Estefi se quedaron por el camino para comprar algo de comer. Me quito la ropa, haciendo alguna que otra mueca de dolor, mientras él le pone de comer a mi perro y juegan un rato. No comprendo qué tiene para que Pinto se vuelva loco cuando está aquí. No sé qué le hace, pero es capaz de alterar al animal más vago que he visto en mi vida.

Cuando Felipe me ve con solo una camiseta, se sienta en el sofá y extiende la mano para que me acerque. Lo hago y me siento a horcajadas sobre él. Acaricia mi espalda y aparta un mechón de mi cabello, sin dejar de mirarme. Me produce tantas sensaciones que desconozco. Y eso me deja aún más confusa, sin saber como gestionarlo. No estoy haciendo nada bien, nada.

—Ya no eres aquella mocosa. —Sonríe, esa maldita sonrisa de la que me enamoré. No ha cambiado—. Val… —Hace una pausa—. No sé si es el mejor momento, pero tenemos que hablar sobre muchas cosas. —Asiento con un nudo en el estómago. Ambos permanecemos en silencio hasta que decido empezar yo a hablar.

—Una de ellas: que te vas a casar. Lo sé, no te preocupes.

Decirlo hace que mi corazón lata más rápido. Pero no porque sienta algo por él. ¿O sí? Joder, lo deseé cuando ni siquiera tenía tetas, cuando solo era grasa.

—Me encanta estar contigo. Lo he ansiado desde el momento en que te vi abrir la puerta el maldito día en que llegué. Ya no eres la chica que me espiaba acostado en mi cama. —¡Hijo de puta! Niego. Lo negaré hasta la muerte—. Estando contigo… Buff… —Acaricia mi mejilla—. Puedo ser yo. Mi antiguo yo… No lo entiendo, pero es así… Supongo que por eso nunca quise regresar a España, para evitar que sucediera esto. Que volviera a ser aquel chico y sentirme de nuevo libre.

—No entiendo —digo intrigada.

Sus ojos trasmiten tristeza y algo más que no puedo descifrar. Coloco una mano en su pecho. Su corazón late frenético. ¿Por qué me cuenta esto ahora? ¿Cómo he pasado de odiarlo con todas mis fuerzas a necesitar que se fije en mí como siempre he querido? Después de años de distancia, pasar a estar así. Tan cerca.

—Val… —Su voz se quiebra, mientras pestañea un par de veces —. ¡Por favor! Lo siento mucho. Jamás... —Hace otra pausa y mira hacia el suelo. Espero a que hable, pero nada, se ha quedado mudo, como si estuviera en otro mundo. No comprendo.

Estoy a punto de volver a preguntarle qué quiere decir porque a veces tienen que explicarme las cosas como si fuera una niña de cinco años. Soy un poco lenta en ocasiones… Más bien, en la mayoría.

De repente, su boca se estampa contra la mía en un beso desesperado, su calor me altera, como si quisiera decirme de esta manera mucho más de lo que ha intentado expresar. Rodeo su cuello con mis brazos, acercándome a él. No debería sentir esto. No después de todo lo que me ha hecho pasar. No después de todas las palabras que soltó por su boca en el pasado; tras su indiferencia, por cada vez que me hizo llorar por sus burlas. Es tan estúpido, tan absurdo todo. No me hace ningún bien, ya que cada vez que quiero sentirme deseada por él, también quiero odiarlo y apartarlo de mi vida.

Cuando se fue a EE. UU., pensé que me había liberado de Felipe. Que por fin podría respirar. Ser la que siempre he sido. La realidad

fue otra. Su ausencia solo hizo que me hundiera más en los malos recuerdos. Pero sé que no solo es eso. Quiero creer que, después de todo, ahora mismo me quiere. Ese era mi objetivo principal: que él viera el cambio en Valkiria, en la chica que una vez llamó fea y gorda, y que dijo que jamás tocaría porque había mujeres mejores que yo.

Es verdaderamente humillante dejarme usar solo para sentir que me desea.

¿Y si nada de lo que pasó hubiera ocurrido? ¿Si no hubiera dicho lo que dijo? ¿O si lo hubiera hecho y yo no lo hubiera escuchado? Si se hubiera quedado en España… ¿Habríamos tenido algo en aquella época como ahora? ¿O simplemente, en algún momento, habría empezado a sentir algo por mí?

Y entonces, Gabriel aparece en mi mente. Cierro los ojos con fuerza, tratando de alejar su imagen, pero cuanto más lo intento, más presente está. La forma en que me abrazó el otro día cuando entró en mi casa… ¡Mierda! Felipe clava sus dedos en mis nalgas, haciéndome gemir de dolor mientras su erección se presiona contra mí.

¡Dios bendito! ¿En serio estoy pensando en Gabriel? ¡Sí, joder! Lo estoy imaginando. «Sal de mi maldita cabeza». La imagen es tan real que mi cuerpo reacciona solo, frotándome contra él. Tiemblo.

—¡Me cago en tu santa madre Val! —suelta Felipe al deslizar sus dedos entre mis piernas y sentir mi humedad. Sigo con los ojos cerrados. No quiero romper el momento—. ¡Joder! —gruñe, con la respiración entrecortada. Entonces, ambos sentimos como su móvil empieza a vibrar en el bolsillo de su pantalón—. ¡Hostias! —exclama, mirando la pantalla y apartándose de golpe. Se incorpora y me pide silencio con un gesto.

Es ella. Menos mal que no tengo que esconderme de nadie.

Felipe empieza a hablar en inglés, escucha unos segundos y luego pregunta algunas cosas en español caminando de un lado a otro por el estudio. Su cuerpo está rígido. Las venas de sus brazos

se ensanchan marcándose a través de su ropa. Nuestras miradas se cruzan y, en sus ojos, apenas se ve otra cosa que molestia y disgusto.

Se despide de la otra persona tras el teléfono, pasando los dedos por su cabello.

—¡Mierda! —bufa frustrado, golpeando el sofá.

Me sobresalto. Nunca lo he visto tan enfadado. Ni siquiera me atrevo a preguntar algo.

—Val, tengo que irme. Mierdas del trabajo —dice y me besa en la cabeza—. Intentaré venir en cuanto pueda.

Sale disparado por la puerta. No me da tiempo a reaccionar cuando escucho la voz de su hermana entregándole las llaves.

—No ha esperado ni el ascensor —murmura Estefi al abrir la puerta—. ¿Qué le ha picado?

—Ni idea. Estaba hablando en inglés y…

—No me gusta esa chica —suelta Mauro, entrando con dos cajas de pizza en las manos.

—Ya te dije que es una zorra —añade Estefi.

Los tres nos reímos, pero noto que mi amiga sigue mirándome de una forma que no sé si es preocupación o por nerviosismo. Odio verla así. Le debo mucho. Les debo mucho a ambos. Se van directos a la cocina. Escucho los cajones y los armarios abrirse y cerrarse. Mauro aparece con un mantel y lo extiende sobre la mesa de centro, mientras Estefi coloca la comida. Se sienta en la otra punta del sofá.

—¿Qué hostias os pasa? —pregunta Mauro desapareciendo por un instante y volviendo con una cuchara de palo, con la que va golpeando la palma de su mano.

Estamos indignadas la una con la otra, pero nos miramos un momento.

—Ni lo intentes —le advierte Estefi.

Mauro camina en círculos frente a nosotras, con los brazos cruzados; ese hombre de casi dos metros, con el ceño fruncido, da miedito.

—Eso —digo yo cruzando las piernas en el sofá.

—Me tenéis hasta la punta del mismísimo nabo. Si no queréis que haga una doña Vera, soltad todo por esas bocas come pollas.

—Claro. Como si tú comieras coños. No te jode maricón —me burlo.

—Valkiria. Esa lengua —me recrimina. Ese es Mauro en plan padre.

Me tapo la boca para no reírme. Qué animal es, por Dios.

Doña Vera es su madre. Recuerdo cuando éramos pequeños, sin nada que hacer en los días de lluvia. Buscábamos algo que hacer en esos días aburridos, tocando el timbre de los vecinos a altas horas de la noche. Despertábamos a la gente para abrir las puertas; luego salíamos corriendo o lanzábamos petardos por las ventanas abiertas. Nos odiaban cada dos por tres y aparecían en la casa de alguno de nosotros para contar lo que habíamos hecho. Cuando era el turno de la madre de Mauro, ella nos castigaba de la misma manera que lo hace ahora: nos golpeaba con una cuchara de palo, no con mucha fuerza, pero sí lo suficiente para que doliera y, al levantarnos, nos daba en cada cachete del culo. Nos escocía durante varios días. Lo peor era que cada una de nuestras madres tenía un castigo distinto: Vera, la cuchara de palo; Ester, mi madre, una rama seca, e Irene, una chancla de esas de goma dura con la que nos quedaba después dibujada perfectamente la suela en las piernas. A ninguna le temblaba la mano, y luego se reunían para comentar lo poco que nos habían dado.

—No me toquéis los cojones —suelta de nuevo nuestro amigo.

—La culpa es suya —dice Estefi—. Nos está mintiendo y prometió que no lo haría.

—¡Qué dices! No he mentido, es… —Trago saliva, nerviosa—. Solo ha sido un bajón puntual.

—Y mi polla así de grande. —Agita la cuchara—. Has sido tú quien rompió el espejo, ¿verdad? —pregunta con el semblante serio. No contesto, pero Estefi asiente—. ¿Se puede saber por qué?

«Ya… Aquí está la hora de la verdad».

—Habla, venga… —me pincha mi amiga, poniéndome aún más nerviosa.

—Estefanía, para —le advierto.

—¿Para? ¡No! —Se levanta de golpe—. Te doy tres segundos. Uno…

«¡Me cago en toda tu puta vida! Es que... tampoco sé por dónde empezar y con esa presión me está irritando demasiado».

—Dos…

Cada palabra suya me hierve la sangre. Cierro los ojos y aprieto los puños con fuerza. El dolor en mi mano aparece de golpe, pero mi enojo lo supera.

—¡Que te sientes ahora mismo a comer, Valkiria! —dice mi madre.

—No tengo hambre —respondo desde la puerta.

Sus ojos están llenos de lágrimas, y la cocina apesta a vinagre.

—¡Es apenas una ensalada! —exclama. Yo niego con la cabeza—. Se acabó. —Camina hacia mí y me agarra del brazo con fuerza, clavando sus uñas en mi piel. Duele, pero al mismo tiempo me alivia.

Me empuja a la silla de malas maneras. Bajo la cabeza y me tapo la nariz con la mano. El olor me revuelve el estómago. Niego de nuevo.

—Abre la boca —ordena, pinchando unas hojas de lechuga con el tenedor. Con la otra mano, me aprieta el rostro para obligarme a hacerlo. La miro con furia, pero sus ojos solo reflejan tristeza. A regañadientes obedezco—. Mastica. —Mis ojos se cierran mientras las voces en mi cabeza me dicen que no lo haga—. ¿Quieres un poco de pechuga de pollo? No lleva aceite, te lo prometo —añade con la voz temblorosa.

«Mentira. Siempre miente. ¿Sabes cuánto vas a engordar comiendo eso? Al menos un par de kilos». Sal de mis pensamientos, sal de mis pensamientos. «No confíes en ella, no quiere ayudarte. Si lo hiciera, no te obligaría a comer». «Luego no llores cuando te mires en el espejo. Se reirán de ti. Todos se reirán de ti».

«¿Cómo voy a salir con esa tía? Cuando no tenga a nadie para desfogar, quién sabe, la puedo llamar algún día, pero tendría que imaginar que es una tía buena». Recuerdo a Sergio soltando una carcajada.

Mi única reacción es lanzar el bol de cristal al suelo, junto con el plato de la pechuga.

—Valkiria, ¿qué haces? —pregunta asustada mi madre.

—¡Que. Me. Dejes. En. Paz! —grito, saliendo de la cocina.

—Val, joder… Reacciona, me estás asustando. —La voz de Mauro se vuelve más presente.

—Perdón —me disculpo demasiado aturdida.

—Venga, vamos a comer —dice él, abriendo las cajas. Miro a Estefi, que tiene la misma expresión de incredulidad que cuando pasó lo del baño.

Nos arrodillamos frente a la mesa, ella en una punta y yo en la otra. El silencio es insoportable. Mauro coge el mando de la tele y pone Spotify. Inicia *Échame la culpa <3* de Marlena. La primera estrofa me remueve muchas cosas por dentro, pensamientos y sentimientos, mientras mastico la pizza. Ambos me observan de reojo.

Trago lo que estoy comiendo y bajo el trozo que tenía a la altura de mis labios.

—¿Creéis que he engordado? —Lo digo sin pensar.

Los tres nos miramos. Estefi es la primera en tirar su porción sobre la mesa.

—Eres la hostia tía. La puta hostia. —Se levanta enfadada y empieza a caminar de un lado a otro. Mauro sigue observándome en

silencio—. Díselo joder. Dile de una puta vez que no te puedes mirar al maldito espejo, que rompiste el del baño por no darme a mí. ¡Que estabas follando con mi hermano y te levantaste para girar el que tienes al lado de tu cama para no verte! —chilla con lágrimas en los ojos.

Mi corazón se rompe en ese momento.

—Estoy flipando —murmura Mauro.

—Lo sabe hasta Gabriel. ¡El puto Gabriel lo sabe! Ha tenido una crisis de ansiedad. Y fue él quien me lo dijo primero. Y que dijo que, si no le creía, que le preguntara a mi hermano.

¡Maldito Gabriel! Lo voy a matar. Suelto la pizza y empiezo a llorar.

Mauro me mira nervioso y seguido a nuestra amiga, que está casi a punto de llorar también.

—A ver, vamos a relajarnos… porque sigo un poco en *shock* todavía.

—Yo me piro. —Se gira hacia mí con rabia y añade—: Cuando te salga de los malditos ovarios hablar, ya sabes dónde estoy. Y dile de una vez a Gabriel que te gusta. Como me entere de que estás así por un maldito prostituto, Valkiria, te juro que esta vez la que te encierra soy yo.

Cierra la puerta de un portazo. Me dejo caer sobre mis piernas y me tapo el rostro con las manos. Mis sollozos se intensifican con cada segundo que pasa. Las palabras de Estefi han roto lo único bueno que quedaba en mi corazón. Ahora mismo la odio… y la quiero al mismo tiempo. Siento los brazos de Mauro rodearme en un abrazo familiar, cálido, que me obliga a apoyar la cabeza en su pecho.

CAPÍTULO 23

Felipe

—¡Que no me pasa nada! Tenía el teléfono apagado porque estoy en mis putas vacaciones, Zoe. ¿No entiendes lo que son va-ca-cio-nes? ¿Tú no las tienes? Me parece perfecto. Pero hace ocho putos años que no veo a mi familia. Y por eso no te he cogido el teléfono —miento como un mamonazo que soy.

—*Sorry*, solo te echo de menos. ¿No puedo extrañar a *my boyfriend*?

—Claro que puedes. Lo que no puedes es estar llamando todos los días para hablar de lo mismo.

—Hemos tenido un problema en las redes Felipe, eres el ingeniero jefe. Tengo que comunicarte —se excusa ella.

—¡Por el amor de Dios! Eso podría haberlo hecho tu hermano tranquilamente.

—No te enfades conmigo. —Su voz tiembla.

La conozco, está a punto de llorar. Por segundos me siento tan mal que me dejo caer en la silla de la habitación de mi hermana. Últimamente he pasado de ella como de la mierda. Solo el pensar en hablarle hace que me entre una mala hostia tremenda. Su voz me irrita, sus exigencias me cabrean. La he bloqueado de WhatsApp y también su número de teléfono. Porque no deja de estar enviándome mensajes o llamándome. Entonces le ha pedido a su hermano que me llamara, inventándose una maldita milonga de mierda. Me corto el cuello a que ha sido él, por petición suya quien

provocó la caída del sistema, ya que para restablecerla necesitan mi autorización, y para eso, tienen que comunicarse conmigo.

—No me enfado... También te echo de menos. —¿Miento o digo la verdad?—. Pero no me llames para estas cosas. Tampoco llores, por favor. Entiendo que estés nerviosa por la boda. Va a salir todo bien… Confío en ti para todo —comento sin saber ya qué decir.

—Perdona... Sé que es culpa mía también... ¿Felipe?

—¿Sí?

— *I love you*.

Sus palabras me estrujan un poco el pecho. Tengo ganas de decirle lo mismo, sin embargo, ahora no soy capaz de hacerlo.

—Hablamos mañana —me despido con una pequeña sonrisa.

Sé que con solo decirle un «hablamos mañana» quedará conforme, y supongo que yo también.

—*Bye. I love you*. —Me cuelga el teléfono.

Saber que, si no la llamo yo, lo hará ella, no me gusta. ¿Y si estoy con Val de nuevo en ese momento? Seguro que se sintió incómoda. Y no es lo que quiero. Quiero estar con ella todo el tiempo posible. Aprovechar cada minuto a su lado, sentirla. Si pudiera, dormiría con mi polla dentro de ella todos los malditos días que me quedan. Muevo la cabeza para quitar esos pensamientos, pero mi erección se forma en mi pantalón. Parece automático; últimamente tengo demasiada imaginación: de su coño mojado cada vez que la penetro como si no hubiera un mañana. Si no me hubiese llamado, ahora estaría entre sus piernas, causando que se corra en mi boca. Porque esa maldita mujer me tiene completamente loco. Para mí siempre será mi mocosa.

Entro en la galería de mi teléfono; los días que estuve en su casa, no pude resistirme a hacer unas cuantas fotos suyas durmiendo, boca abajo, con su espalda desnuda, cubierta de tatuajes. Estaba con su culo apenas tapado por las sábanas y sus piernas entreabiertas. No me resistí a tocarla y soltó algún que otro gemido. Ya estaba lista para ser follada.

Muevo mi miembro, que sale erecto de dentro de mi chándal gris. Lo agarro con fuerza, imaginando que es la mano caliente de Val la que sube y baja. Luego rodea mi punta con su lengua. Suelto un pequeño gemido echando la cabeza hacia atrás. A continuación, la meto entera hasta su garganta, mientras la tomo del cabello, moviendo mis caderas y haciéndola llorar por la brutalidad con la que la penetro. Mis manos se mueven demasiado rápido al seguir fantaseando. Estoy a punto de correrme y ella me pide que lo haga en su boca para que después pueda limpiarse con sus dedos y así luego trague todo lo que he echado solo para ella.

CAPÍTULO 24

Valkiria

¡No puede ser que Gabriel me haya hecho eso! No me lo puedo creer. ¿Por qué no me ha preguntado primero? No tiene que meterse en mi puta vida. Yo no me meto en la suya. No tiene ese derecho. La discusión con mi amiga me dejó verdaderamente mal. Es la primera vez que nos enfadamos así. Después de que se fue de mi casa, Mauro la llamó para que volviera y habláramos, pero se negó porque ahora mismo está muy cabreada conmigo. Yo también lo estoy con ella. No quiero que esté presionándome de esa manera. No puedo controlarme, ha tocado el tema que ella sabe que fue lo más doloroso por lo que he pasado. Mauro no supo remediar la situación entre nosotras. Cuando Estefi le contó todo, ya no pude ocultar nada más. Tuve que decirle la verdad, toda la verdad. Mauro sabía de mi situación con Felipe del otro día, pero desconocía que también había estado presente Gabriel en casa mientras él me masturbaba... Cuando se lo dije, se quedó boquiabierto. Normal. No es algo que uno escuche todos los días, aún menos de mí. Y yo... Yo nunca había hecho locuras de ese tipo ni se me habían pasado por la cabeza. Hasta ahora.

Miro una y otra vez el edificio de Gabriel. No pienso preguntarle nada, solo quiero darle una somanta de hostias por bocazas de mierda, ¿por qué no se mete en la vida de...? ¿Eli? ¿O de sus jodidas clientas? Porque por su maldita culpa, he tenido una pelea fea con mi mejor amiga.

—Venga, vamos —me dice Mauro—, que le tengo que timbrar. Me está esperando, bueno, a ti. —Se ríe.

Obligué a mi amigo a llamarlo con la excusa de que no debió contarle esas cosas a Estefi, también le dije que colocara el manos libres. Cuando quiso empezar a soltar todo, Mauro le cortó, diciéndole antes que ya hablarían en su casa. Me escondo en la pared, mientras mi amigo aprieta el botón cuatro BC. Sin preguntar nada, le abre; Mauro me espera sosteniendo la puerta para que pase, y me meto corriendo. Llamo al ascensor con las manos temblorosas por los nervios. Sin decir nada, mientras espero el ascensor, vuelvo hasta donde está Mauro, y me despido de él con un beso en su mejilla. Vuelvo cuando suena y se abren las puertas. Le miro, dejando una pequeña sonrisa, hasta que estas se cierran. Estoy en chanclas y con la misma camiseta con la que estaba hace tan solo unas horas, ni siquiera he perdido el tiempo en cambiarme de ropa. Salgo del ascensor y me sorprende el interior del pasillo: suelo y paredes de color blanco y puertas de madera barnizada. Busco el número cuatro y me detengo delante. Respiro profundo un par de veces, abriendo y cerrando las manos; mi cuerpo está demasiado rígido. Aprieto el timbre; suena más alto que de costumbre. Espero y no obtengo respuesta. ¿Me estará viendo y por eso no abre? No tengo paciencia y empiezo a darle al botón como una loca.

—Ya va, ya va. —Se escucha algo distante, haciéndose más presente en cada segundo. Hasta para decir esa mierda, tiene la voz *sexy*. Con mi pulgar tapo la mirilla porque ahora mismo sé que está mirando, puedo escuchar su respiración.

Todo parece pasar en cámara lenta cuando abre la puerta. Lo observo de arriba abajo, lleva puesto un pantalón de chándal negro Nike, calcetines de Mario Bros y, para rematar, está sin camisa. Abre un poco los ojos cuando me ve, también mirándome de la misma manera que he hecho yo con él. Pero yo, por el contrario, siento mis mejillas arder y mi cuerpo estremecerse.

—Estás… ¿Estás ocupado? —pregunto con algo de dificultad. No puedo dejar de recorrer con la vista el interior, no vaya a ser que esté con alguien y yo me quede aquí plantada con cara de gilipollas.

—No. —Se peina con los dedos, incómodo, nervioso, entre otras cosas. No puedo ahora mismo tener la mente clara—. Pasa. —Camino hacia el interior. Me detengo delante de él. Apenas unos pocos centímetros nos separan y, sin pensar, con toda la mano abierta le planto un bofetón en su mejilla derecha. Lo he hecho con tantas ganas, que puedo decir que hasta me pica la palma de la mano.

—Bocazas de mierda —termino, y él cierra la puerta.

Lleva mi mano en su rostro como un tatuaje de mis cuatro dedos. Bien bonito le queda.

—Supuestamente tenías que decirme: «Hola, ¿cómo estás? ¿Por qué le has contado a mi amiga que estoy perdiendo otra vez la cabeza?». —Sus palabras me encienden más. Doy dos pasos hacia él levantando una vez más la mano, pero me la sujeta antes de que llegue de nuevo a su rostro, acortando nuestra distancia; su nariz casi roza la mía, su respiración, cerca de mis labios, está a punto de perder el control.

Levanta su barbilla y sus ojos observan los míos, haciéndome tragar con fuerza.

—No te metas en mi vida. Yo… Yo no lo hago con la tuya.

Sonríe con picardía. Que curve así la comisura de sus labios me pone muy cachonda, me hace pensar en demasiadas cosas que podría hacerle, aunque ahora mismo tengo ganas de borrársela de un guantazo.

—Antes de contestarte, solo te voy a decir que me has puesto palote —susurra las dos últimas palabras, rozando su aliento en mi oído y provocando que los bellos de cada parte de mi cuerpo se pongan de punta. Lo empujo, pero casi es imposible moverlo de su sitio. Suelta su agarre de mi muñeca y soy yo la que se aparta de él.

—Pensé que éramos amigos, Gabriel. Se lo iba a decir yo cuando encontrara el momento.

«Mentira, no se lo ibas a decir». Otra vez mi maldita cabeza.

—Por eso mismo, soy tu amigo, Val. No quiero verte así. No estás bien.

—Tú no sabes nada de mí… No me conoces —digo el final de la frase con la voz temblorosa.

—Sé que ese día, cuando te encerraste en el baño, fue porque estabas teniendo un ataque de ansiedad. Sé que has vomitado. ¿Por qué Val? Como tú bien dices, soy tu amigo. —Mis ojos se llenan de lágrimas—. ¿Por qué has roto el espejo del *pub*? ¿Tanto te está atormentando? ¿Te han dicho algo malo? ¿Alguien te ha hecho algo?

Si, tú me lo has hecho... y me lo estás haciendo. No soporto verte con otra y encima, me rechazaste.

«¿Crees que él quiere algo contigo?». «Gabriel puede tener a la mujer que quiera y esa no eres tú». «¿Has venido para que te humille otra vez?». «Mírate, eres patética». «¿Crees que un hombre como él querrá algo con una chica como tú?».

—¡No hace falta que me estés recordando una y otra vez que él no quiere nada conmigo! —grito, saliendo de mi trance. Siento un escalofrío que me recorre desde los pies a la cabeza; mi propia mente me está machacando—. ¡Sal de mi cabeza, sal de mi cabeza! —digo con desesperación, dándome pequeños golpes en la frente.

«¿Recuerdas lo que te hizo y te dijo la última vez? Que no podría hacer nada contigo».

—Oye, tranquila. —Se acerca a mí preocupado. Sus ojos recorren mi rostro, observando el dolor que intento ocultar—. ¿Quién no quiere nada contigo, Val? —pregunta, mientras mis lágrimas han comenzado a bajar por mis mejillas.

«Te tiene lástima, como todos».

—¿Valkiria? ¿Quién es? ¿Felipe? —Su tono se vuelve serio y sujeta mis brazos con fuerza—. Val, hostias. Dime que es Felipe, hace tiempo que tengo ganas de partirle la cara a ese cabrón. ¿Qué te ha hecho? O más bien, ¿qué te ha dicho?

—Nada. Felipe no me ha hecho nada, tampoco me ha dicho nada.

—¿Entonces quién es? —Intenta ocultar su intranquilidad.

—¡Tú! Eres tú —suelto sin darme cuenta. Mis ojos, nublados por las lágrimas, apenas pueden sostener su mirada. Me limpio con rabia el rostro, con el dorso de mi mano, queriendo olvidar lo que acabo de soltar por la boca.

Gabriel me contempla en silencio. No puedo descifrar qué transmite su rostro en este momento.

—¿Yo qué, Val?

—Me tengo que ir. —Camino hacia la puerta, pero él es más rápido y se coloca delante, impidiéndome salir.

No puedo mirarlo. Quiero gritarle y también llorar, salir corriendo. Pero no lo hago. Gabriel me rodea con un brazo la cintura y me apoya contra la puerta, acortando la distancia entre nosotros. Coloca una de sus manos en mi barbilla, obligándome a mirarlo. Sus ojos… ¡Madre mía, esos ojos! Me observan con demasiada intensidad, tanto que me cuesta respirar. Y ni hablar de mi corazón, que, si tuviera piernas, ya hubiera huido de mi pecho. Aparta un mechón de mi cabello que se ha pegado a mis labios.

—Vale, ahora quiero que escuches bien lo que te voy a decir. —Mi mente está en blanco. Únicamente soy capaz de pestañear—. Tú… —Su dedo índice se detiene en mi pecho—. Lo primero que tienes que meterte en esa maldita cabeza… —Pasea su dedo por mi cuello, mis labios, la punta de mi nariz, hasta llegar a mi frente—. Es que para saber lo que pienso y siento, tendrías que estar en mi mente. —Trago saliva—. Segundo… Aquel día que me fui de tu casa… —Mis ojos se llenan aún más de lágrimas—. Fue porque no podía hacer eso contigo, no puedo compartirte con nadie. Lo siento, pero es así. No sé ni cómo he podido intentarlo siquiera. —Limpia mi rostro con suavidad—. Quiero darte placer, quiero escuchar como gimes, quiero ver como te corres, pero todo eso… solo para mí. —Sus ojos brillan como nunca, ya lo he visto antes de esa forma—. No me fui porque no me gustaras, Val. Al contrario. Todo de ti me encanta: tus piernas, tu culo, tus tetas… y, claramente, tu coño. —Lame la comisura de sus labios y seguidamente deja una pequeña sonrisa.

Yo siento que estoy a punto de sufrir un infarto por sus palabras. Mi cuerpo arde.

Le empujo, pero no se mueve.

—No digas ton… tonterías —digo, tratando de contener los sollozos.

—El principal problema ahora mismo es… —Presiona su cuerpo contra el mío—. Que necesito que te quieras a ti misma. Eres preciosa. Eres todo lo que buscaba sin saberlo. —Cierro los ojos y bajo la cabeza. ¡No puede ser verdad! ¡No puede! En ese mismo momento, mi corazón junta algunos de esos pedazos rotos que han estado así durante tanto tiempo—. Mírame. —Lo hago—. Eres mi chica perfecta, te quiero a ti, tal como eres. Con tus camisetas tres tallas más grandes para ocultarte. Que lo hagas para otro me da igual, pero de mí, no. Quiero que, cada día que te vea, me enseñes un tatuaje nuevo. Para ti, soy Gabriel Aitán, Val. El mismo que se enamoró cuando vio las fotos en tu casa. Sé que fue la peor época de tu vida. Pero, gracias a esa época, te pude conocer.

»No quiero que finjas que todo está bien y abandones ahora. Coge mi mano y lo enfrentaremos juntos. Infelizmente, me vas a tener que soportar Val... —Sus ojos se nublan, produciéndome un nudo en el estómago—. No puedo borrar nada de tu pasado. Créeme que, si pudiera, movería cielo y tierra para hacerlo. Tampoco puedo prometerte que en el futuro no ocurrirá algo que pueda volver a destrozarte. —Coge uno de mis brazos y lo coloca rodeando su cuello—. Pero, aun así, estaré contigo. Para que llores, grites y rompas cosas. Dejándote tu espacio, si así lo deseas, para que en el momento en que termines, puedas correr a mis brazos. No quiero darme cuenta de las cosas por mí mismo, quiero que me las digas tú. Quiero que seas tú quien me pida ayuda.

¿Se puede morir y volver a la vida en cuestión de minutos? ¿Estoy en un mundo inexistente? ¿O algo parecido…?

Me doy cuenta de que es real cuando su boca choca con la mía con desesperación. Aún en *shock*, con mis ojos muy abiertos, apenas puedo corresponderle el beso en los primeros segundos.

Todo cambia cuando coloca su rodilla entre mis piernas y su pulgar sube lentamente por el interior de mis muslos. El calor de sus dedos rozando mi piel me hace estremecer, y lo nota por la pequeña sonrisa que dibuja en sus labios.

No sé cuándo ha pasado ni en qué momento, pero mis bragas están demasiado húmedas. El calor en mi interior aumenta mientras mueve sutilmente su dedo de arriba abajo. Hace que note su erección.

—Gabri… Gabriel… —susurro, sintiendo cada cosa que me provoca. Nos separamos por un instante.

—Y te voy a enseñar todo lo que quiero hacer contigo. Pero yo, solo *yo*.

Me da otro beso. Luego se dirige a la cocina y yo babeo por su espalda ancha y ese maldito culo respingón que tiene. Regresa caminando despacio, con los brazos cruzados detrás de su espalda y se frena delante de mí.

—¿Por qué me miras así? —pregunto.

Sus ojos marrones están llenos de lujuria y deseo. Da un paso más.

—¿Te gusta esa camiseta?

No entiendo la pregunta, hasta que sus manos van a la costura de uno de los laterales y me saca un cuchillo que se lo lleva a la boca y lo lame, a continuación, me tira de un lateral de la camiseta y clava el cuchillo rajándola hasta abajo. Observo como se abre por completo y cae al suelo.

—Pero ¿qué haces, idiota? —digo con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo voy a volver a casa?

—No pasa nada, no vas a volver desnuda. —Coge lo que queda de mi camiseta, para terminar de destrozarla, sacando una tira de tela.

—¡Es que te mato! ¡Te mato! Llama a Mauro y dile que me traiga ropa —lo amenazo y levanto la mano una vez más, pero el cabrón

me esquiva y se coloca detrás de mí, tapándome los ojos—. Gabriel, no me jodas con tus tonterías. —Intento quitarme el trapo de la cara cuando siento un ardor en una de mis nalgas por el cachetazo que me acaba de dar—. ¿Me ha pegado? Escuchar su risita me hierve la sangre—. ¡Madre mía Gabriel! No sabes la hostia que te puedo meter, tú sigue tentando a la suerte. —Aprieta más el nudo detrás de mi cabeza.

—Te prometo que te va a encantar —me murmura al oído, dejándome la piel de gallina con esa maldita voz tan *sexy*—. ¿Confías en mí?

—No confío ni en mi sombra —protesto.

—Pues tendrás que hacerlo. —Coge mi mano y empezamos a caminar. No sé hacia dónde, pero me estoy agobiando un montón. Gabriel me suelta; no lo veo, pero puedo sentir su respiración en mi cuello—. Escalón. —Levanto la pierna derecha y lo escucho reírse.

—¡Gabriel! Me voy a cagar en tu puta madre —exclamo, dando un manotazo al aire.

Apoya las manos en los hombros para detenerme y me gira.

—Un paso atrás. —Lo hago—. Otro. Abre las piernas.

—Gabriel, por… —No me deja terminar y vuelve a besarme mientras me hace levantar los brazos y me apoya contra la pared, o eso pensaba que era. Luego, siento como envuelve mis muñecas en algo acolchado y suena a cadenas… ¡Me está atando! —¡Gabriel! —grito, intentando otra vez quitarme la venda, pero no me lo permite. Sujeta también mi otra muñeca. Intento soltarme pero la ata más rápido.

—Ahora puedes patalear.

Y lo hago. Doy patadas a la nada y lo insulto como una loca. Lo hago durante un buen rato hasta que me canso y aprovecha para atarme las piernas también. Yo me dejo, porque sé que no me va a soltar, de pensar mi garganta se seca, mi respiración se descontrola y me inclino hacia adelante, pero apenas puedo coger aire cuando siento un escozor en mi muslo derecho.

—¿Con qué cojones me estás azotando? —pregunto cabreada.

—Abre las piernas —repite autoritario.

—Madre mía, Gabriel, cuando salga de aquí no tendrás España para correr —suelto enfadada.

—Te aseguro que después de lo que te voy a hacer serás tú la que no podrá correr Val. A.bre.las.pi.er.nas.

¿Dónde está el Gabriel que conozco? Este no es él. No sé qué pensar ni qué hacer. Bueno, sí… Ahora mismo una patada en los huevos le daría. Pero hago lo que pide y me dejo llevar. Odio no poder ver su rostro; seguro que se está descojonando de mí.

—Vamos a empezar. —Habla muy cerca de mi oído.

No sé qué coño tiene en la mano, pero se detiene en mi escote. Es suave. Lo desliza hacia mi abdomen, provocándome una sensación inquietante… y excitante. Tanto que tiro de mis brazos y piernas. Este Gabriel desconocido no me desagrada, pero no sé qué pensar.

—Gabriel. —Le llamo por su nombre porque solo escucho su respiración y eso me está poniendo de los nervios.

—Aquí estoy. Solo puedo decirte que me estoy tocando. —Y, de pronto, siento su polla rozando mi vientre con movimientos lentos.

—Animal.

—No tengo palabras para describirte ahora mismo. —Roza sus labios en el hueco de mi cuello. ¡Madre mía! Cierro los ojos con fuerza, lo imagino masturbándose mientras me observa. Nadie lo había hecho antes y eso extrañamente me excita más. Un leve temblor aparece en mi interior. Noto cómo comienza a darme bocaditos en mi cintura. Sus dedos se colocan en ambos lados de mis caderas, bajando mis bragas hasta el límite permitido—. ¿Sientes eso, nena? —La punta de su polla presiona mi monte de Venus, deslizándose lentamente hasta mi clítoris. Un escalofrío recorre mi cuerpo.

»Esto es lo que me haces. Me gusta cada centímetro de ti, incluso la parte que más odias. —Empieza a darme placer con su miembro, pasándolo desde mi clítoris hasta mi entrada y de mi entrada a mi clítoris de nuevo; está tan hinchado que me hace jadear—. Amo cada uno de tus tulipanes… El rosa. —Besa el pequeño dibujo en mi costilla izquierda. Trago con fuerza—. El verde y mi segunda frase favorita: *Nunca es tarde para ser feliz.* —Estoy perdiendo la maldita cabeza.

»Pero mi preferida eres tú Val. —¡Voy a morir ahora mismo!—. Junto al ramo de tulipanes lilas en tu costilla derecha… —Su aliento sobre mi tatuaje me estremece—. *No me dejes caer jamás.* —Pasa su lengua por toda la frase—: Esa es la frase en que me fijé la primera vez que te vi. Si te caes, estaré aquí para levantarte las veces que haga falta. Porque para eso está un amigo, un compañero… Para caer y levantarnos juntos.

Si mis manos no estuvieran sujetas, ya me habría derrumbado. Sus palabras llegan taladrando mi corazón, que hace nada era de piedra. Su voz ronca, su sinceridad, me desarman por completo.

—Ga… Gabriel —tartamudeo—. ¿Por qué todo esto ahora?

—Porque estoy cansado de fingir Val. Cansado de fingir que no me importas o que me da igual que estés con Felipe. —Se separa de mí—. ¿Qué hay entre vosotros? —Su voz cambia de tono.

—No lo sé, no hay nada. Solo follamos. He estado fantaseando que lo beso desde que tenía doce años… Fue el primer chico que me gustó. —Siento el aire que exhala con fuerza y vuelve a darme en el culo con algo muy plano, siento dolor y placer a partes iguales, pero ¿qué coño me pasa?

—¿Te gusta estar con él, Valkiria? —inquiere en mi oído, a la vez en que sus dedos rozan mi entrada y me chupa el lóbulo de la oreja. Suelto un jadeo profundo.

—Estás jugando sucio… —Casi no puedo hablar al sentirlo.

—¿Te gusta, Val? —Introduce un dedo, causando que eche la cabeza hacia atrás.

Sus palabras no deberían afectarme tanto, pero mi mente las vuelve sucias, empapando aún más su mano.

—Gabri…

—¿Te gustó cómo esa noche él te tocaba mientras yo te miraba? —Agrega otro dedo, moviéndolos con precisión. Intento cerrar las piernas, pero es imposible.

—¡Joder! —grito, muy excitada.

—¿Sí o no?.

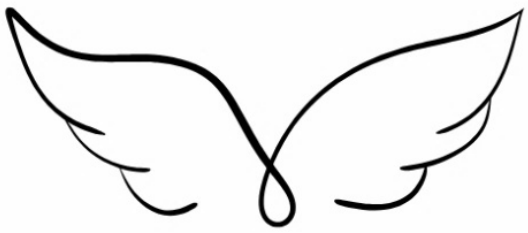
Siento como mi interior envuelve sus dedos.

—Sí… Gab… Sí.

Sus dedos empiezan a entrar y salir con más rapidez. Un fuerte calambre por el orgasmo que estoy por tener recorre mi cuerpo. El sonido húmedo de mis fluidos llena el aire, haciéndome temblar al borde del clímax. Quiero tocarlo, necesito tocarlo. Quiero sentirlo dentro de mí. Retira sus dedos y desliza su mano por toda mi piel, hasta que mete dos de sus dedos en mi boca y tira de mis dientes hacia abajo para probar mi propio sabor, aumentando aún más mi deseo. Mi respiración es descontrolada, como la suya.

—Pero eso no va a pasar de nuevo, Val. Nadie más que yo te va a tocar, nadie más te va a hacer gemir. ¿Te queda claro? —¡Dios…!

Con la mente completamente perdida en tantas sensaciones, soy incapaz de responderle. Una caricia más y voy a correrme.



CAPÍTULO 25

Gabriel

¡Maldita! Es capaz de sacar lo peor de mí. Solo ella tiene ese poder.

Verla en mi puerta no estaba en mis planes. La cara de enfado que tenía… No podía perder esa oportunidad. Necesitaba decirle todo. Llevaba demasiado tiempo guardándolo. Y lo de ayer fue el golpe final. Ver cómo Felipe disfrutaba de sus besos, sus caricias… *De ella*. Tuve que irme del *pub* porque estaba a punto de hacer una locura. Para evitarlo, me vi obligado a besar a Eli. Era eso o sacarla de los brazos de ese gilipollas y estaba claro que él no lo permitiría. Tampoco lo haría yo. Cuando vi su mano vendada, creí que perdería la cabeza. Sabía que algo no estaba bien. Llevaba días fijándome en ella. Desde la escena del baño, todo empezó a encajar. Su rostro ya no tenía el mismo brillo. Sus sonrisas forzadas, la inquietud en su cuerpo… No permití que me viera aquella noche. Pero yo a ella sí.

Cuando me contó todo lo que había pasado, estaba muy angustiada. Su respiración descontrolada, la forma en que cerraba y abría las manos o como arrugaba la nariz… El dolor en su mirada al salir de su casa ese día... Sus segundos de trance. Así estaba el día en que la seguí al baño. Después de eso, hablé con Estefi, que claramente no me creyó. Ella estaba segura de que, si algo le estuviera pasando se lo diría. Pero yo sabía que no lo haría. Sus amigos lo pasaron realmente mal cuando la encontraron en su piso. Así que le dije que le preguntara a su hermano. Si la conocía tanto como decía, me daría la razón.

Y, al parecer, así fue.

Por eso tenía que dejarlo claro: estoy aquí para lo que ella necesite. Y, sobre todo, para que sepa de mi boca, de mis manos y de mi polla, que no necesita a ningún otro hombre. Solo a mí. Soy el único capaz de hacerla sentir la mujer más deseada. Sin embargo, estoy sacando fuerzas de donde nunca imaginé tenerla. Cada vez que se humedece con mis palabras, lo único que deseo es hundirme en su interior. Pero esta especie de tortura… me está gustando demasiado. Ver su cuerpo estremecerse, escuchar el sonido de las cadenas cuando intenta liberarse…

«¡Gabriel, esto se te está yendo de las manos!».

Me acerco más y bajo las copas de su sujetador de encaje color carne. Atrapo sus pezones con mis dientes, mordisqueándolos después. Echa la cabeza hacia atrás en un jadeo ronco.

¿Me matará si le rompo las bragas? Total, ahora mismo no puede hacer absolutamente nada.

Así que lo hago. Me cuesta un poco, pero lo consigo. Está tan caliente y excitada que apenas puede protestar. Y no le doy tiempo para hacerlo. Al recoger la tela del suelo la huelo, su olor me nubla los sentidos. Está chorreando y sus fluidos resbalan por el interior de sus piernas, haciéndome sonreír. Ajusto mi miembro, que me duele una jodida barbaridad, y deslizo mi lengua por su piel mojada. No pienso desperdiciar nada. Su sabor es demasiado adictivo. Cierro los ojos un segundo; al sentirla en mi boca, pierdo la cabeza y voy directamente a devorar su coño.

Gime. Se mueve.

Abro más sus pliegues y, con movimientos circulares, mordisqueo, chupo, lamo. Sus piernas tiemblan, igual que todo su cuerpo. Cuando mi lengua se hunde en su entrada, lamo de abajo hacia arriba mientras le doy golpecitos fuertes en el clítoris; la oigo jadear, sus caderas se mueven en busca de más.

—Ga… —intenta decir algo, mientras las cadenas suenan más fuertes que antes.

Su espalda se arquea en el momento en que se corre en mi boca. Literal. Suelta un grito mientras su cuerpo se estremece de placer. Comienzo a pegarle golpecitos en su clítoris, un pequeño *squirt* aparece de repente con su orgasmo y abro la boca bebiéndomelo todo. Un puta locura, sí. Me hace sentir su jodido dueño. Dueño de su cuerpo, su alma, sus demonios… Desde abajo, veo cómo su cabeza cae hacia adelante, agotada. Me incorporo y quedo frente a ella. Coloco una de mis manos en su barbilla para levantarle la cabeza.

—¿Todo bien preciosa? —pregunto.

Ella asiente, y le dejo un beso en la mejilla derecha.

—¿Tan enfadado estás conmigo? —habla con dificultad.

—No. No puedo enfadarme contigo Val. Bueno, sí… Cuando pienso que disfrutas más con él que conmigo, eso me hace perder completamente el juicio.

Deja escapar una leve sonrisa, casi imperceptible. Vuelvo a su boca, muerdo su labio inferior y tiro de él con algo de fuerza hasta hacerle una pequeña herida sin querer, por lo que se queja. Libero mi polla, completamente erecta de nuevo, y hago lo que he querido desde el momento en que la vi detrás de mi puerta: embestirla y penetrarla como la bestia que soy, hasta lo más hondo. Muevo mi polla de arriba abajo, hasta que, de una estocada, entro en ella por fin. Ambos gemimos al sentirnos. Mis caderas quieren moverse sin control, pero espero. Quiero sentir como me recibe con gusto, presionándome poco a poco, adaptándose a mí. Gruño. Es una puta maravilla, está tan estrecha que parece que está su coño abrazando a *Ángel*.

Su interior palpita nuevamente. Empiezo a moverme, una y otra vez.

—Gabri… Déjame tocarte… —suplica.

No le contesto. Aferrando mis manos a sus caderas, mantengo el ritmo, sin apenas hacer ruido. Una, dos, tres, cuatro…

En ese momento, le quito la venda de los ojos. Quiero que me mire y grite mi nombre cuando estallemos juntos. Coloco mis manos en su nuca y apoyo mi frente contra la suya. Con cada beso que le doy, ella relame sus labios, y eso me excita aún más. Cinco, seis… Hundo mis dedos en su cuello, apretándolo con fuerza. Abre la boca en un gemido desgarrador cuando su interior se derrite para mí y sus piernas empiezan a temblar. Dos movimientos más y me libero dentro de ella.

Ambos nos quedamos frente con frente, intentando que nuestras respiraciones vuelvan a su ritmo normal por unos cuantos segundos. Me agacho delante de ella y comienzo a desatarla, primero las piernas, luego los brazos. Cuando ellos caen sobre mis hombros, le dejo un beso rápido en sus labios. Entonces, echa un vistazo a mi habitación y, después, a la cruz de San Andrés donde ha estado todo este tiempo. No me gusta el sado ni nada por el estilo, pero jugar… jugar me encanta. Y con Val pretendo hacerlo muchas más veces. Jamás podría hacerle daño a una mujer; antes preferiría que me cortaran la polla.

Luego, su mirada se centra en una esquina, justo al lado del cabecero, en un sillón tántrico de color negro. Me observa de nuevo y, de repente, me da un empujón. Ambos sonreímos antes de ir directos a la ducha.

Nos besamos, nos acariciamos, pero nada más. Protesta porque no tiene nada que ponerse, después de que yo le haya roto la camiseta y las bragas. Lo soluciono en un instante: le dejo una de las mías. Al principio se niega a ponérsela, dice que no le servirá. Pero soy yo quien levanta sus brazos y se la coloca. No es tan grande como las suyas, pero le llega hasta medio muslo; no es tan estrecha como temía, si uno se fija bien, se nota que no lleva bragas. Y si se agacha un poco, también.

Vamos a la cocina. Insisto, pero no demasiado, en que coma algo. No quiero agobiarla con ese tema. Preparamos unos sándwiches, charlamos, bromeamos. Me encanta su sonrisa cuando es ella misma. Y lo más increíble es que no puedo dejar de mirarla.

Me tiene completamente fascinado. Cuando terminamos de comer, intenta empezar a organizar algunas cosas. Pongo mi mano sobre la suya y niego con la cabeza. Asiente, algo avergonzada. A veces no puede evitarlo.

Cojo su mano para irnos un rato al sofá, a ver una película… o lo que ella quiera. A pocos pasos de llegar, el timbre suena, y ambos nos miramos. No espero a nadie.

Val se sienta en el *chaise longue* mientras me dirijo a la puerta. Miro por la mirilla y no puede ser… Mi amiga, con Elías recostado en su hombro y Coral abrazando un peluche mientras mira fijamente hacia adelante. El timbre vuelve a sonar, ahora con más insistencia. Me rasco la nuca. Val levanta una ceja. Finalmente, abro.

—Me cago en todo. ¿Sabes lo que pesa esto? —refunfuña, señalando al niño.

—¡Tito Gabriiii! —Coral me abraza por la cintura.

—Te he llamado como veinte veces, pero no me cogías el teléfono. El niño está malo, necesito que te quedes con ella. Lo llevaré al médico.

—Martina, no… no puedo —intento explicarle, pero de pronto se queda callada. Arruga su frente y echa un vistazo al interior, justo cuando Val, sentada en el sofá, se tapa las piernas con la manta.

—¿Es ella? —susurra.

No respondo, apenas sonrío.

—Estás perdido, te va a matar —bromea.

—Eh, ¿por qué va a matar al tito Gabri? —pregunta Coral, que oído tiene la niña. Val nos observa sin entender nada.

—Ella es Martina, una amiga —le explico y apenas levanta una mano para saludar.

—Después nos presentamos. Esto pesa.

—Mamiii… —dice bajito el niño.

Acaricia la cabeza de Elías y luego su espalda.

—Pórtate bien —le pide a su hija. Coral asiente con una sonrisa —. Y lo siento, no sabía que…

—No pasa nada, llévalo. Llámame si necesitas algo.

Cierro la puerta. Coral me mira, luego a Valkiria, que le sonríe. La niña coge mi mano y nos acercamos a ella. Nos observa con una expresión difícil de descifrar.

—¿Eres la novia del tito Gabri? — quiere averiguar, cruzando los brazos sin soltar su peluche.

Coral suelta la bomba y nos echa un vistazo con tal intensidad que casi asusta.

—Es… No, somos amigos —responde Val.

No me gusta su respuesta. Coral se gira hacia mí con una mirada inquisitiva.

—¿Otra amiga? Tienes muchas amigas, pero ninguna es tu novia. Ya te dije que te van a salir arrugas, y ya no serás guapo.

¡La madre que la parió! Val abre un poco los ojos y aprieta los labios para no reírse. Le tiro del brazo a Coral y empiezo a hacerle cosquillas. Patalea; casi se ahoga de la risa. Val que está a mi lado aparta una de mis manos para alejar a la niña.

—Tiempo, tiempo… —dice Coral con dificultad, apartándose el cabello negro del rostro—. ¿Te gusta la casa de Gabby? —le pregunta a Val.

—Íbamos a ver una película, bicho.

—¿De mayores? ¿Dónde hay besos? —inquiere arrugando su frente.

—Mejor vamos a ver La casa de muñecas de Gabby —contesta mi chica nórdica, y Coral sonríe de oreja a oreja.

He visto esta serie más de veinte veces. Casi me sé de memoria lo que van a decir Gabby, Pandy Patitas, Siregata y DJ Capucha. Y ahora, la misma mujer con la que hace solo un par de horas estaba follando como un auténtico desquiciado, está recostada en el sofá con una niña en su regazo, pegada a su pecho, contándole todo lo

que va a pasar en el capítulo. Parecen amigas de toda la vida. Valkiria la escucha con atención; si no lo hace, Coral le agarra el rostro y la obliga a mirar.

Dejo caer mi cuerpo en el hombro de Val. Entre los dos, casi la aplastamos. Más de una vez, ese pequeño demonio diminuto me aparta, repitiendo una y otra vez que molesto.

CAPÍTULO 26

Valkiria

Tengo la cabeza como un bombo, porque esa niña no se calla ni bajo el agua. Cuando he visto a su amiga en la puerta, casi me da algo. No sé por qué. No conozco a nadie de su entorno, en plan… amigos. Después de que Martina lo llamó para decirle que estaban esperando las analíticas de Elías, nos fuimos a la cocina y me hizo un pequeño resumen de la vida de su amiga. Coral se quedó viendo la tele. También nos dimos unos cuantos besos ardientes. ¡Por el amor de Dios! Aún mi cerebro no se ha recuperado por lo que ha pasado antes. Normal que todas estén enganchadas a su sexo. No tiene un maldito día libre. Si hace con cada una de ellas lo que ha hecho conmigo… Muevo la cabeza para quitarme esos pensamientos. Ya no me duelen tanto las muñecas, aunque llegó un momento en que ni siquiera me acordé. De los mejores orgasmos de mi vida. Ese Gabriel va a acabar conmigo.

Me aparto de él cuando se coloca detrás de mí, con la puerta de la nevera abierta. Besa mi cuello y pasea sus manos por el interior de mis muslos. Siento como la presión bajo mi vientre se hace evidente en nada. Soy una puta débil de mierda que no puede evitar soltar un gemido profundo. No llevo bragas, porque el muy capullo me las rompió. Me entretuve tanto que hasta me olvidé de llamar a Mauro para que me trajera ropa.

—Joder Val, ¿en serio? —susurra en mi cuello cuando sus dedos llegan a mi coño húmedo otra vez. No entiendo por qué su toque me desespera.

—Pues no toques… —Jadeo entre dientes cuando él aprieta mi clítoris.

—¿Martina me denunciaría si encierro a su hija en el baño? —Muerde el lóbulo de mi oreja.

—¡Por Dios! —Clavo mis uñas en su antebrazo. Protesto por lo que dice, pero también gimo demasiado alto, justo en el mismo momento en que gira mi rostro para besarme.

Estoy a punto de correrme una vez más.

—¡Ahhhhhh! —grita Coral haciéndonos saltar del susto.

Los dos aparecemos por la barra que separa la cocina del salón.

—¿Qué pasa? —pregunta Gabriel.

La niña se gira hacia nosotros.

—¡El día once del mes que viene estrenan otra temporada de Gabby! —suelta emocionada.

Gabriel frunce el ceño, pasando la mano por su rostro, indignado, dándola por perdida. Lo observo con una sonrisa y acto seguido deja un beso en mi mejilla. Mientras tanto, baja mi camiseta para taparme.

Volvemos al sofá, yo, por lo menos, más caliente que una mona.

Dos horas más tarde, Martina llega con su hijo en brazos, dormido. Le pide a Gabriel si puede llevarlo a su cama, y es él mismo quien coge a Elías y lo lleva, mientras su hija sigue con la tercera temporada de su serie.

Martina me saluda con dos besos rápidos, como si ya nos hubiésemos visto más veces. Pregunta qué hay de comer, según ella, en el hospital no ha podido comer nada, porque le revuelve el estómago. Se dirige hacia la nevera ofreciéndome una Coca-Cola y asiento con la cabeza. Comienza a prepararse un bocadillo y se sienta en la pequeña mesa que hay en la esquina derecha de la cocina, me indica con unos golpecitos en la silla que tiene cerca que me siente a su lado. Los primeros segundos son silenciosos, apenas nos observamos.

—Es buen chico —dice—. Algunas veces está como una cabra, pero es así. Nos conocemos desde hace unos años y empezó a formar parte de mi vida. Los niños lo adoran. —Toma un sorbo de su botella de agua.

—Se le dan bien los niños, sí —comento.

—Tenía muchas ganas de conocerte.

Abro un poco los ojos, sorprendida. ¿Ha hablado de mí?

—No sé si eso es bueno o malo —digo, nerviosa.

—Nunca he visto a un puto enamorado. —Suelta una carcajada. Intento hacer lo mismo, pero mis piernas empiezan a moverse inquietas—. No me lo ha dicho, pero te aseguro que es capaz de dejarlo todo por ti, Valkiria. Está loco por tus huesos desde hace mucho tiempo.

¿Perdón? Me está vacilando, ¿verdad?

Cojo mi lata para beber un poco, pero mis manos tiemblan demasiado. Ella lo nota. ¡No puede darme un ataque de ansiedad ahora! No puede.

—Pe… —Mis ojos se nublan.

¿Cómo va a querer estar con una chica con tantos problemas emocionales como yo? ¡Imposible! Merece a alguien que pueda darle la estabilidad que yo no tengo. Alguien mucho más guapa y simpática que yo.

—No elegimos a quién querer, Valkiria. Simplemente pasa.

—No soy mujer para él Martina. —Mi corazón se rompe—. Ahora mismo no. —Limpio mi mejilla.

—Está preocupado. Por el mismo motivo que dices tú, que no es un buen momento. Pero precisamente por eso: *es* el momento ahora. Para que te dejes ayudar por quien te quiere tal como eres. Gabriel tiene sus defectos, como todos. Pero si alguien puede ayudarte y animarte, es él. No he visto a otro igual.

»Mi marido me dejó por una más joven y guapa…, ¡cómo no! Lo pasé muy mal. Jamás esperaba eso de él. Llevábamos juntos desde

los diecinueve años. Estaba enfadada y quería pasarlo bien, como lo estaba haciendo él. Y así conocí a Gabriel. Nos acostamos dos veces. La segunda fue porque estaba borracha. Pero me hizo sentir tan bien… No en la cama, sino como persona. Desde entonces nos hicimos amigos. Ya no podía verlo como un hombre para follar. Escuchaba todo lo que yo tenía que decir durante horas. Empecé a llamarlo para que viniera a cenar a mi casa, me gustaba su compañía. Me aconsejaba, ¡él a mí! Es raro, pero es la realidad. Jugaba con mis hijos… Era un completo desconocido en ese momento. —Se ríe—. Es seis años más joven que yo.

»Cuando murió su padre, vino a mi casa. Si vieras a un hombre tan grande llorar como un niño... —Mi corazón se encoge, creándose un nudo en mi garganta—. Nunca lo he visto tan cabreado al teléfono como esta mañana. Me llamó sin importar la hora que era, porque le habían dicho que estabas saliendo con el hermano de tu amiga. —Bajo la cabeza. Mi sonrisa no aparece, pero en mi mente sí. —Soy su amiga y solo te pido que le des la oportunidad de conocerlo de verdad.

Asiento y me quedo pensando.

Martina se levanta, guiñándome un ojo, mientras yo permanezco inmóvil, pero mis piernas se mueven involuntariamente por los nervios. No sé qué pensar, qué hacer. No puede ser verdad. No puede. Me limpio los ojos, inhalo y exhalo un par de veces, intentando calmarme. Pero me cuesta respirar. Todo se remueve dentro de mí y es una verdadera mierda. No soporto esta sensación que me oprime el pecho. La última vez no terminó bien. ¡Joder Valkiria! Me riño a mí misma. Mi mente va a mil; ahora mismo no puedo gestionar el caos en mi cabeza. ¡Mierda, mierda! No ahora. No puedes revolucionar mi vida así. Pero Gabriel es demasiado… Y yo... yo soy un maldito desastre con patas.

Es capaz de dejarlo todo por ti. ¿Por qué haría eso? ¿Por qué iba a elegirme, a querer quedarse cuando yo misma no sé estar conmigo, ni quererme ni nada de eso? No puedo evitar sentir que no soy como las demás chicas. Claro que sé que todo esto depende de

mí, pero hay momentos en los que mis cables se cruzan. La voz en mi cabeza sigue ahí, ayudando a hundirme poco a poco. ¡Tranquila, tranquilidad! Pero no es por él. Siempre he sido mi peor enemiga. Ganar la batalla contra mis demonios no fue nada fácil, y aún no sigue siéndolo. Todavía no puedo controlarlo todo: mi ansiedad, mis ataques de ordenar cosas sin sentido... Y Gabri… se merece estar con alguien que esté bien. Completamente en sus cabales. No con una muñeca rota que en cualquier instante podría herirlo.

No quiero volver a hacerle *daño* por mis ataques de locuras y muchas cosas más. Y menos a él.

CAPÍTULO 27

Felipe

—¿Estás seguro de que quieres seguir adelante con la boda? —habla ella, cogiéndome de sorpresa—. Pasas de mí Felipe, me evitas, siempre tienes una excusa. —Me quedo en silencio y no respondo. ¡Joder! No me he parado a pensar en esa respuesta.

¡Mierda! Dice la verdad… La puta verdad.

—¿Podemos hablar cuando vuelva? Me están esperando para ir al pueblo —le digo a Zoe. Estoy molesto… Sí, molesto conmigo mismo y con ella por creer que no quiero casarme.

—*Bye.* —Me cuelga el teléfono.

¿Cómo no le he contestado a su pregunta? ¿Por qué? Si realmente tenía seguro que nuestra boda seguía adelante. Lo medité unos segundos. Pero no debería haberlo hecho, debería haber dicho que *sí*, sin dudarlo. Porque cuando le pides matrimonio a alguien que amas, no puedes tener dudas casi un año después. Quiero echarla de menos, pero no me deja. No me deja ese espacio. ¿De verdad está pensando en cancelar la boda? No puede ser. Ella me quiere. No sería capaz de hacerme esto.

¿Y yo? Qué mierda le estoy haciendo…

Cuando deslicé el dedo por la pantalla, su tono de voz era como el de todos los días. Sereno, cariñoso. Hasta que empezó a preguntarme cómo estaba. Ella buscaba algún tema de conversación, mientras mis respuestas apenas eran un «sí», «no» o un «tal vez», seco, frío, molesto por llamarme otra vez. Todo me está superando… *Todo*… Entre Zoe por un lado y Val por el otro, me

estoy volviendo loco. Valkiria huye de mí como el diablo de la cruz. Fui a buscarla a su casa, pero no estaba. Al final la encontré en la cafetería, porque decidí pedirle a mi hermana que llamara a su amigo, para que le pregunte si Val se encontraba allí con él y no seguir dando vueltas para nada. Pero Mauro no nos dejó solos ni un segundo. Estoy seguro de que ha sido adrede, como si Valkiria se lo hubiera pedido. Apenas cruzamos palabras. Preguntaba y me respondía con monosílabos. Y no hay nada que me ponga más de los nervios que me contesten así. Está enfadada conmigo por algo, y no sé por qué. No soy adivino, así que no sé por dónde va a salir. Mi hermana y Val siguen sin hablar. Tiene una mala hostia porque tampoco ha podido terminar un par de conjuntos que tenía planeado para la semana; está afectando su trabajo. Incluso el amigo en común de ambas está hasta los cojones de estar entre las dos, y por poco no acaban discutiendo también.

Lo peor de todo es que no puedo quitarme a Val de la cabeza las malditas veinticuatro horas del día. Algunas veces pienso que no puedo simplemente por culpa. Engañándome a mí mismo, a Zoe y una vez más a ella. Y no saber por qué me ignora... Me está dejando desquiciado. Pero sé que ella tampoco está bien. Tiene unas ojeras que dan miedo, como si no hubiera dormido en días. Según Estefi, todo esto es porque nos iremos al pueblo y Val se ha negado desde el minuto uno. Será el cumpleaños de Mauro y Ricardo, y Valkiria ni siquiera lo recordaba. Eso dice ella. Mi hermana me contó que nunca volvieron a celebrar nada en el pueblo por Valkiria, pero como este año estaba yo, la cosa era distinta. Íbamos a hacer la comida que antes realizábamos cada año. Además, les prometimos a mis padres que lo haríamos allí, e iríamos todos, como en los viejos tiempos. Aunque parece que mi hermana no se lo había contado a su amiga, claro. Para que Val no hubiera tenido tiempo de buscarse alguna excusa.

***

Ha llegado el día. Ricardo dejó a uno de sus camareros de confianza a cargo del club hoy, y Mauro cerró la cafetería. Tanto mis padres como los suyos no nos dejaron de llamar desde la primera

hora de la mañana para saber si habíamos salido. Valkiria se negó a venir con nosotros en el coche y fue con Ricardo en otro. Alguna que otra vez nos adelantaban por la izquierda y podíamos ver su semblante. Es serio, tiene los brazos cruzados en su pecho, la cabeza apoyada en el cristal, con su mirada distante. Tengo la cabeza hecha un lío, quiero a Zoe… ¡Tengo claro que la quiero! Pero, Val… Estar cerca de ella provoca que mi corazón lata demasiado rápido, tengo aquel… cosquilleo en el estómago cuando la veo sonreír, que no recuerdo si he sentido con Zoe alguna vez. ¿O sí? ¡No me acuerdo! Como si los buenos momentos que he vivido con ella fueran desapareciendo poco a poco.

—¿Por qué la habéis obligado a venir? —pregunto, en el mismo instante en que pasan a nuestro lado. Los tres la observamos.

—Porque nos prometió que cuando viniésemos los tres, también vendría —contesta mi hermana, mientras observo a Mauro por el retrovisor central, negando con la cabeza.

—Estefi, no podéis continuar así —habla su amigo—. Eso no está bien… Lo hemos estado hablando nosotros dos toda la semana. Tendríamos que haber respetado su decisión.

—Estoy de acuerdo —comento.

Estuve buscando información sobre el tema. Y no creo que mi hermana esté actuando bien. Seguidamente, suelta una sonrisa sarcástica. Está enfadada.

—¿Y a ti qué coño te importa? —Cierra los ojos con fuerza—. O sea… acabas de llegar después de ocho años, no sabes ni la mitad del cuento y te atreves a ponerte en contra mía, ¿de tu hermana? ¿Por no querer que le pase nada a mi amiga? —Sube el tono de su voz y pasa las manos por su rostro—. Vale. Perfecto. ¡Que os den! Y tú —Señala a Mauro—. ¿Quieres ver cómo tu mejor amiga…? —Hace una pausa, suspirando profundo—. ¿Intenta otra vez quitarse la vida? —Una lágrima cae por su mejilla, aprieto el volante con fuerza. Saber que mi hermana sufre tanto por mis errores del pasado hacia su amiga, es algo que no me lo perdonaré en la vida—. Dos veces, Mauro. Dos malditas veces. No quiero volver a escuchar que alguien

me diga que si llegábamos diez minutos más tarde no estaría aquí. —Eso último lo dice elevando más su voz y mi corazón se encoge. Acelero sin darme cuenta. Casi nunca le he ocultado secretos a mi hermana y este me está destrozando—. ¡Así que por mis cojones va a cumplir lo que nos prometió!

—Pero… sabes que no puedes… —empieza Mauro.

—Ni peros ni peras, Mauro. —Las manos de mi hermana tiemblan. Definitivamente, ese tema le afecta mucho—. ¿Sabes cuánto tiempo he estado teniendo pesadillas? En ellas estamos todos en el hospital y un médico sale diciendo que se ha muerto. —Solloza—. No voy a pasar por esto de nuevo, Mauro. Me niego, *me niego* a perder a mi amiga.

Me duele el cuerpo de la tensión que llevo aguantando desde hace muchos días.

Abre la guantera del coche para coger un pañuelo y limpiar su rostro.

Cuando mi hermana me preguntó si era verdad lo que Gabriel le había contado, estuvo unos minutos en silencio. Porque siempre que hablamos de eso, vuelve a relatarme cómo ella y Mauro la encontraron, y esa imagen me lleva perturbando desde entonces. Como si yo hubiera estado allí en aquel momento.

—Había estado dando golpes en la puerta de su casa un buen rato, pero nadie respondía. Mientras intentaba encontrar en mi bolso las llaves, Mauro estaba detrás de mí. Al entrar, él gritó su nombre y comenzamos a buscarla...

»Mauro fue al baño y, cuando me gritó que allí tampoco se hallaba, me acerqué a la cocina. Me paré de golpe. La vi Felipe, tirada en el suelo. En su mano derecha tenía un cuchillo, mientras la izquierda estaba en el suelo, junto a mucha sangre. Nunca había visto tanta en mi vida. Me quedé en shock. No podía moverme; mis pies parecían pegados al suelo. No tenía voz para gritar. Un frío me recorrió el cuerpo y empecé a temblar. Nos costó reaccionar a ambos, pero fue Mauro quien primero la llamó por su nombre y se

acercó. No sé cómo pudo hacerlo. Le dio palmadas en el rostro, intentando que despertara, pero no respondía. Llevaba solo una camiseta y su cuerpo estaba cubierto de cortes. Como siempre usaba pantalones largos, no nos habíamos fijado nunca. Se había cortado las muñecas. La derecha apenas sangraba, pero de la otra no dejaba de salir sangre. Mauro me hablaba, pero yo seguía sin reaccionar, hasta que me gritó un par de veces, diciéndome que cogiera un trapo para intentar detener la hemorragia. Su rostro estaba pálido, los labios morados. Debimos haber llamado a la ambulancia en primer lugar. Sin embargo, no lo hicimos. Nos encontrábamos sin saber cómo actuar. No entendíamos nada. Aun viéndola tal como estaba, nos negábamos a que hubiera intentado algo así.

»La conoces, Felipe, jamás en la vida ella hubiera hecho algo así. Andaba rara, lo sabíamos. Pero era una época muy mala, de exámenes y otras cosas, no sé. Hasta yo intento entender cómo no nos habíamos dado cuenta de nada. Estaba en piel y hueso. Según ella, estaba a dieta. Todo el mundo hace dietas. No lo tuvimos en cuenta.

»Luego sí llamamos a emergencias, la llevaron al hospital. Estuvo ingresada cinco días. No avisamos a sus padres en ese momento, queríamos esperar hasta que el doctor nos confirmara y nos dijera qué teníamos que hacer. ¿Cómo íbamos a decirles que su hija…? Fuimos a hablar con ellos para contarles todo lo que estaba pasando. Necesitaba ser ingresada. Pero su madre se negó, igual que nosotros. Nos convencimos de que era algo puntual; perdió la cabeza. Algunas veces eso puede pasar. Ella misma nos lo dijo más tarde. Le ofrecieron ayuda psicológica y la aceptó, pero solo los días que estuvo internada. Le dieron el alta y se fue al pueblo. Tendría que haber continuado con la terapia, pero no lo hizo. Al final... ya te mostré fotos sobre lo que sucedió tiempo después.

Apenas he podido dormir. Quería hablar con ella, pero me ignoró estos días.

Estamos casi por llegar a la entrada del pueblo y Ricardo llama a su hermano para decirle que se han desviado, porque Val no se encontraba bien; tuvieron que parar para que vomitara. Ellos indagan si se lo ha provocado ella, siendo la respuesta por parte de Ricardo un «no». Mi hermana, indignada, mueve la cabeza. Lo primero que se le ocurre es preguntarle a su amigo si podría estar embarazada. Abro los ojos, pero Mauro se echa a reír y enseguida hace un resumen de lo que pasó con Gabriel, con algún que otro detalle. Cuando cuelga, nos mira a ambos y empieza a soltar todo por su boca.

Mis manos tiemblan tanto que casi no puedo controlarlo. Gruño de vez en cuando, pero se me nota demasiado mi inquietud.

—¿Felipe? —llama mi hermana, tocándome el hombro. Mi mandíbula está tan apretada que duele—. Felipe… ¿Me puedes decir si lo que veo en tu rostro son celos?

No respondo, ni siquiera les echo un vistazo.

—¡¿Qué cojones?! ¡Tío! Que te vas a casar. ¿En serio? —dice Mauro, sorprendido.

—Sabía que esto no iba a acabar bien. ¡Es que lo sabía! —exclama mi hermana, pasándose la mano por el rostro, frustrada.

¡Joder! Es que me gusta. Me gusta mucho. Ser ignorado por ella estos días casi me vuelve loco. Me contuve tantas veces cuando estaba en la cafetería para no llevarla al almacén y besarla hasta quedarme sin aliento.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza. —Detengo el coche en la primera oportunidad que tengo—. Zoe me dijo, en una de nuestras discusiones, que he cambiado. Que si estaba seguro de querer casarme.

—¡Ay, la Virgen! ¿Cómo no te lo va a decir, hermano? Me cae como una patada en los huevos esa tía, pero la estás tratando fatal, y a Val también. Eso no va a llegar a nada. —Las palabras de mi hermana me atraviesan. Pero tiene toda la razón—. Me tratas así y te reviento la cabeza.

—Creo que adelantaré mi vuelo. Algunas veces… no sé qué hago aquí.

Estoy tan confuso que la estoy cagando. Sin embargo, a Val no la puedo dejar así. Necesito arreglarlo todo de alguna manera, pero aún no sé cuál será, y supongo que eso es lo que más me desespera.

—Papá y mamá te matarán si lo haces. Y normal, has tardado ocho años en volver Felipe.

—Voy a perder la cabeza Estefi. —Apoyo la frente en el volante y me doy pequeños cabezazos.

—¡Estoy flipando! ¿Te has enamorado de Valkiria? ¿Eso nos estás diciendo? ¿De la chica a la que llamabas mocosa? ¿De la que te reías por tener unos kilitos de más?

No me sale ni una maldita palabra para rebatir lo que dice mi hermana. Mauro empieza a dar palmadas y a reírse como un loco.

—No. Me lo paso muy bien a su lado. Me encanta estar con ella. Por poco no se me cruzan los cables estos días. Me está ignorando. ¡Por culpa de ese maldito hijo de puta! Llevo casi siete años con Zoe. Le debo mucho; todo lo que soy ahora es gracias a ella. Pero...

—¿Pero…? —hablan al unísono.

—Con Val es distinto, joder. ¡Es completamente diferente!

Con ella puedo ser yo mismo, hablar de todo, sin esperar a que me juzgue por algo. No tengo que medir mis palabras. No tengo que ignorar situaciones con las que no estoy de acuerdo solo porque vivo y trabajo con Zoe las veinticuatro horas del día. Hago cosas que no quiero, solo para agradarle, para evitar discusiones. Le doy la razón en todo, aunque no la tenga. Incluso debo tener sexo cuando no me apetece, porque, si no, hasta eso se convierte en un motivo de pelea.

—El mundo está perdido, Mauro. Totalmente perdido —suelta mi hermana. Luego cierra el puño, amenazando con darme un golpe en el hombro.

Seguimos nuestro camino unos cinco minutos más hasta girar la esquina. Allí están las tres jefas, esperándonos. Ricardo llega primero y mantiene el coche encendido hasta que aparco detrás. Las sonrisas de nuestras madres son indescriptibles.

El primero en bajar es Ricardo. Veo cómo Val tiene la mirada fija en nuestro coche desde su retrovisor. Luego salen del vehículo mi hermana y Mauro. Segundos después, ella. Al cerrar la puerta, se queda un momento con las manos detrás de su espalda, apoyada en el coche. Su cuerpo está tenso, respira hondo un par de veces y muestra una sonrisa falsa mientras se acerca a su madre, que también parece nerviosa.

Hago lo mismo, camino hacia donde están todos.

—¡Por Dios santo! No me puedo creer que estéis aquí —exclama mi madre, besando la mejilla de mi hermana. Los gemelos están con la suya, y Val, ya apartada.

Trato de no mirar mucho, pero los ojos de mi madre están nublados.

—¡Qué guapa estás, Valkiria! —alaba la madre de Mauro.

—Eso dicen, sí —responde con una sonrisa.

—¿Y tú? —me habla Esther—. Estás más guapo desde la última vez que te vi. Hace unos días.

Le doy dos besos en la mejilla.

—Os he preparado un desayuno reforzado —comenta Vera—. Hay que celebrar la vida de mis bebés.

Los dos resoplan juntos por las palabras de su madre. Entramos en fila india: los gemelos con su madre, luego Estefi y yo con la nuestra, y al final, Esther. No veo a Val. Sigo caminando, pero me detengo y vuelvo a mirar hacia atrás. Está en la entrada y allí sigue, en la calle, con la mirada perdida. Voy y me quedo frente a ella unos segundos, pareciera como si no notara mi presencia. Su expresión es de un agobio inmenso, una tristeza que me duele en el alma. Sin decir nada, tiro de su mano. Con el contacto, parece volver a la realidad mientras la llevo conmigo hacia la casa de mis padres.

Al llegar delante de mi habitación, una sonrisa asoma en su rostro, como si recordara lo mismo que yo. Me acerco al cajón del mueble y saco mi

envuelto en unos cascos viejos y se lo enseño.

—¡No! —exclama.

—Sí. —Sonrío.

—¿Alanis?

—¡Claro!

Conecto los cascos y le doy al *play.* Sé que nos traerá los mismos recuerdos. Los primeros acordes de *Ironic* de Alanis Morissette comienzan a sonar. Le acerco el otro auricular y, al escucharla, sus ojos se abren con emoción. Nos tumbamos en mi cama, mirando al techo. De vez en cuando, la observo de reojo. Está nerviosa, se rasca la piel con las uñas. Coloco mi mano sobre la suya, y hace lo mismo con uno de mis dedos, no puede calmarse del todo. Cuando suena *That I Would Be Good*, ambos nos miramos.

—Siempre la escuchaba cuando te veía detrás de la puerta.

—¿Cómo? —Ambos nos giramos de lado, uno frente al otro. Un mechón de su cabello escapa de su coleta y lo acomodo tras su oreja—. Era una adolescente con las hormonas a flor de piel y me gustaba el hermano de mi mejor amiga. Le pasa a cualquiera a esa edad.

—¿Y ahora no? —pregunto, sin apartar la vista de sus ojos, que poco a poco se humedecen. Coloco mi brazo bajo su cuello.

—No me hagas esto ahora, por favor. No estoy en condiciones de pensar con claridad. No quiero hacer nada de lo que pueda arrepentirme.

—¿Te arrepentiste de la otra vez?

Mi corazón va demasiado rápido, temiendo su respuesta.

—Lo nuestro siempre va a ser muy complicado, Felipe. Tengo muchos sentimientos encontrados. Te odio, te odié tanto… Aunque, al mismo tiempo… —La atraigo hacia mi pecho, quiero que termine,

necesitamos esta conversación, no tengo valor para empezarla yo—. No voy a ser el segundo plato de nadie. Ya tengo bastantes inseguridades para tener una más.

Sentir su corazón junto al mío produce que de repente toda la angustia que últimamente tengo por ese tema desaparezca.

—No tienes por qué ser el segundo plato de nadie, Val. ¿Y si quiero que seas mi único plato? —suelto sin pensar.

—¿Qué quieres decir?

—Me gustas. Me encanta estar contigo. Estos días he estado completamente desquiciado, no entiendo por qué me ignoraste. No puedo soportarlo. Me da igual si lo hace Zoe, pero tú no Val.

La abrazo más fuerte. Siento su cuerpo tenso, aunque poco a poco se relaja mientras acaricio su espalda.

¿Realmente la quiero o solo necesito borrar la culpa que siento por el daño que le hice en el pasado?

CAPÍTULO 28

Valkiria

¿Sabes cuando parece que vas a explotar en cualquier momento? Parecía como si hubiera estado sufriendo un síndrome de abstinencia por drogas. Mi cuerpo tiritaba, tenía un frío insoportable. Así me sentí cuando vi la placa de Brihuega. No sé cómo ve mi cerebro este lugar. Pero tuve un escalofrío y unas ganas de vomitar tan intensas que necesité pedirle a Ricardo que parara en algún lugar. Ni siquiera tuve oportunidad de negarme a venir, ya que es el cumpleaños de mis amigos. La verdad es que no me acordé. Cuando llegó el miércoles, con Felipe en la cafetería, empezaron a hablar, y entonces recordé. Creo que hace bastante tiempo, cuando Estefi nos dijo que su hermano vendría a pasar unos días, también mencionó que podríamos ir a pasar el cumpleaños de nuestro amigo al pueblo. No le presté atención en ese momento. Siempre he buscado excusas para no volver, y esta vez no iba a ser diferente. Hasta que su madre la llamó, estando justo reunidos, para decirnos que fuéramos temprano para desayunar, e insistió en que *todos*. En ese instante, nuestras miradas se cruzaron. Yo negué con la cabeza mientras él asentía. La idea de tener que volver después de tanto tiempo me dejó deseando toda la semana que pasara algo importante, cualquier cosa que me sirviera de excusa. Me cagué en todo, por no tener más amigos, además de ellos. Ya había agotado todas las mentiras para evitar volver: exámenes, trabajos de la universidad... Al final miraban el calendario y me descubrían. Me quedé en casa todo el fin de semana con Pinto, viendo series, limpiando, hasta la hora de ir al club.

Incluso pensé en llamar a Martina y ofrecerme para quedarme con Coral en mi casa, pero seguramente iba a pensar que estoy loca, apenas la conozco. Esa misma noche no dormí nada, dándole vueltas a cómo actuar al ver a mi madre. Podría haberme negado, pero mi amiga ya está demasiado enfadada conmigo como para darle un motivo más. Sería como encender una cerilla cerca de un bidón de gasolina. Pensé que Estefi vendría a casa para la última prueba de ropa de su desfile. Le preparé incluso el aro de luz, pero no fue así.

Cuando vi a nuestras madres esperándonos frente a la casa de Mauro, el comentario de Ricardo, diciendo que parecía estar teniendo un *déjà vu*, me hizo reír, porque era tal cual. En el momento en que estacionó su coche y mis ojos se cruzaron con los de mi madre y sentí un apretón en el pecho tan intenso que deseé que se abriera un agujero bajo mis pies y desaparecer.

No sé reconocer la sensación que me generó. Su abrazo me reconfortó por unos segundos, pero enseguida me aparté como si me quemara. Ni siquiera pude entrar en la casa de Mauro; me quedé fuera, mirando de un lado a otro, recordando la primera vez que intenté escapar. En esa ocasión solo logré correr hasta el final de la calle, no tenía fuerzas.

Felipe me saca de mis recuerdos colocando su mano en la mía y tirando de mí; casi me resistí, pensando que me arrastraría adentro con los demás, sin embargo, me llevó a su casa. Él estaba convencido de que lo había estado ignorando. No fue así. Bueno, un poco. Necesitaba pensar, imaginar cómo sería estar de vuelta.

Fuimos directamente a su habitación. Y saca de un cajón su viejo *discman* junto con un CD de su cantante preferida, Alanis Morissette. Siempre que lo espiaba a escondidas, estaba sobre su cama escuchándola al máximo volumen. Me dedica una sonrisa y me comparte un auricular cuando empieza la melodía de *Ironic.* Estamos acostados en su cama, uno frente al otro, con mi frente apoyada en su pecho. El tiempo va pasando volando, pero no he podido dejar de

tener tantos sentimientos que no quiero ahora mismo: angustia, rabia, desesperación, vacío.

—¿Cuál es la próxima? —pregunto, refiriéndome a la siguiente canción. Abro los ojos para mirarlo, pero un carraspeo a nuestras espaldas interrumpe el momento. Felipe levanta la vista.

—Val —dice mi nombre, apartándose un poco.

—¡Hostias, madre! —exclamo, poniéndome de pie de golpe, en tanto ella se nos queda mirando, sorprendida. No nos dimos cuenta de que dejamos la puerta abierta, como es costumbre en los pueblos.

—Tu padre acaba de llegar y quiere verte.

Asiento apenas con la cabeza. Esther no se mueve hasta que me coloco frente a ella. Cierro los puños, mientras nos observamos. Se gira, toma el camino de salida y yo la sigo. Ninguna de las dos dice nada durante los cuarenta o cincuenta metros que separan la casa de Felipe de la nuestra. Ella entra primero. Yo me detengo unos segundos antes de hacer lo mismo. Mi padre abre la puerta con una sonrisa de oreja a oreja, caminando hacia mí con los brazos abiertos. Al cruzar el portón, un escalofrío me penetra hasta el alma.

«Has vuelto al infierno».

Ahí está el demonio de mi cabeza, ese que no había aparecido en días.

CAPÍTULO 29

Gabriel

—Hey… Hola —la saludo—. ¿Cómo estás?

—Hola, ¿bien y tú?

—Lo siento, nena, tuve que venir al pueblo a ver a mi madre, no he podido llamarte antes. Bueno, sí, pero ella sabe cómo estresarme y la estoy ayudando con algunas tareas.

El martes por la tarde, me llamó la amiga de mi progenitora porque llevaba días con fiebre y se negaba a ir al médico. Es más terca que una mula.

—No pasa nada —comenta. No me gusta el tono de su voz. ¿Tengo que preocuparme?

—¡Gabriel! ¡La madre que te parió!, que soy yo —grita la jefa—. ¿Cómo se te ocurre poner una lavadora de ropa blanca con un calcetín rojo? Parecen las sábanas de *Hello Kitty*. —Sonrío.

Fue sin querer; recién cuando empezó a dar vueltas, lo he visto y no pensé que pintaría nada.

—Ve que te va a reñir —dice desganada.

—¿Te llamo luego?

—Sí… Aprovecha estos días con ella. —Y me cuelga.

Escucho el «tu, tu, tu». Miro la pantalla, por lo rápido que lo ha hecho. Mi madre aparece en la puerta de mi habitación, me observa a mí y después al aparato en mi mano.

—Usarás sábanas rosas. Oye, ¿tú no tienes que volver a tu casa?

Odia cuando vengo, porque según ella, no la dejo hacer nada. Que la agobio, que está muy bien sola. Simplemente me entra por un oído y me sale por el otro lo que diga mi señora madre.

La obligué a montarse en el coche para llevarla a urgencias. Se volvió una mujer muy descuidada con su salud desde que mi padre ya no está. No ha ido a ponerse la vacuna para la gripe, y la ha cogido un poquito fuerte. A los dos días estaba como nueva, aunque decidí quedarme un poco más.

—Me da igual que las sábanas sean rosas —comento y dejo mi móvil encima de la cama, no sin antes haberle echado un último vistazo.

—Últimamente te dan igual muchas cosas, Gabriel —habla, mirando lo mismo que acabé de mirar yo.

—No sé de qué me estás hablando, madre. —Voy siguiéndola por el pasillo.

—¿Quién te ha parido? ¡Yo! ¿Quién te ha limpiado el culo lleno de mierda? ¡Yo! —¡Por el amor de Dios!—. ¿Crees que no me he dado cuenta de las veces que estuviste mirando el móvil? ¿Quién es ella? —Coge unas cuantas pinzas de la ropa.

—¿Ella quién? —Me hago el desentendido.

—Nunca lo habías hecho… Llegabas y dejabas tu teléfono dentro del frutero de la mesa y allí se quedaba todo el tiempo; solo te acercabas a él cuando te llamaban. Pero, esta vez, no lo has tenido en la ducha porque no debe de ser sumergible. —Se ríe y yo la observo con atención.

Muevo la cabeza, sin contestarle. Tiene razón.

Después de que llevé a Val a su casa, en la madrugada del lunes, no hemos hablado, hasta hoy. No quería que se asustara por todo lo que le he dicho o hecho. Le pedí que se quedara, pero se negó ya que tenía turno de mañana en la cafetería. Cuando se fue Martina con los niños, charlamos un rato sobre ellos, y noté que estaba rara. No distante, sino más callada de lo normal. El lunes a primera hora llamé a Mauro para preguntar cómo estaba, si estaba rara o si era

cosa mía. Solo me contestó que ella le había dicho algo sobre unos dolores en el brazo; seguido soltó una carcajada. No dije nada, aunque para buen entendedor, pocas palabra bastan. Pasé toda la noche y el día recordando sus gemidos. Luego su enfado y otra vez sus gemidos. Fue una maldita locura.

—Madre…

—¿Me vas a decir por lo menos cómo se llama?

Estiro la funda de las sábanas y la agarro con dos pinzas.

—Valkiria.

—Ummm, un nombre diferente. —Sacude la tela al aire.

—Ella es diferente. Infelizmente, no está pasando un buen momento ahora mismo.

—¿Quieres hablarlo? —dice, mientras recojo algo de ropa que ya está seca.

Le hago un resumen. Ella de vez en cuando asiente sin interrumpirme. Aquel día, a Val le pude haber dicho muchas cosas. Sin embargo, no sé si realmente puedo ayudarla a veces.

—Tengo miedo de que cuando llegue el momento en donde de verdad me necesite, no sepa cómo hacerlo.

Le prometí tantas cosas, ¿podré cumplirlas? ¿Y si no soy la persona indicada para ello? No me lo perdonaré en la vida.

CAPÍTULO 30

Valkiria

El almuerzo no ha sido tan malo como lo imaginé. Nos reímos, charlamos, recordamos viejos tiempos. Principalmente nuestras madres. La comida estaba espectacular, el olor a churrasco me dio un hambre que no sabía que tenía en ese momento. Tampoco pensé que echaba de menos todo esto. Sin embargo, mi madre, cada vez que veía mi plato vacío, lo rellenaba con algo: arroz, ensaladilla, carne. Y nuestros padres gritaban por el fútbol. Cantamos el *Cumpleaños feliz* y nos hicimos fotos juntos, después de tantos años. También he de recalcar que los vecinos que más nos odiaban vinieron a saludarnos. Recogemos todo. A mi amigo se le ocurre que tenemos que irnos más tarde al bar a tomar un café. Eso no se lo creyó nadie. Pedimos directamente una copa cada uno, pero no fue solo una; lógicamente, fue todo lo contrario. Estamos en ese punto en el que nos reímos de todo y de todos.

Hasta que salió el tema de la boda de Felipe, su primera reacción fue mirarme.

—Y pensar que terminaste follando con la mejor amiga de tu hermana faltando solo unas semanas para casarte —suelta Mauro, poniendo el dedo en la llaga.

¡Madre de Dios!

—Dejemos el temita aquí —habla Estefi, tomando un sorbo de su *whisky*—. No me acostumbro a la idea.

—¿De qué? ¿De qué se va a cagar? Bueno, a casar, ¿o de qué se folla a Val?

—Que estoy aquí, ¿eh? —me burlo, con las mejillas ardiendo.

—Ven… —me llama Felipe, estirando su mano, y me niego—. ¡Ven! —repite, y yo me siento en su muslo derecho; me besa el cuello. Sin querer, mi cuerpo reacciona. Mauro me hace señas con la cabeza, con una sonrisa canalla.

—¡Vamos a ver! Imagina que mamá llegue aquí ahora mismo —comenta mi amiga—. No he venido para que me peguen. Si cobra uno, cobramos todos. Que lo sepáis.

—Ni yo… Con mi edad, aún menos —replica Mauro.

Mientras tanto, Felipe masajea una de mis nalgas, discretamente, pero mi amigo no deja de mirarnos de reojo, haciéndome sentir algún que otro escalofrío.

—Voy al baño un momento —comunica Felipe, apretando el lóbulo de mi oreja y se levanta.

Los tres lo miramos irse, con su pantalón ajustado; luego dos pares de ojos se desvían a mí.

—Eres una perra. Tienes a dos hombres a tus pies —replica Mauro.

—¿Qué dices? ¿Estás borracho ya? —Tomo un sorbo de mi bebida.

Mientras tanto, Estefi se queda mirándome fijamente.

—Te quiero —dice mi amiga, dejándome completamente sin palabras—. Y lo siento por cómo me he comportado. —Está alcoholizada, solo hace esas declaraciones cuando se encuentra así —. Val. —Mis ojos se llenan de lágrimas, igual que los suyos y los de Mauro. Se me forma un nudo en el estómago. A continuación, ella se sienta en mis piernas—. No quiero verte mal, quiero a mi amiga de vuelta. A la Valkiria que tenía dieciséis años, la que me arrastraba del cabello mientras lloraba por el amigo de mi hermano, y me hacía reír hasta mearme encima, solo para verme con una sonrisa en el rostro. —Se limpia la mejilla por la gota que baja por ella.

¿Se puede querer tanto a dos personas que no son de tu familia? Pues sí… Como dije más de una vez: cada día de mi vida se los debo a cada uno de ellos.

—Y fueron unas cuantas veces —recuerda Mauro—. Qué pesada era siempre con eso. Llevaba una muda de ropa en la mochila de tanto que se orinaba.

Echo un vistazo a mi amigo, que asiente, y empiezo a hacerle cosquillas; se mueve como una loca, resbalando entre mis piernas, hasta chocar su culo contra el suelo. Mauro la sujeta por debajo de las axilas, y no me detengo; sus carcajadas son escandalosas. Menos mal que el bar está casi vacío, únicamente hay dos parejas a tres mesas de la nuestra. Nos miran, pero nos da igual, siempre nos ha dado.

***

Más tarde, decidimos irnos cada uno a casa de nuestros padres, ducharnos, cenar y quedar para volver luego otro rato más. Entro dando tumbos, un poco perjudicada por el alcohol. No podría decir cuánto hemos bebido. Saludo cuando veo a mi madre sentada en el sofá, viendo la tele. Me observa extrañada; le dedico una sonrisa antes de irme a mi habitación. Por la tarde, antes de irme al bar, apenas hablamos. Me quedé todo el tiempo en mi cuarto, acostada en la cama, mirando el techo. Mi padre solo me preguntó superficialmente cómo estaba. Luego me llamó Gabriel, pero no hablamos ni cinco minutos. Mientras tanto, Esther me acechaba, caminando de un lado a otro. Cuando Mauro vino a buscarnos, le di las gracias a Dios porque estaba a punto de volverme loca con ella de un lado a otro sin parar.

Me meto bajo el agua, cerrando los ojos, deseando que se me pase la borrachera. Me relajo mientras se me pase, pensando que vamos a hacer de nuevo en el bar. Envuelta en una toalla, miro mi cama y recuerdo que no cogí la mochila del coche de Ricardo. Abro el armario buscando algo para ponerme. Encuentro un pantalón vaquero de hace unos tres años. ¿Me servirá? Espero unos segundos a que mi mente se pronuncie, pero no lo hace.

Me visto con la ropa interior y trato de subirme el pantalón, pero solo llega hasta medio muslo. Suspiro y sigo buscando. Hay al menos seis o siete más, alguno tendrá que entrarme. ¡Porque si no me voy a cagar en toda mi puta vida! Pruebo otro, sube, pero no cierra. Otro más y ni siquiera pasa de mi cadera.

«Solo en tu cabeza pensaste que te serviría». «En esa época estabas guapa y delgada». «Estás gorda, aunque siempre lo niegas, mírate al espejo».

¡Es verdad! Así estoy. La misma sensación que tuve al llegar parece estrujarme el pecho y luego el estómago con fuerza. Corro al baño, abro la tapa del WC y me inclino hacia delante. Náuseas. Siento el sabor amargo en mi boca. Espero a que salga lo que tenga que salir. La otra parte de mi cerebro, la buena, grita: «¡No lo voy a hacer! ¡No lo voy a hacer!».

«Sí lo harás, lo sabes».

El asco se apodera de mí, no solo por lo que siento, sino también por mí misma.

Salgo del baño. Me quito el pantalón de un tirón. Mis manos tiemblan mientras recorro las perchas del armario, aún pensando en qué ponerme.

«Olvida que algo de este armario te va a quedar bien».

—¡Cállate! —susurro. «Busca, y si encuentras algo, me callo». ¡Cállate de una vez!

Pruebo todos los pantalones y, efectivamente, ninguno me queda. Ni siquiera unos dos vestidos que había. La voz de mi mente se ríe a carcajadas.

—¡No me entra nada, joder! —grito, mirando la cama llena de ropa—. ¡Joder! ¡Joder! —repito, tirando todo al suelo.

Escucho pasos apresurados acercándose a mi puerta.

—¿Qué pasa? —pregunta mi madre, observando el desastre.

—¿Qué va a pasar? ¡No me sirve nada, mamá! ¡Nada!

«Te lo dije».

—No te preocupes... Igualmente, no me gustaba ninguna de esas prendas para ti. —Intenta bromear, pero la fulmino con la mirada. No entiende. Nunca lo ha hecho.

«Está mintiendo, no quiere decirte que estás gorda».

—No, mamá, no me sirven porque estoy gorda, ¿no lo ves?

—Que no... Estás muy guapa, cariño.

«Miente, miente».

Cierro los ojos, apoyando las manos en el colchón.

—¿Dónde están tus cosas?

Levanto la cabeza.

—No quiero otra cosa, Esther. Quiero esta, toda esta mierda, me tiene que entrar.

Vuelvo al armario, sacando cada ropa que tengo, rebuscando como una loca. Mi mente es un caos, con esa voz atacándome donde sabe que más me duele.

«Qué cabezota eres, deja de perder el tiempo».

—Por favor, cállate, cállate —murmuro.

—Voy a por tu mochila, espera un momento. —Sus palabras me encienden.

—¡No! No te metas en mis cosas. —Se frena por mis gritos, se gira y entra en la habitación—. ¡No entres! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! —chillo, a punto de volverme tarumba de la cabeza.

—Val, por favor, cariño, no empieces otra vez. —Da un paso más, ignorando lo que le digo. Sus ojos están nublados, como los míos, pero lo único que siento es rabia. Su mirada de pena me hace ver lo que tanto odio.

«Mírate, mírate».

—No te acerques —digo entre dientes, con el corazón a punto de salirse de mi pecho.

Mi demonio me desquicia, saca lo peor de mí. Estallo cuando mi madre vuelve a decir lo mismo. Completamente fuera de control, descuelgo el espejo de la pared y lo estrello contra el suelo. Explota como una maldita bomba.

—¡Valkiria! —exclama mi madre mientras destrozo la habitación —. ¡Para! ¡Por el amor de Dios! —Solloza, pero ni siquiera puedo mirarla.

Tiro ropa, rompo cajones, arranco las sábanas, todo lo que puedo. Mi cuerpo está poseído por esa voz que nunca me ha dejado en paz. Se ha despertado después de casi un año y medio dormida y no quiere irse.

—¿Qué pas…? —Entra mi padre, con los ojos muy abiertos. Llama a mi madre, pero también se acerca a mí.

—¡Fuera! ¡Fuera los dos!

—No, Val, no mi vida. Vamos a hablar. —Su voz tiembla—. Estás preciosa, cariño. ¿Te has visto?

«¿Quién puede ver algo bonito en mí?».

Mi lucidez reaparece por un segundo. Mis pies sangran, seguramente por los cristales. Ni siquiera me duelen. «Mírate, mírate, mírate».

Grito, es lo único que puedo hacer. «No es lo único, mira el suelo. Sabes que hay más cosas». Agarro un cristal y lo aprieto con fuerza. Siento el corte, la sangre caliente entre mis dedos.

—¡Valkiria! —Ambos dicen mi nombre.

—Si alguno me dice algo más... —Apenas con ropa interior, me hago un corte en la pierna. Una línea perfecta. Es increíble como ni siquiera me tiembla la mano. Siento alivio y, al mismo tiempo, me odio—. ¡Me tenéis harta! ¡Todos me tenéis harta! —Mi madre solloza, mi padre se queda quieto. Su miedo me irrita.

«Por fin haces algo coherente». El demonio me atormenta más.

—Val... Dime qué quieres que haga, cielo. —Esther tiembla.

—Mamá... —Hago una pausa—. Pensaba que estaba bien... Pero no...

—No pasa nada. Hemos salido una vez y saldremos otra, las veces que hagan falta. Lo sabes, ¿verdad? —Puedo ver desde aquí como mi padre le dice algo, ella asiente y él se va.

«Ella nunca te ayudó, no lo hará ahora».

—¡No, no, no! Mi *madre* no, mi *madre* no.

Mi progenitora intenta sonreírme para ocultar su miedo. La conozco.

—Mírate, cielo, nunca te he visto tan guapa. Estás preciosa.

«¿Te acuerdas de cuando te obligó a comer durante meses? Solo te hundió más». Sigo con la mirada fija en la puerta, escuchando murmullos que cada vez van siendo más cercanos. Mi amiga se coloca al lado de mi madre y apoya las manos en sus hombros, con los ojos muy abiertos. Mauro tiene el teléfono en la oreja y Felipe se queda al lado de mi padre.

«Van a llamar para encerrarte de nuevo».

—¡No, no, no! —Niego con la cabeza. No quiero. Otra vez no. «Reacciona, que te van a llevar».

Una vez más, me dejo llevar por esa voz. Miro a cada uno, extendiendo el brazo, clavando la punta del cristal en mi piel.

—Suelta el puto teléfono, Mauro. ¡Ahora! No me vais a llevar de nuevo a ese sitio, no me vais a encerrar —chillo, fuera de mí, presionando más el cristal—. Mauro, joder, apaga el teléfono.

Mi amigo asiente y lanza el móvil sobre la cama.

—Puedes hablar —dice, mientras observo a todos.

—Hey Val. ¿Qué haces, cariño?

Cuando escucho su voz, me quiero morir. Aprieto los labios con fuerza, mis ojos se nublan. Los cierro, y su rostro aparece en mi mente, con su sonrisa perfecta. Siento su mano sobre la mía, como

si estuviera aquí ahora mismo. Abro los dedos uno a uno, dejando que el cristal caiga al suelo.

¿Por qué me calma tanto? Las *voz* en mi cabeza desaparece cuando escucho la suya. Únicamente lo oigo a él, repitiendo dónde están cada una de mis flores. Como si la paz, esa que nunca he tenido, apareciera de repente.

—Gabriel...

—Sí.

—Tengo ganas de desaparecer.

—Vaya... Pues ya somos dos. ¿Qué tal si desaparecemos juntos? Necesito unas vacaciones. Mi madre me tiene hasta los huevos. —Sonrío—. ¿Entonces me esperas?

—S... sí. —Me siento en el suelo—. Tengo frío.

—¿Te parece bien si Mauro, Estefi y tu madre te ayudan a darte una ducha mientras llego?

Asiento. Todo el cansancio me invade de golpe. Me desmorono, abrazando mis piernas. Solo quiero escucharlo. Nada más.

CAPÍTULO 31

Felipe

Diez minutos antes…

—¿Qué pasa en esta casa? —grita Mauro dando un portazo.

—Hoy van a volar chanclas por aquí… Qué manía de dar portazos —refunfuña mi madre apareciendo por el pasillo, con la mano en la cintura. Lo mira con ganas de matarlo.

—Me echabas de menos, eso es seguro. ¿Dónde está la zorra de tu hija? —suelta este, en el mismo momento en que veo una chancla pasando a centímetros de su rostro, la cual esquiva, no sé cómo—. ¡Uy, joder! Por poco me mata. —Suelta una carcajada.

Mi madre mueve la cabeza dándolo por perdido.

—¿Llamas tú a Val? —pregunto—. No contesta. —Él deja una sonrisa pícara en su rostro—. Su madre nos ha visto en mi cama juntos.

—Estás cavando tu propia tumba… —agrega y frunzo el ceño.

Antes hemos pasado una tarde bastante entretenida. Valkiria ha estado a mi lado todo el tiempo, sentada en mi regazo, hasta que empezó a llegar gente y me dio mucho apuro. La quisiera pegada a mí si pudiera las veinticuatro horas del día. Pero no ha podido ser así, ya que algunas de esas personas eran conocidos y saben que me voy a casar. Mi madre se lo contó a todo el mundo. Llegó cierto momento en que ya dejé de beber porque alguien tenía que cuidar a esos tres descerebrados. Entre los cuatro nos bebimos una botella

de *whisky*. De la nada, decidimos irnos a duchar para regresar más tarde.

Terminamos de arreglarnos. Mi hermana parece que va a una boda: con un vestido corto rosa pegado a su cuerpo, una chaqueta vaquera, los labios pintados de rojo y el cabello suelto.

—Estefanía, Mauro, ¿estáis aquí? —pregunta una voz masculina, ahogada, y dando golpes en la puerta.

Mi hermana camina en dirección a la misma; al abrir, vemos al padre de Val, con los ojos muy abiertos y su rostro desencajado. Mauro, al verlo, se acerca corriendo; parecen saber lo que pasa. Y pienso en ella.

—No sé qué le ha sucedido. Tiene sangre, mucha. —Sus palabras provocan que yo sienta que mi corazón se ha parado por lo menos por un segundo.

Sin pensar, camino hasta ellos. El rostro de su padre es de auténtico terror, y un miedo que no intenta ocultar. Eso solo hace que el pánico crezca dentro de mí.

—¿Ha… habéis llamado a la ambulancia? —pregunta mi hermana.

—No, nos amenazó con cortarse las muñecas. —Su mirada está perdida. Pasa la mano por su rostro.

Sus palabras me hacen agarrarme de la puerta. En mi cabeza solo puedo imaginar cosas feas. No quiero pensar en ello, pero mi mente no me deja en paz, por el simple hecho de ser yo el responsable de todo esto. Mi respiración se acelera y mi interior duele.

Sin decir nada, salimos, menos Mauro, que se queda atrás, buscando su móvil en sus bolsillos, mientras mi hermana y el padre de mi chica van casi corriendo.

—¡Mauro, joder! —grita mi hermana.

—Esperad un momento, que os alcanzo. —Camino a toda prisa; Mauro también viene y se coloca a mi lado, murmurando «coge el teléfono, coge el teléfono».

—¡Gracias a Dios! —suelta él, con sus manos temblorosas—. Escúchame, no sé muy bien lo que ha pasado, pero tienes que hablar con ella, está en medio de una crisis, amenazó a sus padres con cortarse. —Se queda en silencio unos escasos segundos—. Gabriel, escucha, déjame hablar. A nosotros no nos va a escuchar. Por favor, inténtalo tú —implora.

Mauro asiente y nos encaminamos hacia dentro. Al poner un pie en la puerta de su casa, los gritos de Valkiria, sus amenazas, me rompen por completo. Está llorando, desesperada, y dice cosas sin sentido. Ninguno es capaz de dar unos pasos más. Mi hermana está asustada, como si estuviera en otro mundo. Mauro aún continúa con el móvil, lo aparta de su oído y puedo escuchar algo que pregunta ese gilipollas. Si no fuera por la situación, le quitaría el móvil, le diría cuatro cosas y colgaría la llamada.

—Prueba por lo menos, Gabriel. —El chico casi le está suplicando. Estoy yo aquí, ¿por qué cojones tienes que llamarlo? Yo podría intentarlo perfectamente. No me ha tenido en cuenta para nada. Eso hace que me cabree aún más.

Cuando pasa a mi lado, lo agarro del brazo.

—¿Qué?

—¿Por qué cojones él? No son nada. Nada. ¡Joder! —Aprieto su brazo y con el otro cierro mi mano en un puño.

—Igual que tú. Ahora suéltame —gruñe con cara de pocos amigos. En ese instante, todos aparecemos en la puerta de su habitación.

***

Me contengo para no caerme, apoyando una mano en la pared. Ella aprieta con fuerza un trozo de cristal y goterones de sangre resbalan por sus dedos, al igual que por su muslo izquierdo. Su rostro parece no sentir ni una pizca de dolor. Me quedo paralizado. La visión frente a mí es más perturbadora de lo que jamás pude imaginar. ¿Cómo he podido estar tan ciego? He estado tan obsesionado con la idea de estar con ella, con la ilusión de ser su

apoyo… Después de haberle roto hasta el último rincón del corazón y del alma, no me di cuenta de lo mal que estaba. Pensé que acostándome con ella podría remendar lo que hice. Pensé que, si me quedaba, si aguantaba su rabia, su silencio, su tristeza, ella me dejaría ser quien la salvara limpiando así mi conciencia.

Pero no. No fui yo.

Lo hizo él. Y lo más jodido es que ni siquiera está aquí presente ahora mismo.

En cuanto escucha su voz al otro lado del teléfono, todo en ella cambia. Su expresión se suaviza, su tensión desaparece, sus ojos ya no gritan «ayúdame», sino que muestran alivio. Y siento que me da algo. Como si me estrujaran el pecho. Me siento un gilipollas. Un completo idiota sin saber qué hacer. Lo único que hago es mirar, con los labios apretados, tragándome las ganas de entrar allí y llevármela. Quiero acercarme, decirle *lo siento* y que seguiré aquí hasta que ella me diga lo contrario. No vi más allá de mis ganas de querer enmendar mi error. Pero no, lo hizo él. Y yo estoy aquí, escuchando sus palabras de tranquilidad y de cariño. A través de un móvil hace más que yo. Debido a *él* es que ha soltado el trozo de cristal que tenía en la mano.

Y sí, necesito, *necesito* mucho que me quiera —o por lo menos que me vea—, como lo hace con él.

CAPÍTULO 32

Valkiria

Escucho voces. Pero esa que me atormenta no se encuentra entre ellas. Está mi madre, Mauro y Estefi en el baño conmigo. Después de toda la adrenalina, ni mi cuerpo ni mi mente son capaces de reaccionar a nada de lo que dicen mientras el agua caliente cae sobre mis hombros. La angustia de mi pecho aún está ahí. Estoy con los ojos cerrados y la cabeza baja, sentada en un pequeño taburete de cuando era una niña. Miro el corte de mi pierna, igual que el de mi mano, y no siento dolor. Ahora mismo tengo vendajes de color blanco, manchados de rojo. Siento como si todo mi cuerpo estuviera anestesiado de alguna manera. Mi madre coloca su mano en mi rostro, haciendo que levante la cabeza para darme una caricia; sin embargo, no la puedo ver con claridad. Cuando corta el agua, parpadeo un par de veces. Los veo observarme; no puedo descifrar el semblante de cada uno. Mi mente no quiere trabajar ahora mismo.

—¿Puedes caminar? —pregunta mi madre. No contesto. Doy un paso hacia adelante para salir.

Al llegar a su habitación, me siento en el borde del colchón, aun con la mirada fija en el suelo. Mauro se acerca con un par de pastillas en la palma de su mano y me las ofrece. Me niego. No me van a drogar otra vez.

—Es para el dolor nena, te lo prometo… —Mi amiga me entrega un vaso de agua. Casi no tengo fuerza.

Entre los tres, me vuelven a curar la pierna. Cuando esté bien, tendré que volver a tatuarme. Va a quedar una línea muy fea. En mi mano, al echar Cristalmina, siento alguna que otra punzada; cierro un poco los ojos por la molestia. Pensé que el corte había sido demasiado profundo, pero no. No creo que necesite puntos. Ambas heridas están vendadas y me visto con ayuda. Tengo frío, mucho frío. Me coloco una sudadera negra. Su dobladillo me llega hasta la mitad de los muslos.

Me acuesto en la cama de mi madre de espaldas a ellos. Ella me tapa con una manta, sin dejar de acariciarme. Siento la presencia de los tres viéndome constantemente. El tiempo que me quedo ahí son apenas unos minutos, cuando escucho a mi amigo hablar por teléfono.

—Hay alguien que quiere saludarte —comenta Mauro, provocando que abra mis ojos de repente, llenos de lágrimas.

Mi corazón va demasiado rápido cuando me encamino por el pasillo. Antes de llegar, me cruzo con mi padre, que me besa en la frente, y con Felipe. Este último está serio, casi podría decir que enfadado. No le digo nada, tampoco a mi padre. Al salir… lo veo apoyado en su coche, junto a la puerta del copiloto, con las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero. Me detengo unos segundos mientras suelto todo el aire que había estado conteniendo. Luego aparece en él esa sonrisa que tranquiliza a mi demonio.

Gabriel da dos pasos hacia mí, y mi única reacción es correr hacia él y saltar a sus brazos. Coloca las manos en mis muslos y yo rodeo mis piernas en su cintura, igual que mis brazos por su cuello. Me envuelve en un abrazo tan cálido que lo único que puedo hacer es sollozar, en el mismo instante en que su mano llega hasta mi nuca.

—¿Todo bien? —me susurra al oído. Solo asiento.

Ahora sí… Estoy verdaderamente bien. Porque cuando encuentras a alguien que te hace sentir libre o que se convierte en esa pequeña luz en medio de tu oscuridad, esa que quiere guiarte hacia lo que tanto has deseado, pero no has podido alcanzar sola, te sientes feliz. Porque es *luz*. Tu *luz*. Mi *luz*. Y eso me asusta, no soy así desde hace

mucho tiempo. Apenas puedo serlo con *él*. Pero, aun así, quiero este mismo abrazo después de un mal día.

CAPÍTULO 33

Gabriel

¿Te quedarás a mi lado? ¿Me lo prometes? ¿Y si sales volando o te rompo cuando te toco? Quiero parar el tiempo, y si pasa ese momento… ¿Te perderé? Tengo miedo.

Butterfly by BTS.

Pareciera que el corazón se le va a salir del pecho; sus brazos tiemblan en mi cuello. Sus sollozos de miedo y también de dolor me desgarran por dentro. Solo el pensar en lo que me contó Mauro cuando me llamó me deja los vellos de punta.

—Ya está —la tranquilizo, dejando un beso en su cuello; segundos después me mira. Sus ojos están hinchados, tristes y oscuros—. ¿Quieres venir conmigo? —pregunto, mientras quito una de sus lágrimas, que bajan sin parar—. Venga, métete en el coche.

Se baja con cuidado. Al sentarse, estira una de sus piernas, supongo que será en la que se hizo el corte. Le ajusto el cinturón y observo su mano vendada. Me paro un momento para verla, coloco un mechón de su cabello mojado detrás de su oreja y la beso en su frente. Al cerrar la puerta, veo desde donde estoy que unas cuantas personas nos miran. Respiro profundo y me acerco a ellos. Mauro, Estefi, sus padres y el idiota de Felipe, que también está. ¿Qué cojones hace él aquí?

—Gracias —agradece la mujer de cabello castaño. Sus ojos rojos delatan lo mal que tiene que estar.

—Te presento a los padres de Val —habla Estefi—. Esther y Miguel. —Su padre me saluda con un apretón de mano, no muy convencido y luego la madre, con dos besos.

—Tiene veintitrés años. ¿Vas a dejarla ir con alguien que ni siquiera sabemos cómo se llama? —suelta su padre con desdén. Por un lado, lo entiendo. Soy un desconocido que llega, así, de la nada, y se va a llevar a su hija.

Su tono es serio; me sudan hasta las manos.

—Gabriel, ese es su nombre —contesta su mujer—. Y lo sé… Es un *desconocido* para nosotros. Pero para ella no —añade, colocando su mano en el hombro de él.

Se crea un silencio incómodo.

—¿Algo que debería saber? —pregunto, cuando Felipe da un paso más hacia mí. Su hermana lo sujeta del brazo. ¿Está furioso porque me la llevo? Dejo media sonrisa a propósito, para que sepa que me he dado cuenta de que está celoso.

—Le dimos dos pastillas para el dolor, seguramente se quedará frita —dice Mauro para aligerar el ambiente que, sin darme cuenta, se volvió insoportable.

—Si está durmiendo, iremos con mi madre. He salido sin decirle nada. Y eso no le hará mucha gracia. —Sonrío, observando de reojo a ese imbécil, que tiene las venas del cuello a punto de estallar.

—Te llamaremos mañana por la mañana —comenta su amiga.

Sin decir nada más, camino para salir, pero antes de que pueda llegar al portón, me paro en seco por las palabras de Felipe:

—Le tocas un pelo y te reviento la jodida cabeza —me amenaza.

Pues… tenemos las mismas ganas. No pierdo el tiempo en contestar. Estefi lo llama por su nombre y yo sigo mi camino hasta el coche. Entro y, efectivamente, está durmiendo. Abrazada a sí misma. Arruga su frente y hace un movimiento brusco con su mano vendada. Cierro los ojos por la punzada que recibe mi pecho.

«¿Por qué lo has hecho, nena?».

***

En dos horas llegamos a casa de mi madre, son casi las doce de la noche. Mi chica nórdica aún continúa en su sueño profundo. Pasé todo el camino pensando en ella. Intenté imaginarla unas cuantas veces en una crisis, cortándose. Sin embargo, no pude. No la veo así. Solo puedo ver a la chica que conocí hace meses atrás con una sonrisa radiante en su rostro. Cuando apago el motor, mi madre aparece, mirándome malamente. Odia que salga sin avisar. Ella no estaba en casa; apenas me coloqué las zapatillas de deporte y me fui sin decir nada. Al verla por el cristal de la ventanilla del copiloto, coloco el dedo índice en mis labios para pedir silencio. Salgo y rodeo el coche, llegando hasta ella. De primeras debería preguntarme dónde estaba, pero no, lo que hace es pegarme en el brazo. No puedo evitar sonreír.

—¡Madre! —exclamo mientras froto donde seguro quedará la marca de sus dedos—. Fue una urgencia. No podía dejarla —intento explicarle; sin embargo, no puedo apartar la vista de Val.

—Como si te quieres ir al infierno, pero avísame. —Sonríe, pegándome otra vez—. ¿Es ella?

—Sí, no está bien… —digo, pensando en si decirle la verdad o no.

—Llévala dentro.

Abro la puerta y la llamo por su nombre, intento que se despierte, sin éxito. No es por nada, pero coloco mi dedo cerca de su nariz para notar si de verdad respira. Segundos después, susurra algo que no puedo entender. Rodeo nuevamente sus brazos en mi cuello para ayudarla a levantarse. Protesta de dolor al apoyar su pierna en el suelo. Sin dudar, la cojo en brazos, y ella apoya su frente en el hueco de mi cuello. La llevo directamente a mi habitación. Mi madre ayuda a apartar las sábanas junto con la manta, delicadamente la coloco y mi madre la tapa hasta arriba. Me siento justo a su lado y paso mis manos por su rostro. Mi corazón se encoge. Está sufriendo. Y eso no me gusta nada. Querría poder quitarle cada dolor, cada sufrimiento suyo.

—Me quedaré con ella —digo.

—¿Es tu novia? No, ¿verdad? Tampoco tu mujer. Pues al sofá. —Giro mi rostro—. Tiene que descansar y seguro que no la dejas. —Tira de mi ropa para apartarme de ella.

—No creo que sepa dónde está cuando se despierte —comento, mientras mi madre me empuja para fuera—. Qué antigua eres —suelto, apretando mis labios para no reírme, fingiendo algún tipo de molestia.

—Cogeré una manta para ti. Si se despierta, pues vuelves con ella. Pero ahora, déjala. No necesita a nadie que la esté agobiando. Porque si eres con ella como eres conmigo, pobre chica.

Sonia se retira y yo me dejo caer en el sofá. Me inclino hacia delante, enterrando mis manos en mi cabello. Siento la manta caer en mi espalda, muevo la cabeza; seguido escucho cómo cierra la puerta de su habitación. Me tumbo, colocando mi antebrazo en mi frente. Vuelvo a recordar la desesperación de Mauro cuando me llamó. Coincidió con que había ido a la cocina en ese momento y escuché la vibración del móvil. Al principio no podía entenderlo bien. Hasta que mencionó su nombre. Mi cuerpo tembló de pies a cabeza. Empezó a contarme todo, pero solo me quedé con que se había cortado y la palabra «sangre». Por supuesto que no pensé más de dos veces en ir para allá. Jamás dejaría que se hiciera algo. Pero… lo que no entiendo es por qué me ha llamado a mí. No me lo quiso decir. Únicamente me dijo que fuera y que seguro se sentiría mejor al verme. Al escuchar sus gritos y llantos de fondo, me desesperé. Necesitaba hablar con Valkiria. Insistí en que me pasaran con ella cuando la oí gritarle a Mauro que colgara el teléfono. Ya estaba en el coche cuando escuché su voz. Aquella que contestaba no era mi chica, para nada. Y lo único que pensé fue en traerla conmigo.

CAPÍTULO 34
Valkiria

Gracias por permitirme ser quien soy, por darme alas, por permitirme volar y liberarme de la frustración.

Save Me by BTS.

Abro los ojos con dificultad por las punzadas en mi cabeza. Me duele todo el cuerpo, especialmente la pierna y la mano. Es como si me hubiera pasado un camión por encima. La habitación está a oscuras. Intento moverme, pero siento un brazo pesado rodeando mi cintura. Me giro levemente para apartarlo; sin embargo, no puedo. En lugar de soltarme, se aferra más a mí. Siento su respiración pausada en mi nuca. Podría reconocerlo en cualquier lugar del mundo. Ya no quiero alejarme. Me acomodo hasta quedar frente a él. Sus manos me sujetan del muslo y coloca mi pierna sobre la suya. Me atrae hacia él, hasta que mi pecho queda pegado al suyo. También acaricia mi espalda. No puedo verlo, pero sí sentir su mirada.

—¿Qué? —pregunto. Me besa la cabeza.

—¿Por qué? —inquiere en un susurro—. No puedes hacerlo Val. No lo hagas, por favor. —Me trae más junto a él, haciendo que nuestros cuerpos casi sean uno—. Prométemelo Val. ¡Joder! Hazlo.

«No lo hagas, sabes que no vas a poder cumplir esa promesa». ¡Maldita voz de mierda!

—No… No puedo. —Mi voz se corta.

—Dime qué hago… ¡Dime! Lo que quieras. ¿Tengo que estar pegado a ti las veinticuatro horas? Así será. Pero, no lo vuelvas a

hacer… No puedo soportar saber que te haces daño a ti misma. —Me muerde el hombro, con algo de fuerza. Me encojo por la molestia.

—Duele —protesto, arrugando mi frente, y Gabriel gruñe.

—Pues… —Hace una pausa—. Eso no es ni la mitad del dolor que he sentido cuando Mauro me llamó, Valkiria. —Enreda sus dedos en mi cabello, tirándolo hacia atrás para que lo mire. No sé si está enfadado o no. Su voz ronca me nubla los sentidos—. Conozco cada una de tus cicatrices o arañazos que tienes en tu cuerpo. No quiero descubrir nuevos, ni uno más Val. Ni uno.

«Miente, no le importas, porque mañana te dejará en tu casa e irá a follar a otras más guapas y delgadas que tú». Cierro mis ojos con fuerza, al mismo tiempo que mi corazón se acelera.

—¡Cállate! Por favor —me digo a mí misma, separándome de él. Golpeo mi frente con mi mano buena—. Vete, vete. —Mis ojos se llenan, provocando que me rompa una vez más.

Gabriel agarra mi mano y enciende la lámpara de una de las mesitas de noche.

—Hey… Tranquila. —Me abraza y siento como su corazón va tan rápido como el mío—. ¿Qué pasa?

—La voz, esa voz, que no deja de decirme que… —Coloco mis manos en mi rostro.

—¿Qué te dice esa voz?

—No importa… —contesto, limpiando mi mejilla—. ¿Crees que estoy loca?

—Sí importa, todo de ti me importa. Y lo de loca... Sé que estás así por mí. —Sonríe—. Cuando esa voz quiera empezar a decirte cosas… —Me besa la frente—. Llámame, y allí estaré. Como hoy. Lo dejaré todo Val, e iré.

¡No puedo con las cosas que me dice a veces! ¿De verdad siente eso? ¡Es imposible!

—Gabriel, no puedo hacerlo. No creo… —Respiro hondo—. No creo que pueda compartirte con nadie —digo por fin. Tengo que, de una vez, decir todo lo que él me provoca—. Porque ayer… —No sé explicar cómo me sentí cuando me habló o cuando me abrazó. Solo quería escucharlo. Que estuviera conmigo.

—No te dije en ningún momento que me vas a compartir, Valkiria. No pongas palabras en mi boca. —Se sienta en el borde de la cama —. Soy yo el primero que no quiere compartirte. Pero las cosas se hablan, no puedes encerrarte en ti misma. No soy adivino. Quiero que me hables, que me cuentes, que me preguntes todo lo que pasa por tu cabeza sobre nosotros. La última vez que nos vimos te dije todo lo que yo siento, pero ¿y tú? —Se levanta—. No has sido capaz de decirme una maldita palabra, ni siquiera si te gusta como follamos. No pido que me digas… que me amas, no, quiero que me *digas* que te gusta estar conmigo. Que quieres intentarlo por lo menos y que luego todo fluya. Pero no. *No* lo haces. *No* eres capaz de soltar una palabra.

Lo observo nervioso mientras camina de un lado a otro en la habitación. No sé qué contestarle. Es una puta locura, me conoce joder. Es capaz de ver lo que ni yo puedo en mí. ¿Quiero estar con él? ¿Y si luego encuentra a una mujer mejor que yo? No creo que pueda soportarlo. Podría con cualquier otro, hasta del mismo Felipe. Pero de Gabriel, no. Aún sin poder apartar los ojos de él, me desea buenas noches y sale de la habitación.

CAPÍTULO 35

Felipe

—¿Nadie puede abrir la puerta? —grito desde mi habitación. Joder, ¡qué dolor de cabeza! Y el timbre sigue sonando. ¿Dónde están todos? Me pregunto a mí mismo, levantándome con un ojo abierto y otro cerrado y peinándome con los dedos mi cabello. Antes de abrir, vuelvo a mirar el pasillo; hay un silencio absoluto. Cuando miro la hora, son las siete y cuarto de la mañana.

Abro y me quedo paralizado unos segundos, viendo como un cuerpo pequeño salta a mis brazos, haciendo que retroceda unos cuantos pasos hacia atrás. Empieza a besarme por todo el rostro, dejando su bolso caer en el suelo al pegar sus labios con los míos. Me quedo aturdido porque aún no estoy despierto por completo, y también por verla. Aún no sé si corresponder al beso o no, hasta que abro los ojos de golpe. ¡No puede ser verdad!

—*Hello baby!* —dice sobre mi boca. Rodeo con uno de mis brazos su cintura. Correspondo al final; sin embargo, lo hago por instinto.

—Zoe ¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendido, a punto de darme un infarto.

Ella me observa, pasando sus nudillos por mis mejillas.

—Te echaba de menos. Y quise darte una sorpresa, con la ayuda de tu madre. —¿Qué? ¿Mi madre sabía que iba a venir? Es la primera vez que pienso en matarla.

—No puedo creer que estés aquí. —Continúo flipando. Estoy acojonado, ya que, si no hubiese sucedido nada de lo que pasó ayer,

ahora mismo Val estaría en mi cama. Y todo se hubiera ido a la mierda. ¡Mierda! ¿Cómo estará?

He podido dormir ya a las tantas de la madrugada. La imagen de ella en la habitación no abandonaba mi cabeza. Tampoco el cómo abrazaba a Gabriel. ¡No me jodas, Zoe! Ahora no. ¡Estoy jodido! Minutos más tarde, aparece mi madre junto a mi hermana, que me mira con mala cara. Intenta decirme algo, pero en este momento, estoy que no entiendo nada. Zoe gira su cuello mirando hacia donde yo tengo la vista fija, bajándose de mis brazos. Mi madre la llama por su nombre y las dos se saludan con un abrazo apretado. Mi hermana sigue su camino hacia el interior, pasando a mi lado. Me imagino de dónde vienen, casi seguro que de la casa de Mauro o de la madre de Valkiria. Abro la boca para preguntarle, pero ella niega con la cabeza. Mi prometida y mi madre entran abrazadas por la cintura, charlando entre ellas.

Hundo mis dedos en mi pelo, tirando un poco de ellos. Estoy cabreado, agobiado. ¡No me jodas! Cojo la maleta de Zoe, que ha dejado en el otro lado de la puerta, y la llevo a mi habitación. Una vez más, miro de un lado a otro, sin poder creérmelo. Voy junto a ellas a la cocina. Antes de llegar, el olor a café invade el ambiente mientras Zoe y mi hermana están sentadas en la mesa. Me acerco a mi... ¿futura mujer?, que me dedica una sonrisa. Estefi está flipando como yo, no ha dicho una palabra, ¡Dios mío! Se caen tan mal.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —pregunta mi madre, mirándome —. Me llamó a principios de semana, diciendo que quería venir sin que lo supieras.

—Mucho mamá, mucho —contesto besándole el cabello, y mi hermana aprieta los labios para no reírse, será hija de puta—. Estefanía, ¿podemos hablar un momento? —le digo a mi hermana, que se levanta a toda prisa y va a su habitación. Cierra la puerta en cuanto yo entro—. ¿Lo sabías?

—Qué voy a saber… ¡Madre mía, Felipe! Espero que no diga de quedarse en mi casa —susurra con desprecio.

—No creo. Seguramente se irá a un hotel. Y eso quiere decir… —No termino.

—Que tendrás que ir también —termina por mí. Luego empieza a descojonarse y no me hace ni puñetera gracia.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo se encuentra Val?

—¿En serio estás preguntando por otra tía teniendo ahí afuera a tu novia? —No puedo evitarlo. Quiero saber cómo está, quiero verla —. ¡Se te está yendo de las manos!

—¡Mierda, mierda! —exclamo dando vueltas de un lado a otro—. No podré hacerlo. Cuando la vea… —Bufo—. No poder acercarme a ella, ni tocarla ni nada. Me voy a volver loco.

Mi cuerpo se encoge, solo de pensarlo. ¿Cómo reaccionará al verme con ella? Tampoco tendría que importarle mucho, ya que me dejó ayer para irse con otro. De pronto escucho un «clic», que me hace salir mis pensamientos.

—Mira tu cara de desquiciado —habla mi hermana enseñándome la foto. Se ríe, y la empujo. Pero es así.

—Se ha ido con otro, en mi puta cara, Estefanía. —Paso mis manos por mi rostro.

—Felipe… Por Dios. ¡Céntrate! —Se acerca a mí y me agarra de los brazos, mirándome fijamente—. Tienes ahí a tu mujer, *mu-jer,* ¿y estás pensando en una tía que no es nada tuyo?, ¿que ahora mismo está con otro? ¿En serio? ¡Sois todos unos hijos de puta! Olvídate de Val. No sé cómo te has encaprichado de ella ahora. —¿Encaprichado? Esta idiota que está diciendo—. Ya verás cómo en unos días se te pasa. —Eso es lo peor, que no creo que se me pase —. Qué más da si está con otro. Tú también. —Señala con el dedo hacia la puerta, donde ella está al otro lado con mi madre.

¿Se me pasará? Sí, ¿verdad? Cuando Zoe se tiró a mis brazos, cuando me vio, te juro que deseé que fuera Valkiria. Necesito saber cómo está, escuchar su voz. Ayer cuando vi la forma en que abrazaba a aquel cabrón, me dieron ganas de ir y sacarla de sus brazos. Llevármela lejos.

Fue una de las peores sensaciones que he tenido en mi vida. Como si me estuvieran estrujando el corazón.

—Estás como una puta cabra. Ten cuidado. Venga, vamos.

Suelto todo el aire de mi pecho, volviendo a donde están Zoe y mi madre. Me siento a su lado, mientras ella me observa con amor. Me siento verdaderamente mal. ¿Cuándo ha sucedido que ya no la pueda mirar de la misma manera? Si hace apenas unos días, ella… era… *era* todo. En cambio, ahora me incomoda hasta que me coja de la mano, como lo está haciendo en este momento.

CAPÍTULO 36

Valkiria

No he podido pegar ojo en lo que quedó de la noche. Ya estaba amaneciendo cuando pude hacerlo, sin dejar de pensar en mi conversación con Gabriel. Salió enfadado y lo he visto cerrar la puerta de la habitación. Intento quedarme unos minutos más, pero no puedo. Mis piernas hormiguean, igual que mis pies. Me incorporo con cuidado al sentir una pequeña molestia de dolor en mi muslo. Respiro hondo, con la cabeza a punto de estallar. Tantas cosas pasaron en las últimas horas… Estoy tan confusa y frustrada que no sé por dónde tirar. Observo mis zapatos en una esquina de esta habitación de cortinas azul marino, del mismo color que la colcha que cubre la cama. Camino hacia la salida y me detengo a apenas algunos metros de la puerta, fijándome en la estantería, donde hay fotos de cuando era un niño. Tendría que estar prohibido ser tan guapo desde pequeño, con esa sonrisa que no ha cambiado ni un poco. Está junto a sus padres; se parecen mucho. Tiene los ojos de su padre y la sonrisa de su madre. Muevo la cabeza por la ternura que me transmite el momento. ¿Unos quince años tendría ahí?

Abandono la habitación. Hay demasiado silencio en el pasillo. De pronto escucho ruidos, ¿de cristales?, ¿platos?, ¿vasos? Sigo el sonido hasta que encuentro a una mujer de espaldas, secando dichas cosas. ¿Y Gabriel? ¿En serio que no está y me ha dejado sola? ¡Lo voy a matar!

—¡Joder, niña! —exclama saltando del susto cuando me ve parada en la entrada, como una idiota.

—Perdón, no quería asustarla. He llamado a Gabriel, pero no me contestó nadie —miento.

¡Se parecen mucho! También es muy joven y guapa. Su cabello negro está en una coleta alta, tiene puesto un chándal negro y unas zapatillas de casa. El ambiente es verdaderamente incómodo. Soy una extraña aquí.

—¿Café? —pregunta y asiento de los mismos nervios—. Siéntate mientras te curo la mano —dice, apuntando hacia un maletín blanco que está sobre la encimera. Me coloca la taza con el líquido negro, junto con un cartón de leche al lado, azúcar, sacarina, galletas y pan. ¡Vamos! Para diez personas.

—¿Y Gabriel? —quiero saber, y ella sonríe, señalando para que me siente.

—Se fue a correr. Le gusta mucho ejercitarse por las mañanas. —Arrastra otra silla a mi lado, con lo necesario para curarme—. ¿Has podido descansar? —Muevo la cabeza afirmando, a la vez que empieza a quitarme la venda—. Me llamo Sonia, encantada Valkiria.

—Igualmente, y perdóneme por invadir su casa. No sabía que íbamos…

—No pasa nada… —Me interrumpe y me observa. Mis manos tiemblan tanto que seguro lo nota—. No hagas mucho caso a mi hijo. Se ha vuelto… —Hace una pausa—. Es demasiado protector desde la muerte de su padre. Algo agobiante, también puedo añadir. No quería escuchar vuestra conversación de esta madrugada… —Quiero morirme ahora mismo—. Habla muy alto cuando se altera. Solo quiere ayudarte —concluye.

¿Le habrá dicho algo? ¿Sobre nosotros? O qué mierda le habrá contado.

—Es la primera vez que lo veo así —digo, refiriéndome a su enfado—. Me echa Cristalmina en la herida y a continuación, comienza a vendarme la mano.

—¿Os conocisteis en la universidad?

¿Perdón?

—O en el trabajo… ¿También eres asistente social?

Escupo todo el café que acabo de llevarme a la boca. ¿En serio le ha dicho a esta pobre mujer que ha terminado la universidad y está trabajando de lo suyo? ¡La madre que lo parió! Me levanto de golpe para coger un trapo del fregadero, aún con la venda a medio terminar.

—Bueno… En el trabajo sí —comento, sin poder mirarla para no reírme o decir algo que no debo.

Paso el trapo por todo el desastre que acabo de hacer.

—Tranquila, vamos a terminar con esto primero —señala mi mano.

Vuelvo a sentarme justo cuando escuchamos unos pasos rápidos. Entonces aparece él. Si no estuviera sentada, me habría caído.

Su rostro chorreando en sudor, los auriculares puestos, un pantalón gris y una sudadera a juego con la capucha puesta sobre su cabeza... Su pecho sube y baja mientras estira los brazos y las piernas. No puedo apartar la mirada. Es un puñetero dios griego que no deja de mirarnos. Qué cabronazo… Curva la comisura de los labios con su típica sonrisa rompe bragas, haciéndome perderme por unos segundos en demasiadas cochinadas.

—¡Buenos días, mis chicas! —nos saluda, con un beso en la mejilla a su madre y, a mí, en la frente—. ¿Todo bien?

Coge mi taza y frunce el ceño tras darle un sorbo a mi café.

—Sonia, ¿nos puedes dejar un momento? —pide a su madre.

—Va a ser que no… —contesta—. Además, si ya luego me lo contarás. Porque, por si no sabes… —Me mira—. Me cuenta todo. Se lo tengo que sonsacar a veces, pero lo hace. —Se levanta de la silla después de colocar un trozo de cinta en mi mano.

¡Mentiroso!

—Ah, ¿sí? —Dirijo la vista hacia él—. ¿Cómo le has dicho a tu madre que nos conocimos?

Gabriel, si pudiera salir corriendo ahora mismo, lo haría.

—¿En la universidad? ¿En ese trabajo tuyo de… asistente social? —Abre los ojos tanto que casi se le salen de las órbitas—. Cuéntale cómo nos conocimos.

Tengo unas ganas locas de reírme, pero me contengo. No le voy a decir nada… Aunque estoy molesta desde anoche. ¡Ahora la mentirosa yo! Es imposible estar enfadada con él.

Se sienta a mi lado, aprieta mi pierna y me pregunta al oído si estoy bien. Respondo con un sí muy bajito. Su madre coloca un vaso de café y un plato con dos magdalenas ya abiertas. Solo tiene que comérselas. ¡Qué vago es! Me ofrece una, pero niego con la cabeza; no me gustan mucho.

De la nada, comienzan a discutir. Sonia insiste en que Gabriel ya puede irse a su casa, que la deje en paz y que no quiere verlo hasta dentro de un mes. Se pican en cada palabra, pero es tierno verlos así. Me muero de amor. Mientras él come, con su madre gritándole desde algún lugar de la casa, ella aparece con su ropa perfectamente planchada y doblada, lista para la semana. Lo miro mal, fingiendo una molestia que no tengo.

—Yo no le pedí nada —se excusa con una sonrisa.

—Serás… —Su madre le da un golpe en el brazo.

Me encanta el buen rollo que tienen.

Terminamos y Gabriel se va directamente a la ducha, pero antes prácticamente me obliga a llamar a mi madre, aunque sea solo para decirle que estoy bien. Y lo hago. Digo lo que me ha pedido y ya, rápido, sin emoción ninguna. La conversación no dura ni treinta segundos. Hubo un silencio incómodo porque ninguna supo qué decir. Justo cuando cuelgo, se corta el agua. Gabriel aparece en la puerta, con una toalla enrollada en la cintura y el ceño fruncido. Está tan guapo así…

—¿Ya has hablado con tu madre? —pregunta desde el interior.

—Sí. —No le gusta mi respuesta.

—Val, no habéis hablado ni un minuto.

—Ya… —Desvío la vista de la pantalla—. ¿Me estás vigilando hasta en eso?

—¿Ya? —Da un paso más, manteniendo la distancia—. Valkiria… Es tu madre. —Su tono es ahora serio—. ¡Dios! No puedo más con esto. —Pasa los dedos por su cabello, irritado—. ¿Crees que no está mal? ¿Cómo puedes ser así? Fría, como si todos te importaran una mierda —suelta. Ahí está. Sé que sus palabras van a doler, pero tiene razón. Es como si no sintiera nada, como si estuviera completamente vacía de cualquier sentimiento—. Lo que hiciste ayer… —Cierra los ojos, buscando las palabras correctas—. No es solo para que le digas si estás bien o no… Que su hija… —Otra pausa, me está poniendo de los nervios.

—¿Que su hija qué? —Elevo el tono—. ¿Que está loca? ¿Rota? ¿Que no tiene un puto sentimiento aquí? —Me señalo el pecho—. Dilo, Gabriel.

Ahora soy yo quien se acerca a él.

—Que su hija ha hecho cosas que no debió hacer. No voy a decirlo, pero tú sabes lo que intentaste anoche, Valkiria.

¿Que intenté suicidarme? ¿Que los amenacé? Siento una punzada de dolor. Pero lo peor de todo es que…, ¿por qué no me arrepiento? Y eso me destroza aún más.

—Gabriel, por…

—No Val, no. —Intento decir algo, pero me corta. Está enfadado. Las venas de sus brazos resaltan por la tensión—. ¡Joder! ¿Sabes lo que sentí cuando Mauro me llamó? —Sus palabras me hacen tragar saliva con fuerza—. No tienes ni puñetera idea, Valkiria. No. La. Tienes. —Pasa las manos por su rostro—. Yo soy una mierda para ti.

—¿Qué?

—¿Has pensado en cómo está ella? —Me interrumpe otra vez. No quiero escuchar más. ¡Que se calle!

—¿Pero a ti qué te pasa? —grito. No quería subir el tono de mi voz, pero… tiene toda la maldita razón.

—¡Que hables, hostias! ¡Que parece que te da todo igual!

—¿A qué viene eso ahora? Todo este reproche. Eso es cosa nuestra, de mi madre y mía. ¿Te digo yo cómo tienes que estar con la tuya? ¡No me meto en cómo le mientes! —suelto sin pensar. Mis ojos se nublan y mis propias palabras duelen en lo más hondo de mi corazón.

—¡No sigas! —exclama entre dientes—. No estamos hablando de mí, estamos hablando de cómo te estás destruyendo a ti misma. A tus padres, a tus amigos, a mí. Eso es lo que estás haciendo.

¡Que se calle ya, joder! No quiero que me siga recordando en lo que me estoy convirtiendo… En lo que ya me he convertido.

—Me estás recriminando algo que tú también haces. Esa pobre mujer piensa que has terminado los estudios y trabajas de asistente social.

—Valkiria…

—¿Qué? —digo alterada, incorporándome.

—Eso es entre ella y yo.

Suelto una carcajada sarcástica.

—Pues lo mismo sucede conmigo y mi madre. No me digas a mí nada si estás haciendo tú lo mismo. No quiero hablar con ella y punto. No me reproches absolutamente nada, ni una sola cosa, Gabriel. ¿Por qué no le dices la verdad a la tuya? Venga… Dime. — No contesta. Aprieta los puños con fuerza, tanta que puedo notar cómo se vuelven blancos. Seguido resopla, dándome la espalda.

—¿Qué quieres que le diga? —Se vuelve hacia mí—. Oh madre, te he mentido, no soy asistente social, soy un puto de lujo. Las mujeres me pagan para follar. ¡No me jodas Valkiria!

—¡Pues déjame en paz! —chillo alterada—. Deja de llamarme, de seguirme, de estar preguntando si estoy bien o mal. ¡Solo déjame de una puta vez! —Que no diga que sí, por favor, que no diga que va a dejarme. Limpio las lágrimas que bajan por mis mejillas—. Déjame hacer todo lo que yo quiera… Y ya ninguno tendrá ningún tipo de

problema. Puedes vivir en paz, con tus clientas, sin preocuparte por mí. Vive tu vida, como lo hacías antes de conocerme. ¡Y ya está! Si me quiero destruir yo sola… déjame hacerlo.

Nunca he visto en él una mirada de rabia hacia mí. Todo lo que acaba de salir por mi boca despierta a un Gabriel que nunca había conocido. Y ahora está aquí, delante de mí. Cierra los ojos por unos segundos; su respiración es tan descontrolada como la mía. Abre y cierra las manos, conteniéndose de algo de lo que puede arrepentirse después. Se acerca con una decisión que jamás había tenido antes, quedando a pocos centímetros de mi rostro. Sus ojos me contemplan con tanta intensidad que casi no puedo respirar.

—En tu puta vida, Valkiria. En tu maldita vida vas a obtener eso de mí. Puedes gritar, chillar, patalear o lo que quieras. Pero no me pidas que te deje en paz. Eso no va a pasar. Por mis cojones… No vas a alejarme de ti. Y por mis huevos, no vas a seguir así… Si debo tenerte atada en la jodida X hasta que entres en razón, así lo haré. Pero no te voy a dejar. Ni tú me vas a dejar a mí —termina enojado.

Los dos estábamos demasiado alterados para darnos cuenta de una mano apoyada en el marco de la puerta. Sonia. ¡Mierda! Mi vista queda fija en esos dedos temblorosos. Gabriel sigue mis ojos y ve lo mismo que yo. Bufa acercándose. Ella abre por completo la puerta de golpe; ambos se observan. El rostro de su madre refleja decepción. Gabriel abre la boca para decir algo, pero simplemente no puede. Seguido, ella desaparece.

Estoy abrumada por la situación, creo que me siento tan nerviosa como él. El único movimiento que veo que realiza es un golpe que deja en la puerta de madera, entre murmullos. Vuelve al baño, dejándome completamente en *shock*, sin aire, sin palabras. Creo que hasta mi corazón ha dejado de latir.

CAPÍTULO 37

Gabriel

Después de nuestra discusión y que mi madre haya escuchado todo así, fui a vestirme. Al regresar, Valkiria se había quedado dormida. Estoy tan enfadado con ella y conmigo mismo, que ni siquiera me paro para verla y voy directamente a buscar a mi madre. No creo que esté preparado para tener esa conversación, pero ya no puedo evitarla. Llevo mintiéndole desde hace años. Nunca le dije la verdad para que no se sintiera decepcionada luego de haber trabajado tanto para pagarme la carrera. Mi padre tiene que estar removiéndose en su tumba de la vergüenza y del disgusto. Busco a mi madre por toda la casa y no la encuentro; no la llamo por su nombre, ya que es bien capaz de escucharme e irse a casa de su amiga. Cuando por fin la veo, está sentada en un banco, al lado del pequeño jardín que hemos hecho juntos. Resoplo sin saber cómo empezar a hablarle. ¿Qué te digo? ¿Cómo le explico todo? Me giro hacia la puerta, queriendo posponer lo inevitable, pero no puedo dejarla así. Algún día se iba a enterar, aunque no quería que fuera de esa manera.

Me acerco a ella, quedándome unos segundos a mitad de camino, buscando las palabras correctas. Sin decir absolutamente nada, lo único que hago es sentarme en el césped, junto a ella. Como un cobarde, no tengo el valor suficiente de mirarla a los ojos. Ninguno de los dos dice nada por un buen rato. Se me está haciendo insoportable tenerla de esta manera a mi lado.

—No puedes tratarla así, Gabriel. —Es lo que me dice, provocando que me sienta peor de lo que ya estoy.

—Madre…

—Déjame hablar —me corta—. Desde que tienes uso de razón, tanto tu padre como yo te dimos la total libertad de decirnos la verdad en todo. —Sus palabras me apuñalan—. Me da igual lo que hagas con tu cuerpo. Como si quieres cortártela. —Estoy a punto de sonreír, pero no lo hago, ya que mi madre me observa con ganas de matarme—. Lo que más me duele es que no me lo hayas dicho. Me enfadaría en el momento, claro que sí. Porque no es eso lo que quiero para mi hijo. Podías ser lo que quisieras, cuando hubieras terminado tus estudios.

Jamás creí que tendríamos esta charla, por más que pensé en decirle la verdad alguna vez, no iba a ser esto que soy ahora para siempre. Algún día iba a cambiar de afición y esta versión quedaría en el pasado, sintiéndose luego ella orgullosa de su hijo, como ha estado toda la vida. Por un lado, me siento aliviado por saber que no tengo ningún tipo de secreto ya con ella. Sin embargo, ese semblante de decepción es lo que nunca quería ver.

—No puedo justificarme madre, solo puedo pedirte perdón. Lo siento mucho por no ser ese hijo perfecto que imaginabas que era. De verdad… *Lo siento* —repito con toda la sinceridad que he podido tener.

Ella no responde. Se levanta en silencio y se marcha. Cierro los ojos, dolido y cabreado conmigo mismo. No quiero que se crea una distancia entre nosotros. Pasados unos instantes, entro en la casa, donde veo a las dos mujeres de mi vida hablando en la cocina. Ambas me miran, igual que yo a ellas, con demasiada angustia en mi pecho. Mi madre se despide de Valkiria con un beso y un abrazo y, a continuación, se va pasando por mi lado. Quiero darle su espacio, pero no puedo. Agarro su brazo para que se detenga. Con sus ojos llenos de lágrimas, me deja una pequeña sonrisa y acaricia mi mejilla. Verla triste es la peor sensación del mundo para mí.

—Te quiero. —Esas son sus palabras—. Y ve con cuidado. —Se despide mientras tengo el corazón latiendo demasiado deprisa.

***

El camino lo hacemos en silencio. Es tan insoportable que tengo que encender la radio. En el momento en que suena *5 y 3* de Pedro Capó, en la primera estrofa de la canción, la observo de reojo y veo cómo las lágrimas bajan por sus mejillas. Eso es matarme. Saber que llora por algo o incluso por mí, me revienta por dentro. No puedo verla derramar ni una sola lágrima. Tengo la cabeza hecha un caos y estoy tan cabreado, o lo estaba, que tenía que decirle todo. Por su bien y por el mío. Me estoy volviendo completamente loco. Hasta he sido maleducado con Mauro cuando me llamó para preguntar por su amiga y si podía verla un momento, y yo no soy así. Sin embargo, ella es capaz de sacar lo peor y lo mejor de mí.

Llegamos delante de mi edificio. Ya nos esperaban Mauro, Estefanía… y el gilipollas de Felipe, con otra chica. Fui a aparcar en el garaje y, al regresar, no pude ser capaz de saludar a ninguno al ver el cambio de expresión de Val cuando Felipe presenta a la mujer que está a su lado. Eso termina de rematar mi día, que no ha empezado nada bien. No dejan de observarse y Valkiria sigue con la mirada cada movimiento que hace ella con él: cómo lo coge de la mano, cómo lo acaricia. Él le pregunta cuando volverá a su casa, no le importa que su novia esté a su lado, ¡es un hijo de puta! Y el que responde soy yo, le digo que aún no regresará. Sin despedirme, me subo a casa. Los veo desde la ventana: Val apenas habla con sus amigos, mientras la pareja está alejada de ellos. Esa chica se encuentra de espaldas a los tres, con los brazos alrededor de su cuello…, pero él está sin poder apartar la vista de ella ni un maldito segundo. Mis ganas de romperle la puta cara son cada vez mayores.

Valkiria tarda poco más de diez minutos en subir a casa. Otra vez está llorando. Me obligo a mirar a un punto fijo. Es mi debilidad. Pero ahora no puedo caer.

¡Aguanta, Gabriel! ¡Aguanta! —me digo a mí mismo.

—Quiero ir a mi casa —habla. ¡No va a ningún sitio!

—¿Por qué no le has pedido a tu amigo que te llevara, si tanto quieres irte? —digo con el corazón encogido. Solo mueve un poco la cabeza.

—No voy a ir en el mismo coche que la parejita feliz —suelta.

¿Está celosa?

—¿Celosa?

—Gabriel, ya… —reprocha. Porque sabe que no me gusta que hable con él. No quiero.

—¿Celosa? Sí o no. —Camino en su dirección. No puede estar más *sexy* y guapa cuando está enfadada o molesta.

¡Como me diga que sí, me voy a cagar en toda mi existencia!

—Supongo que envidia. —Doy algunos pasos más, quedando frente a ella.

—¿Quieres ser ella, Valkiria? —Rozo mi nariz con la suya—. ¿Quieres besar a Felipe así? —Coloco mis labios en su mejilla, que arde como fuego—. ¿O *así*? —Ahora pego mi boca con la suya—. ¿Tal vez *así*? —Rodeo sus brazos en mi cuello.

¡Mierda! Voy a terminar con la polla dolorida, pero no va a pasar nada. Siento el aire que ha estado conteniendo en mi cuello, haciéndome estremecer.

—No. No quiero hacer nada de eso con Felipe, Gabri —susurra. Estoy a punto de perder los sentidos. Hay muchas cosas que me gustan de Val. Que me llame de esa manera... Solo ella lo hace. Bueno, y Coral.

Fingiendo estar sorprendido por sus palabras, la miro.

—Sí, Gabriel, porque quiero estar así contigo. Solo contigo.

Ahora mismo podría acabarse el mundo y no me lo creería. Lo que acaba de decirme… Seguido, hace el mismo recorrido en mi rostro con sus labios igual que yo le he hecho antes. Arrugo la frente, como si no me importara para nada lo que está haciendo, y se pega más a mí.

—No me pongas esa cara tan perfecta Valkiria. —Me observa fijamente, con esos ojos de perrito abandonado. Luego hace un puchero y casi estoy a punto de mandar todo a la mierda—. Sí… Esa misma, la que usas como un arma conmigo. No pienso volver a caer

en tus encantos, chica nórdica. Hoy no. —Suspira. No quiero que se dé cuenta, pero se aparta un poco. No lo permito, volviendo a colocar su cuerpo junto al mío—. Quiero vivir sin mentiras y sin que me ocultes nada. —*Porque soy yo… el hombre que va a hacer que la mujer sin sentimientos encuentre los suyos. Y cuando los descubra, serán todos para mí; pocos quedarán para los demás.*

No sé identificar las expresiones de su rostro, aunque la verdad… no me importa.

Ya me dijo mi madre una vez: «Como diga que algo es mío, pues lo es y punto. No hay reproches ni discusiones».

Y ella lo es desde hace mucho tiempo. Sin que ni siquiera me haya dado cuenta de eso antes.

CAPÍTULO 38

Felipe

Una semana ha pasado desde el último día que la he visto. Lo único que sé es que no ha ido a la cafetería en toda la semana porque hemos estado yendo allí a desayunar, para empeorar más mis ganas de verla. El día en que peor me he sentido fue cuando me acosté con Zoe e imaginé que era ella, me sentí el mayor desgraciado de este mundo. Cuando pregunté por Valkiria, Mauro se sorprendió porque lo dije delante de mi novia. Quería imaginar que no había nada de raro, hasta que mi chica se interesó por lo que Mauro nos estaba contando acerca de ella. No dio muchos detalles, pero los suficientes para que ella comentara que debe ser muy difícil para Val intentar volver a la normalidad. Y también para su novio. La palabra «novio» hace que mire a Mauro, y él a mí. Esperé a que dijera que no lo eran. Sin embargo, no ha sido así. ¿Qué me he perdido a lo largo de la semana? Me niego a que eso ocurra antes de que nosotros podamos hablar. Me desvelé muchas veces de madrugada. Zoe volvía a la cama y caía rendida por el cansancio enseguida. Sin poder quitármela de la cabeza, tenía algunos momentos de locura en los que era capaz de dejarlo todo por ella. Solo pensarlo, una vez más, me hace sentirme mal. ¿Qué diría Zoe si supiera que soy el culpable de cómo está Valkiria ahora? Ella, felizmente no llegó a conocer al capullo que fui antes de irme a su país. Tampoco he visto a mi hermana, ya que me quedé en el hotel con Zoe, quien ha trabajado desde allí algunas horas. Fuimos algún que otro día al pueblo por la tarde y otros días hemos hecho algo de turismo, ya que es la primera vez que ella está en España. Ese fin de semana,

hicimos planes como una pareja normal y corriente: ir a cenar, caminar por la noche por algunos lugares de Madrid...

También sé que Val no ha ido a trabajar al club. Según su amigo, necesita un tiempo para centrarse. Después, salimos de la cafetería, ya que mi chica quería hacer algunas compras y no me queda otra que acompañarla. Si mi hermana no fuera tan rencorosa, podría estar haciendo eso con ella. No sé decir a cuántas tiendas hemos entrado y la cantidad de bolsas que trae esta mujer. Algunas cosas para su madre, otras para su hermano y sus amigas. En un momento en que volvíamos al hotel, este la llamó y quedaron a las siete de la tarde para hacer una videollamada. Seguramente por cosas del trabajo. A mí en ningún momento me dijo nada. Aproveché para ir a ver a mi hermana. Me despido de ella con un beso y le prometo traer la cena. No rechista para nada, y la verdad que me sorprende.

Llamo a Estefanía un par de veces, pero no me coge el teléfono. Puede que esté aún en el taller y tenga el móvil en silencio. Falta poco para el desfile y seguramente está desquiciada perdida.

En solo unos instantes mis cables se cruzan y cuando me doy cuenta estoy delante de donde no debería estar. Ni siquiera llamo al telefonillo, ya que aún tengo las llaves de su casa conmigo. Timbro un par de veces y de pronto escucho como arrastra los pies. Cada segundo se me hace eterno, mi corazón va demasiado rápido. No puedo controlar la ansiedad de verla y saber cómo está. Lo último lo sé, pero necesito verlo con mis propios ojos. Podría perfectamente entrar sin ser invitado, pero no lo hago. No está el horno para bollos.

Cuando abre la puerta, está algo confusa al verme. No se le quita la manía de no mirar por la mirilla. Valkiria, con su típica ropa de estar en casa, descalza y algo despeinada, me observa. Tiene mejor aspecto desde la última vez que la vi. Su mano aún está vendada y su muslo tiene un apósito, pero se la ve mejor. Eso me alegra lo más grande. No sé qué decirle. Apenas doy un paso hacia delante y veo que duda en si dejarme pasar o no. Al final soy yo quien empuja la puerta de golpe sin que ella tenga tiempo de impedírmelo. Ni

siquiera pregunto si está acompañada o no. Con los nervios a flor de piel, cierro y me quedo parado a solo unos pocos milímetros de la entrada.

—¿Cómo estás? —Inmediatamente sus ojos se llenan de lágrimas. No aguanto su mirada, por lo que desvío la mía al suelo un momento. Me acerco a ella, pero para mi sorpresa retrocede y vuelvo a detenerme, dejándome intrigado.

—Por… favor —dice, casi suplicándome para que no siga. Me desconcentro, sin entender nada.

—Val…

—No te acerques, por favor. —Siento como su cuerpo tiembla; me acojono.

¿Qué le pasa ahora conmigo? ¿Por qué no quiere que me acerque a ella? No quiero hacerlo, pero mis piernas lo hacen por mí y continúo caminando en su dirección y ella retrocede hasta que no puede mas, por la pared, que le estorba. Abre mucho los ojos. ¿Está asustada? Niega con la cabeza y murmura cosas que no puedo entender, como si estuviera en un bucle del que no puede salir. Si fuera una persona normal, la dejaría en paz para siempre y me iría. Como no lo soy, me paro delante suya, al mismo tiempo que ella lleva la mano a su pecho, que sube y baja descontrolado, luego la coloca en su frente, dándose golpes suaves. Mi intención es agarrarla de la muñeca para que deje de hacerlo, pero al verme levantar el brazo, suelta un pequeño «¡Para!», gritando, que me asusta.

—Dime qué tengo que hacer… Déjame ayudarte, me estás asustando y no hay ninguna posibilidad de que te deje sola; puedes descartarla. Solo necesito hablar contigo. No puedo más.

Continúa negando; no pienso irme. De hoy no pasa que hablemos sobre lo que tenemos pendiente.

—Solo vete, por favor. Por favor, por favor.

Es lo único que dice y eso me llena de rabia.

—No me voy a ir. —Levanto la voz—. Tenemos una conversación pendiente y de hoy no va a pasar. Tengo todo el tiempo del mundo para esperar a que te tranquilices.

Soy un egoísta de mierda. Un tipo al que ahora mismo le está importando una puta mierda la crisis que está teniendo.

—Te prometo que será otro día, Felipe —dice entre sollozos.

—No —suelto tajante—. Me vas a escuchar de una maldita vez. Estoy cansado de esperar, necesito saber si estás con él, necesito que me lo digas tú. Que no me quieres en tu vida. Y que, de una maldita vez, digas que todo eso que te pasa te lo he provocado yo. No puedo vivir con eso ya. Me estoy volviendo loco. —Me muevo de un lado a otro. A punto de explotar y saltar la mierda ya de una vez —. Necesito que me elijas a mí, Val, *lo necesito*. No podré vivir con esa culpa que me está matando desde el día en que encajé las piezas. —Mi cabeza es totalmente un caos—. ¿Por qué nunca les has dicho a mi hermana ni a Mauro la verdad? ¿Por qué? —grito.

Contemplo como su cuerpo se mueve por su llanto.

—Por…

—¿Qué tiene él que no tengo yo? ¿Fue por lo que te hice? —Me acerco a ella y su cuerpo se estremece—. ¡Contéstame! —Sin saber cómo, estoy fuera de mis cabales, porque golpeo la pared justo al lado de su cabeza. Suelta otro pequeño grito. Completamente fuera de mí, quiero respuestas y me da igual lo que sean. Si se tiene que ir *todo* a la mierda, hoy se irá.

Valkiria solo se encoge sin poder mirarme. Yo tampoco me miraría, también me odiaría si estuviera en su situación.

—Feli… —empieza, pero no continúa. ¿Por qué cojones no me habla? ¿Por qué no contesta lo que le pregunto? Sus manos temblorosas van a mi pecho para apartarme; sin embargo, no la dejo. Desquiciado por completo, vuelvo a hacerle las mismas preguntas.

—Simplemente porque… —Hace una pausa—. No puedo sentir nada contigo. —Termina de rematarme. Su voz es baja y

entrecortada, pero en mi cabeza suena como una hostia en toda mi cara.

«No puedo sentir nada contigo».

Sus palabras se clavan en mi pecho, no recibo aire suficiente para poder seguir respirando. ¿Nada? ¿Cómo puede decirme eso después de lo que hemos vivido estas últimas semanas?

Una sensación rara recorre mi cuerpo, principalmente por mis brazos y manos, provocando que rodeen su cuello con desesperación, rabia, como si pudiera obligarla a sentir y entender que no me puede hacer eso. ¡No puede, me niego! Sus ojos se abren de miedo, también su boca para tomar algo de aire. Inconscientemente, aprieto sin darme cuenta. Cada parte de mi interior grita que ella no me puede dejar, que no puede negarse a estar conmigo, que no puede decirme que no siente nada.

«Pero lo ha dicho».

Su piel es cálida, siento sus latidos frenéticos, sincronizados con los míos, mientras ambos nos rompemos en mil pedazos. Es ella, tiene que ser ella. Lo digo de verdad. Mi agarre se afloja un segundo, pero mi mente se niega a aceptar que no me quiere a su lado. Yo la he roto y soy el que tiene que arreglarla. Juntar cada trocito de ella.

—No me mientas, por favor —digo furioso, enloquecido—. No puedes hacerme esto Val, joder… No puedes —hablo muy cerca de su boca. Su mirada es de pánico. Mientras las pequeñas gotas resbalan por su rostro, coloca sus manos sobre las mías. Mi vista se nubla, pero puedo sentir todo a través de su mirada. La observo jadeando, sintiéndome lo peor, pero incapaz de parar hasta que me diga lo que quiero escuchar.

Siento un dolor en las costillas que me hace soltarla de golpe. Esas mismas manos me agarran de la camisa y me llevan contra la pared, sin demasiado esfuerzo.

—¿Qué haces hijo de puta? —grita una voz masculina. Parpadeo algunas veces, hasta darme cuenta de que es Gabriel. No sé cómo

ha entrado. Tampoco lo he escuchado. Me visualiza con ira, a la par que escucho en lo más profundo de mi conciencia como Valkiria tose —. No vuelvas a ponerle la mano encima, pedazo de desgraciado.

La última persona que quería ver es a él; siempre está en medio de nosotros. Lo empujo con cada una de mis fuerzas, apartándolo de mí. Lo hace y se agacha delante de Val, que está abrazada a sus piernas, con la frente apoyada en sus rodillas, meciéndose sin parar. En ese instante me doy cuenta de lo que he sido capaz de hacerle a la mujer que supuestamente... ¿Quiero? Vuelvo a golpear la pared y ella se estremece. Una parte de mí me odia, hasta lo más hondo. Sin embargo, la idea de que no salgo de aquí sin hablar con ella sigue. Me importa una mierda que esté ese imbécil.

CAPÍTULO 39

Valkiria

«No me hace bien». «Él no me hace bien».

Esas son las palabras que se repiten en mi cabeza una y otra vez. Al verlo en la puerta, no sé qué ha pasado, es como si el mundo se abriera bajo mis pies. Daba por hecho que lo nuestro había terminado en el momento en que su novia llegó. Pensé que Felipe seguiría su vida con ella y yo con la mía, que no volvería a verlo en años. Pero no ha sido así. No quiero esta conversación, no quiero hablar. Estoy cansada de recordar toda la mierda. Preferiría vivir en la ignorancia de todos esos años, que mi cerebro siguiera protegiéndome de esos malditos recuerdos. Felipe es un cabrón. Y aquí está de nuevo. Le prometí a Gabriel y a mí misma que nada volvería a pasar, que necesitaba tiempo para gestionar todo, lejos de él. Por mi bien, por el suyo, por el nuestro. Sin embargo… necesito cerrar esa etapa de mi vida. Y no sé cómo. Siento que me está matando poco a poco. Pasé la semana encerrada en casa, con Gabriel pegado a mí como una lapa. Ha dormido conmigo y hemos hablado cuando me ha apetecido de muchas cosas.

Necesito empezar a vivir otra vez.

Ver a Felipe tan desesperado, casi igual que yo, me hizo sentirme mal y culpable por su estado, no entiendo por qué. Cuando colocó su mano en mi cuello, presionándome contra la pared, me asusté por sus ojos de desquiciado. Mi cabeza no fue capaz de procesar lo que ocurría por unos instantes. No tuve miedo de que podría hacerme daño, hasta que la presión se hizo más fuerte. Aun así, sé

que nunca me haría nada. Eso no hace falta que me lo diga nadie. Sé lo que es cuando te descontrolas y todo te supera. Pero no lo sabes hasta que lo vives. Lo más alucinante es que, cuando respiraba con dificultad, deseé por un momento que apretara más fuerte y acabáramos con esto de una vez. Al cerrar y abrir los ojos lentamente, y ver a quien quería ver… Mi cabeza es una locura, pensaba que estaba alucinando. Al escuchar su voz, el hermano de mi amiga me suelta. Mi cuerpo automáticamente se desploma en el suelo. Tosía, buscando respirar con normalidad. No entiendo por qué necesité aferrarme a algo, así que lo primero que se me ocurrió es abrazar mis piernas e insistir para mí misma que él estaba aquí.

Algunas veces pienso que me he vuelto dependiente de su cercanía, de sus palabras, de sus abrazos. Lo echo de menos cuando no está, y me hace ¿feliz? cuando sí.

«Es una auténtica mierda», pienso. Gabriel retira mis brazos, que se aferraban a mis piernas con demasiada intensidad, para que lo haga con él. Me aprieta con fuerza a su pecho, trayendo la maldita paz que necesito. Me ayuda a levantarme, rodeando mi cintura, y me sienta en la encimera pequeña de la cocina. Todo eso sin apartar mi frente del hueco de su cuello.

Me deja llorar lo que necesito, hasta tranquilizarme. En cada momento su cuerpo ha estado rígido, a punto de romperse si lo estrujaba más. Levanto la cabeza para mirarlo y él seca mis mejillas, con su rostro desencajado, sin poder dejar de mirar de reojo hacia otro sitio. Hago lo mismo. Veo que Felipe sigue en el mismo lugar que antes. Cierra sus ojos con fuerza y limpia sus lágrimas con el dorso de su mano. Creo que nunca en mi vida he visto a un hombre llorar —bueno, a Mauro, pero eso no cuenta—. Ese hombre tan grande y fuerte muestra ahora mismo una debilidad que nunca pensé que existiría. Me duele verlo así y que sea por mi culpa.

—No sé qué haces aquí todavía —dice Gabriel con enojo, observando a Felipe, que no se mueve ni un solo centímetro. No contesta, apenas mira a un punto fijo y tiene los brazos cruzados en el pecho. Gabriel verifica cómo está mi cuello pasando uno de sus

dedos. Murmura «hijo de puta» seguido de un beso en la zona—. Te doy cinco segundos para que te largues o te voy a reventar la puta cabeza. Te agarraré del maldito cuello como lo has hecho con ella. —Se separa de mí y camina hacia él—. No vuelvas a acercarte a Valkiria; si está en la calle, das la puta vuelta. No vuelvas a ponerle un dedo encima, porque te juro por mi padre que te reviento—. Traga saliva con fuerza y continúa—: que te corto la jodida mano y se la doy a Pinto para que se la coma. Así jamás en tu desgraciada vida le volverás a hacer daño —se lo dice a milímetros de su rostro.

Gabriel respira con dificultad; sus palabras se encuentran cargadas de rabia.

Pero Felipe… Me sorprende su tranquilidad. A cada palabra de Gabri sus iris se nublan. Mi corazón no soporta más ver su sufrimiento. Tiene los labios apretados, está rígido como un palo. Lo conozco. O eso creía yo. Detrás de esa expresión tranquila e indiferente, hay alguien que está demasiado perturbado por la culpa. Y la única que puede arreglar eso soy yo.

—¿Eres ahora su dueño? ¿O su perrito faldero? —suelta con soberbia el que fue mi amor platónico de la adolescencia.

Gabriel cierra los puños, a punto de saltarle encima; pero en un acto reflejo, me muevo por instinto y me interpongo entre ambos. Intentar hacer que Gabriel se aparte es como si intentara mover una montaña. Imposible. Coloco mis manos en su rostro, obligándolo a que me mire. Lo hace con la vena de su cuello a punto de estallar. Su cuerpo es fuego: quema y me protege a la vez. Siento una tranquilidad que no sé de dónde ha salido. ¡Esto es increíble! No se puede posponer más. No quiero remover otra vez más cada maldita mierda de mi vida, pero si quiero que todo se acabe, eso tiene que pasar. Y es ahora.

—¿Nos deja solos un momento?

—Ni de coña.

Entiendo que no quiera después de lo sucedido. Recuerdo y siento una vez más la presión de su mano en mi cuello. Respiro

profundo para no alterarme. No puedo demostrar mi aprensión; quiero acabar con esto de una vez. Cerrar ese círculo para siempre. Para eso ha venido él, ¿no?

—Gabri… —Mi corazón está a punto de pararse por lo que estoy por hacer—. Lo necesito, él lo necesita, nosotros lo necesitamos.

Gabriel aprieta la mandíbula y arruga su frente, totalmente en desacuerdo por lo que pido, y sin querer ceder.

—No. Va. A. Pa. Sar. —Observo a Felipe de reojo, con una sonrisa de medio lado que por segundos tengo ganas de borrársela de un guantazo—. Ha puesto sus jodidas manos en ti. No y punto. —Sostengo su mirada de frustración; ambos podemos vernos reflejados en los ojos del otro. Gruñe y se aparta a un lado—. No me voy a mover de aquí.

Cuando se pone así, no hay manera. Por más que él sepa todo, no creo que nos hagan falta espectadores para esta conversación. Es inútil. Pero su cabezonería me reconforta. No va a pasar nada en esta charla, somos dos personas que tienen mierda que soltar para resolver.

Cojo aire y me giro hacia Felipe, mi pasado… mi maldito pasado, el que he llevado años evitando. Hasta que hoy cierre esa puerta.

—Ven —digo y estiro mi mano hacia él; hizo un mínimo movimiento para cogerla, y Gabriel lo impidió.

—¿Hablo en chino? ¿O en algún idioma que es muy difícil de entender? Pedazo de subnormal, dije que no vuelvas a ponerle la mano encima.

—Gabri. —Felipe agarra mi dedo meñique mientras el otro se indigna, murmurando para nada palabras bonitas.

Ambos nos sentamos en el sofá. Estoy demasiado nerviosa por dentro. Mi corazón late deprisa, mis manos hormiguean. No quiero que se me note. No entiendo por qué me siento tan mal al verlo igual de destrozado que yo. Mi odio de años ha desaparecido en cuanto lo he visto llorar.

No entiendo nada. Y supongo que es una de las cosas que me está ayudando a volverme loca.

—Lo siento —se disculpa—. Nunca pensé que iba a pasar todo esto Val. Aquella conversación... —Cierro los ojos—. No… Ya sabes cómo es Sergio. Cuando se le metía una cosa en la cabeza… —Claro que lo sé. Ha hecho varios de mis días un maldito infierno—. Te juro por mi vida. —Hace un movimiento de negación con la cabeza y sigue—: Que jamás pensé en nada de lo que te dije. Tenías diecisiete años, Val. Siempre has sido como la hija adoptiva de mi madre. No tengo excusa. No sé qué decirte. Pasaré el resto de mi vida pidiéndote perdón. Entiendo que no me quieras volver a ver. —se restriega su rostro—. Pero por favor, lo necesito.

Mi garganta se seca y mi pecho se oprime. ¿Qué le digo? ¿Cómo se lo digo? ¿Por qué tengo que volver al pasado? Dicen que las palabras se las lleva el viento, sin embargo, a esas que tanto me han rondado… no se las llevó. Quedaron cada una de ellas clavadas en mi maldita cabeza, año tras año. Una por una.

Escucho a Gabriel refunfuñar; por eso no quería tener espectadores. Menos de la forma en que nos observa, una mitad con rabia y otra queriendo arreglarme de cada manera posible.

—Gabriel —llamo su atención—. Por favor —le pido.

—No puedo… Por cada cosa que escucho de su boca, tengo ganas de matarlo —dice con el ceño fruncido—. Lo sé, me voy al baño —habla alterado—. Te corto la mano si… Como la hagas llorar una vez más… —No termina, seguido desaparece dando un portazo.

Felipe y yo nos quedamos en silencio mientras aprieta uno por uno sus nudillos con fuerza. Solo quiero que esto se acabe para siempre. Que cuando lo recuerde no me reviente yo misma. *Quiero que ya no me duelan los recuerdos.*

—¿Te acuerdas del día en que nos acompañaste a comprar la ropa para la graduación? Cogimos la mayoría de las prendas de la tienda para empezar… —Casi no puedo controlar los movimientos de

mi pierna. Quiero esconder mi ansiedad, pero no logro evitarlo. Parece que estoy reviviendo cada cosa en este momento—. Algunas veces, no podía ver por dónde ibas a salir. Me escuchaste protestar por la ropa. —Mis ojos se llenan de lágrimas—. Así que me dijiste que me probara aquel vestido… —Odio el color rojo desde aquel día —. Y me dedicaste la sonrisa que siempre adoré. Te hice caso porque eras el chico que me gustaba. Creí que cuando saliera del probador... —Suelto el aire que está a punto de ahogarme—. Te juro que pensé que al menos mentirías. Que dirías que me quedaba bien o algo así, no sé. —Sorbo por la nariz y cierro las manos. Respiro, porque me cuesta.

»Pero te reíste de mí, lo hiciste solo para reírte. Me sacaste una foto con tu hermana diciéndonos que era para mandársela a tu madre y se la enviaste a Sergio. Me hiciste escuchar sus audios donde se burlaba de mí. Como decía que entraban tres de tu hermana en mi talla de elefanta. —Lo último lo digo con la voz entrecortada. Felipe baja la vista, la cual sosteníamos hasta ahora. Por primera vez, lo veo arrepentido, avergonzado.

»El día del cumpleaños de tu hermana —continúo—, hicimos una barbacoa. Fuiste a casa a buscarme ya que sabías que no quería ir. Ya no soportaba escucharte a ti y a Sergio. Por cada trozo que me llevaba a la boca, me soltabas: «¿Otra vez estás comiendo? Luego no te quejes si el vestido no te entra». Me decías que no comiera en una semana para bajar un par de kilos. —Felipe mueve la cabeza en negación, y mi estómago se revuelve.

»¿Julieta? ¿Te acuerdas de Julieta? Una de las tantas que iba a tu casa a llorar por ti. Me tiró de los pelos porque pensaba que estabas liado conmigo. Nos separaste debido a que te lo pidió Estefi. Dijiste delante de ella y de Sergio: «¿Cómo vas a pensar que me he liado con Val? ¡Qué asco, por Dios!» Me decías tantas veces que era gorda y fea, que lo primero que se me vino a la cabeza fue que como mujer te daba asco.

Felipe murmura algo que no puedo entender. Se inclina hacia delante, apoyando sus codos en los muslos. Al ver un par de gotas

caer en su pantalón vaquero, sé que está mal. Aun así, eso no me consuela.

Y yo… no quiero alterarme, estoy resistiéndome. Decir todo en voz alta me está matando. Pero lo necesitaba.

—No hacías nada cuando Sergio me cogía la barriga y me decía que eran muchos kilos de grasa para perder. Que adelgazara o jamás ningún tío iba a querer estar conmigo, pero que igualmente iba a tardar demasiado tiempo en quitarme todos los que tenía. Te reías, y asentías con una sonrisa de oreja a oreja. —Nunca solté una lágrima delante de Sergio. Algunas veces le insultaba, otras quería matarlo o… fingía que no era conmigo. Sin embargo, cuando se iba, estaba tan a punto de explotar que dos veces salté encima de Felipe para pegarle. Lo odiaba y lo quería a la vez.

»Cuando decidías darles un tiempo a las burlas, me tratabas bien, me manipulabas. Volvías a ser el chico perfecto. No entendía cuando me preguntabas por qué estaba tan distante, después de humillarme día sí y día también. Después de todo, te divertías atormentándome. Ibas a mi casa a buscarme, para preguntarme que me había pasado, porque me echabas de menos. Que *tú* me echabas de menos. Me pedías disculpas, y yo… —Sonrío por estúpida—. Me creía cada palabra tuya. Porque eres el hermano de mi mejor amiga y estaba loca por ti. Aunque me destrozaras, aunque me hacías odiarme a mí misma por ser como era físicamente.

Tengo demasiados sentimientos encontrados; duele tanto. Preferiría muchas veces hacerme daño que sentir tal cosa.

—Cuando volvías a estar con Sergio, no sé qué te hacía, pero te transformabas en un capullo como él. Lo que más me dolía era cuando esos gestos humillantes venían de ti.

»Junto con él tenías el doble de crueldad, me hacías daños con la maldad de tus palabras. Me hacías querer desaparecer. Disfrutabas torturándome.

Silencio. Felipe sigue ahí, encogido, sin reaccionar por todo lo que le estoy contando. Ya no llora. Está inquieto, alterado, puedo decir que creo que hasta tiembla. Clava su uña en el dorso de su mano con mucha fuerza, si no fuera de carne y hueso, perfectamente podría haberse hecho un agujero ya. No espero que diga nada. Tampoco quiero que lo haga.

Por fin, he sacado todo. Lo más increíble es que no me siento bien por ello. Tendría que estar dando saltos de felicidad. Porque, por fin, puedo enterrar aquellos años.

Ya no están solo dentro de mí. Quiero que le quede grabado cada cosa que le he contado, cada una que me ha hecho sentir, en el mismo lugar donde este tiempo se han quedado las suyas en mí: en lo más profundo de mi corazón y de mi mente.

CAPÍTULO 40

Gabriel

Haberla escuchado… Y haber visto cómo aguantaba para no llorar, sin que ese pedazo de imbécil sea capaz de pedirle perdón, me estaba volviendo loco. Agradezco que me haya dicho que me fuera, porque no me responsabilizaba de mí sobre lo que iba a suceder. Siento el dolor en cada una de sus palabras. Al final… ella es más fuerte de lo que creía. Al principio no me ha hecho mucha gracia tener que dejarla pasar por eso sola. Aunque sé que tarde o temprano lo tenía que hacer. Y ha aguantado como una campeona. Cuando me había contado su historia, pensé que no había mucho más… Pero no. Ya veo que no. He pasado todo el tiempo sentado en la tapa del WC. Su estudio es minúsculo. En dos pasos, estaría en el salón. Me pongo en alerta al oír el caminar de alguien, produciendo que mi cabreo suba a mil. No he escuchado nada salir de él. Tendría que estar lamiendo sus pies. Bueno, mejor no, como la toque…

—Adiós Felipe —dice ella. No puede ser.

Salgo de donde estoy como un maldito vendaval en dirección al tipo que está con una mano en el pomo de la puerta; ambos me miran, mi cabreo es monumental. Sin pensar, lo único que puedo hacer por ella es cerrar el puño y, en un abrir y cerrar de ojos, el puñetazo llega al rostro de Felipe.

—¡Gabriel! —exclama ella.

—No has sido capaz de disculparte, pedazo de mierda, tendrías que lamer el suelo por donde ella pisa. Por todos esos años. —Felipe coloca la mano en su nariz que chorrea sangre. El muy cabronazo

continúa sin decir nada. Val se acerca a él, pero se lo impido. Felipe se va.

Muevo mi mano por el dolor, con ella mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Pero qué haces? —inquiere.

No soy violento, pero ya hace mucho tiempo que le tengo demasiadas ganas a ese idiota.

—¿Se acabó? —pregunto, acercándome a ella. No responde—. Contéstame —digo eufórico.

—Se acabó Gabriel. Espero que se haya acabado —habla con dificultad.

—Estoy muy orgulloso de ti pequeña. —Sus ojos se llenan de lágrimas y le beso su mejilla.

La abrazo cuando empieza a respirar con dificultad. No ha sido nada fácil, lo sé. Hemos conversado mucho sobre eso durante la semana. Hemos hablado de tantas cosas... No sé en qué punto estamos ahora mismo. Solo sé que no me voy a ir. Estoy demasiado obsesionado por juntar cada pedazo roto que hay en ella. Cuando supe que él estaba aquí…se me pasaron tantas cosas por la cabeza. El portero me llamó para decirme que el mismo hombre que estuvo unos días atrás acababa de llegar. Me he hecho su amigo para que me llamara. No hizo falta que le contara nada, me lo comentó él mismo, ya que estuvo presente cuando la llevaron al hospital aquella tarde. Sus amigos le pidieron también que avisara a alguno si llegase a ver que ella no saliese en algunos días de su casa. La llamé y no me cogió el teléfono. De todas formas, ya estaba de camino. ¿Que cómo entré? He hecho una copia de sus llaves, sin su permiso. Me la dejó Mauro. Me da igual lo que me diga ella. Su amigo no me lo negó.

Me he convertido en su sombra.

Hasta mi madre me llamó para preguntarme por ella. Sobre lo nuestro…, no hemos vuelto a hablar del tema. Todo tiene su momento. Lo único que sé es que habló con Martina para saber de

mí, ya que, en toda la semana, no tuve los cojones de hablar con mi madre, por vergüenza. Mi amiga tampoco se había enterado. Me envió unos cuantos mensajes de WhatsApp y me obligó a ir a su casa. Fui y me hizo quedarme con sus hijos por no haberle dicho nada de lo que pasó. Mis conversaciones con mi amiga siempre son profundas. Me riñe como una hermana mayor. Y eso me ha reconfortado desde el día en que empezó a ser parte de mi vida. Sus consejos sobre Valkiria siempre me dejaron rayado, haciéndome reflexionar por las noches.

El primero fue que tendría que cerrar esa etapa de escort de lujo. Me negué al principio porque voy a vivir del aire. La colleja voló, haciéndola cabrear. No pensé en la respuesta en ese instante. Es lógico, claro. Creer en que no pueda darle todo lo que quiero... Si hace falta, le daré el mundo entero, mientras ella esté bien y conmigo. Los demás, me la sudan.

Una de esas noches, cuando dormíamos, me despertó sin darse cuenta porque seguro estaba teniendo alguna pesadilla. Me desvelé y fui a su pequeño escritorio, en la esquina de su salón, donde tiene solo su portátil y algo de la universidad. Estuve unos cuantos minutos pensando en si cerrar o no mi página web. Lo hice en el segundo en que eché un vistazo a su cama y la vi boca arriba, con sus heridas tapadas. Logré que esa etapa de mi vida también se cerrara. ¿Se lo he dicho? Pues aún no. Ya encontraré la ocasión.

—¿Sabes de qué tengo ganas ahora mismo…? —le digo.

—No tengo ni idea.

—De tenerte en mi X, con las piernas abiertas, mientras te corres en mi boca, Val.

—Animal. —Me empuja. Imaginarlo… siempre me pone mucho.

—Esta vez probaremos otra cosa. —Sonrío—. Ya verás. —Dejo un beso en sus labios, alejándome de ella. Simplemente porque no respondo por mí.

No hemos vuelto a acostarnos desde la última vez. Sí, me estoy volviendo loco por enterrarme en su coño. Sin embargo, lo primero

es lo primero. Ya pasaré toda mi vida follándola. Vale, tengo las expectativas muy altas, lo sé.

Escuchamos las llaves de la puerta, voces, carcajadas y el olor a comida. Estos días, Estefi y Mauro han estado viniendo a cenar a su casa. Con pizzas, hamburguesas, comida china, kebab, entre otros. Es increíble la amistad entre ellos. Al entrar, su amigo me entrega las cuatro cajas de pizza y sale en dirección a Val. Salta encima de ella, provocando que ambos se cayeran en el sofá. A continuación, su amiga los abraza, inclinándose en la espalda de Mauro.

—No puedo respirar, mi pierna —se queja Valkiria.

—Te jodes. Es poco comparado con lo que tengo ganas de hacerte por haberme dejado solo en la cafetería. ¿Sabes lo que he pasado? Tus vacaciones se han acabado. El lunes a las siete te quiero allí. Que vas a ver una mierda de dinero este mes. Y Estefanía, deja de estar restregando tus putas tetas en mí.

—Estás flipando —suelta su amiga—. Sal de encima suya, que le tengo que contar un par de cosas. No quiero que cierta persona escuche.

Mauro se aparta, caminando en mi dirección mientras las dos chicas están yendo hacia el baño.

—Se está abriendo de piernas con un modelo —susurra Mauro. Val lo mira y su amigo hace gestos con la boca y su mano, como si estuviera haciendo una mamada. Me río porque ese hombre está como una puta regadera.

Apenas escuchamos la puerta del baño cerrarse, él empieza a coger un mantel y unos posavasos para colocarlos en la mesa de centro, donde hemos estado cenando estas noches.

—Cómo va la cosa… —pregunta, refiriéndose a su amiga.

No pienso contar el episodio de hoy, lo tiene que hacer ella. Finjo que no es conmigo, simplemente porque estoy pensando qué contestarle.

—Gabriel, empieza a soltar por esa boca come coño de Val. —Es imposible.

—No, últimamente no como nada —bromeo.

—Pues ya somos dos. El mercado de hombres está mal, pero muy, muy mal. Y tú ya estás cogido. No cambies de tema, sabes que estás aquí hoy gracias a mí. Así que me debes sumisión.

Muevo la cabeza, dándolo por perdido.

Repito lo de siempre de nuevo, ya que me ha hecho la misma pregunta todos los días, como cuatro o cinco veces, más las veinte que me llamaba por el móvil o me hacía ir a la cafetería. Cada vez que termina de comer, Val está inquieta; limpia su casa varias veces al día. Cuando se va a duchar y estoy aquí, tiene la costumbre de cerrar la puerta, pero voy yo y la abro. Me tira alguna que otra cosa. Me da igual. Tampoco come mucho realmente. Lo que a ella le apetezca. Dos veces fingí estar durmiendo y la escuché levantarse, abrir la nevera y los armarios, comer algo y regresar a la cama. No dejaba de moverse, luchando consigo misma, hasta que la acerqué a mí, sin decirle nada. Sé que necesita su espacio, ya bastante la agobio. Cuando el sueño la vencía, me iba a ver qué había comido. En el cesto de la basura estaba alguna manzana con dos mordiscos, algún dulce y poco más.

Le cuento a Mauro que, antes de abrir su puerta uno de estos días, la escuché hablar por teléfono. Lo que más me ha sorprendido fue cuando me di cuenta de que era con su psicóloga. Ella le decía que la esperaba su madre para la sesión familiar. Esa a la que, desde que recibió el alta, ha ido apenas una vez. Prometió volver y nunca lo ha hizo. La conversación no duró más de cinco minutos, solo respondía «sí» o «no», lo típico de la Valkiria que está totalmente encerrada en sí misma. Mauro se sorprende tanto como yo. Los ojos de su amigo brillan de felicidad. Para nosotros es un gran comienzo el que lo haya hecho por su cuenta, que sea ella quien dé el primer paso. Luego que tenga su bajón. Pero es un gran inicio. Quiero tener la esperanza de que quiere cambiar, por más mínima que sea. Tampoco le dije que lo sé. Quiero que lo haga ella, que confíe en mí para todo. Estuvo callada un buen rato después de eso. Lo único que

me dijo ese día… que de recordarlo se me eriza la piel, me llegó a lo más profundo de mi alma...

Ese día ya era tarde, por la noche. Nos habíamos ido a la cama y la dejé que eligiera si quería estar en mis brazos o no. Movía sus pies, de puro nerviosismo; yo coloqué mi antebrazo en mi frente, esperándola. Tardó. Sin embargo, se giró de lado y pronunció mi nombre...

—Gabri.

Espero unos segundos para contestar.

—Dime.

Ella tampoco habla de golpe. La miro por el rabillo del ojo; ella los cierra. Algunas veces tiene una lucha interna constante con ella misma, lo que me provoca demasiada impotencia.

—Bésame. —Me giro hacia ella para quedarnos cara a cara—. Bésame, ámame, tócame cuando esté en mi oscuridad. Para recordar que estás aquí.

Mi cuerpo tembló en ese momento y un escalofrío me recorrió. Esas palabras se quedarán grabadas en mi memoria toda la vida.

Siempre supe que me enamoraba más de Val cada vez que decidía contarme su historia. Quiero que me elija a mí para ser la *luz* de su *oscuridad*. No me equivoqué con ser su mosca cojonera hasta el final de sus días. Porque fue de las pocas veces que sentí que lo mío, lo nuestro, valía la pena, hasta el último esfuerzo.

CAPÍTULO 41

Valkiria

—¡Santa Madre de Dios Estefanía! —exclamo, sin poder creer lo que me está contando—. ¿Me estás diciendo que te has olvidado de que hay cámaras en el taller y te has tirado a Joaquín el modelo? ¿Te han grabado, y te llamó tu jefa para enseñarte el video?

Asiente.

—Me enseñó la parte donde me retorcía como una perra. Despatarrada en el suelo. Y lo peor..., es que cuando vi el video, me puse cachonda y todo.

Sus mejillas están coloradas; estoy a punto de llorar de la risa. Ella está sentada en la tapa del váter y yo estoy con la espalda apoyada en el mueble. Mi amiga es una escandalosa y multiorgásmica. Me entra un repelús… Solo ellos pueden hacerme olvidar algunas veces las cosas. No puedo dejar de reírme. No puedo. Ha estado todos estos días hablándome de él. Me enseña fotos, es un auténtico bombón. Alto, de ojos verdes, piel chocolate. Según ella, llevan semanas tonteando, pero no estábamos en plan para hablar de sus *folleteos*. Después de lo que había pasado hace tiempo con el imbécil de Sergio, mi amiga se había cerrado en banda con los hombres y solo se dedicaba a estar con uno diferente cada fin de semana. Su desfile le está tomando demasiado tiempo y eso, sumado a que su hermano está por aquí, pues… se le estropearon los planes. Aún sin terminar de contarme, arruga su frente, mirándome fijamente.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Tienes un puto chupón en el cuello? —Me giro de inmediato para mirarme, hasta que me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Suelto el aire y continúo en lo mío. Las ganas de no mirarme, pero tener que hacerlo, son más fuertes que yo.

Verme… Aún estamos en ello. Me acerco más al notar pequeñas petequias rojas en donde la mano de su hermano me agarró, hace apenas unas horas. Odio esconderle las cosas a ella. Es mi mejor amiga, pero él es su hermano. Algún día lo haré. Lo tengo claro. Simplemente, ahora no es el momento. En nada se va a ir. Y todo volverá a ser como antes. Estoy haciendo un esfuerzo descomunal para aparentar que nada de eso me ha afectado. Charlamos un rato más de cosas banales, siempre preguntando al final cómo estoy. Miento, diciendo que estoy bien. No me cree, pero finge que lo hace, asintiendo con la cabeza. Salimos del baño, vamos directamente al salón, a donde están Gabriel y Mauro hablando; al notar que estoy, cambian de tema. Me hago la tonta y empezamos a comer. No puede faltar la música con la canción de *Tattoo* de Rauw Alejandro y Camilo.

Mi amigo, como es costumbre, empieza a meterse con Estefi por el incidente de su trabajo y no tiene ninguna vergüenza en contarlo hasta con los más mínimos detalles. Gabriel se queda con la boca abierta por algunas cosas que sueltan; no tienen pudor alguno. Lo que me hace reír. El teléfono de mi amiga suena en su *tote bag* de tela azul marino, hecho por ella misma. Se limpia las manos y estira su brazo; como está a mi lado y Gabriel delante, ambos podemos ver el nombre de Felipe en la pantalla. No sé por qué me sorprendo, y me atraganto con un trozo de pizza, dejando caer el otro dentro de la caja. Mi amigo me entrega un vaso de agua, mis manos tiemblan al cogerlo. Mauro me observa, luego a Gabriel. Bebo un trago. En el momento en que el agua cae en mi estómago, siento unas ganas locas de vomitar. Se intensifica más al escuchar un «¿Qué?» de parte de Estefanía y luego un «Voy para allá».

Se levanta de inmediato, diciendo que se tiene que ir. Mauro le pregunta si está todo bien. Asiente, se despide de nosotros solo con un «Adiós». Cuando cierra la puerta, voy corriendo al baño y lo echo

todo. Los dos están en la puerta mirándome; Gabriel replica unas cuantas veces.

—Ehhh, ¿me vais a contar qué está pasando? —inquiere. Me siento en el suelo, sin evitar continuar soltando todo fuera. El frío se apodera de mí, haciendo que mis ojos se cristalicen.

Ninguno contesta. Escucho golpes sordos al otro lado. «¡No me puede afectar eso! ¡No puede!». Al ver su nombre en la pantalla, por unos segundos tuve miedo. He vuelto a ver su mirada, como me repetía una y otra vez que no podía hacerle eso. Me siento mal, mal de verdad. Por mí y por él. Ambos nos hemos arruinado la vida. Y no estoy feliz por eso. Tendría que haberme callado, como he hecho estos años. No quiero que sea infeliz como lo he sido yo, no por mi culpa.

CAPÍTULO 42

Felipe

Tres horas antes…

Todo el trayecto hasta el hotel lo he hecho caminando. Cada palabra suya se clavaba en cada parte de mi ser. Me sentía *más* pequeño, *más* mierda. Recordaba cada cosa que me iba contando, como si lo hubiera estado reviviendo. Cada vez que la hice llorar, cada vez que me tiraba cosas por estar muy enfadada. El dolor con que las dijo jamás lo podré olvidar. He arruinado su vida. Abro la puerta de la habitación y no veo a Zoe, hasta que escucho la ducha. Entro para limpiarme el rostro. Me tardó bastante en parar de sangrar la nariz. No valía la pena ponerme a pelear con Gabriel. Hubiera hecho lo mismo, porque me lo merezco, eso y más.

—*What?* —dice al verme a mí y a mi camisa casi roja. Mi cara está empezando a hincharse y a volverse morada. Corta el agua y se acerca a mí desnuda, mientras no me muevo del lugar, limpiándome —. *What the fuck!*

Envuelve su pequeño cuerpo en el albornoz y desabotona mi camisa. Sus ojos se encuentran muy abiertos por la preocupación. Estoy inquieto y con la cabeza a mil por hora. No pregunta, no habla, pero me ayuda. Y eso me descoloca. No puedo con todo. Llegué a mi límite.

La cojo de su brazo, trayéndola a mi pecho; ella rodea mi cintura y le dejo un beso en su cabello. Zoe parece entender lo que va a

pasar porque sus sollozos se intensifican. Estoy perdido, no puedo hacer nada. Solo me destrozo más.

—Lo siento mucho, por todo —empiezo—. Te juro… —Silencio—. Que no quería que nada de esto pasara.

Ella se aparta… Tengo un don para destruir a la gente de mi alrededor.

—Es la chica de la que habláis, ¿verdad? —No digo nada. Mi no respuesta le vale. Se sienta en la tapa del WC tapándose el rostro con sus manos—. Las mujeres a veces tenemos un sexto sentido cuando nos están engañando. —Mi cabeza va a explotar—. En el primer momento en que empezaste a evitarme, a tratarme mal, cosa que nunca has hecho antes… —Su respiración es entrecortada—. Tenía que verlo con mis propios ojos. Y me di cuenta, la primera vez que la vimos. —Limpia sus mejillas. Mi corazón late frenético por también romper a la única mujer que me ha querido por tantos años.

—Nunca, nunca lo había hecho. He venido para estar con mi familia—. Trago con fuerza—. Simplemente pasó, sin darme cuenta.

Zoe me contempla extrañada, y yo estoy perdido. Hundido en la mierda, la culpa me está volviendo loco. Tendría que haber parado todo desde un primer momento.

No reconozco a esta chica que me examina con rabia. Empieza a gritar, a pegarme golpes en el pecho, a insultarme. Dejo que haga conmigo lo que quiera. Lo merezco. Merezco cada cosa. Pienso en ella. Creo que preferiría que me hiciera lo mismo. La imagen de sus ojos llorosos, sus piernas inquietas, su crisis. Zoe sale de la habitación. Escucho golpes y cristales estallando, supongo que contra la pared. Me preocupo por si se puede hacer daño y voy junto a ella, me apoyo en la pared y dejo que se desahogue.

—¡Te he ayudado siempre!, ¡te he dado todo! —grita—. ¿Y así me lo pagas?

Es verdad, hoy soy quien soy después de que me fui de España gracias a ella. Y sí…, soy un maldito desgraciado. No me vale estar

disculpándome. ¿Para qué? Ya está cada cosa en la mierda. Siete años tirados a la basura. Por mí, por mis errores del pasado que han dañado mi presente y seguramente mi futuro.

—Era capaz de poner el mundo a tus pies, Felipe. Casi lo he puesto. —Sonríe con ironía—. Me he enfrentado a mi familia cuando nos conocimos. Sabes que no eras del agrado de mi padre. Pero estaba enamorada de ti. Hubiera hecho cualquier cosa para tenerte a mi lado. —solloza—. *Are you fucking me? Fuck!* ¡Me propusiste *marriage*! —chilla indignada.

Cierro los ojos con fuerza, haciendo una pequeña mueca de dolor, sin embargo, no se compara con el dolor que dejé y que le estoy dejando a una de las mujeres que entró en mi vida. Como siempre, estoy sin saber qué decir. Me he hundido en la mierda.

Busca su teléfono y llama a su hermano para que le compre un billete de avión para lo más pronto posible. Hablan en inglés, me insulta y llora a la vez. Con la mano que tiene libre empieza a coger su ropa del armario y a guardarla en su maleta, enfadada, frustrada, triste, decepcionada. ¿Quién no lo iba a estar? Observo mi vida pasar lentamente desde el minuto uno, desde que comencé a hacer de la vida de Val un maldito infierno sin haberme dado cuenta hasta ahora. Luego está Zoe… La he querido, y la quiero… ¿Pero la quiero de verdad? Supuestamente, quien ama no traiciona. No provoca que la otra persona sufra. Lo contrario de mí. Supongo que este no es nuestro momento, más bien, no es el mío.

Estar aquí ahora, viendo cómo destruyo a otra mujer… ¿Podríamos haber sido felices juntos? No creo. Porque soy un maldito cabrón que no puede dejar de pensar en otra. Enamorarse tan rápido de alguien más no es algo que pasa en la vida real, solo ocurre en los libros de romance y en las películas. Cuando encuentras a ese alguien, puedes ser tú, puedes ser libre. Sí, y es la misma a la que he machacado toda mi vida. Y lo más difícil es… saber que nunca la voy a poder tener. Jamás me perdonará. Ninguna lo hará.

CAPÍTULO 43

Valkiria

Es lunes, y mientras Mauro apaga las luces de la cafetería, yo le espero fuera, hasta que, de pronto, mi amiga nos llama llorando por teléfono. Más bien a Mauro. No contestó a ninguno de los mensajes que le habíamos enviado por la mañana cuando nuestro amigo me preguntó cómo estaba después de mi crisis del baño de la noche anterior. Lo leyó porque estaban los dos palitroques azules del WhatsApp. Igual que nos suele hablar cuando se despierta, y no lo hizo, también nos dejó en visto. Mauro la insultó y nada. Lo primero que me había venido a la cabeza fue que Felipe le hubiese contado todo. Sin embargo, me habría llamado para hablar. No quería quedarme con la duda porque, si algún día ella se enterase, me gustaría que fuera por mí. Aunque sé que se sentiría mal. Comienzo a escuchar sus sollozos en la llamada. También le dice a Mauro que no me diga nada. Cerré los ojos en ese momento; lo había hecho.

Él me mira extrañado, cuelga la llamada y vamos directamente a su casa. Ambos tenemos las llaves y, al entrar, primero lo hace él. Al verlo, lo abraza y llora como una niña pequeña. Las únicas veces que la he visto así fueron cuando pasó lo de Sergio y cuando me ingresaron a la fuerza.

—Mi hermano, mi hermano —suelta casi sin poder respirar—. Fue mi hermano. —Y entonces mis ojos se clavan en los suyos. Ya no hay dudas. Mi corazón se vuelve más pequeño. Cuando me ve, lo único que me dice es que me vaya.

Mauro, sin entender nada, coge su rostro entre sus manos. Ver a mi amiga tan mal… No puedo contener mis ganas de derramar todo lo que se ha acumulado en mí.

—Estefi —digo su nombre.

—Fue *su culpa*, ¡toda *su culpa*! —continúa. Niego con la cabeza. Mi corazón se acelera, llenándome de dolor y culpa—. Está destrozado pero, te destrozó primero, te hizo mucho daño.

Yo también fallé. No le conté la verdad. Por miedo. Por vergüenza.

—¿Qué pasa? —inquiere Mauro, asustado. No le he contado nada y supongo que Gabriel tampoco. Cierro la puerta.

—Lo siento Val, lo siento mucho. Nunca. —Me acerco a ella y niega—. Es mi hermano... —Se sienta en el brazo del sofá—. Y tú, mi mejor amiga. —Tapa su rostro—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¡¿Cómo?!

—Est…

—¡No! Fue por su culpa… ¿Por qué nunca me lo has dicho? Si lo hubieras hecho… nada de todo esto hubiera pasado luego Val. ¡Nada! Te perdí por casi dos años.

El cuerpo de mi amiga tiembla. Intento dar un paso más, pero se opone a que me acerque a ella. Me duele en el alma verla así. Poco a poco nuestro amigo la tranquiliza y le cuenta todo. Yo me quedo en el mismo sitio. Cada una de sus palabras me machaca por dentro. Mauro está flipando, apenas murmura algo. Entiendo por qué Gabriel se puso como una fiera ayer. Nuestro amigo empieza a insultar a Felipe, se encabrita, diciendo que le va a romper la cara, y Estefi llora más. Lo freno y hago que me prometa que no le hará lo mismo que le ha hecho a Sergio. Se niega, está muy cabreado. No quiero que diga nada más para no hacer que nuestra amiga se sienta peor. Me coloco a su lado; no deja de disculparse, una y otra vez. Pero no tengo nada que perdonarle a ella. Nunca.

Estuve con mi amiga hasta que se quedó dormida y me fui a mi casa. No era tan tarde. Me duché, poco después llega Gabriel y me

encuentra llorando en el baño. Me pregunta y no soy capaz de contestarle.

Como siempre, él parece leer mi mente. Cuando menciona el nombre de Felipe, mis ojos se van a los suyos. No dice nada. Aprieta su mandíbula y sale del baño. Escucho un portazo. Tendría que haberle dicho que no estoy así por Felipe. Que es lo que ha pensado seguramente. Pero estoy tan agotada psicológicamente, que no lo he parado para darle una explicación. Intento aguantar mi llanto, pero soy incapaz. Y al final me quedo dormida.

***

Ya ha pasado una semana. Desde entonces tengo pesadillas...

Sus ojos observan los míos llenos de lágrimas y con arrepentimiento; lo encuentro en cada lugar al que voy. Siento como si me estuviera vigilando continuamente. Algunas veces, está apoyado en algo, con los brazos cruzados. Me incomoda la manera en que me mira. Dejo lo que estoy haciendo y camino en su dirección; en cada paso pareciera que me acerco a él, aunque nunca sucede. Me estoy volviendo loca. Lo veo en todas partes. Me suelo despertar con un dolor en las piernas increíble, sudando y temblando, como si me hubieran dado una paliza. Además, cuando miro a mi lado, ya no está la única persona que es capaz de hacer desaparecer mis demonios.

Lo echo de menos. No sé nada de él desde entonces.

—Valkiria —me llama Claudia—. ¿Por qué te sientes así? ¿Te sientes culpable? —pregunta ella.

—Perdón. —Froto mi rostro. Volviendo a mi supuesta sesión.

Pienso. Tampoco tengo esa respuesta. ¿Por qué creo que le he destrozado la vida? Era más *feliz* cuando apenas dos personas sabían la verdad: Gabriel y mi psicóloga.

—El día que me llamaste la semana pasada, por lo menos me contestabas sí o no. —Lo hago en mi mente. Allí contesto a cada una de sus preguntas.

Me costó mucho tomar esta decisión. Después de estar delante de una tostada, no sé cuántas horas, sin pensar me presenté en su consulta, así sin más. Y ahora… no sé si hice bien. No sé si lo hice por mí, o si lo hice por Gabriel, o si simplemente ya no aguantaba más. Es esto o volverme demente. De pronto, mi teléfono empieza a sonar insistentemente. Miro la pantalla y es Estefi. Hoy es el día de su proyecto final. Le prometí que estaría allí a la una en Ifema. Va a ser a lo grande. Los estudiantes del último año harán su desfile con la presencia de grandes diseñadores de moda, tutores y mentores. Doce modelos, uno para cada alumno, una de ellas incluida yo.

—¿Y Gabriel?

Amo escuchar su nombre.

«Te voy a matar si no estás aquí en quince minutos». Me escribe la histérica de mi amiga. Sonrío y no contesto.

—Gabriel… —Suspiro. Es la luz de mi oscuridad—. Ya no sé en qué punto estamos. Sucedió tan rápido, no entiendo lo que siento a veces.

«Valkiria, la madre que te trajo a este maldito mundo. ¡Hija de puta! Dime que estás de camino».

Muevo la cabeza, está desquiciada perdida. Estefi me llama al móvil y la psicóloga me mira con cara de pocos amigos, así que decido no cogerlo.

—Valkiria, ¿has pensado en darte un tiempo a ti misma?

—¿Tiempo?

Eso suena como si pudiera llegar a curarme y también a destruirme por completo.

—Sí. Salir un poco de esto. Pasar tiempo contigo misma. Reflexionar sobre tu vida. Conocer qué quieres realmente. Hacer un viaje sola o con tus amigos. Cambiar de aires. Has pasado por mucho en las últimas semanas.

Lo primero en que pienso es en Holanda, pero a la vez siento algo de miedo. Hace muchos días que mi demonio no me habla.

Temo estar sola y que aparezca. Y no sepa cómo reaccionar.

—Y si… —Exhalo—. ¿Y si vuelven a aparecer? —pregunto con el corazón acelerado.

—Ya sabes a quién llamar —contesta con una sonrisa. Lo sé.

Estoy a punto de decirle algo y mi móvil empieza a vibrar nuevamente.

—Tengo que cogerlo.

Deslizo el dedo por la pantalla.

—Me voy a cagar en toda tu vida —me chilla mi amiga. Ambas nos reímos—. Ya tendrías que estar aquí. Hija de puta. Te voy a matar, Valkiria. A ma-tar.

—Ya voy, tuve que parar a hacer una cosa antes —le cuelgo.

Miro a Claudia, suspira un par de veces. Odio cuando hace eso, me psicoanaliza.

—Supongo que nuestra sesión se ha acabado, ¿no? —inquiere—. Ha durado… — observa su reloj en la muñeca izquierda—. Veinticinco minutos.

No contesto, cojo mi bolso y me levanto.

—Volveré. —Sonríe.

—Eso dijiste hace unos años… Me alegro de verte.

—Ya.

Vaya mierda de sesión. No me ha valido de nada. Cojo un taxi que me deja en Ifema. Llamo a Estefi para decirle que ya estoy aquí; me indica en dónde está, mientras camino en su dirección. Al llegar, es una locura. No sé cuánta gente habrá. Fotógrafos, reporteros, entre otros. Está todo separado por biombos blancos. Llego hasta donde están, saludo y veo a mi amiga separarse rápidamente de Joaquín. Arrugo mi frente y ella me mira guiñándome el ojo.

Por un segundo, el dolor parece ser algo más llevadero; vuelvo a ser yo, o lo intento por lo menos.

—Colócate esos tacones, que nos toca ensayo ya. —Se ha vuelto una mandona. Los únicos modelos hombres que hay son dos: el que se está follando y otro.

Las demás son mujeres. Con curvas. Así las llama mi amiga. Me pongo los tacones y caminamos en fila india. Lo hago por ella, odio ser el centro de atención de la gente. Es apenas un ensayo y me sudan las manos, mi corazón va demasiado deprisa. Muevo las piernas, inquieta, cerrando los ojos con fuerza. La pasarela es muy larga. Observo a la primera modelo subirse e inicia la canción de Illenium y Teddy Swims: *All That Really Matters.*

«No caigas, no te tropieces».

El foco principal sigue a cada una de las modelos, que caminan como auténticas profesionales; quiero dejarlo. No valgo para esto. No valgo. ¿Y si me caigo y me doy con la cara entera contra el suelo? Lo visualizo en mi mente y muevo la cabeza. Faltan solo dos chicas más para que me toque a mí; la idiota de mi amiga me puso la última entre las mujeres. Respiro hondo y suelto el aire un par de veces. Mi estómago empieza a revolverse cuando estoy a un escalón de subir. Estefi asiente con la cabeza y doy un paso. La música resuena en mi cabeza y mis malditas piernas no se mueven joder. Imagino todo lleno de gente, con sus padres mirándome, y si vienen sus padres. Vendrá su hermano. Tiemblo.

—Valkiria —me chilla. Camino despacio mientras mi cuerpo está duro como un palo. No puedo, de verdad. Mi pecho sube y baja demasiado rápido.

La pasarela parece interminable. O soy yo que no avanzo. No voy a poder lograrlo. Estoy a punto de infartarme. Al estar por llegar al final de la pasarela, veo de reojo cómo sube Joaquín. Termino y apoyo mi espalda en la pared, inclinándome hacia delante. No, por Dios. Que no me dé un ataque ahora. Mis piernas se aflojan, haciendo que me siente en el suelo. Veo la sombra de alguien a mi lado. Mis ojos están nublados.

—Tranquila —dice él.

Desaparece y reaparece en segundos con un vaso de agua, me lo entrega y yo lo cojo con las manos temblorosas. Bebo en pequeños sorbos hasta que de alguna manera soy capaz de calmarme. Volvemos con los demás; los ojos de Estefi están encima de nosotros. Le sonrío y le guiño un ojo. Nos da una pequeña charla junto con sus tutores y responsables, de cómo será todo, el orden y esas cosas.

Mi amiga se encuentra nerviosa y feliz a la vez. Esto es muy importante para ella; le ha dedicado meses de trabajo y noches de insomnio para llegar a su gran día. Escucho vagamente, ya que tengo la cabeza en otro lugar que no debería. Mas bien, en su hermano.

CAPÍTULO 44

Felipe

Mi vida es un maldito caos. Un auténtico desastre. Después de lo que pasó con Zoe, no supe nada más de ella hasta que su hermano me llamó días después para avisarme que había llegado bien a Nueva York; está destrozada. Normal, como va a estar. Si le he jodido años de su vida. He decidido quedarme. No es el mejor momento para volver con ella. ¿Para qué? Me fui al pueblo, y allí estoy. Mi madre no entiende nada, apenas sabe la mitad de las cosas, ya que cuando Zoe la llamó para despedirse, solo le dijo que yo ya le contaría. Y lo hice, pero no todo. No puedo provocarle más daño a la gente de mi alrededor. Val, Zoe, mi hermana.

Sentí la necesidad de contarle la verdad a Estefi cuando salí del hotel aquella noche, por más doloroso que fuera. No podía guardar todo mucho más tiempo; nunca hemos tenido secretos. Me insultó, me pegó, y yo me dejé.

Días más tarde, cuando la llamé, pensé que no iba a coger mi llamada; sin embargo, sí lo hizo. No me ha perdonado todavía. Y lo entiendo. No la he visto desde entonces.

Nada más llegar a donde hará su proyecto de fin de curso, mi madre habla con ella. Estefi le da las indicaciones sobre dónde tenemos que estar. Deseaba ir a verla, aunque sé que Val también estará y espero que no se ponga mal. Es una situación complicada con mi hermana en el medio.

Nos sentamos y poco a poco empieza a llegar la gente. Igual que nosotros, hay otras familias y amigos de los estudiantes. A mi lado

hay un sitio vacío que seguro es para Mauro, en primera fila. La canción de Jung Kook: *Standing Next to You* se comienza a sonar de fondo, mientras la gente aplaude al aparecer fotos de todos los alumnos en la gran pantalla. Con cada retrato, la gente grita, silba. Orgullosos de cada uno de ellos.

Sonrío al ver a Mauro saludando a mis padres. A mí ni siquiera me mira, solo cierra el puño y me pega en el muslo. Aprieto los labios por el dolor y me froto en la zona del golpe. Seguidamente, me enseña el dedo del medio.

—No te doy una paliza porque estamos donde estamos. —Asiento nada más. Es su amiga, lo merezco.

Las luces se apagan, encendiéndose una por una las que están alrededor de la pasarela. El nombre de Vanessa aparece en la pantalla junto con el sonido que se va incrementando cada vez más con la música de *3D* de Jung Kook feat. Jack Harlow. La primera chica aparece; es morena, tiene el cabello negro hasta su cintura y un cuerpo perfecto. Va con un vestido largo, verde oscuro, con una raja que llega casi hasta su ingle. Es hermosa. Mauro me observa de reojo, así que volteo la vista hacia él.

—¿Qué? —le digo.

—¿Tu próxima víctima cabrón de mierda? Te voy a arruinar la vida.

Me inclino hacia delante cuando entran una tras otra. Los presentes hacen un alboroto al finalizar cada presentación, poniéndose de pie cada vez que presentan a los diseñadores junto con sus tutores. Algunos están emocionados, otros no dejan de sonreír, otros saludan a sus amigos, que gritan sus nombres con pancartas y carteles.

La pobre de mi madre observa todo con los ojos muy abiertos, está descolocada, seguramente pensando en el trabajo que conlleva realizar algo así.

No sabemos cuándo le toca a mi hermana hasta que la vemos en la pantalla en varias imágenes: en el taller, en la universidad, con

sus modelos, en pruebas de ropa. Los ojos de mi madre se nublan al reconocer a su pequeña. Me coge la mano y mi corazón se acelera al ver una foto de Mauro, Val y Estefi en el taller. Gano otro puñetazo en la pierna. A continuación, miro a mi madre, que tiene ahora ambas manos muy apretadas con la mía.

—Tranquila, va a salir genial.

—Lo sé. Ha trabajado mucho para esto —contesta mi progenitora. Mi padre, que no ha dicho ni una sola palabra, no deja de mirar fijamente el escenario. Es una estatua. Solo mira la entrada con una intensidad que da miedo, muy orgulloso de su pequeña como lo estamos los demás.

Entra la primera modelo. No es ella.

Trago saliva. Me acomodo en la silla. Los murmullos se convierten en gritos de ovación cuando la modelo empieza a caminar. Son chicas de tallas grandes, cada una muy segura de sí misma. Menos una. El público se pone de pie. Se siente la aprobación de todos, y eso me alegra profundamente.

—La miras y te saco los ojos —vuelve a decir su amigo, como si leyera mis pensamientos.

Me tenso y le guiño el ojo. Claro que la voy a mirar. La verdad no debería, pero, aunque me hace demasiado daño, necesito verla. De pronto me doy cuenta de que Mauro busca a alguien. Ya me imagino a quién. Está en el fondo de pie, con sus manos en cada bolsillo del pantalón. Lo odio. Me robó a mi chica. Nuestras miradas se encuentran, ambas llenas de rabia del uno hacia el otro.

All That Really Matters llega a su estrofa principal; fui traduciéndome la letra en la cabeza. Y entonces aparece ella. Es la última modelo en salir. Cierro los ojos con fuerza, el aire parece irse, casi no puedo ni respirar ni pestañear. Está espectacular, con una falda negra hasta las rodillas, de tiro alto, y la raja abierta en su muslo derecho, enseñando una de sus flores. Lleva un top de rayas en vertical de varios colores, enseñando casi todos los tatuajes de su

espalda y costillas, su historia, de la que fui parte, para bien o para mal. Más bien para lo último.

Froto mi rostro, está impresionante. Mauro y ella cruzan miradas, igual que con nosotros, mientras su amigo le grita de todo. Está nerviosa, se nota cómo sus dedos se mueven. Al llegar al final, se detiene unos segundos. Antes de reanudar sus pasos, echa un vistazo una vez más hacia atrás. No sé si es ella quien tiembla o soy yo. Siento un nudo en el pecho. Una presión dura. Sé a quién ha mirado ella. Cuando pasa de nuevo por nuestro lado, él le lanza besos.

Suspiro más de una vez.

No sé si de frustración, de tristeza o de vergüenza. Probablemente por las tres. Estoy angustiado, enfadado, conmigo mismo en el fondo.

Cuando ella desaparece, me desaparece también el mundo. Siento el mismo vacío desde que lo nuestro llegó a su fin. No era mi intención enamorarme de Valkiria. Ella es la estabilidad de mi inestabilidad. Me dio el equilibrio que siempre he pensado que tenía. Sin embargo, no era así. Lo descubrí con ella. Me dio un espacio en el que pude respirar hondo y ver y sentir ciertas cosas que nunca tuve. Porque no era feliz

.

CAPÍTULO 45

Valkiria

Creo que es la primera vez en mi vida que me veo una mujer como cualquier otra. Sin prejuicios, sin complejos. Como siempre tendría que haberme sentido. Ni siquiera me había podido mirar al espejo hasta que terminó todo. Me observo y lloro. No de tristeza, creo; supongo que de agotamiento mental. Al principio, al verlas tan delgadas y perfectas, no creí que pudiera lograrlo. Pero lo hice. Al inicio sentí algo que no reconocí en su momento. Pero al final, me he sentido bien conmigo misma. Aguanté para no derramar ni una sola gota salada que quería salir de mis ojos. Por primera vez, no he visto a mi otra sombra. No he visto a mi otro yo oscuro de mi cabeza. Como si me hubiera quitado años de peso de mi cuerpo, que me aplastaban día tras día. Por eso lloro ahora. Como nunca en la vida, me siento liberada después de tantos *años* atrapada en algo que nunca he podido entender por qué era así.

Y me gusta sentirme de esta manera, libre. Es una sensación inexplicable. No hay palabra exacta, solo aire, que me ayuda a respirar y luz que ilumina mi oscuridad porque él estaba allí.

—Cariño —me llama Mauro entrando en el baño, desesperado—. ¿Todo bien? —pregunta, mirándome con atención. Asiento y él me abraza—. No estarás así por el elemento, ¿no? —Se refiere a Felipe.

Niego.

—Me siento… no sé cómo expresarlo. Lo he visto, de pie, observándome, cuidándome, como lo ha hecho siempre.

Mauro carcajea.

—Sabes que no iba a perdérselo.

—Lo sé. He podido verme como siempre he querido, Mauro. —Apoyo mi cabeza en su pecho.

—Nena, eso está muy bien. ¿Cómo te has sentido?

Río y lloro a la vez y sus brazos me envuelven más fuerte.

—No sé explicarte. Libre. —No tengo otra palabra ahora mismo para describirlo.

Mi amigo está emocionado.

—Cuando entraste, empezaron a salir fotos tuyas y mira. —Me enseña algunas—. Cielo, has estado maravillosa. Eres todo eso y más. Y me alegro de que te sientas bien. Por lo menos una vez. Espero que te guste esa sensación, que te acostumbres a ella y quieras tenerla cada día.

—Me miraba como si me adorara —comento, hablando de Gabriel.

Mi corazón ya estaba acelerado con lo demás, cuando lo vi, sonriéndome y diciéndome que me quería, con apenas unos movimientos de sus labios, pensé que me iba a morir allí mismo. Él siempre es capaz de traer la paz que necesito.

—Claro que te adora, está loco por ti Val, y tú por él. Y estoy muy feliz por ti cariño. Pero hay algo que no deja que des cuenta.

No respondo, porque es tal como lo dice.

Un muro. Muchas heridas, malos pensamientos que llegaban cada vez que algo me hacía sentir bien. Sé que es culpa mía también. Por el miedo de que todo lo bonito se rompa.

Mirarme, verme por *primera vez*, creo que al fin puedo dejarme querer. Por alguien, por él. A mí misma. Y eso ya es suficiente.

El móvil de Mauro empieza a sonar, sacándonos de nuestro momento.

—¿Dónde estáis? —pregunta eufórica. Entiendo su felicidad—. Mi padre nos invita a cenar y quiero que vengáis con nosotros —

comenta nuestra amiga mientras escuchamos murmullos de fondo.

—Yo voy, pero Val no. —Abro los ojos.

—¿Por qué no? —indaga.

—Yo tampoco dejaría pasar la oportunidad de follar por aguantaros y estar cerca del hijo de puta de tu hermano —contesta frustrado.

Pellizco a Mauro para que no le esté diciendo esas cosas. Ya bastante mal está con ese tema.

—Dale besos de mi parte, te esperamos fuera. —Cuelga.

Lo empujo y me deja una sonrisa de medio lado.

—No vengas, quiero que sientas más eso que tienes ahora. Y ve a verlo. Te echa de menos. Sois igual de gilipollas. Te quiero, cielo. Mañana te llamo para que me cuentes hasta qué hondo te metió la polla en la garganta.

Levanto el brazo para darle un golpe, pero lo esquiva y sale del baño.

Me vuelvo a observar; tengo el rostro hecho un desastre. El rímel corrido, los labios manchados de rojo puta, por el pintalabios que llevo o llevaba. Me lavo la cara para quitarme todo y otra vez me echo un vistazo. Ya no puedo ver a aquella imagen distorsionada que no encaja en mí. Solo puedo ver a Valkiria. Y no niego que me gusta. Me gusta mucho.

***

Timbro.

Esperé unos segundos hasta que abrió el portal. Claro que he venido a su casa. Necesito decirle tantas cosas que ya no puedo aguantar dentro de mí. La verdad, pensé que no estaría. Pero tenía que arriesgarme. Apoyo la espalda en el ascensor hasta que llego en su planta y camino hacia su puerta. Está entreabierta, respiro profundo un par de veces. Doy dos golpes y aprieto mis dedos por el hormigueo de mis manos. Lo escucho acercarse y detenerse un instante. Puedo sentir que está detrás.

Pareciera que me recibe a propósito sin camisa, con la mano en el pomo.

Me examina, igual que yo a él. Ninguno dice nada. Lo conozco, aún está molesto. Que haya ido a verme y decirme que me quiere no quita que siga de esa manera. Lo entiendo y lo respeto.

Esos días sin él se me han hecho eternos.

—Te quiero —digo. Gabriel no contesta, solo me contempla, con esa intensidad que me ha reconstruido tantas veces—. Te quiero. —Mi vista se nubla y me aproximo hasta quedar frente a frente—. Gracias por estar ahí siempre, por cuidarme, por quererme tal como soy. —Trago con fuerza, por el mismo nudo que se me hace en la garganta, como si ardiera cada parte de mi cuerpo por dentro—. Gracias por no irte cuando conociste la peor parte de mí, esa que no te gusta. —Sus ojos están fijos en mi boca. Su pecho se mueve de arriba y bajo—. Gracias por quererme y odiarme a la vez.

Gabriel lo único que hace es pestañear, sé que respira porque estoy cerca de él, de otra manera, podría decir que casi ni eso. Abre la boca y vuelve a cerrarla.

—El amor no *se* elige, *te* elige. Y *él* te ha elegido a *ti*. Desde hace mucho. Tal vez mi amor sea demasiado *grande* o es que soy el más intenso de los dos. Pero no tengo prisa. Te echo de menos y eso me gusta. Ya han pasado muchos meses y continúo cada vez más loco y obsesionado por ti. Me gusta esa sensación y tengo miedo de que se vaya. Sin embargo, necesitas un tiempo, tu tiempo. Estoy segurísimo. Aunque soy un maldito egoísta que no puede dejarte. Quiero darte ese abrazo seguro por la mañana, que no escuches a esa vocecita en tu cabeza, que todos tus demonios desaparezcan. Curar tus días malos y que eso dure el tiempo que necesites. —Me deja un beso en la nariz.

»Quiero darte atención cuando quieras hablar, quiero contarte mis secretos y que tú me cuentes a mí los tuyos, mientras beso cada parte de tu rostro. —Sus labios están en una de mis mejillas. Parpadeo debido a las lágrimas de mis ojos para verlo mejor—. Continúo creyendo en nosotros, Val. Lo he hecho desde el minuto

uno. Sin ti me siento vacío y contigo soy feliz. Nada será color de rosa. Pero, cuando llegue el color negro, quiero estar ahí. Quiero ser tu felicidad. Quiero ser tu todo.

—Ga… Gabri —digo, con la voz temblorosa.

Sus dedos borran las gotas de mis mejillas. Y me rompo.

—Necesitas curar tu mente y tu corazón, Val. Estaré esperándote. Seguramente cada día más enamorado y loco por ti. Eso me da igual. Porque no quiero una mitad. Te quiero entera. Con tus dudas, tus locuras, tu sombra. Pero entera. Libre.

GABRIEL

El maldito «te quiero» que esperé tanto. No contesté. No porque no quería, sino porque tenía miedo de estropear este momento. Nuestro momento. No quiero desconcentrarme, porque si lo hago, simplemente la cogería y la llevaría a mi habitación para hundirme en lo más profundo de su ser. Y me conozco. Si lo hago, no hay marcha atrás. Ella sigue ahí, ahora muy cerca. Sus ojos se llenan de lágrimas; es mi debilidad.

Me da las gracias y la verdad, la odié un poco. La odié por hacerme sentir esto. Quererla tanto y no saber si soy suficiente para que se quede. Pero me la suda. Se quedará. Por mis cojones que se quedará. Está a apenas unos centímetros de mi boca. Mi mente grita que me la coma a besos, mi cuerpo quiere abrazar el suyo y mi corazón… lo tiene ella. La maldita lo tiene.

Quiero que sea su luz sin depender de la mía.

La beso en la nariz. Si la beso en los labios, me pierdo. Quiero todo de ella, no un pedazo. El paquete completo, no solo las partes que duelan. La veo llorar…

Mi nombre sale de su boca en un susurro.

Tiene que irse para encontrarse, necesita hacerlo. Aunque cada día que se encuentre lejos de mí me mate. Sé que va a volver… Volverá sabiendo quién es… Y será todo para mí. Sin condiciones ni filtros, y lo principal, sin miedos.

EPÍLOGO

Valkiria

Algunos meses más tarde…

—¡¿Perdón?! A ver…, ¿estáis diciendo que me estáis dejando tirada a solo cinco horas de salir el vuelo? ¿En el viaje que llevo planeando casi cinco meses? —Me levanto apoyando ambas manos encima de la mesa. Nos encontrábamos merendando en la cocina de mi madre.

Mis amigos asienten con los labios apretados para no reírse. Los fulmino con la mirada, moviéndome para acercarme a ellos, pero se alejan de mí.

—Val…

—¡Os voy a matar! —grito. Esos dos hijos de puta corren hasta la otra punta, para seguir alejándose más. Necesito pillarlos y asesinar a cada uno con mis propias manos. Voy tras ellos con una mezcla de Valkiria y el alma que lleva el diablo.

—Tía… —habla Estefi.

—Dime que es otra broma vuestra, que cada uno tiene su maleta preparada y que vamos a pasar cinco días maravillosos —chillo con eso último. Niegan. ¡Niegan en mi cara!—. ¿Me estáis dejando, a vuestra amiga, hermana, por una polla?

Rodeamos la mesa una vez más.

—Una así de grande —suelta Mauro, haciendo un gesto con la mano.

Empiezan a correr, mientras yo grito como una desquiciada; cojo lo primero que veo es la escoba. Un cepillo de barrer.

—¡Voy a pasar el resto de mi vida en una cárcel y me va a dar igual! —exclamo.

Salen a la calle y yo voy detrás, con el cepillo de barrer en alto. Y como lo cotillas que son, los vecinos se asoman, igual que nuestras madres que estaban en el césped de la casa de Estefanía.

—¡Valkiria! —grita mi madre.

—¡Titaaaaa! ¡Nos quiere pegar! ¡Ayúdanos! —suplican esos dos cobardes, traidores.

Las tres nos observan, dándonos por perdidos.

—¡Mamá! Me acaban… —Trago con fuerza endemoniada—. Que no vienen conmigo a Holanda. Y lo más increíble es que es por un hombre.

Vuelvo a correr detrás de ellos.

—Mentira. —Mauro coloca la mano en su boca, rojo como un tomate, riéndose en mi maldita cara.

—¡Maricón! Te voy a meter el maldito palo por el culo cuando te coja.

Mi examiga, que ya puedo llamarla así, está inclinada hacia adelante llorando de la risa.

—Oye…, ¿te contrato otro puto y nos perdonas? Desde que te dejó Gabriel estás amargada.

Ahora sí.

—¡Que no me ha dejado! —Lloriqueo—. Esther, ¿me vas a visitar detrás de las rejas? Porque a estos los mato.

Doy algunos pasos más para llegar hasta ellos, sofocada de tanto correr y de la misma rabia que tengo en este instante, hasta que unos brazos me rodean la cintura, apartándome a un lado. Giro mi rostro y ese maldito me sonríe.

—Suelta el palo ya —me dice Felipe.

—No te metas, que te tengo unas ganas… —Sonríe, quitándome el palo de las manos. Su hermana y Mauro salen corriendo otra vez.

—Cobardes… —Empiezo a perseguirlos de nuevo, pero el hermano de mi amiga me coge por encima de la rodilla, echándome en su hombro como un saco de patata—. ¡Que me sueltes! —Le pego en la espalda con todas mis fuerzas; seguido me pellizca una nalga—. ¡Te odio! —protesto.

—¡Que sí! —Camina conmigo encima hasta llegar a su casa.

Me baja y observo a mis amigos, escondidos en la cocina. Felipe se aparta a un lado y Mauro tira de su camisa para ponerse detrás de él, usándolo de escudo por si decido tirarle algún objeto.

—Vas a estar bien, nena. Quién sabe, capaz conoces a un holandés rico y os enamoráis perdidamente, te lleva y estaremos tranquilos sin ti. —Le tiro la chancla que está en el suelo y vuelve a esconderse detrás de Felipe.

La madre de Estefi se levanta del césped acercándose a mí.

—A ver cariño, no es para tanto… —carcajeo.

—No es para tanto dice… Todos estáis contra mí. —Decido ser la reina del drama porque todavía me queda algo de dignidad. Poca, la verdad, muy poca.

—Me dejaron por una polla. Una polla. Por una así de pequeña, que lo sepáis.

—Lo tuyo es envidia —me pica, porque sabe dónde me duele y respiro profundo, tranquilizándome, para no darle dos hostias.

En ese momento aparece mi padre.

—¿Otra vez estáis peleando? Se escuchan vuestros gritos desde la calle de atrás. Valkiria, no me seas malhablada.

—¿Por haber dicho polla? —repito. Mi madre arruga su frente y luego se ríe.

—¡Val! —Me vuelve a llamar la atención.

—¡Polla, polla, polla! —grito.

Mi amiga asoma la cabeza por la puerta, detrás de Mauro y de su hermano, como una rata callejera.

—No es cualquier polla, es del Joaquín el modelo. Nos estamos conociendo.

—Conociendo dice. —Me río alto—. Si se podría decir que viven juntos ya. —Mi amiga pone mala cara mientras observa a su madre —. ¡Te jodes!

—El demonio en persona —suelta. Me hace una peineta y yo le enseño la lengua.

Mauro baja el primer escalón de la cocina.

—Es el cumpleaños de Marcelo —dice—. También te pide perdón, es nuestro primer cumpleaños juntos. Nena, no te enfades.

—Que os den.

Voy a llorar, a patalear como una niña pequeña. Ya me veo teniendo una crisis de ansiedad, sola, abandonada. Salgo de la casa de los padres de mi amiga, enfadada no, enfadadísima, en dirección a la casa de mis padres. Felipe viene detrás de mí, llamándome, pero paso de él.

Mi relación con el hermano de mi *bestie* ha mejorado bastante. Al principio ni siquiera nos mirábamos a la cara. Nos evitábamos de todas las maneras posibles. Luego se fue unos días de viaje, a un retiro espiritual. Eso me dijo su hermana. Necesitaba poner su cabeza y su corazón en orden. Y me alegro mucho por Felipe. De verdad. Algunas veces pensaba que no sabía si podría perdonarlo. Pasé semanas dándole vueltas al tema en mi mente. Me sentía bien, aunque no del todo. Solo logré estar completamente bien cuando volví a hablarle. Sé que es un hombre que me hizo mucho daño, pero ya forma parte de mi pasado. Y entendí que, para progresar, era lo que tenía que hacer. Al decidir que sería de esta manera, mi cerebro ha vuelto a protegerme de ciertos recuerdos para poder seguir con mi vida. Nos llevamos bien, me meto con él algunas veces, con que aún le tengo ganas; no obstante, esa época de mi vida parece haberse ido.

No fue un proceso fácil, he llorado noches y días. Tenía días mejores y peores. En esos días malos, lo único de lo que me acordaba era de Gabriel. Pasaron tres días después de que me fui de su casa… —Suspiro—. Lo que dice Mauro es verdad, me dejó. Pasamos por lo menos dos semanas sin vernos y yo me quería morir. Lo echaba tanto de menos. Pero él tenía razón, necesitaba encontrarme para después encontrarlo a él. Volví a hacer terapia, al principio dos veces a la semana y luego solo una. Algunas de ellas con mi madre. De mí surgió aparecer en el pueblo sin decir nada. La necesitaba, igual que a sus abrazos, su cariño. El amor de mi madre. Hacía varios años que ambas no demostrábamos ningún tipo de afecto. Creo que ahí fue cuando me liberé casi por completo. Nos hemos pedido perdón por muchas cosas, lloramos, volví a ser la niña de sus ojos, acurrucada en su pecho hasta quedarme dormida. Fue una de las principales cosas que me ayudaron en mi proceso de «renovación», como le llamo yo.

Volviendo al tema de Gabriel, sí, nos hemos acostado un par de veces. Sin embargo, fue nada más que eso. Fuimos a cenar o al cine alguna vez juntos. En condición de amigos. Me daba igual, solo quería estar con él. Tuve algunas crisis de ansiedad por el camino; nadie dijo que sería fácil y fue a él a quien llamé. Cumplió con lo que me prometió: estar conmigo en esos momentos. Se quedaba en mi casa hasta que me dormía, y luego, me despertaba estando sola. En otra ocasión, estuvimos hablando por teléfono porque estaba en casa de su madre, hasta que el sueño me venció. Me sentía incompleta. Porque él es mi otra mitad, es la luz de mi oscuridad, la felicidad de mis días tristes. Nos vimos algunas veces en el *pub* de Ricardo, pero no siempre hablábamos. Apenas saber que estaba allí me reconfortaba. Nos tratamos como amigos y eso me jode un huevo. Decimos que nos queremos, pero no hay nada más.

Necesitaba despegarme de él. No vivir solo cuando está conmigo. Pero bueno. Poco a poco fui acostumbrándome a estar sin *mi angelito*. Cada vez que nos vemos, nos saludamos con un pico, igual que hacemos Estefi y yo con Mauro.

Que, por cierto, Estefanía continúa trabajando en el taller como ayudante de la diseñadora principal. Obtuvo la mayor nota con su desfile. Desde aquel día sale con Joaquín. Él prácticamente vive en su casa. Mauro conoció a un brasileño que se llama Marcelo; está como un tren de bueno. Hace dos meses que están saliendo, parece majo, y la verdad que me gusta para él. Lo trata bien. Es lo opuesto de mi amigo. Al principio no me gustó; estaba celosa perdida. Sentía que todos me estaban cambiando por alguien más o dejándome. Me he vuelto un poco posesiva, por miedo a que se marcharan también como ha hecho Gabriel.

***

Dos horas más tarde, sin despedirme de ninguno de mis amigos —solo de mi madre—, cojo el vuelo a Holanda. Cuando despega el avión, empiezo a llorar. Tenía tantos planes junto a mis amigos para nuestros días. Da igual, a lo mejor me vendrá bien estar sola. Sola. Me coloco mis cascos, con la canción de Sebastián Yatra: No hay nadie más. Apoyo mi cabeza en el respaldo de la silla, con el corazón encogido al recordar a quien nunca ha salido de mi cabeza en todos estos meses. Infelizmente, me he dado cuenta de que lo quería demasiado tarde. Y eso… me duele en el alma.

Las dos horas y cuarenta minutos de vuelo pasan rápido, perdida en mi mundo, he dado alguna que otra cabezada. Aterrizamos y voy a por mi equipaje. Al salir, el taxi ya me está esperando. Habla en inglés, no entiendo una mierda, así que coloco a Siri para que le pregunte si puede hablar en español y lo hace. Charlamos un rato en la media hora de camino, pregunta si vengo sola y por qué. Me deja delante del hotel, el cual se encuentra en el centro de Ámsterdam. Hago el *check-in* para mi habitación, agradeciendo a la trabajadora.

Mi habitación es la 198, con capacidad para tres personas. Los odio, lo digo en serio. Dejo mi maleta en el suelo y me siento en la cama. Miro la hora: las seis y media de la tarde. Fuera ya es de noche. Decido salir a conocer la zona; hay poca gente y hace un frío de muerte. Me coloco la chaqueta que llevo y los auriculares que estaban colgados en mis hombros. Al conectarlos, el estribillo de

Love in The Dark de Adele suena con el volumen al máximo. Camino por las calles, es una ciudad demasiado silenciosa. No me gusta.

Las luces de las farolas se reflejan en los canales, es precioso. Saco una foto para enviarla al grupo de mis examigos, así parece que me estoy divirtiendo muchísimo. Un mojón así de grande. Entretenida con el móvil, me choco con una pareja que ríe en voz baja; seguro que son turistas. Qué deprimente será este maldito viaje. Los observo una vez más, se dan besos y se toman selfis. Qué envidia más grande. No sé si por la compañía o por las risas.

Entro en una tienda de comidas. Busco en el móvil alguna comida típica de aquí, las personas de mi alrededor hablan en varios idiomas entre ellas. Cuando me toca a mí, solo indico con el dedo lo que quiero. Señalo dos galletas que ni siquiera sé cómo se llaman, pero todos salen de aquí con unas. Pago, le dedico una sonrisa en agradecimiento y me voy.

Sigo caminando, las luces no me impresionan ya tanto como creí. Me parecen tristes más que otra cosa, como mi alma ahora mismo. Hay grupos de amigos en los tropecientos bares que hay por aquí. Por un momento, nos imagino a nosotros tres siendo el centro de atención, con los gritos de Mauro. Cabreada al recordarlo, vuelvo al hotel. Me cambio de ropa, poniéndome el pijama directamente. Las vistas desde mi ventana son preciosas. Observo todo, como a las personas que caminan de un lado a otro. Hay uno, que no sé si es hombre o mujer, que parece mirarme desde abajo. Debido a la sudadera negra y a la capucha que lleva puesta, ni siquiera puedo ver su rostro. Tiene las dos manos en el bolsillo. ¡Qué mal rollo, por Dios! Me aparto, sin embargo, en cuestión de segundos vuelvo a mirar y allí sigue.

Me meto en la cama y me coloco nuevamente los cascos. Mauro y Estefi contestan mi mensaje. A ellos los ignoro, pero hay otro que sí leo.

«Espero que disfrutes del viaje. Besos, tu Gabri».

—Idiota —tiro el móvil al lado de la cama—. Es imbécil, de verdad. —Paso la mano por mi rostro.

Hace días que no hablamos. La última vez le envié un mensaje diciéndole que tenía ganas de verle y pasó de mí como de la mierda. Ni siquiera se molestó en contestarme. ¿Habrá conocido a otra? No quiero ni pensarlo. Pensar algunas veces es muy malo. La canción sigue y, a la vez, suena el timbre de mi habitación. Arrugo mi frente, me quito un auricular y ya no escucho nada. El ruido se oye una vez más. Me levanto en dirección a la puerta, con la mente en otro lugar como siempre, y la abro.

GABRIEL

Parpadea un par de veces. Normal. Cómo no va a estar asustada o impactada con mi presencia. Me ha costado la misma vida conseguir hacer todo sin contarle nada. Llevo meses planeando cómo podría hacerlo. Lógicamente, con la ayuda de sus amigos. Cuando Mauro y Estefanía le dijeron que hoy no vendrían con ella, yo ya estaba aquí. Me pasaron los detalles de su viaje y les dije que no vinieran ya que quería darle una sorpresa. Al principio se negaron porque sabían que iba a suceder lo de esta mañana.

Reservé una habitación en el mismo hotel que el suyo. La vi llegar desde lejos y la seguí cuando salió a dar un paseo. Me he vuelto un psicópata obsesionado, creo. Aquella noche, mi intención no era dejarla. Sin embargo, al verla en la pasarela, radiante, como la luz que es ella, lo hice. Porque siempre supe que podía lograrlo sola. Y eso era lo que quería. Supe de ella por Mauro, mi cómplice. Iba a terapia, la estaba cumpliendo por ahora. Y yo… no podría estar más feliz. Era como si cada día fuera un día menos para estar a su lado para siempre. Como diga que no quiere… pues que se joderá, y de quedará.

Pensaba que yo sería la luz de su oscuridad. Respuesta simple: ella también es la mía.

Iba al club por las noches, a veces sin que me pudiera ver. Los días pasaban y se volvían insoportables. Una noche, la invité a cenar y al cine. Necesitaba estar a su lado, sentir su olor, escuchar su voz. Todo en plan de amigos. En el último momento, la seduje, con toda la cara dura que tengo. Nos acostamos ese día. Ya no podía seguir pajeándome como un loco pensando en ella. Después desaparecí. Me fui unos días a casa de mi madre. Quería morirme esa vez que me llamó llorando en medio de una crisis. Le prometí que estaría con

ella siempre y no ha sido así. La necesitaba y ella a mí. Mi madre me dijo muchas veces que cogiera el coche. Dudé, porque si hubiese ido, ya no me iría de su lado. Pasó el tiempo y volví a Madrid; ni siquiera pasé por mi casa, fui directo a la suya. Esa fue la segunda vez que nos acostamos en casi dos meses.

—¿Puedo pasar? —pregunto. No me contesta, solo me observa con los ojos muy abiertos.

Entro y ella me sigue con la vista, aún petrificada en el mismo sitio.

—Que… Que… ¿Qué haces… aquí? —Su voz tiembla.

Sonrío acercándome y cierro la puerta.

—Alguien me ha dicho que… ibas a estar sola de viaje. —Beso su mejilla. Puedo sentir cómo su cuerpo está tiritando.

Rodeo su cintura, trayéndola más cerca de mí. Su corazón late sincronizado con el mío. Siempre estamos conectados o en la misma sintonía. Y eso me encanta. Cada vez que eso pasa, no me arrepiento para nada de haber dejado mi vida de chico de compañía para estar a su lado. Aquella misma semana cerré mi página web, cambié mi número de teléfono y el nuevo Gabriel resurgió de sus cenizas. Enamorado únicamente de una persona.

—Gabriel —me llama por mi nombre, seguido, le dedico una sonrisa de medio lado. Me pega en el brazo, dándose cuenta de que fue planeado.

—Se acabó, Val. Ya no puedo estar lejos de ti. Ya ha pasado demasiado tiempo. No puedo. Te quiero, quiero estar contigo. He dejado todo. Y no me arrepiento, te pedí que volvieras a mí, pero soy yo quien vengo hasta ti. Quiero pedirte que seamos lo que tú quieras. Construir algo juntos, *tú* y *yo*. Y si en eso entra follar, mejor. Follaremos mucho.

—Entonces… —Hace una pausa—. Bésame, acarícíame, muérdeme y cuando mi cuerpo tiemble… No pares, por favor. —Sus palabras me nublan la mente, haciéndome perder completamente la jodida cabeza.

Estampo mi boca contra la suya, sin dulzura, sin pausa. Ella sabe que a veces lo romántico no me va y esta noche menos que nunca. Quiero verla rendida. Atada y mía.

Me vuelve loco que le guste. Que me mire así, dispuesta a lo que sea y solo conmigo. Quiero hacer cada cosa que imaginaba cada vez que salía de su casa, volver a enterrarme en su coño. Estoy duro como una piedra. Por su culpa. Por ser tan perfecta para mí. Por encajar conmigo de una forma tan exacta. La forma en que me mira, ríe, cómo gime cuando apenas rozo su cuerpo. Todo en ella grita que es mía. Busqué en Google un *sex shop* por la ciudad y fui a tiro fijo. Un set de *bondage*. Eso no podía traerlo en la maleta. Qué iban a pensar. Bueno, me da igual lo que piensen, pero el riesgo de quedarme en España era grande.

La desvisto con rapidez, deseo tocarla, pero lo haré con una tranquilidad que va a desquiciarla.

—A la cama —le ordeno.

—Déjate de tus tonterías —protesta con una sonrisa que me hace perder la cabeza, caminando a donde le digo.

Saco las cuerdas de cuero que se enganchan en las muñecas son negras y resistentes. Cuando la amarré en la cruz de San Andrés, quiso matarme. Me gusta que ahora no diga nada. Su mirada desborda lujuria y deseo. Le ato las muñecas a las argollas que están posicionada en la madera estratégicamente. Vuelvo a colocar mis labios en los suyos y luego muerdo su cuello, suelta un pequeño gemido, me coloco entre sus piernas y las abro. La contemplo, la adoro, es imposible no hacerlo.

—Mira lo que me haces —le digo, envolviendo la mano en su cabello y girándola para que me mire a los ojos—. Toda esta locura, toda esta maldita ansiedad de follarte, es por ti.

Ella abre la boca para decir algo, pero no lo hace; muerde su labio inferior. Quiere provocarme. Chupo uno de sus pechos, después el otro, mientras paso los dedos por el interior de sus

muslos. Se mueve, escucho cómo jadea cuando voy dejando un camino de saliva hasta llegar a su monte de Venus. Está mojada.

La miro, atada y empapada, no puedo pensar en otra cosa más que en follarla hasta que no recuerde ni su nombre.

—Gab… —Intenta cerrar sus piernas. No la dejo y la abro más.

—Trata de cerrarlas otra vez y te las ato—le advierto—. Tampoco vas a correrte Val.

Gime.

Mi boca saborea su clítoris, abro sus pliegues, colocando mi lengua en su entrada. Y me pierdo. Me sirvo de todo lo que ella es capaz de darme; luego succiono con rabia, con ansiedad, por el tiempo sin haber estado así con ella. Arquea su espalda, suelta gemidos ahogados, tira de las correas. La muerdo y mi lengua se mueve, una y otra vez rápido. La penetro con dos dedos, su interior hace presión en ellos. Mueve frenéticamente sus piernas y cuando está por llegar a su clímax, me detengo.

—¡Gabriel! —grita mi nombre, frustrada.

—Aún no.

—Te voy a matar —jadea, desesperada.

Me deshago de mi pantalón. Su vista llega a mi muslo izquierdo, donde hace una semana he hecho la línea que falta para completar su tulipán. El que se cortó cuando tuvo su crisis. Su tatuaje es como si estuviera partido en dos.

—Mírame. —Ella lo hace—. Completo tu flor Val, igual que la tuya me completa a mí.

Sus labios tiemblan y sus ojos se emocionan. Vuelvo a besarla y bajo mi calzoncillo. Mi polla salta de lo dura que está. La agarro con una mano y la masturbo con mi punta, la muevo de arriba abajo, hasta su entrada, sin meterla, solo para volverla loca.

—¿Qué quieres, Val?

—To… todo. Siempre todo contigo.

La penetro fuerte, hondo, haciendo que grite mi nombre. Y pierdo totalmente el control.

Muevo mis caderas despacio. Entro y salgo de su interior totalmente. Su cuerpo caliente me recibe. Jadea cada vez que me entierro en ella, con cada palabra sucia que le digo al oído.

—Mira cómo me tienes, Val.

Gime más fuerte, igual que yo, al notar la presión de su interior envolviendo mi pene. Estoy deseoso de ella y ella de mí. La tengo donde siempre he querido. Rendida en mis brazos.

Apoyo sus piernas en mi hombro y se la meto más hasta el comienzo de mis huevos. Arremeto sin parar, enterrando mis dedos en sus nalgas.

—Ne... nece... necesito —suplica. Me encanta que me ruegue que la deje correrse.

—No.

—Por… favor. Suéltame, quiero tocarte.

Sonrío con picardía, deteniéndome una vez más. Sus ojos están humedecidos por la frustración. Me duelen los huevos una barbaridad. Coloco mis manos en cada lado de su cintura, girándola para quedar a cuatro patas. Se queja cuando las cuerdas forman una X y su rostro se entierra en el colchón. Beso su espalda, sus tatuajes; se le eriza la piel. Es jodidamente perfecta. La penetro profundamente. Su cuerpo empieza a temblar, siento que no aguanta más, y yo tampoco.

—Ahora sí. Córrete. Quiero sentir cómo lo haces en mi polla.

Explota. Convulsiona, grita mi nombre con un gemido roto y salvaje. Arrastrándome con ella.

Ambos llegamos a un clímax perfecto, completo. Apoyo mi frente en su cadera, aún dentro. La habitación huele a nosotros.

Todavía siento cómo su cuerpo vibra debajo del mío.

VALKIRIA

Aún sigo jadeando por lo que acaba de pasar. Sabe cómo llevarme al límite de la locura.

Sale de dentro de mí y me desata las muñecas. Dejo mi cuerpo caer en el colchón y él se acuesta a mi lado, besándome la frente. Me giro para quedarme frente a él, entrelazando nuestras piernas. Aparta mi cabello, que está pegado en mi rostro.

Nos contemplamos el uno al otro. Mi corazón duele por quererle tanto. No tengo palabras para explicar cómo me siento cuando estoy a su lado. Solo sé que puedo respirar, vivir y amar. Porque lo amo. Nadie apostó por mí como lo ha hecho *él, nadie* me ha querido como *él*, en los buenos y malos momentos. Si hoy estoy aquí y bien, es principalmente por él. Que ha estado esperándome para conocer a la Valkiria que algún día fui.

Nos despertamos y nos dirigimos directos a la ducha en un sexo mañanero de tremenda calidad. ¡Sí señor!

Gabriel sale de la habitación, despidiéndose con un beso, mientras me visto.

Cojo mi teléfono para ponerlo a cargar y tengo un bombardeo de mensajes en WhatsApp.

MAURO:

«Ya no estás enfadada, ¿eh? Pedazo de zorra». Mensaje de Mauro.

YO:

« 😡 ». Una carita de enfado es mi respuesta.

MAURO:

«Sí, sí, tienes que no poder ni caminar».

YO:

«Que te den».

MAURO:

«A ti sí que te habrá dado Gabriel, con la polla en toda la cara». Responde él.

YO:

«Solo piensas en eso».

MAURO:

«Danos las gracias por haber enviado a *Ángel* para que te quite toda la amargura que tenías». Continúa ella.

Les envío un emoji con una peineta, pero les agradezco.

MAURO:

«Disfruta nena, y folla mucho». Finaliza mi amigo.

No puedo evitar reírme. Es tremendo. Pero lo quiero con locura.

Me visto con unas mallas deportivas y la sudadera negra que Gabriel usó ayer. Me acerco a la ventana y recuerdo ver a aquella persona que miraba desde abajo del hotel. No me lo puedo creer todavía. Paso la mano por mi rostro. Mi corazón va demasiado rápido; cuando lo he visto en la puerta, pensé que mis alucinaciones habían vuelto de la nada. Al darme cuenta de que era real, que ha viajado hasta aquí para estar conmigo, para ver todo juntos, no podía creerlo. Apenas lo he dicho una sola vez y hace mucho tiempo que tenía ganas de venir aquí. Ya que los tulipanes se hicieron parte de mi vida, de mi recuperación, la primera vez. Y tenerlo hoy aquí conmigo no me puede hacer más feliz.

Lo eché de menos. Me pregunté muchas veces si él aún iba a esperarme. Tal vez había encontrado a otra persona mejor que yo. Sin complejos, sin crisis emocionales. No obstante, aquí está a mi lado. Cuando nos veíamos, Gabriel nunca me preguntó nada. Él sabía que el día que no estuviera y lo necesitara, lo llamaría corriendo.

Pensé que volvería con algo para comer, estoy hambrienta. Pero tan pronto me vuelve a besar, me dice que vamos a desayunar fuera, que tengo que recuperar energía. Me sonríe y le observo.

—¿Para qué? —curioseo, cuando pega su cuerpo más al mío.

—Para metértela hasta la garganta. ¿O me vas a volver a pedir otra noche como la de ayer?

Se ríe y le pego con todas mis fuerzas.

—¿Y si no quiero?

—Te dejaré atada toda la noche. No te desataré ni para mear y me iré a dormir a mi habitación.

—No serás capaz —inquiero.

—Pruébame.

Me deja una nalgada y salimos del hotel para un día de turismo.

Cogemos un taxi y le pregunto a Gabriel a dónde vamos, pero no es capaz de decirme. Por el camino llamo a mi madre en una videollamada, ya que ayer no le contesté ni le devolví ninguna de sus llamadas. Estaba un poco ocupada. Lo que más me sorprende es que no se asombra para nada cuando escucha la voz de Gabriel. La saluda con un movimiento de cabeza. Puedo ver cómo el chico que está a mi lado sonríe al verme charlar y reír con mi progenitora. Nos despedimos, con un «cuidaos» de parte de Esther.

El vehículo se para delante del parque Keukenhof, Lisse. Conocido como el Jardín de Europa. Miro de un lado a otro y no tengo palabras. Cuando me obsesioné con los tulipanes, pasé noches y noches mirando ese lugar. Un nudo se hace en mi garganta, trago saliva con fuerza y a continuación suelto todo el aire, de los mismos nervios. Hace algunos años, nunca imaginé que podría estar aquí. Siempre creí que viviría eso con mis amigos. No con él. Que no habría nadie en mi vida nunca. Mis ojos se humedecen de la emoción.

Gabriel entrelaza sus dedos con los míos, miro nuestras manos y la verdad, no sé diferenciar dónde acaba él y dónde empiezo yo.

Enseña su móvil con las dos entradas en un código QR. Para ser las nueve de la mañana, hay mucha gente. Nos adentramos y bua… No tengo palabras. Mi corazón va demasiado rápido. Rodea su brazo en mi cuello y besa mi cabello. Kilómetros y kilómetros de los tulipanes que más de una vez me devolvieron algo de vida. Paramos delante de una pequeña floristería, donde Gabri me compra un pequeño ramo de mis flores preferidas, en color lila.

Nuevamente no puedo evitar derramar alguna lágrima.

—Quiero estar en cada uno de esos momentos contigo, Val. Verte llorar, pero de felicidad. Hasta el día de ayer, no supe lo que realmente es ser feliz: verte bien y a mi lado. No hay nada mejor en este mundo. —Me besa la mejilla. Siempre tuvo esa capacidad de recomponerme, sin que ninguno supiéramos qué estábamos haciendo. Nunca nadie me había mirado como él—. Hay otra cosa que te quiero decir. —Lo observo, respirando profundo—. Primero, ven… Vamos a inmortalizar este momento.

Tira de mí mientras nos adentramos por el camino, rodeados de un jardín espectacular.

Pega mi pecho contra el suyo. Me hace mirarlo, su nariz roza con la mía. Me dedica esa sonrisa rompe bragas y me derrito. Nunca creí que podría querer tanto a alguien y ese alguien es él. El que quiero a mi lado cada día. Vemos nuestra primera foto juntos.

—Quiero esa foto —le digo. Asiente, guiñándome un ojo—. ¿Qué me tienes que decir?—. Seco mi mejilla con el dorso de mi mano.

—Sé que nunca me has preguntado, sin embargo, quiero decírtelo yo. El antiguo Gabriel no existe, aquel que conocías. —Arrugo mi frente—. Ahora soy solo tu puto.

—Idiota. Más te vale… —A mi corazón solo le falta salirse de mi pecho.

—Y también, he decidido volver a estudiar… —Abro la boca—. Me convalidan algunas asignaturas de Asistente Social y el próximo curso empezaré Psicología.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo.

—Quiero especializarme en Trastornos de la Conducta Alimentaria, TCA. Quiero por lo menos intentar ayudarlos, de alguna manera. Quiero que me busquen para pedir ayuda, como lo haces tú.

Suelto el ramo, dejándolo caer en el suelo, y me tiro a sus brazos; mis sollozos se intensifican. La calidez de su abrazo me envuelve mientras acaricia mi espalda.

—Ga… Gabri —digo con dificultad. Aparta los mechones de mi pelo y los coloca detrás de mi oreja—. No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo, por lo menos intentarlo. Estoy totalmente convencido de que todos tenemos a alguien que nos trae esa luz cuando estamos en nuestra máxima oscuridad. Alguien que tiene esa voz que nos reconforta y que nos da la paz y el amor que necesitamos. —Deja un pequeño beso en la comisura de mis labios —. Y que también folle mucho. —Añade, rompiendo el momento romántico. Si no lo hiciera, no sería él—. Si fuera por mí, todos se iban a tomar por culo ahora mismo. Te tiraría en el suelo, primero te comería el coño y luego te la metería por todos los agujeros de tu cuerpo.

—¡Qué animal! —le digo, entre una carcajada y más lágrimas.

No puedo apartar la vista de él… Simplemente porque siempre estuvo seguro de querer quedarse, y más aún de que me quedaría cuando ni yo misma lo sabía. Ha elegido entender y ayudar a otras personas a sanarse. Y lo más increíble es que lo hace porque quiere, bueno… puede que yo haya influenciado un poquito.

Alguien que ha estado contigo hasta en el último segundo de tu día más triste debería salir corriendo, es lo que haría una persona normal, ¿no? Pero *él* se quedó, y todavía quiere tenderles la mano a quienes aún no pueden salir… *Aún.*

Ojalá todos encuentren a esa persona como la he encontrado yo a *él*.

Es brutal, una puta locura…

PARA MI GABRIEL:

El amor aparece de una manera que no siempre se puede explicar. Enamorarse o ser elegido por alguien para construir algo juntos definitivamente. Algo que se construye de tantos detalles, seguidos de otros, que se encajan y a la vez no en muchos momentos, pero siempre aprendiendo a moldearnos, dándonos el espacio necesario en el lugar correcto. Siempre pensé que lo nuestro no llegaría a nada, o que eso que llaman amor no era para mí… O para nosotros. Pero tú… mientras yo quería salir corriendo, siempre encontrabas una excusa, por más tonta que fuera, para encontrarme. Y terminábamos en el mismo lugar: en mi cama o en la tuya. Podrías haber estado trabajando, de viaje o simplemente disfrutando de la vida.

Dicen que cuando menos quieres algo, es cuando más aparece en tu camino. Y, sin darme cuenta, te convertiste en el mío, en mi universo, en mis noches y en mis días, en la luz de mi oscuridad. Cuando volvía a casa y me acostaba en mi cama sin ti, me preguntaba si todo era casualidad o si el destino se empeñaba en juntarnos una y otra vez. Nuestros encuentros, que parecían casuales, en realidad siempre habían sido planeados por ti. Dicen que algunos amores nacen porque simplemente tenían que ocurrir, sí o sí. Pero lo nuestro fue por tus santos cojones.

Entregarme a un amor nuevo…, sin pensarlo. Pero lo que no sabía era que ya estaba completamente entregada a ti, dispuesta a vivir una nueva historia que no tenía por qué acabar mal como otras. Era mejor negarlo, y eso hice.

Sentía ansiedad y miedo de que lo nuestro no funcionara. ¿Cómo podría un chico como tú querer a una chica como yo? Pero alguien me dijo una vez que, cuando dos personas están destinadas a

amarse, siempre encuentran el camino para estar juntas. Y tú… hiciste que nuestros caminos se cruzaran de todas las formas posibles, algunas más extrañas que otras.

Estuviste a mi lado, acompañándome en mi rutina, conociendo mis defectos, que son más grandes que mis cualidades. Pero, aun así, me elegiste. Me enseñaste a aceptarme, aunque sea solo a una pequeña parte de mí. Intentaste entenderme de mil maneras, con paciencia, incluso cuando yo misma no la tenía. Y te quedaste a mi lado cuando más te necesitaba, recordándome siempre lo mismo: que antes de amarte a ti, tenía que aprender a amarme a mí misma.

FELIPE

Para ti, querida Val…

Solo voy a escribir esta carta porque necesito decirte lo que llevo en mi corazón, ese que, según tú, es de piedra.

Tal vez en esta vida, o en otra, no lo sé… Lo que sentí por ti fue lo único verdadero que pasó durante estos años. Desde que nos conocimos, me hiciste ver y sentir cosas que jamás imaginé. Aún dudo si todo fue real o si solo fueron momentos que creé en mi cabeza. Momentos en los que me hacías sentir que estaba en un sueño, uno del que sabía que, cualquier día, despertaría.

Amarte fue inesperado. Nunca estuviste en mis planes. Tenía una vida planeada con otra persona y, cuando pasó lo nuestro, tuve miedo de mostrarte lo que tenía guardado en mí. Cuando sentí tu abrazo por primera vez, fue como si ya conociera el calor de tus brazos. Me sentí seguro, feliz, como si nada ni nadie pudiera traspasar esa barrera.

Siempre confié en que terminaríamos juntos. Me abrazaste como si me hubieras querido desde siempre. Recuerdo aquella noche en tu casa… Mis ojos brillaban cuando encontraba a alguien conocido y le decía que iba a verte. No sabía de tus dolores del pasado, pero, en lo más hondo de mi corazón, supe que tenía que mostrarte mi mejor versión. Por ti, por mí, por nosotros. Cuando nos despedimos aquella madrugada, ambos sabíamos que era la última vez, pero algo dentro de mí se negaba a creerlo. Te vi alejarte y no pude hacer absolutamente nada. No podía forzar una relación ni un amor que no fuera correspondido.

Te amé y te amo con la misma intensidad con la que me dolió dejarte ir.

Si tú no eras para mí, ¿por qué me he enamorado?, ¿por qué te amé buena parte de este tiempo? O todo el tiempo, sin que yo lo supiera. Al menos, para mí fue así. Aún creo que busco esa respuesta cuando te veo sonreír al lado del hombre que elegiste y que no soy yo. Pero ahora, al fin, me doy cuenta de que es hora de que mi corazón se tome un descanso para intentar olvidarte, ya que le duele un montón despedirse de ti.

Con todo mi amor…

Fe li pe.

Y en su buzón echo la carta y mi corazón.

FIN

GLOSARIO

TCA: Los trastornos de la conducta alimentaria son trastornos relacionados con la autopercepción y la distorsión de la imagen corporal. Los más frecuentes son la anorexia y la bulimia. Las personas que lo padecen muestran una preocupación excesiva por no engordar, a pesar de que su peso sea normal o muy por debajo de lo normal.

Desde hace años se considera a los TCA como un fenómeno cuya causa se encuentra en múltiples factores, siendo el resultado de la interacción de aspectos psicológicos, familiares, biológicos y socioculturales (entre ellos el canon de belleza en la sociedad actual y la presión social por ajustarse a él).

TOC: Las obsesiones del trastorno obsesivo-compulsivo son pensamientos duraderos y no deseados que vuelven una y otra vez, o impulsos o imágenes que son intrusivos y causan angustia o ansiedad. Puedes intentar ignorarlos o deshacerte de ellos actuando según un ritual. Estas obsesiones suelen aparecer cuando intentas pensar o hacer otras cosas.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, gracias a @tentetiesoediciones por caminar a mi lado. Y en especial a Oana, por estar ahí siempre, por nuestras charlas infinitas, por entender lo que a veces ni yo sé explicar. En una historia como esta, con un tema tan complejo, tu apoyo y tu ayuda han sido más necesarios que nunca.

A mis lectoras cero, que sois mucho más que eso:

@librous90, gracias por dedicar tu tiempo, por leer con el alma, por mostrarme otros puntos de vista y por no soltarme ni un segundo.

Mi @irenev_villa, gracias, mi reina, por querer ser siempre la primera. Por leerme con el corazón abierto y por darme tu opinión sincera.

Y una vez más, las dejo para el final a ellas…

@pandita.lectora, que no solo ha sido lectora cero, sino también la correctora de esta historia. Gracias por leerla dos veces, por cuidarla tanto, por dejarla tan bonita y por estar ahí sin pedir nunca nada a cambio. Gracias por tus consejos, tu generosidad y por entenderme incluso cuando no hablaba.

@enero.gs, que aparece siempre, sin importar si es lunes o domingo, mañana o madrugada. Siempre dispuesta a leer, corregir, escuchar y acompañar, incluso cuando ya le había destripado media novela. Aun así, ha sabido seguir el ritmo hasta el final. No sé cómo lo haces, pero gracias por hacerlo y por hacerlo conmigo.

Te debo mi alma.

Y esta vez, también te incluyo a ti, @Jake M.O.

Gracias por tu paciencia infinita, por tu tiempo, por cada vídeo, cada explicación, sin una sola queja en cada una de mis preguntas. Incluso en las más idiotas. Siempre con generosidad y sin importar el momento.

A todas vosotras, gracias por formar parte de esto.

Este libro también es vuestro.

MIS LIBROS:



BILOGÍA CASUALIDAD



La chica del primer asalto